



Escuela Interdisciplinaria
de Altos Estudios Sociales
IDAES_UNSAM

Universidad Nacional de San Martín
Escuela Interdisciplinaria de Altos Estudios Sociales
Doctorado en Antropología Social

ETNOGRAFÍA DEL SUEÑO HABITADO.

LA “CASA PROPIA” PARA LAS CLASES MEDIAS DEL GRAN BUENOS AIRES

María Florencia Blanco Esmoris

Tesis de Doctorado presentada a la Carrera de Antropología Social, Escuela Interdisciplinaria de Altos Estudios Sociales, Universidad Nacional de San Martín, como parte de los requisitos necesarios para la obtención del título de Doctora en Antropología Social.

Director: Sergio Eduardo Visacovsky

Codirectora: Patricia Beatriz Vargas

La Matanza (Provincia de Buenos Aires, Argentina)

Junio 2021

Blanco Esmoris, María Florencia.

Etnografía del sueño habitado. La “casa propia” para las clases medias del Gran Buenos Aires /María Florencia Blanco Esmoris; director; Sergio Eduardo Visacovsky; codirectora Patricia Beatriz Vargas. San Martín: Universidad Nacional de San Martín, 2021. - 280 p. Ilustraciones al inicio y al cierre por Mercedes Roch.

Tesis de Doctorado en Antropología Social, UNSAM, EIDAES, Antropología Social, 2021.

1. Casa propia. 2. Clases medias. 3. Estilos de vida. 4. Habitar. 5. Objetos. – Tesis.

I. Visacovsky, Sergio Eduardo (Director). Vargas, Patricia Beatriz (Codirectora). II. Universidad Nacional de San Martín, Escuela Interdisciplinaria de Altos Estudios Sociales. III. Doctorado.

RESUMEN

Autora: María Florencia Blanco Esmoris

Director: Sergio Eduardo Visacovsky

Codirectora: Patricia Beatriz Vargas

Resumen de la Tesis de Doctorado presentada al Doctorado en Antropología Social, Escuela Interdisciplinaria de Altos Estudios Sociales, de la Universidad Nacional de San Martín - UNSAM, como parte de los requisitos necesarios para la obtención del título de Doctora en Antropología Social.

El tema de esta tesis se sitúa en la intersección entre los estudios sobre la vivienda y la familia, las clases sociales y la cultura material. Desde un enfoque y método etnográfico, describo y analizo los procesos involucrados en hacer del *sueño de la casa propia* una realidad habitada para familias de clases medias urbanas residentes de la localidad de Haedo y sus inmediaciones (Municipio de Morón, Provincia de Buenos Aires, Argentina). Algunos interrogantes que vertebran la propuesta son: ¿qué sentidos, prácticas y objetos conforman el habitar de estas personas? ¿Qué tipo de vínculos se establece entre la configuración familiar y la arquitectura de la casa? ¿De qué manera ocupan, mantienen y significan sus espacios? ¿En qué medida las clases medias materializan el *sueño* colectivo a partir de sus heterogéneas formas de habitar la vivienda? Realicé la investigación entre los años 2015-2019, utilizando técnicas como la observación participante, la entrevista etnográfica e historias de vida (o lo que llamé *historias de casa*). En efecto, presento cuatro *historias de casa* que tienen a mujeres como principales protagonistas, con el propósito de comprender las modulaciones entre sus distintas experiencias de habitar la vivienda. El enfoque sincrónico fue complementado con uno diacrónico, al consultar fuentes históricas y estadísticas que me permitieron advertir un conjunto de trastocamientos socioespaciales conforme a contextualizar la concreción del *sueño de la casa propia* más allá y más acá de este grupo social. A partir de los emergentes etnográficos, encuentro que dicho *sueño* se desdibuja como proyecto y narrativa a transmitir para las familias de clases medias, en tanto horizonte deseable y posible. Allí advierto una paradoja entre seguridad/incertidumbre con relación a la posición social y, asimismo, señalo un progresivo corrimiento de la “casa propia” como garantía de pertenencia hacia otras experiencias vitales, inversiones y objetos. Por último, problematizo la homogenización analítica con la que a menudo se han estudiado las elecciones residenciales y estéticas vinculadas a la vivienda de las clases medias encapsuladas, principalmente, bajo una noción de *estilo de vida* entendida como un fin a alcanzar.

Palabras-clave: 1. Casa. 2. Clases medias. 3. Habitar. 4. Sueños. 5. Objetos.

Provincia de Buenos Aires, junio 2021

ABSTRACT

Author: María Florencia Blanco Esmoris

Thesis advisor: Dr. Sergio Eduardo Visacovsky

Thesis co-advisor: Dr. Patricia Beatriz Vargas

Abstract de la Tesis de Doctorado presentada al Doctorado en Antropología Social, Escuela Interdisciplinaria de Altos Estudios Sociales, de la Universidad Nacional de San Martín - UNSAM, como parte de los requisitos necesarios para la obtención del título de Doctora en Antropología Social.

The theme of this dissertation stands at the intersection between housing and family studies, social classes, and material culture. From an ethnographic approach and method, I describe and analyse the processes involved in fulfilling the *dream of home ownership* into an inhabited reality for urban middle-class families living in the town of Haedo and its surroundings (Municipality of Morón, Province of Buenos Aires, Argentina). Some of the questions that underlie the proposal are: What meanings, practices and objects shape the way these people live? What kind of links are established between the family configuration and the architecture of the house? How do they occupy, maintain, and signify their dwelling-spaces? To what extent do the middle classes concretize the *collective dream* through their heterogeneous ways of inhabiting the home? I conducted fieldwork between 2015-2019, applying techniques such as participant observation, ethnographic interviews, and life stories (or what I titled *house stories*). With the aim of comprehending the modulations between different experiences of dwelling, I present four *house stories* featuring women as the main protagonists. My synchronic approach was complemented by a diachronic one, based on historical and statistical sources that allow me to identify a set of socio-spatial upheavals that contextualised the realisation of the *dream of home ownership* among and beyond this social group. From the ethnographic findings, I demonstrate that *the dream* fades away as a social project, as a narrative and, furthermore, as a horizon to be transmitted within the middle-classes. Then, I notice a paradox between security/uncertainty in relation to social position and, at the same time, I point out a progressive shift away from the “house” as a guarantee of belonging to this social class towards other vital experiences, investments, and objects as significant and to be prioritised. To conclude, I problematise the analytical homogenisation through which material and aesthetic practices linked to middle-class housing have often been studied under the notion of lifestyle understood as a goal to be achieved and pursued.

Key-words: 1. House. 2. Middle classes. 3. Inhabit. 4. Dreams. 5. Objects.

Province of Buenos Aires, June 2021

A quienes todavía soñamos

AGRADECIMIENTOS

De igual manera que las relaciones sociales y materiales aquí analizadas, la realización de una investigación no sería posible sin el apoyo, el cariño y la contención de casas de estudio y trabajo, colegas y afectos que contribuyeron directa e indirectamente a sostener y (des)andar este camino de forma acompañada.

A Rosa, Luisa, Gloria e Isabella y sus familias; sin ellas estas páginas no serían tan genuinas y valiosas como lo son. Gracias por dejarme conformar su intimidad, confiar en mí y, literalmente, abrirme las puertas de sus casas. Sus historias son impresionantes y me siento honrada de haber podido adentrarme en ellas, espero que esta tesis esté a la altura de su mundo vívido.

A mi director y co-directora, una dupla pedagógica brillante y generosa. A Sergio Visacovsky, director de esta tesis, le agradezco su cariño, compromiso, rigurosidad y sentido didáctico en cada intercambio y lectura. También, por compartir conmigo sus enseñanzas y aprendizajes, sus saberes sobre la historia antropológica Argentina y por creer fervientemente que la antropología tiene mucho para aportar a este mundo. Su calma, agudeza analítica y mensajes de ánimo y confianza fueron vitales en esta etapa, gracias por tanto. A Patricia Vargas, codirectora de esta tesis. Conocí a esta “hormiguita viajera” cuando coordinó un encuentro del Programa de Investigación sobre Clases Medias en el año 2013 y después nos reencontramos en 2015. Desde entonces, auspició de enlace para que ingrese a la docencia y multiplique mis experiencias también, con relación al *quehacer* etnográfico. Por darle cuerpo y afecto a este y a muchos otros caminos, por su “prepotencia de trabajo” y, por empujarme más allá de los límites, gracias de corazón.

Al Centro de Investigaciones Sociales (CIS) y al Instituto de Desarrollo Económico y Social (IDES). Llegué de manera imprevista a mediados del 2015 y sus autoridades, su personal de apoyo a la investigación, sus investigadores/as y un colectivo mágico de becarixs hicieron que comprenda la investigación como una disposición ante el mundo para comprender, conocer y también asumirme en términos ético-políticos. A toda esta comunidad hermosa le digo gracias. A quienes componían/en “el esqueleto” del CIS y del IDES: a Irene, Silvina, Sol, Gabriela, Pablo y Karina. Particularmente, a Laura,

bibliotecaria incansable que me acompañó con café y anécdotas matanceras en mis búsquedas de material bibliográfico.

A quienes conformaron el Programa de Estudios sobre Clases Medias de esta institución, espacio que resultó vital para formular estas páginas y comprender miradas heteróclitas sobre esta clase social. Gracias Sergio, Enrique, Ezequiel, Santiago, Patricia, Alejandro y Lucía. A colegas internacionales que conocí en este marco como Claudia Stern.

Al grupo de Becarixs IDES, sin sus energías, mates y estrategias de escritura y “supervivencia” nada de esto hubiera pasado. Gracias a toda esa banda hermosa, en especial a: Lucía, Alejandro, Jazmín, Luana, Adriana, Julieta, Gabriela, Malena, Noelia, Débora, Sebastián, Martín, Federico, Shirley y, a mi amiga, Mercedes.

Al grupo de estudio y trabajo COCO (Cosas cotidianas, cultura material) una aventura que iniciamos con Jazmín Ohanian en 2018 y que en la actualidad reúne mujeres talentosas, rigurosas y comprometidas. A este grupo de estudio que supo leerme amorosa y atentamente gracias: Lorena, Martina, Noelia, Jazmín, Yanina, Lucía y Delfina.

A mi querida casa, la Escuela IDAES, y al que sería como mi “barrio”, mi sentida UNSAM. Llegué en el año 2008 y aún sigo acá, habitando y compartiendo con una comunidad pujante y comprometida. Mi gratitud es inmensa con una Escuela que me formó/a y en la que actualmente me desempeño como docente. A sus autoridades, docentes, personal no docente de grado y posgrado, personal de maestría, bibliotecarixs, a lxs compas del CUSAM, gracias por dejarme hacer de esta casa un hogar durante tantos años. Un agradecimiento particular a Gabriel Noel, Sebastián Pereyra, José Garriga Zucal, Ariel Wilkis y Alexandre Roig por confiar en mí desde el día en que me conocieron, los valoro enormemente tanto profesional como personalmente.

Al Doctorado en Antropología Social (DAS), sus autoridades y su personal administrativo. A Luis Ferreira Makl que con cada mail y encuentro me acompañó en este vertiginoso y fructífero recorrido doctoral. A docentes excepcionales como Silvia Hirsch, Rolando Silla, Máximo Badaró, Pablo Semán, Laura Masson, Alejandro

Grimson, María Graciela Rodríguez y Lía Quarleri que supieron compartir sus saberes, experiencias investigativas y apuntarme en este camino. A Silvina Merenson, con quien comparto la docencia y de quien aprendo a diario: por su calidez humana, su rigurosidad académica y su compromiso docente.

A lxs compañerxs de seminarios y talleres del doctorado. Al grupo “Antropocacos”, junto a quienes inicié a cursar en la sede de Paraná y con quienes compartimos los andamios “más elementales” de nuestras investigaciones. Gracias Luis, Joaquín, Darío, Sol, Alioscia, Santiago y, a mi querida colega y amiga Yanina, por su paciencia para explicarme sobre la escritura y otras vainas.

A la “Ofi del amor” del IDAES, por el aguante, su “altar” mágico y las tardes compartidas.

Al Núcleo de Intimidades, Sociedad y Política por dejarme ser parte de esta grupalidad hermosa y compartir discusiones vinculadas a los afectos y a las intimidades. Gracias Johanna, Martín, Isabella, Sol, Mariana, Luciana, Jazmín, Victoria y Santiago. A mi amigo y colega Maximiliano Marentes, quien no solo estudia “el amor” sino quién lee en clave amorosa. Gracias por tu acompañamiento, lectura rigurosa y cariño sincero.

Al grupo de trabajo SEP-TeSA quienes constituyeron mi primer lugar de pertenencia dentro en la UNSAM. Gracias a mi maestro el Dr. Eduardo Rojas y a un grupo hermoso de compañerxs y amiguxs que siempre estuvieron sosteniéndome-nos sin importar el *drama barroco* del que formemos parte. Gracias Waldemar Cubilla, Julieta Wanda del Campos Castellanos, Mario Cruz, Maximiliano Ledesma y, a mi querida y generosa amiga, Anaïs Roig.

Al Núcleo de Estudios Urbanos (NEU) que, al comienzo de mi investigación, me permitió elaborar un conjunto de dimensiones socioespaciales vinculadas con mi trabajo de campo.

A colegas y amigxs que hice durante la realización de jornadas y eventos en esta querida institución, en especial a: Rodrigo, Hernán, Ana Clara, Juliana y Esteban.

A Lucía de Abrantes, amiga de la vida. El “west” nos unió y los caminos compartidos nos siguen encontrando. Valoro enormemente tu amistad y tu entrega total para con cada trabajo y con cada compromiso asumido, gracias por todo amici-corazón.

A Luciana Denardi, quien me acompañó tanto con sus mensajes y experiencia como con su ser espiritual a “orbitar-me” en este recorrido tesístico y más allá. Sos enorme amiga.

A Alexandra Ayarza, amiga inquebrantable que siempre ha estado ahí y quien muy tempranamente, ha creído en mis ideas y proyectos. Mi sincera gratitud Colo.

A Nemesia Hijós, sin su compromiso, su posicionamiento y su lectura atenta y precisa esta tesis tampoco habría visto la luz. Por su energía desmesurada, enorme generosidad y por hacer de este “viaje” un hermoso aprendizaje compartido, gracias amiga.

A Jazmín Ohanian, colega, amiga y gran compañía durante estos años. Este vínculo honra la afirmación con la que inicié los agradecimientos y reconfirma que la investigación y cualquier camino es mejor si es compartido. Sin sus audios, su lectura y llamadas “pura sangre” no podría haber navegado en estas aguas. Feliz de tener una amiga, y ya una “familia” *ad hoc*, así de increíble. Que la antropología nos siga encontrando *más allá y más acá* de los buques y las casas. Gracias totales a ese Jazmín que sigue brotando.

A mi vieja Stella y a mi viejo Pepe, los pilares en mi vida y también de las muchas casas que habité. Sin las noches eternas de mi vieja quedándose despierta para “hacerme el aguante” o las conversaciones lúcidas con mi viejo en la casa de mi abuela Adalia nada de esto hubiera pasado. Ni la tinta de una lapicera, ni el espacio de .doc alcanzaría para describir lo que estas dos personas generaron y generan en mi día a día. Les debo mi curiosidad, mi empuje y compromiso y, mi imaginación sin límites, por todo eso y más, lxs admiro profundamente. Como su casa también fue mía, esta tesis también les pertenece. Sus marcas están a lo largo de toda esta casa de escritura.

A mi hermano Fernando, que con su ojo atento y sensible advirtió cadencias y hiatos en mi trabajo y en mi propia biografía y, en efecto, me ayudó a repensar mi vínculo con las cosas, la casa y con mi escritura. Sus críticas sesudas y a medida también forman parte del encadenado de esta tesis. Gracias, hermano del alma.

A mi querido abuelo Elpidio, un peón santiagueño, que me enseñó que tanto el habitar como el construir son razones políticas. Gracias quirquincho.

A mi padrino, Vicente, quien es parte y cuerpo de esta edificación, sin su albañilería, los revoques de esta tesis no serían tan finos. Gracias por todo.

A mis primas y primos, y sus hijos/as, por su paciencia y acompañamiento sin tiempo, son maravillosos/as y estoy feliz de que estén siempre a mi lado. A Isabella, mi ahijada. Su cariño a montones y su habilidad para proyectar escenarios de lo más alegres y brillantes también me mantuvieron en pie. Gracias Isa por recordarme la potencia de pensar lo imposible.

A todas esas personas que ya no están, algunas de las cuales se fueron durante este andar: a Mamaina, a mi abuela Tota, a mi tío Raúl, mi Tía Pocha y a mi abuela Adalia.

A mi banda de amigas que además de ser increíblemente mágicas, comparten conmigo el sentido político de la vida.

A Mati, mi compañero. Sus acciones cotidianas llenas de amor y confianza me acompañan desde que comencé este trabajo. Fue la persona que vivió de cerca cómo – ladrillo a ladrillo– se componía esta tesis, también con quién hablé sobre mis frustraciones y quien siempre confió en mí y en el valor de lo que hacemos quienes nos dedicamos a investigar. Un gracias inmenso, amoroso y de todos los colores al artista de mi sonrisa diaria y también a su familia.

Al Instituto y Archivo Histórico de Morón y a sus trabajadores, quienes me ayudaron con la búsqueda bibliográfica y de datos sociohistóricos sobre Haedo y Morón.

A la universidad pública y al sistema científico argentino.

Esta investigación contó con un financiamiento inicial en el marco del PICT 1956/2013 “La producción social de los estereotipos sobre la clase media: discurso público, estilos de vida y las concepciones del hogar en la Argentina” de la Agencia INNOVAT (Argentina) y, con el apoyo del CONICET en el marco de una beca de finalización doctoral. Durante el año 2020 el IDES me permitió continuar como becaria de esta institución.

ÍNDICE

RESUMEN	3
ABSTRACT	4
AGRADECIMIENTOS	6
ÍNDICE	11
LISTA DE MAPAS	14
LISTA DE PLANOS	14
LISTA DE IMÁGENES	14
INTRODUCCIÓN	19
I. El terreno empírico: sobre dónde y con quiénes se realizó esta etnografía	29
II. Los cimientos metodológicos: sobre cómo se realizó la investigación ..	37
II.I. Historias de vida, <i>historias de casa</i>	42
II.II. Consideraciones reflexivas y escriturales	45
III. Las vigas teóricas de esta tesis: “casas”, “cosas” y clases medias	47
III.I. Viga I: sobre las “casas” y las “cosas”	49
III.II. Viga II: sobre las experiencias y elecciones de las clases medias ...	55
IV. Las casas de la autora: prestada, propia y alquilada	61
V. El plano vital de esta casa: sobre qué trata esta tesis.....	65
CAPÍTULO I. VIVIR Y DESEAR: HAEDO	69
1. Etnografiar en el oeste del conurbano.....	71
2. Conocer la historia de Haedo	78
2.1. Veraneo y estancias.....	80
2.2. Paisaje fabril y casa “chalet”	84
3. Observar la comunidad en Haedo.....	88
3.1. De imaginada a practicada.....	95

3.2. Haedo vívido	97
Recapitulación	101
CAPÍTULO II. SE DEJA	104
1. Apropiar: acumular para producir ambientes.....	105
2. Habitar: rutinas, usos y artefactos	117
3. Narrar: del barco al mármol, del mármol al quebracho.....	121
4. Dejar: retirarse y mirar a otros.....	126
Recapitulación	132
CAPÍTULO III. SE INTERCAMBIA	134
1. Narrar: “construir por partes” y parentesco.....	135
1.1. “Primero, una habitación”: materiales, ayuda mutua y progreso ..	137
1.2. Transiciones habitacionales: del departamento a la “casa propia”	142
2. Apropiar: ordenar el paisaje y sublimar sus separaciones	146
3. Corporizar y organizar: emociones y lógicas del método KonMari.....	154
4. Compartir: entre sostener y celebrar	160
5. Intercambiar: circular <i>entre</i> casas	164
Recapitulación	168
CAPÍTULO IV. SE EXHIBE	170
1. Apropiar: concepto abierto y bienestar.....	170
2. Habitar: espacializar la gestión cotidiana	184
3. Anfitriónar: entre la exhibición y la crianza	189
3.1. “Hacer un chino”: tiempos (re)productivos en clave nativa.....	192
3.2. Celebrar a Gloria: “Día de la madre” y confusión	194
4. Valorizar: promesas, “alegría” y valores	197
5. Asegurar: paradojas entre el cuidado y control	203
Recapitulación	206

CAPÍTULO V. SE DECORA	208
1. Transitar: la “casa pasaje” como arreglo patrimonial.....	209
2. Habitar: espacialidad y objetos.....	212
3. Decorar: “vestir la casa”	220
4. Amueblar: “cálida” y globalizada	222
5. <i>Pinnear</i> : influencias e <i>influencers</i> en la casa.....	226
Recapitulación	233
CONCLUSIONES	235
1. Desnaturalizar la <i>casa propia</i>	239
2. El estilo de vida como proceso	241
3. Sobre las experiencias de clases medias.....	243
4. Género, transmisión generacional y <i>curaduría</i>	246
5. “Salir” de las <i>historias de casa</i> : reciprocidad y conocimiento antropológico	248
6. Caminos y <i>sueños</i> futuros	250
REFERENCIAS	253
INFORMES DE AGENCIAS GUBERNAMENTALES.....	278
LEYES Y DISPOSICIONES.....	278
DOCUMENTOS Y DIARIOS	279

LISTA DE MAPAS

Mapa 1. Límites municipales de Morón y de cada localidad que lo compone con *zoom* de detalle a Haedo.

Mapa 2. Región Metropolitana de Buenos Aires (RMBA), Aglomerados del Gran Buenos Aires (AGBA) y *zoom* del Municipio de Morón.

Mapa 3. Límites de la localidad de Haedo y coloreado sobre zonas al interior de la localidad.

LISTA DE PLANOS

Plano 1. Croquis aproximado planta baja de la casa de Rosa y Oscar (con patio).

Plano 2. Croquis aproximado planta baja de la casa familiar de Luisa (sin patio ni quincho).

Plano 3. Croquis aproximado planta baja de la casa de Gloria y Ariel (sin patio ni quincho).

Plano 4. Croquis aproximado planta del departamento de Isabella (sin balcón).

LISTA DE IMÁGENES

Imágenes 1 y 2. Fachadas de casas en Haedo.

Imagen 3. Digitalización del mapa con la ubicación de las principales quintas del Municipio (fines del siglo XIX y comienzos del XX).

Imagen 4. Quinta de veraneo Villa Delia.

Imagen 5. Fachada *chalet* californiano.

Imagen 6. Almacén El Centavo en Haedo.

Imagen 7. Tríptico del de barrio de Rosa y sus casas.

Imagen 8. Fachada de la casa familiar de Rosa y Oscar.

Imagen 9. *Hall/estar/garaje.*

Imagen 10. Cocina con *zooms* de detalles de mobiliario.

Imagen 11. *Living-comedor –pared con chapa–.*

Imagen 12. Díptico de la Casa en Guernica.

Imagen 13. Interior de la Casa Guernica.

Imagen 14. Tríptico de Morón Sur y sus casas.

Imagen 15. Fachada de la casa de Luisa.

Imagen 16. Cuadros de Martín en la casa de Luisa.

Imagen 17. Cuadro con técnica de fileteado que Luisa le hizo a su hijo Martín.

Imagen 18. PH habitado de Luisa en Morón Sur.

Imagen 19. Tríptico de Haedo Chico y sus casas.

Imagen 20. *Cocina integrada* en la casa de Gloria.

Imagen 21. *Living-comedor* de Gloria y Ariel.

Imagen 22. Materiales y texturas de la casa.

Imagen 23. *Deck* de la casa.

Imagen 24. Tríptico de Haedo Norte y sus casas.

Imagen 25. Fachada del edificio de residencia de Isabella.

Imagen 26. Decoración del *living* de Isabella

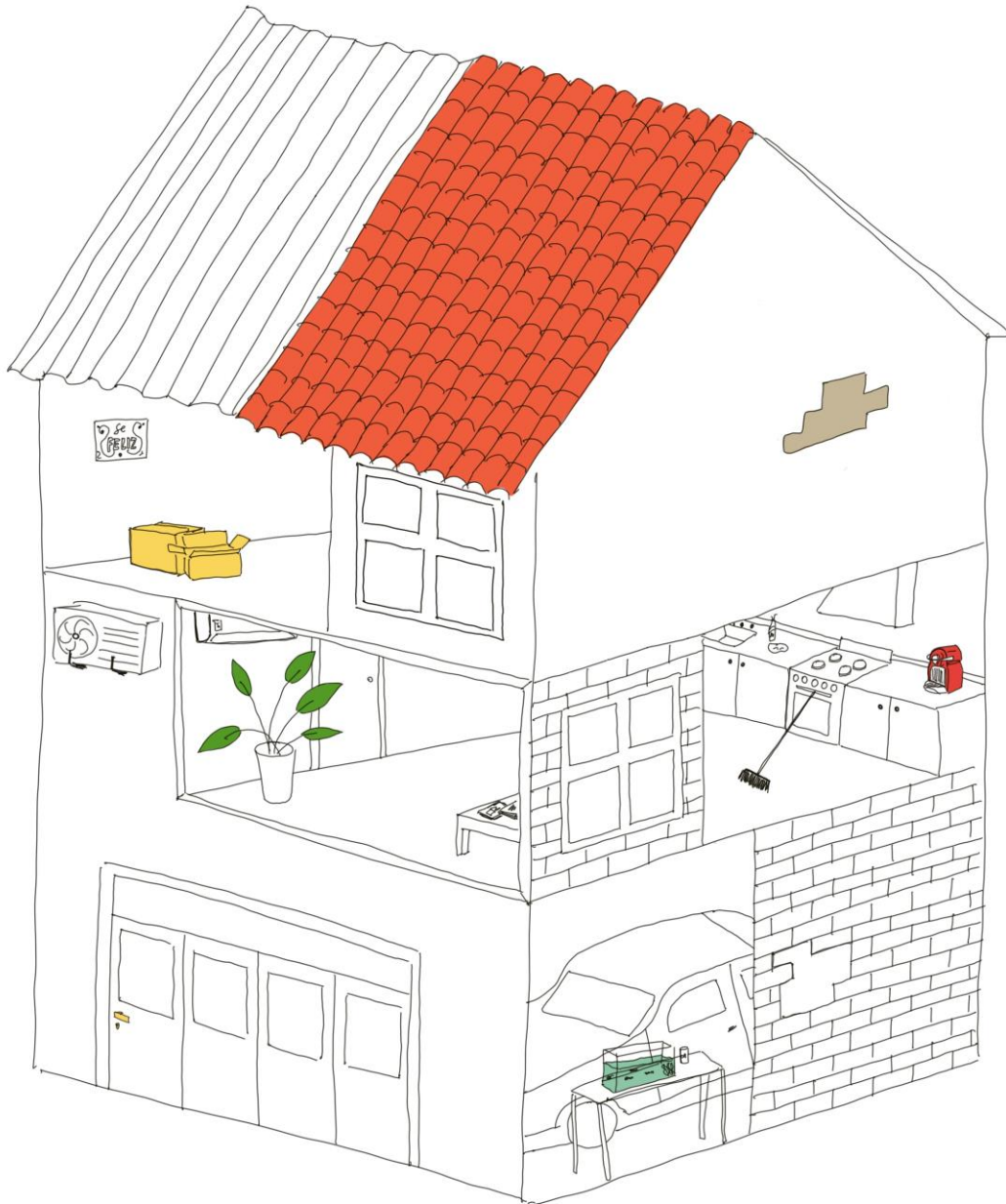
Imagen 27. Tableros de *Pinterest* de decoración de Isabella

Imagen 28. *Feed* (muro) de *Instagram* a quienes sigue (*follows*).

ETNOGRAFÍA DEL SUEÑO HABITADO

LA “CASA PROPIA” PARA LAS CLASES MEDIAS DEL GRAN BUENOS AIRES

POR MARÍA FLORENCIA BLANCO ESMORIS



DIRECTOR: SERGIO EDUARDO VISACOVSKY

CODIRECTORA: PATRICIA BEATRIZ VARGAS

Soñar, es sin duda uno de los datos que, incluso más que el sol y la lluvia, colocan a los
hombres frente a problemas idénticos.

Robert Callois, *La incertidumbre que nos dejan los sueños*.

Está viva porque se llena de gusanos y cae (envejece y muere) como la gente.
Hay que darle de comer porque si no tiene envidia y mueren los niños y la gente adulta
tiene pesadillas. El síntoma es que truena a medianoche y a las doce del día. El curador
de la casa puede ser un médico, o un viejito aunque no cure gente. Debe estar asistido
por una viejita que sostiene el incienso mientras el médico cumple con el rito...

Esther Hermitte, *Notas de Campo Objetos y Seres sobrenaturales*.

INTRODUCCIÓN

Propia, alquilada, prestada, tomada, compartida, narrada, pensada, ceremonial, ideal. Sea mediante el ejercicio de la imaginación, las prácticas de curaduría y cuidado que encierra, los reclamos que moviliza su acceso, las hostilidades que presenta no poseerla o la memoria que logra evocar su recuerdo, no hay un momento en que las personas en las ciudades no pensemos en el cobijo más inmediato en el que vivimos o deseamos vivir: la vivienda. Durante cerca de cuatro años de trabajo de campo me adentré en moradas ajenas: observé sus fachadas, habité sus cocinas, colaboré con sus arreglos, palpé cómo se descascaraban sus paredes, oí sus ruidos, incorporé las rutinas de sus residentes, celebré sus cumpleaños y, también, lloré sus pérdidas.

Mi intención original, enmarcada en un proyecto mayor, era indagar la producción social de los estereotipos sobre la clase media en la vida doméstica de diversas familias que vivían por fuera de la Ciudad Autónoma de Buenos Aires (CABA), Argentina. Dicha inquietud pretendía salirse de una geografía profundamente atendida y estudiada, como lo era CABA, pero venía con un interés predefinido¹. Siendo así, ingresé como antropóloga a investigar cuatro viviendas de la zona oeste del Gran Buenos Aires (a menudo referido como conurbano bonaerense, en alusión a los cordones que bordean CABA) entre el invierno y la primavera del año 2015. Al concluir el primer año, sin embargo, la mayoría de mis interlocutoras me habían conducido por distintos peldaños de sus derroteros biográficos respecto a cómo habían llegado a tener su “casa propia”²—anhelada y soñada—, el modo en que alcanzarla se traducía en una “tranquilidad” y la manera en que una localidad del Municipio de Morón, Haedo, configuraba sus trayectos cotidianos y/o sus deseos de habitar; quedando entonces, en un segundo plano mi intención investigativa original. En efecto, un conjunto de aspiraciones habitacionales propias y ajenas emergieron como significativas.

¹ Como becaria de iniciación doctoral en el marco del proyecto, PICT 1956/2013 “La producción social de los estereotipos sobre la clase media: discurso público, estilos de vida y las concepciones del hogar en la Argentina” (IR. Sergio Visacovsky) (Agencia INNOVAT).

² En esta tesis utilizo las comillas para las citas textuales y para destacar términos significativos desde el punto de vista nativo. Estos últimos contienen especificidad en el marco de la investigación y cuyo sentido será desagregado en cada caso. Una vez presentada la categoría, será empleada en el sentido explicitado, excepto que se indique lo contrario. El mismo criterio será usado para transcribir fragmentos de entrevistas no directivas y dichos utilizados por mis interlocutoras/es. Asimismo, me valgo de la letra cursiva cuando se trata de categorías sociales (Rockwell, 2009) o términos en lengua extranjera.

Rosa, Luisa, Gloria e Isabella³, principales protagonistas de esta tesis, me desplazaron –aun sin saberlo– hacia los contornos más porosos vinculados con la “casa” como un marcador simbólico-material entre algunas familias de las clases medias urbanas del Gran Buenos Aires. Para ellas y sus familias, “casa” fue la categoría utilizada para referir una y otra vez al lugar donde viven, sienten, recuerdan y vertebran quiénes son y quiénes pueden ser y que cristaliza posibilidades y constreñimientos a la vez que traduce disposiciones prácticas, creaciones e innovaciones, como una forma de intervenir el mundo. Mis interlocutoras encarnaron las experiencias y tensiones del *sueño de la casa propia*, así como también la (im)posibilidad de concretarlo en la vida cotidiana. En ese “estar ahí”, imaginarios sociales entraron y salieron de escena como una mancha de humedad difícil de remover o, como me dijo Luisa “como una caja que nunca se vacía”.

Meses después de mi inicio etnográfico, en diciembre de 2015, asumió Mauricio Macri –representante de la fuerza política Cambiemos– como presidente de la República Argentina. Su mandato coincidió con gran parte de mi trabajo de campo. Durante esos años se produjo una profunda degradación de las condiciones de vida, un crecimiento de la brecha de desigualdad y, paradójicamente, un aumento presupuestario en materia de seguridad (Wahren et al., 2018)⁴. En este marco, las condiciones de vida de mis interlocutoras/es sufrieron altibajos y modificaciones conforme a progresivos “tarifazos eléctricos”⁵ llevándome incluso a hacer trabajo de campo a oscuras. Amén de esto, continué escuchando cómo ellas aconsejaban a sus hijos/as “la inversión en el ladrillo” o en “algo tangible”, consejos que evocaban imágenes colectivas y clasificaciones sociales e identitarias a veces compartidas, a veces disputadas pero difíciles de ser traducidas en términos concretos.

Luego de este comienzo y al buscar estadísticas oficiales sobre este tópico del *sueño de la casa propia* llamó mi atención, a partir de consultar el último Censo Nacional de Población y Vivienda del año 2010, el peso de los hogares propietarios en

³ Los nombres y apodos de las personas que se mencionan en esta tesis han sido modificados para garantizar la confidencialidad.

⁴ Un informe elaborado por el Centro Estratégico Latinoamericano de Geopolítica (CELAG) en 2018 caracterizó la situación económica con el siguiente diagnóstico: “Recesión, inflación récord, pobreza y desempleo en ascenso son los resultados en materia económica que el Gobierno tiene para exhibir...” (Wahren et al., 2018, p. 24). Esto impactó en la población que vio erosionado su poder adquisitivo, su capacidad de compra y la posibilidad de proyectarse a un futuro de mediano y largo plazo.

⁵ Término nativo que alude a un brusco aumento de las tarifas de los servicios.

Argentina⁶. Este censo revelaba que a nivel país casi siete de cada diez hogares eran dueños del terreno y de la vivienda donde vivían⁷. De alguna manera, la recurrencia en los dichos y prácticas de las personas en mi etnografía resonaban entre mi lectura de notas de campo y las cifras que poco a poco iba encontrando. De hecho, esta fotografía a nivel nacional tenía diversas traducciones en lo que respecta al Área Metropolitana de Buenos Aires (AMBA) compuesta por CABA y partidos circundantes.

Para el año 2010, en CABA se registraba un total de 56,4% de hogares propietarios de la vivienda (en donde residían) y un 29,9% de hogares inquilinos. Este dato nos arroja que menos de seis de cada diez hogares eran propietarios de su vivienda. En el Municipio de Morón (Provincia de Buenos Aires, PBA), estos porcentajes sufrían significativas variaciones. Los hogares propietarios de las viviendas alcanzaban un 73,6%, frente a un 15,4% de los que vivían en condición de inquilinos (datos extraídos Iulita, 2019, p. 9)⁸, más de siete de cada diez, superando el valor señalado a nivel nacional. De acuerdo con el tipo de tenencia preponderante relevada en este municipio y, a las constantes y profundas alusiones a la “casa propia” de mis interlocutoras/es, mi inquietud viró completamente, a indagar estas viviendas propias que, paradójicamente,

⁶ Conforme al último Censo Nacional (CNPV, 2010) –último censo disponible– en Argentina, un 68% de los hogares (equivalente a 8.240.293) era propietario de la vivienda y el terreno en donde vivían mientras que un 4% (equivalente a 539.629 de hogares) era dueño de la vivienda únicamente. Asimismo, esta estadística arrojaba que un 16% (equivalente a 1.960.676 de hogares) residía en la vivienda en condición de inquilinos, un 7% (844.694 de hogares) en tanto ocupante por préstamos, un 2% (242.487 hogares) como ocupante por relación de dependencia y un 3% (343.896 de hogares) se hallaba en otra situación. Por su parte, la Encuesta Permanente de Hogares (EPH), para el primer semestre del año 2020, señala que un 62,2% de los hogares (equivalente a 5.814.000) en aglomerados urbanos era propietario de la vivienda y del terreno en donde vivían mientras que un 6,3% (equivalente a 593.000) de los hogares lo era de la vivienda únicamente, alcanzando la suma de ambos casi un 70% de los hogares en aglomerados urbanos a nivel país. Por su parte, los hogares inquilinos o arrendatarios de la vivienda se registró un total de 18,8%. Cabe destacar que esta encuesta refiere a la población de los Aglomerados Urbanos y no a toda la población de la provincia o el país. Dicho relevamiento se realiza con base a población residente en 31 aglomerados urbanos a lo largo del país (para el primer semestre de 2020 la población total de estos 31 aglomerados registraba 9.370.883 hogares y un total de 28.580.849 de personas). En los porcentajes de tenencia de vivienda no se incluyen hogares compuestos por pensionistas o servicio doméstico con cama adentro (EPH, 2020, p. 10). De acuerdo con las categorías expuestas en el anexo metodológico de dicha encuesta el “Propietario de la vivienda y el terreno: tiene derecho a usar o disponer de la vivienda y del terreno (venderlos, alquilarlos, darlos como garantía, etc.), aun cuando estén pendientes de pago (hipoteca)” y, por otra parte, “Propietario de la vivienda solamente: dispone únicamente de su vivienda, pero carece de derecho sobre el terreno” (EPH, 2020, p. 23).

⁷ Puesto en una perspectiva comparada, este número era incluso mayor a aquel relevado, por ejemplo, en Inglaterra, donde se estima que más de seis de cada diez hogares son dueños de la vivienda en donde viven (Home Ownership, s.f.)

⁸ Los absolutos, elaborados de forma propia a partir de Iulita (2019) y el CNPV 2010, señalan que el 73,6% equivale a alrededor de 78.680 hogares mientras que el 15,4% equivale a 16.462 hogares aproximadamente.

desde ciertos estudios sociales (Rodríguez et al., 2015) parecía ser la excepción más que la regla.

En esta línea y entre los modos de acceder a la *casa propia* suelen señalarse al menos tres lógicas imperantes: de mercado, público-estatal y de la necesidad promovida (Rodríguez et al., 2015). Mientras la primera se apoya principalmente en el poder adquisitivo de las personas, la segunda se organiza con base a estrategias que tienen al Estado como mediador y garante y, la tercera, se establece de acuerdo con estrategias informales⁹. De hecho, estos modos de acceso para concretar ese *sueño* tuvieron diversos correlatos narrativos y de expectativas en mi trabajo de campo, en donde, en un comienzo encontré que entre los accesos de las familias indagadas se articulaban dos lógicas, la de mercado y las informales o de necesidad promovida; modalidades y arreglos patrimoniales que iré explicitando en cada capítulo de esta tesis¹⁰.

Poco a poco, la incorporación a rutinas, agendas y eventos familiares fueron el camino para observar prácticas y advertir la importancia que la vivienda tenía para algunas personas de las clases medias como parte de un canon presuntamente pasado con efectos presentes y futuros en su habitar. Frente a esto me pregunté: ¿bajo qué formas acceden estas personas a la *casa propia*? ¿Qué sentidos, prácticas y objetos configuran su habitar? ¿De qué manera ocupan, mantienen y significan sus espacios? ¿Qué tipo de vínculos se establecen entre la configuración del hogar y la arquitectura de la casa? ¿En qué medida se puede pensar la intersección entre las clases medias urbanas y el *sueño de la casa propia* en estas experiencias?

El tema de esta tesis se sitúa en la intersección entre los estudios sobre el hogar y la familia, las clases sociales y la cultura material. Desde un enfoque y método etnográfico, describo y analizo los procesos involucrados en hacer del *sueño de la casa*

⁹ Otros trabajos señalan una modalidad de tipo híbrida como ser el caso de las obras de la empresa Financiera Industrial Nacional Construcciones y Anexos S.A. (FINCA) localizada en Ciudad Jardín Lomas del Palomar (Provincia de Buenos Aires), que llevó adelante una política de “crédito recíproco” la cual “era una modalidad financiera gestionada por empresas privadas mediante círculos de ahorro y destinada al financiamiento inmobiliario a bajo o sin interés. El sistema resultaba así en un instrumento financiero con dos propósitos, promover el ahorro comunitario y facilitar créditos baratos” (Gómez, 2012, p. 152).

¹⁰ Si bien en esta tesis no me centraré en la experiencia de aquellas personas que accedieron a la vivienda propia mediante una lógica público-estatal, siendo el Estado sobre todo a nivel provincial, un agente fundamental para garantizar el acceso a la vivienda por ejemplo a sectores populares urbanos. Sobre este tópico vinculado a las políticas de vivienda social puede consultarse Cravino (2020).

propia una realidad habitada en el marco de la vida cotidiana para algunas familias de las clases medias urbanas residentes de la localidad de Haedo y sus inmediaciones (Municipio de Morón, Provincia de Buenos Aires). Uno de los objetivos consiste en comprender las prácticas y los sentidos puestos en juego por las personas de esta clase social en la producción de modos legítimos y deseables bajo los cuales se puede vivir “bien”, quienes, para hacerlo, movilizan “imaginarios sociales modernos” (Taylor, 2006) anclándolos materialmente en sus casas.

Analizo entonces, las distintas formas de narrar, apropiar, significar y habitar la vivienda trazadas a partir de un compendio de dimensiones de la vida cotidiana relacionadas con el acceso a la casa propia y su ocupación, itinerarios habitacionales previos, vínculos y enlaces con la localidad de residencia, la emergencia de nuevos actores del mercado doméstico, lógicas de aprovisionamiento y gestión del dinero y la seguridad en la intimidad, entre otras aristas. Entiendo así que pensar desde la acción de soñar y la posterior producción de un relato sobre lo soñado (*dream accounts*) en tanto una “actuación social pública” (Tedlock, 2007), me posibilita hacer del *sueño* una clave bajo la cual comprender las expectativas que estas personas sedimentan en la vivienda. Atender mundos soñados, implica también desplegar prácticas, objetos y vínculos que hacen, siguiendo a Hermitte (s.f.), que tanto la persona como la casa no “mueran”.

El interés en esta temática se incorpora a una agenda internacional revitalizada en las últimas décadas en torno a la pregunta por la casa (*house*) como un interrogante investigativo necesario y de relevancia a observar (Samanani & Lenhard, 2019)¹¹. A saber, en distintos puntos del globo han surgido investigaciones y reflexiones sea sobre constitución de la esfera doméstica (Carsten y Hugh-Jones, 1995; Madigan y Munro, 1996; Carsten, 1997; Miller, 2001, 2008; Cieraad, 2006), el desarrollo de la arquitectura moderna y el problema de la carencia de vivienda (Cavalcanti L., 1987; Cavalcanti M.,

¹¹ Tanto la pregunta por el hogar (*home*) como por la casa (*house*) siempre ha quedado relegada a un segundo plano, en tanto accesorio o elemento *ad hoc* a objetos “más relevantes” como podría ser el parentesco, la magia y religión y el simbolismo (Samanani & Lenhard, 2019) –amén de los intereses tempranos de la ciencia antropológica rastreables en los trabajos de Lewis Henry Morgan y Franz Boas–. Como si la casa auspiciase de un “contenedor o escenario de aquellas relaciones sociales (...) que se consideraban de interés primordial” (Samanani & Lenhard, 2019, p. 2) (traducción propia). No obstante, aquellos trabajos tendientes a estudiar la arquitectura vernácula han aportado de manera temprana a este campo de estudio destacando modos diversos de concebir el espacio con base a la relación con la naturaleza y el ambiente tanto como por los sistemas de creencias y cosmovisiones imperantes en cada territorio investigado. Para consultar una revisión sobre la arquitectura vernácula, véase Petzet & Machat (2010) y Zorrilla (2015).

2009; Botas, 2011; Motta, 2014; Dumans Guedes, 2017), las narrativas y metáforas sobre el hogar ideal e imaginado (Saunders & Williams, 1988; Somerville, 1989; Douglas, 1991; Tucker, 1994; Mallet, 2004; Hurdley, 2006; Blunt & Dowling, 2006), las intersecciones entre “el adentro” y “el afuera” (Vom Bruck, 1997), las posesiones domésticas que configuran los diversos espacios y las rutinas (Csikszentmihalyi & Rochberg-Halton, 1981; Attfield, 1997; Skuse, 2005) y las modulaciones de la “presentación del yo” que se encarnan en una morada (Hurdley, 2006). Estos estudios a la vez que plantean una perspectiva novedosa sobre las formas que asumen los espacios de la casa, su ocupación y la articulación de estos con las relaciones familiares y de parentesco que los atraviesan, hacen hincapié en las maneras de concebir tales espacialidades de acuerdo con si son apropiadas (o no) para vivir (Chaney, 1996), bajo principios que *a priori* podrían definirse como morales (Howell, 2005). En nuestro país, también se han producido investigaciones en torno a algunos de estos tópicos enunciados, las cuales destacaron hechos histórico-sociales de importancia.

Desde fines del siglo XIX en Argentina, se fue elaborando y delineando la idea de la vivienda independiente como una materialidad a alcanzar. Entre desplazamientos y llegadas, las ciudades más populosas del país fueron escenario de diversos conflictos habitacionales dado el rápido crecimiento poblacional. Entrado el siglo XX se sostenía la creencia que el mercado se encargaría de resolver y regular la oferta, así como de generar los mecanismos de acceso necesarios para toda la población (Cutruneo, 2014). Esta creencia comenzó a resquebrajarse al identificar un estrecho mercado con una oferta deficitaria de viviendas. A decir, tales observaciones devinieron en una posterior sanción de la Ley de Casas Baratas en 1915 (Ley 9.677) a modo de asegurar una vía de accesibilidad desde el mismo Estado a diversos sectores sociales más allá de los grupos acomodados¹². Sin embargo, aun dicha medida el acceso siguió restringido¹³. Entonces, un conjunto de anhelos de migrantes y trabajadores/as quienes, mediante la vivienda procuraban alcanzar un tipo de movilidad social ascendente con cierta estabilidad y

¹² La Ley Nacional 9.677 del año 1915 crea la Comisión Nacional de Casas Baratas destinada a la construcción de viviendas obreras. Sin embargo, más allá de que los fondos provenían de las carreras hípcas, entre 1915 y 1943 se construyeron únicamente 977 casas. Cabe destacar que ya en 1907, la huelga de inquilinos, marca un viraje en la agenda de preocupaciones de gobierno (Cravino, 2020, p. 251).

¹³ Otra de las regulaciones en ese momento fue la sanción de la Ley de Alquileres de 1921 (Ley 11.156), que retrotrajo el precio del alquiler al mes de enero de 1920, y una Ley de locación (Ley 11.157).

formalidad, se afianzaron. En efecto, vaporosas imágenes fueron sintetizándose en el motor de búsqueda del *sueño de la casa propia* para gran parte de la población¹⁴.

De modo que la *casa propia* se constituyó en el epítome de la posición social entre algunos sectores, al consolidar una cultura doméstica y una planificación familiar deseable (Aboy, 2008). Progresivamente, la pauta habitacional que implicaba tener una vivienda independiente se fue transformando en una prerrogativa asumida y amplificadas por las clases medias urbanas (Cosse, 2006, 2008, 2010, 2014; Aboy, 2007, 2008, 2010, 2012, 2014), en tanto afianzaba apreciaciones y expectativas respecto al progreso, al ascenso social, al mérito y al desarrollo nacional, así como su rol en todo esto. Para dichas clases medias, esto vino acompañado de la difusión de valores y estilos de vida que ponderaban el modelo de familia nuclear, la unidad residencial independiente y cierta noción de “respetabilidad” dentro de este sector (Liernur, 1999; Aboy, 2008). Pese a la fuerza de dicha pauta habitacional, variadas formas de la convivencia doméstica tenían lugar en distintos puntos urbanos de Argentina, donde la cohabitación de la familia extensa, los altos precios del alquiler y patrones culturales diversos imposibilitaban llevar adelante este proyecto conjurado por las élites locales (Nari, 2004; Ballent, 2004).

La explosión masiva que atravesó la comercialización de unidades habitacionales hizo de la casa un tipo de “mercancía”¹⁵ deseada y buscada entre algunos sectores (Liernur, 2014), como mecanismo de afincamiento y de diferenciación profundizado en el segundo cuarto del siglo XX. Las políticas públicas que tuvieron lugar entre 1945-1955 generaron transformaciones de largo aliento, posibilitando el acceso de los trabajadores a un conjunto de derechos básicos. El Decreto de Alquileres de 1943 (Decreto 1580/43)¹⁶ y la de Propiedad Horizontal de 1948 (Ley 13.512)¹⁷

¹⁴ A modo indicativo, en otras partes de América Latina como es el caso de México puede verse Lindon (2005), para Chile ver Stern (2020) y para Brasil ver Kooper (2016). En dichos trabajos se advierten las particularidades sociohistóricas de cada país, así como los diversos proyectos políticos en que se inscribían, las iniciativas estatales elaboradas y las variadas experiencias subjetivas movilizadas a razón de la pertenencia social y el acceso a la vivienda.

¹⁵ Como señala Cutruneo (2015, p. 65), “no toda vivienda es una mercancía en su concepción; para que esto suceda tiene que darse en ese momento la separación entre agentes involucrados en su producción y los destinados al consumo de las mismas (Topalov, 1979)”.

¹⁶ Este decreto del año 1943 disponía una disminución del alquiler (Infoleg, s.n.)

¹⁷ “La ley 13.512 (Ley de Propiedad Horizontal) fue propuesta por el gobierno peronista (1946-1955) e integraba el primer plan quinquenal (1947-1952), formaba parte de las políticas de democratización del acceso a la propiedad inmobiliaria y de la ampliación del parque habitacional propuestos por el

impactaron en las condiciones de vida de este sector que logró una mayor estabilidad en sus vidas para poder ahorrar, a la vez que acceder a vacaciones, bienes de consumo y al esparcimiento y tiempo libre. Asimismo, estas políticas acompañadas por otras vinculadas a la nacionalización de los ferrocarriles y el otorgamiento de subsidios al transporte, dieron inicio a una serie de procesos que redefinieron los límites entre el lugar de trabajo y la zona de residencia.

De igual manera, ya desde la década anterior y con fuerza por este momento histórico, la figura del “arquitecto” emergió “como actor protagónico del mercado inmobiliario” (Cutruneo, 2015, p. 68)¹⁸ reforzando dicha mercantilización a la vez que posicionando un tipo de profesionalización tanto para planificar como para proyectar bajo parámetros cada vez más estandarizados. Como señala la literatura en ciencias sociales, el problema de la vivienda, tanto en Argentina como en diversos países de América Latina y el Caribe, se manifiesta como estructural a partir de 1970, momento histórico que se da una aceleración de los procesos de urbanización (Realini et al., 2020, p. 7)¹⁹.

En Argentina, en 1972 se crea el Fondo Nacional de la Vivienda (FO.NA.VI) cuya actuación luego quedará sujeta a organismos provinciales²⁰. La concentración de la

peronismo. Dicha ley, sancionada en 1948, marcó un quiebre en el uso y ocupación del suelo al promover una nueva conformación en el radio de la ciudad, con un crecimiento en altura y un incremento de la densificación fundamentalmente ubicado en las zonas céntricas” (Pilcic, 2019, p. 1).

¹⁸ Sobre este punto cabe destacar que: “La institucionalización de la profesión, evidente en la reproducción local de asociaciones gremiales (como la organización en 1918 del Centro de ingenieros arquitectos), la ya mencionada 3° escuela de arquitectura del país creada en 1923, en sintonía con la Reforma Universitaria (con arquitectos que, formados en Buenos Aires o el exterior pasaron a participar activamente de la enseñanza de la Arquitectura); y los intentos de posicionar a los graduados universitarios mediante la profesionalización de la construcción en la que Rosario era pionera desde 1918 anunciaban para la década de 1920 la emergencia de la relación arquitectos-mercado inmobiliario. Las primeras regulaciones de la propiedad a nivel nacional (leyes de alquileres de 1920 y 1943; ley de propiedad horizontal de 1948) y las primeras reglamentaciones de la construcción a nivel local con idas y vueltas, también evidencian en el ámbito político la génesis de la preocupación por construir el mercado de viviendas por parte de los distintos estamentos gubernamentales” (Cutruneo, 2015, p. 69).

¹⁹ Algunos trabajos señalan que desde la década del cincuenta los centros urbanos no alcanzaban a dar respuesta y absorber el crecimiento poblacional que migró a las ciudades desde distintos entornos rurales (Rodríguez et al., 2015).

²⁰ El FO.NA.VI. se creó mediante la Ley Nacional 19.929, para integrar un fondo “con recursos provenientes de los aportes de los empleadores, equivalentes al 2,5% del total de las remuneraciones, que sería destinado específicamente a la construcción de viviendas de interés social y obras de equipamiento urbano” (Realini et al., 2020, p. 7). Posteriormente, en 1977, se sanciona la Ley Nacional 21.581, que eleva el aporte al 5% y, asimismo, establece que el organismo de aplicación fuera la entonces Secretaría de Desarrollo Urbano y Vivienda. A partir del artículo 8 de esta misma ley los organismos provinciales debían ser autárquicos además de encargarse tanto de la planificación y ejecución de los programas de vivienda (Realini et al., 2020). Cabe destacar que en algunas provincias, como ser Mendoza (Instituto

población en los cordones que bordeaban la Capital Federal (hoy CABA) fue sustantiva conociendo saltos cuantitativos de importancia entre 1947 y 1970 en el conjunto de los partidos del Gran Buenos Aires (GBA). De acuerdo con los datos censales para esos años se pasó de 1.496.865 habitantes a 5.380.447 habitantes, alcanzando para el censo del año 2010 9.916.715 habitantes (datos extraídos de Iulita, 2019, p. 7) y evidenciando la consolidación del proceso de suburbanización²¹. Durante la década de 1970 se llevaron adelante diversas medidas de ajuste y liberalización, profundizadas y consolidadas en la década de 1990, que incidieron en el desigual acceso al suelo urbano, a partir de esto, centralizado en el mercado (Galvaliz et al., 2018). En este escenario, el ingreso económico de la población sería uno de los mecanismos exclusivos para acceder al suelo urbano y a la vivienda sea para alquilar, sea para comprar.

Anahí Ballent y Francisco Liernur (2014) destacan que entonces la vivienda moderna configuraba el conjunto de novedosos dispositivos generados para la conformación de unas nuevas identidades y subjetividades solo para pocos/as. La modernidad como baluarte se sostenía con base a la reproductibilidad de sus características arquitectónicas y estéticas como los valores morales que parecía evocar. En efecto, la *casa propia* y la difusión de un tipo de hogar moderno como modelo ideal por alcanzar (Pérez, 2012) representó entonces un acervo específico en la consolidación de las clases medias urbanas, ahora también, vinculadas con la adquisición y “correcto” uso de bienes y artefactos –como, lavarropas, hornos a gas y demás implementos domésticos–, a la vez que con prácticas que ponían a la mujer como principal depositaria de la administración del hogar. En el caso del Municipio de Morón, situado en uno de esos cordones, para 1947, el 46% de los hogares eran propietarios de su vivienda, incrementándose este valor a 73% para el año 1960 y a 79,7% para 1980. A contrapelo de estos porcentajes, para 1947 CABA registraba un 17,6% de hogares propietarios, para 1960 un 45,6% mientras que para 1980 un 67,8% (datos censales extraídos Iulita, 2019, p. 9). Estos porcentajes mostraban el peso de la condición propietaria desde hace décadas para este municipio.

Provincial de la Vivienda creado en 1947), Buenos Aires (Instituto de Vivienda creado en 1956) y la entonces Capital Federal, hoy CABA (crea la Comisión Municipal de Vivienda en 1967); ya existían diversos organismos de vivienda antes de la creación del FO.NA.VI.

²¹ Luego de 1947, CABA se mantiene casi en los tres millones de habitantes. Este territorio vivió diversos procesos sociales de complejidad sobre los que aquí no me detendré, pero vale mencionar que la masiva erradicación de quienes habitaban en villas de emergencia durante la última dictadura cívico militar, donde se estima que más de 200.000 personas fueron desplazadas, fue uno de ellos (Oszlak, 1991).

Luego de los embates económico-financieros durante la década de 1990 y tras la crisis institucional del 2001 (ver Capítulo I), los modos de ocupación del espacio urbano y suburbano se vieron trastocados por un conjunto de emprendimientos inmobiliarios que se consolidaban como la opción “disponible y deseable” para acceder a la vivienda propia y así dar curso a dicho *sueño* solo para unas pocas personas de las clases medias profesionales, apuntadas desde las ciencias sociales como las “nuevas clases medias”²². La crisis puso en evidencia la “caída” de algunas personas de las clases medias e hizo palpable una contingencia vinculada fuertemente con la experiencia de inestabilidad (Abadi y Mileo, 2002), vulnerabilidad y trastocamiento en el “ambiente material”– *material environment*– (Goddard, 2006) en donde muchas personas manifestaron afrontar fuertes cambios en sus estilos de vida (Lacarrieu, 2005), lo que se tradujo en afirmaciones respecto a que “ya no eran clase media” –*no longer middle class*– (Goddard, 2006, p. 275). Con el correr de las décadas y aun la heterogeneidad de experiencias (Lobato, 2007; Cosse, 2010; Aguilar, 2014), la *casa propia* y la familia nuclear continuaron, junto con ciertos consumos y bienes tecnológicos, caracterizando a las clases medias urbanas (Wortman, 2003) que traducían su habitar en diversas formas residenciales y arquitectónicas.

Si bien parte de los estudios sociales en Argentina se han orientado a analizar las pautas de acceso a la propiedad (mayormente bajo la condición de inquilinos/as que como propietarios/as) y los bienes y servicios asociados a la vivienda (Rodríguez et al., 2015 ; Felice, 2017), unos pocos, de manera reciente se han enfocado en describir y explicar rutinas, quehaceres y cosmovisiones que tienen a “la casa” como un *locus* de experiencias y sentidos diversos sobre el habitar –sea en el marco de emprendimientos inmobiliarios (Arizaga, 2005, 2017; Girola, 2006), en la consolidación de la vivienda independiente (Cosacov, 2016; Felice, 2017, 2018) y en el despliegue de estrategias habitacionales (Di Virgilio, 2007) o en la búsqueda por cultivar prácticas de religiosidad

²² Maristella Svampa destacó que “la fractura social provocó un debilitamiento sino la ruptura de los lazos culturales y sociales existentes entre los diversos estratos de la antigua clase media. Recordemos que los primeros estudios sociológicos sobre los “nuevos pobres”, como el de Minujín y Kessler, ofrecieron verdaderos relatos etnográficos de esta “caída”, y ayudaron a descender el velo que todavía conservaba una pobreza definida como de “puertas adentro” (...). Nada ilustra mejor este proceso de reconstitución de los marcos de sociabilidad que una primera aproximación sociológica acerca de las consecuencias operadas por los nuevos patrones de segregación espacial, desarrollados en la última década. Nos referimos al proceso de suburbanización de algunos grupos medios y medio-saltos, a partir de la creciente expansión de urbanizaciones privadas, entre las cuales se destacan los barrios privados y los *countries*, aunque también deben incluirse las chacras y los megaemprendimientos (pueblos o ciudades privadas)” (2000, p. 2-3). Mayores detalles en el apartado III. Las vigas teóricas de esta tesis.

y/o espiritualidad en el marco de procesos de suburbanización (Funes, 2018)²³-. No obstante, estos últimos, han hecho foco particular en CABA o bien en la parte norte y noroeste del GBA –con frecuencia aludido como conurbano bonaerense–²⁴. A diferencia de estos estudios que privilegian la zona norte del conurbano, en esta tesis procuro comprender las prácticas y los sentidos de la realidad habitada para familias de clases medias propietarias que residen en el conurbano oeste²⁵, en particular, en Haedo y sus inmediaciones (Municipio de Morón). Específicamente, entender la significación y traducción que asume el *sueño de la casa propia* para estas personas en la vida cotidiana.

I. El terreno empírico: sobre dónde y con quiénes se realizó esta etnografía

¿Cuán diferentes pueden ser los modos en que viven y significan sus casas personas que se autoadscriben a las clases medias y que habitan en el centro de la localidad de Haedo (Municipio de Morón) de quienes residen a dos, tres o cuatro kilómetros de allí? Tales distancias podrían suponer que no hay variaciones en el modo en que se arregla una pared, se decora una habitación, se saca un papel tapiz, se pone un sahumero para “sacar las malas vibras”, se acondicionan los ambientes para recibir gente o en cómo se narra el propio derrotero habitacional de una familia. Sin embargo, como presentaré, tales decisiones obedecen a un conjunto de dimensiones –generacionales, socioeconómicas y, sobre todo, estéticas y morales– que toman textura en la frontera de la casa.

²³ Para una mayor profundización con relación a la articulación entre estilos de vida y espiritualidad de la Nueva Era, véase Funes (2018).

²⁴ Otras investigaciones etnográficas que se han tenido a la “casa” como punto de referencia y sentido desplazándose de la geografía de CABA son: el estudio en torno a la casa y su articulación con la política y el trabajo en las experiencias de los sectores populares de la antropóloga Florencia Pacífico (2019). Y, aquella investigación que interroga la arquitectura doméstica de los pueblos pastoriles puneños en Sucre de la arquitecta y antropóloga Julieta Barada (2018).

²⁵ El mapa del Gran Buenos Aires desde hace 20 años se vio afectado por las diversas obras de extensión de carreteras con el fin de comunicar la Ciudad de Buenos Aires con la Provincia de Buenos Aires. Así, se atendió a una división de estos territorios por Corredores (Norte, Oeste y Sur) correspondiente a la etapa de construcción de carreteras (Accesos) o autopistas. Se considera como “Corredor Oeste” el área que circunda CABA que comprende los Partidos de Tres de Febrero, La Matanza, Morón, Ituzaingó, Merlo, Moreno (Autopista Acceso Oeste), área también atravesada por la Línea Sarmiento de los Trenes de Buenos Aires (TBA) que transita desde y hacia la Capital Federal.

Haedo es una de las cinco localidades que componen el Municipio de Morón²⁶ junto a Villa Sarmiento, Castelar, El Palomar y Morón (localidad cabecera) (ver Mapa 1). Para Gloria, Rosa e Isabella, Haedo resultaba importante en diversos sentidos: sea por la crianza y los cuidados que allí lograban resolver, por itinerarios habitacionales pasados que tenían en esta localidad sus marcas o por el horizonte de vida futuro en el que se imaginaban.

Mapa 1. Límites municipales de Morón y de cada localidad que lo compone con *zoom* de detalle a Haedo.



Nota. Mapa propio con base a los límites municipales²⁷.

²⁶ El Municipio de Morón, aún con sus heterogeneidades distritales, posee una tasa de actividad del 68,2 % y una tasa de empleo de 64,1%, situándolo apenas por debajo del promedio de ambas variables para los 24 partidos del Conurbano Bonaerense que presentan 69,2% y 64,8% respectivamente. Sin embargo, su tasa de desempleo es de 6% ubicándose 0,3% por debajo del promedio para todos los partidos. Datos extraídos del Observatorio del Conurbano Bonaerense, ICO-UNGS, con base al CNPV-INDEC (2010).

²⁷ Av. Presidente Perón, Colihue, Cañada de Juan Ruiz, Rawson, Pueyrredón, Don Bosco, Fray Cayetano Rodríguez, Av. Rivadavia, Güemes.

Inicialmente mi foco se centraría en casas únicamente en los límites administrativos de Haedo, dado su *boom* inmobiliario en la última década (Kamitz, 2015); sin embargo, con el correr de los meses entendí que el peso de esta localidad trascendía la lógica gubernamental-administrativa formando y performing las decisiones de quienes no residían en sus límites²⁸. Muchas de estas localidades nacieron con la explosión de la traza ferroviaria de finales del siglo XX, constituyéndose como lugar de retiro de la entonces Capital Federal materializado en las amplias y espaciosas casas con sus jardines verdes, así como un punto neurálgico de las comunicaciones²⁹. Haedo, a decir, se vio revitalizada en 1930 por el gobernador Manuel Fresco, quien residía en una antigua casona –hoy cedida a un centro cultural autogestivo–, como un lugar de distensión familiar y veraneo (ver *supra* Capítulo I). Desde entonces, ha tenido un crecimiento sostenido, fuertemente valorado tanto por sus residentes como por quienes viven en localidades aledañas. Aun con pequeñas oscilaciones, Haedo mantuvo su cantidad de habitantes: en 1991 con 41.475, en 2001 con 37.906, en 2010 con 37.745 (Síntesis Histórica del Partido de Morón, 2014) y en 2014 con 41.509 habitantes (Informe Acumar, 2014).

Actualmente, algunas de las casas en esta localidad –las más antiguas– se caracterizan por tener fachadas de ladrillos a la vista, amplios y extensos techos de color terracota se alzan en las viviendas de dos plantas (ver Imagen 1). Otras –posteriores y más pequeñas– se destacan por sus tejados a dos aguas, sus paredes de cemento alisado de color claro y sus puertas de madera maciza. Aunque en menor cantidad, también hay edificios, ubicados en el centro comercial, la mayoría frente a la estación de tren. Las construcciones más recientes, por su parte, se destacan por tener paredes de hormigón alisado pintadas con colores neutros (tonos grises o blancos) o tonos pasteles, techos planos o terminados con chapa galvanizada color negro y acceso pavimentados con portones metálicos y sistemas automatizados (ver Imagen 2). Más allá de esta variedad,

²⁸ En este caso, Haedo, con un precio por m² del terreno entre los US\$ 550 y US\$ 760, similar a aquellos valores de los terrenos en localidades del Corredor Norte, tales como Martínez (US\$ 692) o Acassuso (US\$ 616), ambas en el Partido de San Isidro (Informe de Distribución Territorial del Precio de Oferta, 2014, p. 17 y ss.).

²⁹ En *La Tribuna*, agosto 1967, especial por Norberto P. Devoto: “Haedo, 1902”.

la apariencia sigue siendo de tipo compacta, típica de ciudades de retiro con amplias y extensas casas³⁰.

La arboleda de tilos da sombra y aroma al paisaje, generando una experiencia particular de tranquilidad. Si bien Haedo no configura la unidad de análisis de esta tesis, permite evidenciar los modos en que se desenvuelven estas personas más allá de las fronteras de la casa y de qué manera configura o bien su itinerario de movilidad y circulación o bien un imaginario con relación al deseo que, aparentemente, proyecta esta localidad³¹.

Imágenes 1 y 2. Fachadas de casas en Haedo.



FACHADA LADRILLOS A LA VISTA



FACHADA TERMINACIÓN CON CEMENTO ALISADO

Nota. Fotografías de fachadas de casas en Haedo.

Cada vez que entraba a una casa me disponía a cruzar un umbral hacia un mundo (des)conocido, un ambiente para la vida (Ingold, 2000), un microcosmos (Bourdieu, 1991b; Douglas, 2008), una “imagen representada” (Ferreira, 2010), un *spectrum* (Barthes, 1980) o como dijo Isabella alguna vez “su oasis”. Mantener un ambiente, adquirir un artefacto, usar un objeto, vestir una prenda, oír un audiolibro, arreglar una gotera, son algunas de las tantas acciones que mis interlocutores/as realizan en el marco de sus viviendas, como modos de llevar adelante sus vidas, anclar sus prácticas y procesar sus pertenencias sociales a través de “cosas”. Desde el comienzo,

³⁰ Diversas ciudades del denominado conurbano bonaerense tienen este estilo arquitectónico y se encuentran estrechamente vinculadas con la expansión del ferrocarril, por nombrar dos de similares características en la zona sur: Temperley o Adrogué, y en la zona norte: Acassuso.

³¹ Más detalles sobre las características del conurbano oeste y Haedo serán explicitadas en el Capítulo I.

cuando conversaba con mis interlocutoras sobre las casas, sobre todo las ajenas, no paraba de escuchar frases del tipo “las casas hablan” o “si alguien está mal, lo ves reflejado en la casa”, dejando entrever la alusión al carácter interdependiente entre las casas y quienes viven allí.

Esta tesis recorre dinámicas sociales e itinerarios habitacionales de personas de clases medias que residen en cuatro viviendas correspondientes a: Rosa y Oscar; Luisa; Gloria y Ariel e, Isabella. Estas cuatro viviendas representan, en términos sociodemográficos, tres hogares familiares (Rosa y Oscar; Luisa y sus hijas y, Gloria y Ariel) y uno no-familiar unipersonal (Isabella). Sobre esto último, cabe señalar que el hogar unipersonal se desprende de la familia nuclear monoparental de Luisa, siendo Isabella una de las dos hijas de Luisa –quienes al iniciar mi etnografía vivían en la misma casa y componían el mismo hogar hasta que Isabella se mudó–. Mientras los tres hogares familiares viven en casas propias, Isabella (hogar no-familiar unipersonal) lo hacía en la que era la “casa propia” de su padre, pagando únicamente los gastos mensuales de expensas y servicios. Dos de las familias son descendientes de italianos/as (Rosa y Oscar; Gloria y Ariel) y una, aquella que componen Luisa e Isabella (a pesar de que luego residen en viviendas diferentes), descienden de paraguayos/as. Quienes integran estos hogares son heterosexuales y se formaron en colegios con orientación religiosa católica, se iniciaron en el catolicismo en alguna capilla o parroquia cercana o bien lo hicieron a partir de la escolarización de sus hijos/as. Adentrarme en los rasgos que los lazos de parentesco asumían en estos hogares, fue un movimiento necesario para comprender las memorias familiares, las prácticas habituadas y las tensiones latentes que ponían en evidencia el carácter complejo y dinámico entre la construcción de la identidad personal y la pertenencia familiar (Carsten, 2000, 2007; Fonseca, 2018).

Cuando inicié mi trabajo de campo, Rosa (58 años) y Oscar (61 años) se encontraban en lo que los estudios sociodemográficos llaman “etapa de nido vacío” (aludiendo a una pareja mayor sin hijos/a viviendo con ellos)³². Ellos organizaban sus tiempos de acuerdo con el trabajo, el ocio, realizando salidas esporádicas con alguna pareja amiga, y sus quehaceres en la casa. Entres idas y venidas, procuraban mantener “a flote” su casa localizada en El Palomar (a menos de dos kilómetros de la Estación de

³² Esta nomenclatura fue acuñada y utilizada en los estudios del Centro de Estudios para América Latina y el Caribe (CEPAL).

Ferrocarril en Haedo), zona que Rosa insistía en llamar “Haedo Norte”³³. La “casa propia” de Rosa y Oscar, donde antaño criaron a su hijo Franco (profesor de Educación Física, 27 años) y a su hija Carla (estudiante universitaria, 26 años), se caracterizaba por la presencia de puertas y paredes que dividían tanto los ambientes como las funciones de las habitaciones. Se trataba de una construcción de al menos tres décadas donde materiales como madera maciza, chapa y PVC irrumpían dentro de una espacialidad fragmentada de la que paulatinamente me manifestaron querer irse.

Si a simple vista algo destacaba a Rosa era su tupida cabellera de rulos color pelirroja que contrastaba con la tonalidad clara de su piel. Su metro setenta de altura y la ropa deportiva que la vestía a diario no pasaban desapercibidos cuando transitaba con su bicicleta haciendo compras por el barrio y sonriendo a vecinos/as que se cruzaba en el camino. Siempre con su riñonera cruzada en el pecho, cargaba “lo justo y necesario” sea para realizar la venta de productos estéticos de su marca o para hacer algún mandado. Oscar, por su parte, era de porte robusto y con los años ha perdido su cabello, a diferencia de Rosa, él solía vestir un jean azul desgastado y una camisa blanca, pues pasaba casi todo el día trabajando en su imprenta que quedaba en CABA. Sin embargo, cuando llega a su casa, se sacaba “este uniforme” y se vestía con unos *shorts* y una remera a modo de distenderse en su morada³⁴.

Luisa, por otra parte, estaba en una transición entre lo que se conoce desde la sociodemografía como “etapa de desmembramiento” (con una jefa de familia y uno o más hijo/as mayores de edad)³⁵ y la de “nido vacío”. Ella residía en la “casa propia” que antaño construyeron con su exmarido Gerardo, con quien estuvo casada por más de 30 años en Morón Sur (a cuatro kilómetros de la Estación de Ferrocarril en Haedo), y tuvieron dos hijos y dos hijas. Luisa era una odontóloga de 60 años que cuando inicié mi trabajo de campo vivía con sus dos hijas entre los 25 y 30 años. Luisa medía un metro cincuenta, de tez morena tenía pelo lacio color dulce de leche, a veces con reflejos dorados y, quien la escuchaba hablar notaba su tono de voz bajo que transmitía, al menos a mí, cierta calma. Ella siempre estaba preocupada por el detalle, su vestimenta, su peinado y de tener a mano todo lo que necesitaba. Mayormente la vi

³³ Mayores precisiones socioespaciales sobre las zonas serán presentadas en el Capítulo I.

³⁴ Mayores precisiones sobre Rosa y Oscar serán abordadas en el Capítulo II.

³⁵ En términos estrictos la sociodemografía refiere a la idea de núcleo conyugal o núcleo conyugal incompleto en esta figura.

vistiendo ambos de colores pasteles y con estampas de animales o de frutas para ir al consultorio localizado a unas cuadras de su casa. Luisa seguía viviendo en la casa familiar, tipo *chalet*, de dos plantas y con ladrillo a la vista; dicha casa la construyeron con Gerardo, del cual se había separado hacía más de una década cuando comencé la etnografía. Sus hijas, Rosario e Isabella, transitaban los 20 años y trabajaban en el rubro de la publicidad y la indumentaria. Eran delgadas, la primera morocha y con un aspecto juvenil, siempre vistiendo *jeans* y zapatillas y, la segunda con una castaña vistiendo con cierta formalidad (camisas, vestidos, etc.) y siempre combinando su vestimenta³⁶.

Gloria y Ariel, por su parte, transitaban entre lo que se conoce como la “etapa de expansión” (familia nuclear con núcleo conyugal e hijos/as entre seis y 12 años) y la “etapa de consolidación” (familia nuclear con núcleo conyugal e hijos/as entre 13 y 18 años). Gloria trabajaba cuidando y criando a sus hijos, y Ariel lo hacía en una empresa de la industria del hormigón construida con sus hermanos. Cuando comencé mi investigación toda la familia se había mudado hacía unos pocos años a su casa propia que habían construido a tan solo unas cuadras de la Estación de Haedo, en lo que se conoce como Haedo Chico. Apenas entraba a su vivienda, a primera vista recién habitada, me sorprendió lo espaciosa, abierta y luminosa que era. De estilo contemporáneo, con una fachada de cemento alisado, esta casa de dos plantas era la más alta de la cuadra. Entre sus características se destacaban sus grandes ventanales, la predominancia del color blanco, la apertura propuesta por un *open plan concept* (concepto abierto) y la flexibilidad de sus ambientes que permitían convertir una sala de estar en una oficina con tan solo mover algunos muebles. Gloria media un metro cincuenta, era delgada y tenía pelo lacio color nuez. Ariel, con una estatura apenas mayor que Gloria, también delgado, tenía barba y su cabello era corto y de color negro. En ese entonces, ambos tenían 39 años. En su casa, Gloria vestía “ropa cómoda” – *jogging* y/o *jean* y alguna camiseta– y Ariel, lo hacía distendido, optando por alguna camiseta excepto tuviera una reunión de importancia. Ariel se iba a trabajar bien temprano por la mañana y Gloria se quedaba con sus dos hijos e hija en casa,

³⁶ Mayores precisiones sobre Luisa y sus hijas y la arquitectura de su vivienda serán abordadas en el Capítulo III. Sobre Isabella se darán algunas características a continuación y en el Capítulo V.

encargándose de sus rutinas escolares y extraprogramáticas. Ambos disfrutaban de la casa y consideraban que les daba “bienestar”³⁷.

Por último, estaba Isabella, ella era la hija de Luisa, descrita párrafos atrás. Presencié su transición de la casa familiar a su “lugar propio” –la vivienda independiente– traducido en la conformación de un hogar no-familiar unipersonal. Ella estaba cercana a los 30 años, era delgada, de cabello color miel y de ojos avellana y le gustaba, como mencioné, vestir formal y a la moda: intentaba lucir bien sea para estar en su casa o para salir. Isabella tenía afición por la decoración, el diseño y la estética; por eso había estudiado en la universidad diseño de indumentaria, aunque no finalizó la carrera y trabajaba en el diseño y control de producción de una marca de venta *online* de zapatos en la zona oeste. Ella se mudó a “otra casa propia” de su padre Gerardo: un departamento –diré *casa pasaje*³⁸–. Apenas ingresé al departamento, ubicado en un edificio de dos torres en Haedo Norte (apenas a un kilómetro de la Estación de Haedo y su centro comercial), aun la estrechez del inmueble, noté cómo el *living*-comedor se conectaba con la cocina, auspiciando una forma de concepto abierto, como en la residencia de Gloria y Ariel, pero a una escala menor. También reconocía materiales como melamina y algunas maderas enchapadas en modulares y cómodas. Isabella utilizaba sus redes sociales para consultar sobre decoración, ver modos de organizar la casa y sus ambientes, así como “seguir” (*follow*) perfiles la proveían de “inspiración” para amueblar y ambientar el departamento con mobiliario “ligero” y con colores neutros³⁹.

Cada casa, sintetizada en las anteriores viñetas descriptivas, subrayan modos de ser, estar y ocupar espacios en donde las personas construyen y sedimentan sus *sueños* y deseos más íntimos. Para conocer y comprender tales acciones, tuve que desplazarme, de mis propias rutinas y lógicas y poner en práctica la etnografía.

³⁷ Mayores precisiones sobre Gloria y Ariel y sus hijos/as serán abordadas en el Capítulo IV.

³⁸ Esta noción será desplegada en el Capítulo V.

³⁹ Mayores precisiones sobre Isabella serán abordadas en el Capítulo V.

II. Los cimientos metodológicos: sobre cómo se realizó la investigación

Sólo quienes se arriesguen a hacer etnografía podrán aprenderla.
Eduardo Restrepo, 2016.

A medida que incorporé el oficio etnográfico y lo puse en acto en esta investigación, ciertas ideas y nociones previas se pulverizaron. Entonces, en algún sentido, yo misma también me pulvericé. Tuve que salirme de las posiciones cómodas, de mis propios lugares habitados y conocidos y problematizar aquellos *sueños* que creía compartidos con otras personas. Claude Lévi-Strauss señaló que es en la experiencia etnográfica en donde el observador “se capta a sí mismo como su propio instrumento” (en Augé y Colleyn, 2005, p. 93). Parte de eso implicaba dejar cualquier tipo de conformismo y problematizar aquello que compartía sociocultural y espacialmente con mis interlocutoras/es: Haedo y la incorporación a las clases medias.

Ni cuando inicié con mi propuesta doctoral ni cuando comencé con mi trabajo de campo pensé en reencontrarme con parte de retazos autobiográficos vinculados con nociones de ascenso, progreso y modos porosos en que el *sueño* de la casa propia se encarnaba en mi propia historia y abría mi asombro sobre las casas en las cuales realicé mi etnografía. Las escenas cotidianas que presento en esta tesis vienen con esperas, angustias, labores, afectividades, reparaciones, reinenciones que hablan de nuevos modos de ser, estar y practicar. Uno de los elementos más significativos es que las personas con las que realicé esta investigación no se sabían como sujetos de interés público. A diferencia de otros trabajos etnográficos –como pueden ser aquellos vinculados a movimientos sociales y políticos (Quirós, 2006)–, estas personas no estaban habituadas a ser abordadas por expertos/as y miraban con recelo mis intromisiones y preguntas. Podría decir que una buena parte de los primeros momentos de la etnografía nos alterábamos e incomodábamos mutuamente, aunque a todas estas personas ya las conocía hacía años.

Mi investigación se vertebró de acuerdo con un enfoque y método etnográfico (Clammer, 1984; Peirano, 1995). A menudo, tal como lo marca Restrepo (2016), la perspectiva etnográfica es lo que se aprende entre sucesivas fallas y aciertos en la experiencia del oficio, de una labor, por tanto “cada ejercicio etnográfico está marcado

en alto grado por las improntas circunstanciales que lo rodean” (2016, p. 11), por eso es único e irrepetible. La elección de esta herramienta de aproximación y relación con el conocimiento social me acercó a diversas situaciones para explorar no solo los modos que asume la experiencia, sino también sus fisuras, desavenencias y equívocos (Cabrera, 2010; Althabe y Hernández, 2005). Mis frustraciones con la etnografía configuraron las condiciones subjetivas de conocimiento en este terreno. Torpezas en los tiempos y modos de armar la agenda de trabajo (materializadas en desencuentros y llamados con reclamos) terminaron por generar momentos de explicación, de risas y de correcciones por parte de mis interlocutoras/es para conmigo.

En este estudio, el trabajo de campo⁴⁰, mi “cuerpo primario de datos empíricos” (Stocking, 1993, p. 43), se realizó estrictamente entre julio del 2015 y marzo del 2019 en casas de familias localizadas en Haedo y sus inmediaciones (Municipio de Morón). En esta etnografía movilizó técnicas como: la observación por medio de la participación⁴¹, entrevistas etnográficas⁴² e historias de vida. Sobre esto último cabe decir que, si bien en un inicio no tenía previsto hacer uso de esta técnica, el mismo devenir de la investigación me llevó a adentrarme en sus características y potencialidades⁴³.

Las *unidades de estudio* de esta tesis fueron las viviendas ubicadas en Haedo y sus localidades aledañas, todas partes del Municipio de Morón. El recorte geográfico de la indagación, esbozado en el apartado anterior y profundizado en el Capítulo I, tiene por fin problematizar cierta homogenización y vacancia sobre estos tópicos en la zona oeste del conurbano (Provincia de Buenos Aires). Las *unidades de análisis* fueron las

⁴⁰ En los meses siguientes realicé visitas a las casas, pero no con la sistematicidad con la que realicé mi etnografía esos años.

⁴¹ Siguiendo a Rosana Guber, “El único medio para acceder a esos significados que los sujetos negocian e intercambian, emiten y reciben, es la vivencia, la posibilidad de experimentar en carne propia esos sentidos, como lo hacen todos los individuos en su socialización. Y si, como dijimos en capítulos anteriores, un juego se aprende jugando, entonces una cultura y sus significados se aprenden viviéndolos. De ahí que la participación sea condición sine qua non del conocimiento de un sistema cultural” (2004, p. 11).

⁴² De acuerdo con este enfoque la entrevista consiste en un proceso en donde se pone en juego una relación, un vínculo que las partes involucradas conciben y significan de manera diferencial. En la entrevista, el contexto es parte de la trama misma en los que se pueden distinguir entre un contexto ampliado y uno de tipo restringido. Mientras el ampliado refiere a los lazos políticos, económicos, culturales y ambientales que involucran tanto al investigador/a y el/la informante; el contexto restringido se refiere a la situación sociales específica (Guber, 2013).

⁴³ En el subapartado II.I Historias de vida, historias de casa, explico el uso que hice de esta técnica, recupero aportes sobre el uso de la historia de vida en antropología y presento sus principales referentes.

familias, en este caso, tres familias residiendo en cuatro viviendas y configurando cuatro hogares (tres hogares familiares y un hogar no familiar unipersonal). La delimitación de estas familias y sus viviendas se organizó con base a dos criterios. El primero, la *factibilidad*, de poder realizar un estudio de estas características posibilitado por mi acceso a informantes en el municipio de Morón. El segundo, la *accesibilidad* de ingresar a la esfera doméstica y la cotidianidad de estas personas, lo que supuso afianzar relaciones y gestionar concesiones a modo de poder concretar un “estar ahí” que implicó irrumpir en un mundo al que solo pocas personas tenían acceso. El acceso a estas familias surgió a partir de ciertos observables que me posibilitaron una aproximación heurística a las clases medias. Estos observables (como ser la extensión y estética de la casa, la zona en la que se sitúa, la escolaridad de sus hijos –en caso de tenerlos–, la vestimenta, entre otros), se complementaron con dimensiones como ocupación e ingreso⁴⁴. Este criterio se apoyó en la propuesta de Ellen (1984), quien ponderaba la “muestra significativa” como posibilidad de “dar cuenta de cierto haz de relaciones de un sistema social” (en Guber, 2013, p. 129). Acontecimientos y prácticas –en las casas– auspiciaron como vías para comprender dimensiones amplias del mundo social y material. A lo largo de este escrito, voy y vengo entre *categorías analíticas* y las *categorías nativas*, navegando en sus tensiones y ambigüedades, sobre todo entre aquellas como: “casa”, hogar y familia⁴⁵.

Los lazos iniciales con estas familias se originaron por mi sociabilidad en la zona, desde hace décadas, en particular, a partir de mi escolarización en un colegio de gestión privada y de orientación católica. Esto auspició como puntapié para motorizar contactos. Apelé a dos estrategias para construir el campo: la primera, volver a jugar al *hockey* en un equipo de alumnas y exalumnas del colegio y, la segunda, hablar con las madres de mis amigas y compañeras de colegio. La partida de mis amigas de sus casas de origen fue una oportunidad que, de manera imprevista, resultó significativa para llevar adelante la etnografía por dos factores: la disponibilidad de las madres y padres de mis amigas y del rol que se me fue imputando en el campo: “hija adoptiva”. Todas

⁴⁴ Respecto al nivel de ingreso mensual, los tres hogares familiares superaban el nivel de ingreso mensual previsto para una familia profesional en aglomerados urbanos, incluso, sus ingresos llegaban a superar al menos dos veces el promedio (principalmente Gloria y Ariel y en menor cantidad Luisa). El hogar no-familiar unipersonal superaba hasta un 50% más el nivel de ingreso medio considerado para un hogar unipersonal. Según informe EDSA-Bicentenario/UCA para 2016 y 2018.

⁴⁵ Véase el subapartado III.I en esta misma Introducción.

estas personas se vinculaban directamente con el colegio católico ubicado en El Palomar, y aunque con dubitaciones, aceptaron que realizara mi estudio con ellas/os. En un comienzo, procuraba indagar la experiencia en otras localidades aledañas que pertenecían a otros municipios (ejemplo: Ramos Mejía, en La Matanza) pero esta estrategia se fue desvaneciendo a medida que conocidas/os dejaban de responderme los mensajes o “me clavaban el visto”, con referencia a que veían mis mensajes y luego, no contestaban. Puedo decir entonces que mi campo me lo construyeron, o lo construí de modo relativo, con base a la aceptación de mis interlocutoras/es que paradójicamente residían en el mismo Municipio, Morón. En el marco de este territorio, a medida que pasó el tiempo conocí el rol que jugaba la localidad de Haedo como un lugar deseado en a la hora de elegir dónde vivir.

Estrictamente mi inicio, bajo el rol de antropóloga, fue en la casa de Gloria. A ella la conozco desde hace varios años cuando nos sumamos conjuntamente a un equipo de *hockey* de madres y exalumnas de un tradicional colegio católico de la localidad de El Palomar. Gloria y su familia constituyeron mi primer eslabón en esta experiencia que es, al momento, mi mayor desafío metodológico y reflexivo: hacer trabajo de campo puertas adentro (Miller, 2001). A esta aventura se incorporaron las familias de Rosa, Luisa e Isabella. En un primer momento, pude ir acercándome a sus formas de significar, recordar y “dejar” la casa.

Con dificultades y contratiempos para equilibrar las múltiples agendas de las familias, he compartido espacios de sociabilidad, prácticas de *hockey*, cenas, cumpleaños, días festivos (ejemplo: Día de la Madre) hasta fines de semana en la quinta, que permitieron acceder a las formas en que las y los actores jerarquizan y ocupan los espacios de la casa, así como la división y organización del tiempo. Los temas en las conversaciones –formales e informales– fueron amplios, pero a menudo versaron sobre la división del trabajo en el hogar (tareas y horarios), el dinero, las expectativas a futuro, las relaciones sociales y el ocio, y me han provisto de datos sobre historias de vida personales y familiares.

Para estas familias, las prácticas, los lenguajes y las emociones se articulan continuamente con valores y moralidades que, de alguna manera, normativizan y organizan las vidas propias y ajenas aun siendo contradictorios y heterogéneos de una familia a otra o entre quienes forman parte de un mismo grupo familiar. No reparé en

esto hasta que, revisando mis notas de campo y descripciones volví sobre frases y sus coordenadas de sentido. Una que llamó particularmente mi atención fue: “mis viejos querían estar bien y yo busco el bienestar”, donde tensiones generacionales tenían eco en la búsqueda o no de concretar el *sueño de habitar lo propio* o bien proponer otros sueños. Había distinciones sutiles, casi imperceptibles y, sin embargo, significativas. Aquí, el desplazamiento entre lo que un/a padre/madre procuraba materializar y las propias alusiones de hijos/as a lo que era de importancia marcaban el pasaje del estar por buscar y del bien por bienestar. Las marcas generacionales hacían mella en la experiencia cotidiana de estas personas y en la elección de objetos y materiales, a la vez que ponían a prueba mi propio registro y comprensión de esto. De alguna manera, el relativismo metodológico (Grimson, Merenson y Noel, 2011), como parte de las disposiciones de construcción de conocimiento del oficio etnográfico, me permitió advertir y explicitar las diferencias al interior de las configuraciones familiares y salir de una clave que supedita lo personal a lo familiar.

Sobre las características de mis diarios de campo y registros, es menester indicar que estos se centraron en dimensiones materiales y espaciales de la vivienda, así como sentidos y prácticas que tienen lugar dentro y fuera de sus límites. Esto me condujo a observar la interdependencia entre casas, quehaceres y arreglos como uno de los grandes aprendizajes de la investigación. A estos registros fueron incorporadas imágenes propias y aquellas tomadas por mis interlocutores/as. También realicé entrevistas no directivas a agentes inmobiliarios, comerciantes de la zona y “vecinos históricos” para conocer más sobre este territorio. Asimismo, efectué una búsqueda documental y de archivos en el Instituto y Archivo Histórico de Morón, en donde he recabado datos sociodemográficos y socioeconómicos sobre las localidades del municipio, así como información urbana y habitacional sobre Haedo. Complementariamente, llevé adelante entrevistas no directivas con arquitectos/as, y decoradores de la zona que se plasman de manera fragmentaria en este escrito. Utilicé programas como *HomeByMe* para diagramar los croquis de las casas y *Canvas* para organizar la composición fotográfica y otros elementos visuales que aparecen en la tesis.

II.I. Historias de vida, *historias de casa*

Como señalé, la misma pregunta por los itinerarios habitacionales de las personas me condujo a conocer sobre sus antepasados y sus experiencias previas. Por tanto, esta tesis también se ubica en el campo de trabajos que han articulado antropología e historias de vida, como un cruce que contribuye a situar en tiempo, espacio y memoria las vidas de las personas con las que trabajamos (Veras, 2010). Es decir, un relato sobre sí a través del tiempo en donde se reconstruyen vivencias y se transmiten memorias y recuerdos, así como se puntualizan hechos significativos delineando relaciones con los miembros de su grupo de pertenencia, de su clase social, de su lugar de origen, de la geografía que habita, entre otras características (Veras, 2010). Como señala Eduardo Restrepo: “Para la etnografía, la historia de vida es relevante porque nos permite explorar e ilustrar, en la trayectoria vital de una persona, los significados y prácticas culturales en las cuales se encuentra inserta” (2016, p. 61). En mi investigación, de modo inesperado, fui construyendo historias y pensando preguntas comunes que se volvieron un camino a recorrer a medida que iba a las casas y volvíamos sobre diversos puntos e hitos de sus propias vivencias. A decir, esto se desarrolló desigualmente en cada vivienda articulándose de modo particular de acuerdo con las observaciones directas realizadas y las entrevistas etnográficas.

Como destacan Buechler y Buechler (2012, p. 247) los primeros trabajos de historias de vida tendieron a apoyarse en “figuras históricas” de renombre basadas en archivos “objetivos” desestimando otras fuentes que no lo fueran. No fue sino hasta la década de 1950 y de 1960, expansión y afirmación del género de la historia oral, en que comenzaron a recogerse otros registros. En ese entonces, la historia dominaba la utilización de esta técnica. Por su parte, muy tempranamente la antropología se había orientado a registrar narraciones de individuos y grupos como representativas de la cultura bajo la premisa de que tanto la práctica como el recuerdo debía ser “salvado” por esta ciencia y mediante estas técnicas (Buechler y Buechler, 2012, p. 248)⁴⁶. Poco a

⁴⁶ Como destaca Veras (2010) “Ya en el comienzo del siglo XX, sociólogos y antropólogos utilizaban la historia de vida y el relato oral en sus investigaciones. Entre los pioneros en la utilización de estas técnicas están Franz Boas, W. I Thomas, F. Znaniecki y J. Dollard. Boas utilizó la historia de vida como una forma de preservar la memoria de la vida tribal, a partir del relato de *caciques* y *shamanes* americanos. Argumentaba que los comportamientos y valores pueden ser encontrados en la memoria de los ancianos, aunque ellos ya no vivan en la organización de que habían participado en el pasado” (Veras,

poco, grupos de mujeres (Lurie, 1961; Smith, 1954) o personas marginalizadas (DuBois, 1944) comenzaron a considerarse como sujetos históricos legítimos sobre los que hacer énfasis a los fines de conocer la experiencia común y compartida de la vida más allá de las figuras de renombre. En este caso, mi etnografía me llevó a trabajar sobre trazos de mujeres cuyas huellas biográficas pueden *a priori* ser percibidas como “comunes” o “normales” y, sin embargo, resultar sumamente significativas y claves en tanto portadoras y hacedoras de marcos culturales del mundo que habitan, en particular, como parte de las clases medias.

En el marco de estos antecedentes, Oscar Lewis en sus diversos trabajos tanto en las zonas rurales como los suburbios de México, los trabajadores en Cuba y la población pobre de Puerto Rico, fue quien realizó una incorporación sistemática de esta técnica en sus investigaciones como *Los hijos de Sánchez* (1961) y *La vida* (1965), aunque la relación entre estas historias y sus contextos y comunidades más amplia fue algo que escaseó en sus obras. Sus investigaciones y hallazgos sintetizados bajo la idea prematura de “cultura de la pobreza”, con relación a las respuestas y prácticas que las personas llevan adelante en contextos de extrema vulnerabilidad social, horadaron y llevaron a las sombras sus aportaciones metodológicas en este campo. Sydney Mintz (1960) buscó situar la historia de vida en el contexto sociohistórico más amplio: ubicando a sus informantes en términos de clases social y religión. Asimismo, puso en evidencia, al igual que Nancy Oestreich Lurie (1961), cuál era la relación que había establecido con sus informantes a modo de mostrar el ejercicio “reflexivo” sobre su producción de conocimiento. “Las historias de vida antropológicas constituyen tentativas de desenmarañar los misterios de la cultura en orden a hacer más comprensible por qué las personas se esfuerzan tanto por mantener su propia cultura” (Buechler y Buechler, 2012, p. 251)⁴⁷. June Nash (1976), en *I Spent my life in the Mines*, despliega la historia de vida de Juan Rojas, quien representa un pasaje: el de ser un campesino rural a un proletario de la mina, poniendo en escena una experiencia “común” a la vez que colectiva de una persona del poblado. En efecto, se puede decir que la historia de vida posibilita “ubicar al individuo en contexto o posición,

2010, p. 142). Asimismo, Buechler y Buechler (2012) destacan el trabajo de Radin (1963), originalmente publicado en 1920.

⁴⁷ Asimismo, el estudio de Wikan (1990) en Bali posibilita la ubicación de la historia de vida en un contexto más amplio.

permitiendo así al lector desenredar los diversos vectores, generales y particulares, de los que se compone la vida de un individuo, así como llegar a comprender la naturaleza de su concatenación” (Buechler y Buechler, 2012, p. 257).

De manera reciente, en América Latina se han revitalizado un conjunto de contribuciones significativas para considerar tanto la dimensión familiar como intergeneracional. En esta línea, las aportaciones de Luiz Fernando Dias Duarte y Edlaine de Campos Gomes (2008)⁴⁸ en Brasil, quienes no solo investigan sobre sus propias sociedades sino también sobre sus propias familias, reconocen la importancia de esta técnica metodológica en tanto permite identificar dimensiones intergeneracionales en lo que a la familia y a sus integrantes refiere. En donde, contextos y situaciones pueden ser diversamente vividos, leídos e interpretados. Por su parte, Judith Freidenberg (2013)⁴⁹ ha estudiado el tiempo cotidiano a partir del despliegue de técnicas como las historias de vida y el estudio de las trayectorias personales para comprender los modos de construcción e invención de la identidad argentina.

En esta tesis, presento la manera en que las *historias de vida* se enlazan con las casas y sus ciclos vitales, deviniendo en lo que llamo *historias de casa* puesto que hago énfasis en las viviendas, las modificaciones constructivas y las dinámicas habitacionales vívidas. Así, emulo cierta mirada longitudinal, ya auspiciada por Kopytoff (1986)⁵⁰ con relación a objetos y materiales, aquí, sobre la morada. Cada *historia de casa*, anclada en los derroteros de mujeres, es particular y presenta de una manera única la relación con la propia historia con el habitar y su memoria familiar. Este tratamiento metodológico me permitió advertir la ambivalencia entre lo particular y lo plural de cada caso a la vez que

⁴⁸ Estos autores problematizan sus propias biografías en un proceso de objetivación de las condiciones de producción en las que llevan adelante sus interrogantes e inquietudes investigativas. Tal interés lo ponen en el marco de un campo académico de intelectuales brasileños/as que han tendido autorepresentarse como una élite.

⁴⁹ Además de sus aportes teórico-analíticos, el trabajo de Freidenberg (2013) “La invención del gaucho judío. Villa Clara y la construcción de la identidad argentina” ha contribuido metodológicamente al quehacer antropológico local e internacional soslayando el modo en que técnicas como las historias de vida pueden ser utilizadas tanto en el desarrollo de la investigación social como pública (Freidenberg, 1998).

⁵⁰ Igor Kopytoff, al analizar los suku de Zaire, decía que para ellos la expectativa de vida de una choza podía alcanzar los diez años y que, cuando “muere”, se convierte en una casa de huéspedes, el hogar de una viuda o bien una guarida o refugio para adolescentes (1986, p. 92). En su análisis, la choza parece cuando terminan por comerlas las termitas. Este contrapunto es interesante porque plantea otro ciclo vital posible de la morada.

repensar los encuentros y desencuentros con el contexto que le daba sentido (Ferrarotti, 1989).

II.II. Consideraciones reflexivas y escriturales

Asumirme como mujer heterosexual de clase media que comparte una sociabilidad católico-cristiana con las personas involucradas en este estudio me llevó a generar distancias comprensivas con lo que ello posibilitaba y constreñía en el hacer etnográfico. Esto me permitió mayor accesibilidad, continuidad y profundidad en las casas a partir del lazo con las mujeres de la casa. Sobre esto último, cabe mencionar que mi ingreso y permanencia fue mediado y posibilitado gracias a las mujeres de la casa, muchas de ellas sostén económico y afectivo de la familia, mientras que, en otros casos, la jefatura económica era compartida. Entiendo que las mujeres, en términos amplios, son *curadoras* de sus afectos y de sus casas al destinar tiempo, energía y recursos para sostenerla “a su manera”. Durante gran parte de mi etnografía estuve con mujeres, sin sus parejas, sin sus hijos y sin sus padres, lo cual generó un ambiente propicio para poder conversar y compartir sus visiones de mundo⁵¹.

Si bien con ellas desarrollé un vínculo privilegiado, también establecí diversos lazos con demás familiares y amigos de la familia. Aun contando con un acceso frecuente a estas familias, mi “estar ahí” fue mediado y necesitó en todas las instancias de algún tipo de negociación previa (vía llamada, mensaje, *WhatsApp*, *Facebook*) con las mujeres. Tal como lo señalara Hermitte, “la situación de campo es dinámica y fluida por naturaleza y la adaptación del investigador ha de fluctuar entre observador y participante, entre extraño y amigo, según se lo exijan las circunstancias” (2002, p. 230). A medida que fui transitando diversos rótulos que me fueron asignados –como “la amiga”, “otra hija”, “la universitaria”, “la jovencita”–, se fueron abriendo las puertas de la cotidianeidad e intimidad. En nuestros diversos encuentros, tanto ellas como sus familias, siempre se refirieron a mí con un apodo que mi familia me dice desde que soy muy pequeña y bajo el cual ellas me conocieron: “Chochi”.

⁵¹ Victoria Goddard (1996, p. 6) señala que trabajar entrevistando mujeres en condiciones similares a las enunciadas posibilita conocer sus mundos con menores cohibiciones (*less inhibited*).

Durante al menos tres años, colegas y amigos/as me preguntaron cómo construía la distancia con las personas que resultaron mis interlocutores, personas que conocía y me conocían. Nunca tuve una respuesta, no hubo un desplazamiento geográfico significativo que argumentase tal distancia, sino más bien uno cognitivo (Wright, 2008). La propuesta consiste así, en exponer aquella realidad habitada en la “casa” que surge en la experiencia y sus ambigüedades manifiestas, pues “la única garantía para interpretar metáforas procede de la mezcla entre lo que la gente hace y lo que dice” (Douglas, 2008, p. 17).

Esta tesis se labró con base a dos momentos significativos. El primero: una mudanza, la propia; el segundo: la cuarentena dispuesta en marzo del 2020 por el aislamiento social obligatorio declarado a razón de la pandemia ocasionada por el COVID-19. De modo que el desplazamiento y la permanencia en estas dos instancias de escritura me habilitaron a leer y advertir mis notas desde otro ángulo. De modo que cuando comencé a escribir esta tesis, estaba dejando *mi casa*, el departamento en donde alquilábamos con mi compañero. Con el tiempo, había familiarizado tanto las formas del habitar que, problemáticamente, no podía distanciarme de todo lo que se moviliza y entra en juego para una persona al momento de mudarse. Parte de mí había naturalizado la confianza y el relajo del saber dónde estaban las cosas en mis modulares, de conocer las mañas para que nunca falte el agua caliente o de pasar dos pisos en el ascensor con algún otro vecino hablando sobre el clima mirando atenta el visor esperando llegar al piso de destino. Todo eso era parte de mi comodidad, no ocupaba lugar en mi cabeza. La mudanza removi6 mis notas de campo y, con estas, mi atención. Sacudi6 mi vínculo con la casa y las cosas, me llev6 a fuertes discusiones con familiares que me vinieron a “dar una mano” sobre qué tirar y qué no, como si la aceptación de otros de que “está bien” que me quede o me deshaga de algo, me acercara a “lo correcto”. Asimismo, ese desplazamiento permiti6 que “tamizara” mis registros de otra manera, a la vez que se present6 como una oportunidad para que mis interlocutoras intervengan y refieran a mi propia casa. Sin lugar a duda, la etnografía trata de exponerse y mostrar que esas certezas que nos constituyen pueden ser franqueadas por alguna pregunta o comentario de un nativo, como un *shenga* al que se le van sacando todos los eslabones más complicados hasta que solo quedan piezas para armar.

El confinamiento preventivo, social y obligatorio por la COVID-19 durante el 2020, por otro lado, hizo que revisara mis análisis y me puso frente a la multiplicidad de modos de construir normalidad en la vida cotidiana de las personas: las espacialidades, el acceso a servicios, la posibilidad de contar con más o menos m², los artefactos que mejoran las experiencias puertas adentro, la limpieza y la higiene, así como el rol beligerante de las mujeres en ese ejercicio curatorial del “estar ahí”. Este se reveló como un momento oportuno para reflexionar sobre la espacialidad y la vitalidad de la casa articulada con experiencias familiares, así como sobre la constitución de un “hogar adecuado” en donde poder recluirse (Blanco Esmoris, 2020). Sin duda, las acciones de confinarse y desconfinarsse amplificaron el escenario de necesidades, demandas y complejidades que la concreción del *sueño habitado* puede presentar.

III. Las vigas teóricas de esta tesis: “casas”, “cosas” y clases medias

- ¿Miramos casas?

- Miramos casas- señala las casas que hay a los lados.

Son inmensas. Resplandecen sobre sus lomas de césped fresco, brillantes por la luz fuerte del atardecer.

Samanta Schweblin en “Nada de todo esto”, *Siete Casas Vacías*.

Si “estar” en la vida cotidiana de estas personas fue mi primer desafío, el segundo lo constituyó volver legibles sus prácticas y sentidos en este marco. Comprendí entonces que no había una división taxativa para mis interlocutoras/es, o al menos, aquella que yo asumía de acuerdo con lo ordinario y lo extraordinario como dos entidades temporales diversas sino que se organizaba estrechamente de acuerdo con qué personas eran invitadas a la casa. Esto modificaba el paisaje doméstico dispuesto, el aprovisionamiento planificado, la proxemia entre los cuerpos y la disposición de bienes⁵². Para Gloria, por ejemplo, ser anfitriona era algo cotidiano y usual, de hecho, estaba previsto en las compras mensuales. Sin embargo, para Luisa que vinieran todos sus hijos/as implicaba un trastocamiento de sus quehaceres y exigía disponer(se) de otra manera ponderando lo familiar como algo extraordinario.

Los estudios sociales de la vida cotidiana se vieron impulsados por un conjunto de miradas consideradas microsociológicas sea a partir de la etnometodología de Harold

⁵² Pueden verse las descripciones de espacios y bienes en cada capítulo de la tesis.

Garfinkel (1967) o por el interaccionismo simbólico de Herbert Blumer (1968). En este marco, estuvieron quienes propusieron una metáfora para pensar la vida como un escenario en el cual intervienen expresiones –directas o indirectas–, objetos (ropa, accesorios, etc.) y el medio o entorno (mobiliarios, decorados, entre otros) (Goffman, 1959). A decir, el propio concepto de interacción le permitió a Goffman (1971, 1974) centrarse en las situaciones cotidianas como pequeñas estructuras de la vida social que permiten a las personas “localizar, percibir, identificar y etiquetar ocurrencias en su espacio vital” (en Snow, 1986, p. 464). Esta línea de estudios indicó la necesidad de analizar la producción de “sentido común” y comprender los procesos de rutinización en los entornos urbanos a partir de indagar las acciones y regulaciones cotidianas. Por su parte, Pierre Bourdieu (1991a) señaló que es en la vida cotidiana en donde se incorporan esquemas de percepción y apreciación que nos permiten elaborar taxonomías bajo un “sentido práctico” (Bialakowsky, 2018). Para Henri Lefebvre (1972) este escenario no se caracteriza únicamente por actividades de tipo “residual” sino que aparece como un terreno en lucha. Fue Michel de Certeau (1996), a partir de consultar fuentes historiográficas, quien analizó las denominadas *artes de hacer* – acciones– y el *habitar* en el ámbito doméstico, con el fin de percibir las formas de creatividad cotidiana (los atajos en el uso de un artefacto, los desvíos, las astucias, etc.) y de formalización de las prácticas tanto en el barrio, la casa como la cocina destacando como las personas accionaban “lo común”.

Esta etnografía pretende aportar a este campo de estudio sobre la vida cotidiana articulando tal interés con el estudio de los sentidos y prácticas en torno a la casa. Siguiendo a Lindon (2000) entiendo que estudiar *el cotidiano* no debiera suponerse como un análisis opuesto a *lo estructural*, sino que debiese ser entendido como un encuentro entre la vivencia subjetiva y las estructuras sociales.

Habitar el mundo cotidiano también conlleva a establecer clasificaciones y valoraciones sobre este y de alguna manera, normativizarlo. Las personas que componen esta tesis desplegaron demarcaciones y distinciones entre prácticas, narraciones, usos y consumos deseables y no tan deseables respecto a *cómo se ha de habitar* la vivienda. Algunas de estas prescripciones sobre sí y sobre otros se

constituyeron como “repertorios morales” (Noel, 2013)⁵³ vinculados con objetos, bienes y procesos de identificación bajo los cuales entendían su pertenencia a esta clase social. En esta línea, y de manera transversal, la revisión de la literatura sobre moralidades (Howell, 2005; Balbi, 2011) me permitió comprender las divisiones y alusiones de orden moral que se traducían en clasificaciones espaciales, residenciales, estéticas y materiales y en los mismos sujetos. Estableciéndose, por momentos, *un orden moral diferencial* (Dias Duarte, 2008)⁵⁴ con narrativas y experiencias comunes entre quienes se consideraban dentro de las clases medias. Para quienes estas personas, “soñar con lo propio” a veces, tendría otras traducciones más allá de la casa.

A continuación, preciso *las vigas* sobre las que se sostiene la progresión argumental de esta tesis que me llevaron de los estudios socioantropológicos a la historiografía y la arquitectura.

III.I. Viga I: sobre las “casas” y las “cosas”

Cuando comencé mi trabajo de campo, tomé la categoría de familia y la de hogar como vectores analíticos para adentrarme en la vida cotidiana de las personas, bajo el supuesto que tales nociones resultaban pertinentes para comprender tanto las condiciones materiales del habitar como los lazos de parentesco que se conforman en un espacio determinado. Sin embargo, ambas categorías y sus usos volvían explícitas imputaciones morales respecto del hogar como un *espacio ideal* o en donde desarrollar de *buena manera* la vida a la vez que la familia definida conforme a su carácter nuclear. Este punto de partida fue “descascarándose” con el avance de la investigación.

⁵³ El autor refiere a esta categoría como recursos socialmente disponibles, en este caso vinculados a la regulación moral (Noel, 2013). De esta manera busca correrse de la idea de regla moral vinculada a la estructura social. Complementariamente a esta propuesta, considero importante señalar que esta disponibilidad está estrechamente vinculada con cómo se distribuyan dichos recursos de acuerdo con la posición social ocupada así como al contexto y la biografía.

⁵⁴ El autor también remite a la idea de “mercado moral” para soslayar una puja permanente por el orden de los valores morales legítimos en una sociedad; no obstante, la idea de mercado también implica que no todos puedan ser “oferentes” de dichos órdenes morales, los cuales, suelen encontrarse articulados con pertenencias y experiencias que –a priori– podrían considerarse más o menos contradictorias (Dias Duarte, 2013). También señala que en las clases medias y medias altas esto supone privilegiar una formación –o entrenamiento– moral de aquellas experiencias vinculadas o al cuerpo o a la sensorialidad (Dias Duarte et al., 2004), en este caso y de acuerdo con mi investigación, también vinculadas a la materialidad.

Luego del primer cuarto del siglo XX, el concepto de *familia moderna* se delineó en tanto “modelo que atribuía la modernización, por un lado, al debilitamiento de los controles impuestos por la comunidad y el sistema legal y, por otro, al impacto del individualismo sobre las creencias religiosas, la educación y las concepciones filosóficas” (Bjerg, 2012, p. 16)⁵⁵. Como vemos, la familia traía consigo una suerte de horizonte regulatorio. En Argentina, el sociólogo Gino Germani –con los trabajos sobre la estructura social argentina y la inmigración en las décadas del 30 y 40– pensó la familia bajo la función de integración y, a la vez, como medio para un despliegue de un colectivo más amplio. Desde esta visión, y con el afluente desarrollista en América Latina, la clase media era el actor privilegiado de la modernización y el cambio ahora llevado al espacio privado. No obstante, este paradigma no hacía más que obturar las formas de comprensión de este objeto de estudio, además de señalar una homogeneidad en las familias y grupos sociales sin presentar ni formas de ruptura ni de conflicto (Torrado, 2003; Pérez, 2012)⁵⁶.

Desde la sociodemografía, y a partir de un abordaje cuali-cuantitativo temprano, Zulema Recchini de Lattes (1980), Susana Torrado (1998, 2003, 2005), Marcela Cerrutti (2002) y Catalina Wainerman (2005) revitalizaron los estudios de familia denotando las nuevas agrupaciones familiares al calor de los cambios en el mercado de trabajo desde la década de 1980. En sus trabajos se interrogaron acerca de las pautas de nupcialidad y matrimonio así como de fecundidad que revelaban otros modos de construcción de intimidad y una progresiva postergación de la maternidad⁵⁷.

⁵⁵ Por su parte, como señala Aguilar, el dominio de “lo doméstico” comenzó a configurarse entre 1890-1940 en el marco de los debates sobre la cuestión social, momento en el que la domesticidad emergió como lo deseable; luego, reemplazada por la noción de hogar en tanto “un horizonte ideal de organización doméstica a alcanzar” (2013, p. 47).

⁵⁶ Desde los años 60, este paradigma se ve criticado no solo en Europa (Peter Lasslett y el grupo de Cambridge –fundado en 1964– pioneros en demografía histórica e historia de la familia con trabajos que iban más allá de un análisis que cruzaba lo histórico y lo demográfico) sino también en Estados Unidos.

⁵⁷ Las demógrafas Wainerman y Geldstein (1994) reconocen, por lo menos, dos acepciones del término *familia*. La primera engloba a aquellas personas conectadas por casamiento o filiación. Pueden residir o no en el mismo lugar, tener o no lazos de parentesco. Un sentido de familia amplio como “familia de interacción” (1994, p. 185). La segunda comprende a personas que sí tienen relación y viven bajo el mismo techo. “En resumen, hogar, unidad doméstica, familia de residencia, nombran al grupo que habitualmente convive bajo el mismo techo y comparte la misma vivienda” (1994, p. 185). Las autoras entienden que los hogares particulares trascienden las pautas residenciales estrictas. Por su parte, Jelin señaló que “la familia es una institución social anclada en necesidades humanas universales en base biológica: la sexualidad, la reproducción y la subsistencia cotidiana” (2005, p. 41). Las relaciones familiares se convierten en un criterio básico para la conformación de hogares.

Por otra parte, con relación al hogar, existe una complejidad de la traducibilidad del término anglosajón *home*. Para la literatura antropológica internacional remite tanto a la espacialidad de la vivienda, a las narrativas y metáforas (Tucker, 1994), como a las formas del hogar ideal e imaginario (Saunders & Williams, 1988; Somerville, 1989; Douglas, 1991; Cieraad, 1999; Mallet, 2004), a las posesiones (Miller, 2001) y a la presentación del yo (Hurdley, 2006). Estos aportes destacan que *home* es una noción que trasciende la vivienda y la familia (involucra el trabajo, el dinero, los artefactos, etc.) y sin embargo delineaban un conjunto de virtudes económicas y morales. De igual manera, publicaciones que ponían a circular estereotipos y moralidades de las clases medias urbanas (Liernur y Ballent, 2014). A decir, en nuestro país, aquellos aportes que trabaron en profundidad las relaciones sociales en el hogar al analizar la vivienda y la vida privada (Aboy, 2008; Ballent y Liernur, 2014), el género (Feijoó y Nari, 1996; Trovar, 2003), la domesticidad y el trabajo (Canevaro, 2009, 2020; Gorban, 2012; Pérez, 2012).

Mismo en Argentina, estudiar el hogar, llevaba a analizar las propuestas de consumo que venían con un nuevo conjunto de revistas femeninas, orientadas a delinear “la mujer moderna” cuyo dominio de desarrollo paradójicamente “natural” era la casa y la cocina: la decoración, las pautas de comensalía y la utilización “correcta” de nuevos bienes y artefactos. El hogar ponía en escena, la figura de la “ama de casa” a la vez que un tipo de vivienda que tenía que ser “sana” e “higiénica” (Aguilar, 2013, p. 51) lo cual se garantizaba con la vivienda individual (Ballent, 1990) en detrimento de las viviendas colectivas. Sus elementos arquitectónicos y constructivos atienden a contextos situados de su historia y de sus transformaciones⁵⁸. Estos análisis mostraron cómo se contorneó una moralidad en la vivienda unifamiliar e individual que se articuló con diversas valoraciones morales que tendieron a ponderar rasgos constructivos como la cocina independiente, los cuartos separados, el recibidor y el comedor como espacio para recibir invitados/as.

Frente a estas líneas investigativas, los primeros pasos en mi etnografía hicieron que la *casa* se constituyera en mi objeto de estudio y, a la vez, en mi estrategia

⁵⁸ Sus habitaciones y sus espacios han sido motivo de reflexión como la cocina (de Certeau, 1996; Cieraad, 2002; Meah & Jackson, 2016), la alcoba -como cuarto principal- (Perrot, 1990) o el baño.

metodológica⁵⁹. Como mencioné al inicio, como un *locus* privilegiado para acceder y observar un despliegue de experiencias, narrativas y formas de organización familiar, sobre todo en lo tocante a las clases medias urbanas en Argentina. Esto fue así porque, en primer lugar, mis interlocutoras/es no hablaban de hogar en el lenguaje usual. “Casa” adquiriría sentidos cambiantes ponderando sus cualidades y sus limitantes. No se trataba de una síntesis romántica de la vida cotidiana sino de una puesta en práctica de una gestión permanente de lo invisible. Por momentos, hablaban de casa en un sentido amplio tanto para aludir al hogar como a la vivienda, auspiciando como sinónimos prácticos. Por su parte, Rosa, Luisa y Gloria aludir a “la familia” apuntando a sus lazos de parentesco y consanguinidad habituada, sin embargo, a veces incluían en su definición a amigos/as muy cercanos de la familia que auspiciaban como una suerte de compadrazgo que, en el caso de Gloria, alcanzaba también a padres/madres del colegio de sus hijos/as. En esta tesis, para la construcción de una dimensión compleja de la casa en tanto construcción sociomaterial de significancia, me valgo en aportes de la arquitectura e historia doméstica (Liernur, 1999, 2014; Aboy, 2008; Lobato, 2007; Cosse, 2010; Aguilar, 2014).

Como iré mostrando en cada apartado, la casa es un espacio en donde la cultura constructiva y material emergen como vitales para entender la realidad habitada. Si bien los estudios sobre la cultura material son una parte constitutiva de los trabajos clásicos de la antropología⁶⁰, en las últimas décadas, el llamado “giro material” ha revelado nuevas miradas por la vida de los objetos y artefactos en las interacciones sociales en pos de comprender “las cosas” saliendo de cierta mirada únicamente centrada en el simbolismo (Weiner, 1976; Miller, 1987; Douglas e Isherwood, 1990). Por su parte, Arjun Appadurai (1986) propuso “seguir a las cosas” para comprender su “vida social” en su relación con las personas. En este mismo volumen, Igor Kopytoff (1986) precisó que la fase mercantil, una de las fases más estudiadas con relación a los bienes; es solo un momento en un proceso mayor de circulación y uso de estos, razón por la cual hizo hincapié en su *biografía cultural*. Se trata entonces, de captar longitudinalmente los

⁵⁹ Rosa Aboy (2008) da cuenta de la importancia de pensar la vivienda como “ángulo” desde el cual acceder a la vida cotidiana y organización familiar, en particular, las transformaciones en el habitar. En mi trabajo intento pensar la casa en una doble dimensión: significativa para las personas con quienes hago trabajo de campo y de referencia para quienes han escrito sobre esta temática.

⁶⁰En un comienzo aquellos focalizados en los “pueblos primitivos” que han hecho especial énfasis en el encuentro que propicia este abordaje entre arqueología, folklore y antropología social (Jackson, 1987).

usos y sentidos de los objetos sea en intercambios recurrentes (Küchler y Miller, 2005) o en su carácter inalienable –el retener mientras se da– (Weiner, 1992).

Alfred Gell (1998), en *Art and Agency*, revitalizó preocupaciones mediante el concepto de “agencia del objeto”, llamando la atención sobre los modos de afectar de los artefactos. Dentro de esta línea, Bruno Latour (2007) propuso expandir la idea de acción también para referir a los no-humanos. Mientras Gell (1998) hizo foco en las obras de arte y en las imágenes, Latour (2001), primero se interesó por la producción de conocimiento científico en el marco de un laboratorio. Sin embargo, otro conjunto de estudios socio-antropológicos e históricos se interrogaron por la cultura material en el marco de la vida cotidiana. Algunos analizaron “mundo de los bienes” y las jerarquías sociales en el consumo (Douglas e Isherwood 1990), el “mundo de las cosas” (Appadurai, 1986) haciendo especial énfasis en su circulación y los diversos momentos por los que atraviesan las cosas (*things*) como pueden ser sus ciclos vitales (Kopytoff, 1986; Miller, 2008). Otro conjunto de trabajos se concentraron en la trama de sentidos a los objetos (Baudrillard, 1969), su consumo (Campbell, 1996) y como cosas (*stuff*)⁶¹ materiales atendiendo a su composición química (Miller, 2005; Miodownik, 2013).

Como desprendimiento de estos estudios, en el ámbito del hogar se han analizado los estilos de vida (Giddens, 1995; Chaney, 1996; Gerke, 2000; Gerke & Evers, 2006) y la experiencia del confort (Miller, 2008) como categorías de uso extendido para analizar las formas concretas en que los ideales y las materialidades enclasan a las personas (Bourdieu, 2012) estableciendo diferencias y jerarquías en el plano social. Los accesos y las pautas del guardado, como dimensiones necesarias para complejizar el análisis de lo que se tiene, se exhibe, se adquiere, se guarda, se gasta, se destruye o se intercambia como parte de un conjunto de prácticas que marcan fronteras sociales (Lamont & Molnar, 2002) sea al adquirir una casa (Vom Bruck, 1997), ventanas (Garvey, 2005), mesas de café (Attfield, 1997), alfombras (McGukin, 1997), radios (Skuse, 2005), incluso kimonos (Valk, 2020).

En paralelo, una serie de estudios sugirieron analizar los objetos en su carácter histórico, procesual y situado, esto es, comprenderlos en el marco de tramas afectivas y de sentido (Hoskins, 2010; Lopes Rochedo, 2015). En particular, Daniel Miller se

⁶¹ En inglés, sustantivo incontable e informal para referir a cosas o a sustancias.

incorporó a esta agenda a partir de investigar las prácticas de consumo primero (1987) y los usos de los objetos en una etnografía “puertas adentro” –en el hogar– después (2001). Trabajó sobre la vida cotidiana analizando la exhibición y el confort de los objetos en la producción de relaciones sociales significativas (Miller, 2008). En opinión de Miller, la cultura material participa en el proceso más amplio de desarrollo posible de cualquier sujeto/subjetividad; es decir, insiste en el papel del entorno material general en la creación de un nosotros. Por eso, la teoría de la materialidad de Miller proporciona una base para articular objetos y acciones. Por su parte, Tim Ingold (2013) orientó la mirada hacia las propiedades de los materiales para comprender más acabadamente la composición del mundo que habitamos, expandiendo aún más la potencialidad analítica, ahora, de tomar en cuenta procesos productivos y constructivos con relación a los materiales. Estos aportes revisitados resultan vitales para indagar los modos en que la materialidad compone y estructura la vida cotidiana (Kuechler & Carroll, 2020) en la vivienda. En las clases medias, permiten acercarnos a los modos cambiantes en que las generaciones han decidido sobre si construir o comprar una casa o departamento, una casa de una o dos plantas, si empapelar o pintar las paredes, si adquirir muebles de quebracho o melamina. De acuerdo con Ingold (2013), los materiales están vivos, “fluyen”. En Argentina, solo unos pocos trabajos se han orientado a analizar la cultura material en el ámbito cotidiano en su articulación con estilos de vida (Arizaga, 2005, 2017) y novedosos sistemas de creencias que se articulan con nuevos consumos y experiencias (Vargas y Viotti, 2014, 2021).

En esta tesis describo y analizo las prácticas que –objetos mediante– implican la actualización de posiciones y lugares que, en la casa, cristalizan posiciones propias y sobre la valoración del mundo. Objetos como la cafetera *Nespresso*, la *tablet* o los *iPhones* irrumpen en espacios como la cocina, el baño o el dormitorio. En efecto, esta literatura echa luz sobre el hecho de que los accesos y las pautas del guardado, el aprovisionamiento y el deseo resultan dimensiones necesarias al momento de complejizar la pregunta de por qué se adquiere, se tiene, se exhibe, se conserva, se gasta o el modo en que se intercambian bienes y objetos; para así conocer los criterios subyacentes de tales elecciones y decisiones. En efecto, conocer las coordenadas desde las cuales enuncian y afirman posiciones y visiones de mundo resulta fundamental a los fines de esta propuesta analítica.

III.II. Viga II: sobre las experiencias y elecciones de las clases medias

Durante estos años, al momento de presentar mi tema de investigación, la incomodidad propia era palpable en colegas, profesores e incluso amistades, que me preguntaban “¿qué es la clase media?” al unísono. La simple enunciación de esa categoría suponía tener que definirla primero y posicionarme, segundo. Entre muchas y muchos colegas de la antropología, la mera alusión a la clase social sospechaba confraternizar con una serie de apriorismos, sin embargo, a menudo me solicitaban precisiones de tipo sociológicas que contornearan tal noción. Si bien por años me incomodó la pregunta, no así los modos en que pude asirla en la vida cotidiana de mis interlocutoras/es quienes, a veces, referían a términos como “gente como uno”, “gente bien”, “laburantes” o “con valores” aludiendo a alguna variable atendida por la noción de clase media. Quienes también me interrogaban por lo que yo entendía por clases medias.

Cierto es que en esta tesis me apoyo sobre una “superficie resbaladiza” (Furber, 2005), aquella que piensa críticamente las clases sociales, en particular, la clase media. Entendiendo que esta categoría remite a formas de clasificación y estratificación social cargadas de un conjunto de presupuestos a la vez que, invisibilizadas (Furber, 2005). Aun así, lo cierto es que resulta ineludible su presencia en la vida cotidiana, sea entre los discursos circulantes en los medios de comunicación tradicionales o en las redes sociales, en donde se configuran modos particulares de transmisión y difusión de ideas y prácticas en torno a la “clase”, en donde las personas sopesan, rechazan o incorporan narrativas vinculadas a las clasificaciones sociales y a un “deber ser” de acuerdo con su pertenencia social (Chaney, 1996).

A medida que transcurría mi investigación, comprendí la clase social más como una relación y menos como una “cosa” (Thompson, 1963, p. XV). Aunque puede ser obvio, no lo fue en términos empíricos. Considerarla como un proceso histórico, asentado en la experiencia implicó entender su carácter complejo, dinámico y en disputa. De cierta manera, así como los *sueños* atraviesan nuestros modos de actuar, pensar y recordar el mundo; la noción de clase también hace lo suyo con nuestras prácticas y los sentidos más arraigados.

Con relación a las clases medias, en América Latina, diversos trabajos socioantropológicos e históricos marcaron las incertidumbres y ambigüedades que tuvieron las personas al notar una progresiva utilización pública y privada del concepto de clases medias en sus dinámicas cotidianas, aun siendo este un concepto “importado” (Parker, 1998; Owensby, 1999) de Europa. En Argentina, tal como señala el historiador Ezequiel Adamovsky (2014), la clase media constituye “una categoría fuertemente normativa; su propia utilización trafica mensajes implícitos acerca de cómo debe ser la vida social, que a su vez transmiten fuertes sesgos eurocéntricos y de clase” (2014, p. 133). Adamovsky advierte cómo esta categoría ha totalizado imágenes de la nación y de sus prácticas asociadas en Argentina que, por ejemplo, a comienzos del siglo XIX, implicaba movilizar “la decencia” como un valor que operó como distinción sociocultural entre grupos entendidos entonces como “gente decente” o “patricios” y “la plebe” (2015, p. 20). Luego, dicha normatividad se vinculó al aluvión inmigratorio y su ascenso social producto de la expansión industrial y de servicios, es decir, a ese desarrollo nacional con apelaciones organizadas de acuerdo con los ideales de progreso y modernidad (Germani, 1942).

Después de la década de 1940, con la ampliación de derechos laborales para los trabajadores⁶², se llevaron adelante un conjunto de modificaciones en la vida cotidiana

⁶² Adamovsky indica que con el arribo de Juan Domingo Perón al Estado se trastocaron las jerarquías sociales y, en la escena pública, se señaló que era la “clase media” aquella que podía mantener el orden social frente a la “demagogia” que proponía Perón (Adamovsky, 2015, p. 250). Justamente porque la llegada de Perón a espacios ejecutivos y su posterior presidencia implicaron un desplazamiento de ciertos sectores que ahora se reunían para producir una fuerte crítica no solo a Perón sino a su práctica política y a su trastocamiento en las jerarquías sociales con su progresiva ampliación de derechos que pusieron en jaque los lugares de la “gente decente”. Esa difusión de estilos de vida, de consumos y de bienes y servicios que constituyeron modificaciones cotidianas de las formas de vivir, pensar y significar el mundo provocando también nuevas fragmentaciones y paradójicamente para otros y otras, nuevos accesos. Como señala Pastoriza, “el peronismo representa un hito en la introducción de políticas sociales implementadas desde el Estado” (2018, p. 117). En parte, estos trastocamientos los registra el trabajo de la historiadora Natalia Milanesio (2014) quien en su libro *Cuando los trabajadores salieron de compras*, refiere a las “ansiedades” de las clases medias y altas frente a un nuevo actor: el trabajador consumidor. Lo que trajo, según Milanesio, una suerte de sensación de “invasión” ante la pérdida dice del “monopolio físico y simbólico de prácticas de consumo sobre las que las clase media y alta creían tener un derecho exclusivo” (2014, p. 22), específicamente de las ciudades. De acuerdo con la historiadora, el consumo emergió como una arena que puso en evidencia la lucha por práctica, objetos y sus significados. Esto fue motorizado por la migración interna sucedida con mayor intensidad desde mediados del siglo XIX en el país la que se acoplaba a las olas migratorias externas. En muchos casos asignando categorías morales negativas a estas personas trabajadoras, tipificando sus cuerpos, comportamientos colectivos, decisiones estéticas y habitacionales tanto como catalogando sus patrones de consumo como cortoplacistas y superficiales (2014, p. 125). La democratización llevada a la cultura del consumo fue uno de los escenarios que, con la ampliación de derechos y cambios en la dinámica laboral y cotidiana, fue instalando el peronismo. Pastoriza registra cómo, sobre todo a partir del II Plan Quinquenal, se normaliza el turismo social bajo

que pusieron en tensión aquellas distinciones morales que parecían estar “bien definidas”: el acceso a la vivienda⁶³, la ampliación del consumo –manifiesta en el acceso a electrodomésticos de “línea blanca”–, la incorporación de pautas de comensalía, el turismo, entre otras. Es a partir de su emergencia como una identidad pública desde la segunda mitad del siglo XX (Garguín, 2009; Adamovsky, 2014) que esta normatividad vinculada a este sector se articuló con base a un “relato arquetípico” (Visacovsky, 2014, p. 224) apoyado en un relato de origen vinculado a la inmigración europea y a un camino de ascenso social *éxito* mediante. Así, este relato se volvió un apelativo común para la constitución de la clase media y de sus prácticas, marcadas en un comienzo por el paso y permanencia en el mercado de trabajo local y, luego, por una socialización apoyada en las credenciales educativas. En esta línea, considerando el progresivo asentamiento de grupos familiares en el país, la vivienda se tornó en un factor decisivo para que el proyecto migratorio se plasme en lo que desde mediados del siglo XX se tornaría en un imperativo: la unidad residencial independiente.

Algunas variantes de estos relatos y mandatos sociales tuvieron estelas en la re-actualización de dicha pertenencia a esta clase social, donde cada generación fue incorporando nuevas características y elementos para diferenciarse socialmente tanto de las élites como de los sectores populares. A fin de comprender sus alcances e implicancias históricas y políticas, algunos trabajos recientes se han propuesto desentrañar la categoría “clase media” y se han encontrado con, al menos, un “panorama bipartito” cuyo eco es resonante (Guano, 2003; Visacovsky, 2009; Adamovsky, 2014). Por una parte, entendiendo que desde los discursos públicos se ha encorsetado a la “clase media” como homogénea e inmutable, dotada de atributos

una política para que “la población conociera y se apropiara (se “sientan dueños”) de la República mediante el conocimiento de las regiones turísticas” (2018, s.n.). En el ámbito doméstico y desde una mirada histórica y relacional, el trabajo de Rebekah Pite (2012) respecto de la historia de la cocina criolla y la publicación de *El libro de Doña Petrona* en 1934 por Petrona Carrizo de Gandulfo, muestra de qué manera durante décadas esta mujer contribuyó a generar un sentido respecto de lo higiénico y lo apropiado para ciertos sectores en lo que refiere a las pautas de comensalía, a la cocina, a los sabores y olores tanto así como a la higiene doméstica. Estos consejos y este “saber civilizar” se da sobre todo en la década del 60 en donde hay un pasaje de la predominancia de recetas europeas a recetas propias de la cocina de Latinoamérica. Allí manifiesta Pite que muchas de las clases medias urbanas argentinas encontraron un aprecio por la cultura dice “provinciana (...) como auténticamente argentina” (2012, p. 28). Es importante destacar que si bien como señala el historiador Ezequiel Adamovsky, el peronismo produjo una suerte “trastorno” en el régimen de clasificación, esto no supuso la eliminación de las jerarquías de clase (2015, p. 281); bien precisa el autor el ejemplo del Centro Argentino Dependientes de Almacén, quienes se percibían como obreros y paradójicamente se encontraban muy lejos de los ideales y/o los valores de la cultura plebeya.

⁶³ Como señala Rosa Aboy (2008) con relación a la vivienda popular.

positivos vinculados al papel central en el desarrollo nacional, esfuerzo, laboriosidad, entre otras características. Por otra parte, desde la política nacional se la ha cargado de aspectos *negativos*, asociados con lo antipopular, racista, superficial, conservadora, entre otros.

A decir, sus aspectos positivos como el esfuerzo y la laboriosidad, se tradujeron en materiales y bienes de la vivienda en su momento, considerados como parte de un horizonte material e idílico de este sector social (Aboy, 2008), entramado con base a un relato de origen europeo. De este modo, a lo largo de las décadas se ha configurado un “camino moral” específico para referir a la concreción de objetivos a largo plazo, vinculado al esfuerzo y al sacrificio, como mediación necesaria y legitimante del éxito. En este punto, los aportes desde la historia de la arquitectura fueron fundamentales para advertir cómo la vivienda (Liernur, 1999; Aboy, 2007, 2008, 2010, 2014; Ballent, 2014) emergía en tanto clivaje significativo de ese camino moral en tanto materialidad necesaria para cierta arquitectura del bienestar y las tensiones que se presentaban para diversos sectores sociales.

De manera reciente, algunos estudios locales han dado cuenta de que la categoría problemáticamente ha sido empleada como objetiva y universal y que, al clasificar, se ha tendido a homogeneizar las características de acuerdo con los criterios del investigador y/o experto (Visacovsky, 2009). Estos trabajos, abrieron un abanico de indagaciones sea a partir de relevamientos de corte cuantitativo –muchos de los cuales se han centrado en dimensiones económicas– o trabajos con enfoque cualitativo que han caracterizado a esta clase social según si son o no profesionales (Tevik, 2007) o emprendedores (Guerschman y Vargas, 2007; Vargas, 2014), sus condiciones laborales (García Martín, 2017), con base a la adquisición de bienes de consumo y producción de estilos de vida (Arizaga, 2004, 2005; Wortman 2001, 2003; Vargas y Viotti, 2021), de acuerdo a las relaciones que despliegan con sus empleadas domésticas (Canevaro, 2009), el modo en que habitan semánticamente sus ciudades (Noel, 2021) o bien, poniendo atención a la espiritualidad que desarrollan (Viotti, 2011; Funes, 2018). Tales investigaciones dieron cuenta de modos porosos y diversos bajo los cuales se *demarcaban fronteras* (Lamont y Molnar, 2002) frente a otros grupos. Dichas delimitaciones, a su vez, tendían a plasmarse en la cotidianidad, así como en los modos de *habitar* la vivienda (Aboy, 2008) y/o proveer confort a sus vidas (Miller, 2008).

En el marco de lo que se conoció como una progresiva estetización de la vida cotidiana en la búsqueda por el bienestar y el confort⁶⁴, la noción de “estilo de vida” se ha instalado de manera intensiva en la literatura antropológica y sociológica para comprender las formas de vida y consumos en contextos urbanos y suburbanos. En particular, para referir a aquellas prácticas y significaciones que tienen lugar en y atañen a la vivienda. En Argentina, los estudios advierten un creciente proceso de singularización del consumo a la vez que una progresiva individuación (Ravettino, 2008) de las experiencias y búsqueda de autonomía, en particular, con relación a las clases medias y sus modos de habitar así como en la producción de sus “otros” en diversos planos de la vida (Girola, 2007; Svampa, 2008; Wortman, 2001, 2002, 2010; Viotti y Vargas, 2013, 2021; Cosacov, 2016; Arizaga, 2017; Funes, 2018; Canevaro, 2020).

Respecto al proceso mencionado, Arizaga (2005), abonando a la noción *bourdiana* de “mercado de la casa”⁶⁵, destaca cómo a comienzos del siglo XXI en la Ciudad Autónoma de Buenos Aires (CABA) emergieron nuevos estilos de vida sintetizados en tres tipos residenciales que priorizaban lo ideal (el sueño estandarizado suburbano), lo práctico (bajo la forma de la estandarización citadina en las edificaciones torres-*country*) y lo auténtico (con un tipo de casa reciclada-personalizada). Esta tipología, en articulación con el ejercicio de captura en la nominación y clasificación efectuada por el mercado inmobiliario ponen en escena el ejercicio de captura del mercado sobre las experiencias vividas y las configuraciones habitacionales desarrollada por entonces en la ciudad (Arizaga, 2017)⁶⁶. En esta línea, la noción de *estilos de vida* como sintetizadora de experiencias de consumo y vivienda se afianzó para volver legibles los cambios contemporáneos de este sector social que incorporaba bienes, artefactos, servicios y modos *otros* de bienestar a su vida cotidiana donde la familia se erigía como institución social de significancia para la transmisión de pautas

⁶⁴ Algunos de los estudios internacionales con relación a consumo y estilización de la vida cotidiana son: Gabriel & Lang (1995); Carrier & Heyman (1997); Featherstone (2000, 2002); Trentmann (2004); Warde (2004); Graeber (2011), entre otros.

⁶⁵ Bourdieu (2003) en *Las estructuras elementales de la economía* refiere al “mercado de la casa” como un sistema complejo en donde se combinan estrategias económicas y de reproducción.

⁶⁶ Esta autora continúa este análisis en su último libro *La sociología de la felicidad* (Arizaga, 2017) en donde incorpora entrevistas realizadas a personas que residen en la zona o corredor norte del conurbano bonaerense.

culturales y valores⁶⁷. De acuerdo con Sautu (2016), los *estilos de vida* muchas veces resultan ser la puesta en escena de la reactualización de la clase social y de sus apelativos, y no resultan un emergente del nivel de ingreso, sino más bien una “educación” sobre las prácticas económicas, en donde el nivel de ingreso acerca y asegura las condiciones de posibilidad de estas.

Inscrita en estas líneas de indagación sobre las clases medias y la vida cotidiana en Argentina, en esta tesis muestro las tensiones mismas de la noción de *estilos de vida*⁶⁸ a la vez que presento de qué manera valores y novedosos principios sobre el habitar se introducen en la diaria de estas familias y mujeres sea en formato de un audiolibro del método KonMari, en una frase sobre la resiliencia y la arquitectura de la alegría o en las sugerencias de un conjunto de revistas de decoración y estilismo. Con base a las vivencias de mis interlocutoras/es y sus decisiones diarias en la producción de una casa habitada, retomo a Thompson (2012)⁶⁹, quien considera la noción de experiencia como mediación entre la posición que ocupan las personas en la estructura social y sus vivencias subjetivas.

En el análisis de cada capítulo presento cómo las personas y las familias se organizan de acuerdo con una “experiencia vital cambiante” (Thompson, 2012, p. 238), donde lo vivido se corresponde, disputa, negocia o sublima la historicidad propia y situada de lo que entienden por clases medias. No se trata entonces de una cuestión de

⁶⁷ Si bien sus primeras elaboraciones –por la década del 70– se vincularon a estudios sobre el turismo, las movilizaciones, las migraciones, los (nuevos) consumos y las actividades de ocio, de manera reciente se ha efectuado una ampliación del uso ha provocado cierta polisemia en el término (Veal, 2000; Dumont y Clua García, 2015). No obstante, como señalan Charbonneau & Gauthier (2001) resulta fundamental contextualizar el concepto en su uso. Dumont y Clua García (2015) identifican dos perspectivas contrapuestas con relación a la noción de “estilo de vida” una vinculada a la incorporación y, la otra, a la encarnación. Mientras la primera enfatiza una visión en donde el cuerpo recibe indicaciones “externas” moldeándose las formas de pensar, sentir y actuar adoptando un conjunto de normas que se demarcan en un espacio social determinado (donde se destacan autores como Bourdieu, Wacquant y Douglas) la segunda; entiende que el cuerpo opera como un agente que puede discernir, elegir y construir modos reflexivos sobre como participar de la cotidianidad del mundo (algunos/as representantes de esta visión son Goffman, 1967; Butler, 2007). Frente a estas visiones, Dumont y Clua García (2015, p. 90) destacan que los estilos de vida se transforman a lo largo del tiempo, por tanto, que no son inmanentes.

⁶⁸ Es menester señalar que, por ejemplo, Louis Wirth (1945) ha utilizado la noción de “modo de vida” (*way of life*) para referir a los efectos del urbanismo en la configuración de subjetividades y en la producción de vínculos societales. Por su parte, Bourdieu (2012 [1988]) refiere a esta categoría en su análisis sobre la construcción del gusto y su articulación con las clases sociales, destacando el modo en que el estilo de vida implica la incorporación de un conjunto de disposiciones prácticas, narrativas, estéticas y esquemas corporales.

⁶⁹ Edward Palmer Thompson (2012), en su trabajo sobre *La formación de la clase obrera en Inglaterra*, analiza la formación como un proceso de incorporación de pautas culturales, como un acervo de prácticas y saberes que se pone en juego en la experiencia.

“ser o no ser de clase media” sino de experiencias de clase media en donde mecanismos como la autoidentificación, el relato familiar, materialidades legítimas entran y/o salen de escena de acuerdo con el momento del ciclo vital personal y familiar. Abono, así, a contribuir a la propuesta enunciada por Isabella Cosse (2014) de comprender a las clases medias en sus múltiples dimensiones; en este caso, experiencias de clase cuyos intereses no encuentran necesariamente en la “casa propia” un punto de partida consagratorio y legítimo.

IV. Las casas de la autora: prestada, propia y alquilada

Gran parte del interés por la temática se encuentra vinculado a mi itinerario familiar y personal. Una colega y amiga sintetizó muy locuazmente que mi familia, durante décadas, se había dedicado a “construir, moldear y mantener” casas ajenas y, ahora era mi turno de comprenderlas. Aquí comparto dos lecturas sobre mi propia historia de vida, en una búsqueda por objetivar mi derrotero, como modos de mirar que se cuelan en esta tesis y que constituyen mis sesgos y virtudes más significativas. La primera vinculada a la vivienda y la segunda vinculada con las clases medias.

Nací en una casa “prestada”, no era propia ni tampoco de mi madre ni de mi padre; mi tía materna y su esposo –mi padrino– les prestaron un espacio de su casa (un altillo-departamento) a mis padres para que vivieran y “no alquilaran”. En lo que sería una casa dentro de otra, nos criamos mi hermano y yo junto a mis primos/as y mi tío/as, en el marco de una familia extensa. A finales de la década del 1980 y principios del 1990, vivíamos todos/as en Villa Luzuriaga (La Matanza, PBA). Mi infancia estuvo atravesada por montañas de arena y bolsas de cemento acumuladas en el garaje, baldes descascarados, fratachos de todo tipo y cepillos con restos de cemento. Mi padrino, proveniente de la región de la Basilicata (Italia), dedicó toda su vida a moldear casas ajenas a través del yeso. Mi tía lo acompañaba a las obras, les hacía el almuerzo a los peones, se encargaba tanto de las compras de la obra como del orden doméstico y la crianza de sus hijas e hijo en la misma casa en donde vivíamos mi familia y yo. Con los años, ella fue desarrollando una mirada aguda sobre los materiales, los espacios, el diseño, las terminaciones y los arreglos que debían tener las casas; le decíamos “la arquitecta”, nombre ante el cual escondía una mirada y sonrisa pícaro y orgullosa, pues no había llegado a terminar la escuela primaria.

Recuerdo que, cada vez que mi tía tenía que hablar de mí, contaba la misma anécdota; mi cara de asombro y sorpresa cuando, con tan solo tres años, al entrar al baño de una de sus amigas “Bachi”, quedé admirada por los azulejos, la grifería y la luminosidad de ese ambiente sintetizado en un “guau”, bajo el cual clasificaba mi asombro. Le llamaba la atención mi capacidad de sorprenderme con esas pequeñas cosas, el detalle, el entender –aun sin saberlo– que no todo era lo mismo. En ese entonces, mi madre trabajaba todo el día en un jardín maternal y mi padre como docente en la escuela secundaria; trabajos que aún mantienen. Parte de esas extensas jornadas de trabajo estuvieron destinadas a la compra de un terreno y, posteriormente, a la edificación de nuestra *casa propia*. Como le sucedió a una de mis interlocutoras de campo, Luisa, la construcción duró varios años e implicó vivir en otro lugar en el mientras tanto, algo así como la “casa pasaje” (ver *supra* Capítulo V) que mi tía y mi padrino nos prestaron. Años después Barrio Peluffo, también en La Matanza, sería nuestro cobijo. Peluffo no era muy conocido, al menos, no en tanto barrio, aunque sí lo es por la geografía que lo contiene: La Matanza. Un municipio que ha despertado imaginarios sociales y acusaciones morales vinculadas a dimensiones políticas y securitarias que allí se despliegan que han tendido a homogeneizarse bajo estigmatizaciones topográficas vinculadas a su “dejadez” y, por sobre todo, al “no saberse dónde se ubica”.

Mi papá aún hoy repite cómo toda mi familia y el barrio ayudaron con el encadenado (estructura horizontal que distribuye uniformemente la carga del techo y los muros) para la edificación de la casa. De cierta manera, la casa era una obra colectiva. Mi papá y mi mamá trabajaban día y noche en cuanto cosa saliera para poder garantizar esa “casa propia” de la que tanto hablaban sus amistades profesionales y formadas. Como tantas otras familias, destinaban tiempo, esfuerzo y sus cuerpos para levantar nuestra casa familiar. Hoy reconocen que la casa propia venía atada a un proyecto colectivo de futuro que incluía a muchas personas y que se enlazaba a un tiempo prolongado. Mi padrino nos regaló el yeso de mi casa familiar, dicen mi madre y padre que fue un regalo para “su ahijada”. Aun en la actualidad, cuando las personas visitan la casa en donde me crié, se quedan mirando las terminaciones del cielo raso –ahuecado de forma circular– como si fuera la cúpula de algún edificio histórico y, sin embargo, están en una casa cerca de Camino de Cintura (Ruta 3). Mi mamá recuerda cómo se le licuaban los ingresos y los derechos al mismo tiempo que destinaba recursos a militar

en el Partido Justicialista junto a su madre Tota y padre Chito. En Peluffo vivíamos a una cuadra de ella y ahí también vivía de tía Pocha y su familia. Mi abuela organizaba dónde vivirían todas/os en una suerte de matriarcado cuyos límites eran bien difusos. Su casa, distinta a la que estaban construyendo mis padres, era una casa-unidad básica, allí acontecían reuniones políticas, se coordinaban acciones sociales en el barrio y se planificaban horarios de atención. Literal, se respiraba política, tal vez era por la acumulación de afiches y padrones, tal vez por la pintura semi-seca para salir a “hacer pintadas”. Configuraba una suerte de “casa del pueblo”, con la puerta siempre entornada y sin llave. En ese entonces mis abuelos también colaboraron en la construcción de mi casa y a mediados de la década de 1990 nos mudamos.

Apenas terminada, yo no quería dormir ahí porque me daba miedo y me parecía fea, pues estaba y estaría por varios años en construcción. Poco a poco, mis papás me fueron convenciendo con “mi cuarto propio”. Viví en la casa propia familiar hasta 2016, año en que nos mudamos con mi pareja a un departamento que alquilamos en la localidad Ramos Mejía (La Matanza). En esa transacción, contribuí con la parte monetaria, no pude proporcionar la garantía porque mi casa estaba consignada como bien de familia, lo que impedía que se ejecute como garantía llegada cualquier tipo de eventualidad. En parte, asegurar lo propio tenía que ver con eso: que no pudiera ser arrebatado por nada ni por nadie, por eso mi papá y mi mamá lo habían asegurado de eso aun con las limitaciones que implicaba tal decisión a futuro.

Un segundo aspecto biográfico para mencionar tiene que ver con ciertas prácticas, valores morales y procesos sociales vinculados a mi vida: mi escolarización en una escuela privada tradicional –producto del trabajo de mi padre en esa institución– en el Palomar –localidad aledaña a Haedo–; la movilidad social ascendente, la meritocracia y el choque con lo inapropiado e indebido; los silencios y la incomodidad. Mi ingreso a la escuela primaria significó transitar un mundo social al que, al menos, no estaba habituada. De modo que toda mi infancia, adolescencia y juventud atravesé esta localidad tanto para llegar al colegio como para ir a la casa de mi abuela en Palomar, a veces le decían “Haedo norte”. Por este motivo, siempre mantuve contactos con amigos, conocidos, familiares que viven o vivieron en este lugar. Para llegar a la casa de mis abuelos paternos y al colegio en el que me escolaricé, tuve que circular por Haedo. La Avenida Don Bosco, “el túnel”, la Avenida Rivadavia, “la barrera”, “la Gaona” (actual

avenida Presidente Perón) y la autopista constituían límites espaciales que yo había incorporado con los años. Era otro mundo distinto del en el que vivíamos en Barrio Peluffo.

Para ir al colegio mi madre insistía en que esté “de punta en blanco”, que sea prolija con las carpetas y me vaya bien en el colegio. Mi padre se aseguraba de los traslados y gestiones, también que no hubiera grandes problemas. Para los días festivos (como el Día del Niño, el Día de la Primavera, entre otros), mi madre preparaba pequeños *souvenirs* y detalles para todo el grado, incluso a costa de no dormir y después tener que trabajar nueve horas seguidas como maestra en un jardín municipal. En el colegio, gran parte del curso y amigos esperaban con ansias mis regalitos en cada una de estas fechas, fue así al menos hasta sexto grado. Mi mamá trabajaba largas jornadas en La Matanza, hacía una especialización en Capital Federal y militaba políticamente⁷⁰, lo que implicaba una yuxtaposición de tareas y esperas. Esto le complicaba llegar a las reuniones que se hacían a las ocho de la mañana en El Palomar, también le era imposible asistir a los actos y reuniones escolares o auspiciar como anfitriona para que alguna amiga viniera a jugar a casa. De adulta, comprendí que gran parte de su esfuerzo desmesurado implicaba estar ahí de otras formas y bajo otras modalidades también “asegurando” mi escolaridad y sociabilidad en ese mundo “otro” uno que me acercó a las clases medias.

Mi abuela Tota creía fervientemente en la educación como puente para alcanzar la movilidad ascendente y mi mamá aún cree que esa es la vía exclusiva para hacerlo. Por eso, tanto a mi hermano como a mí nos exigía –y, en parte, todavía nos exige– no solo que cumpliéramos con normas y pautas vinculadas a la escolarización, sino también que aprendiéramos sobre modales y etiquetas para comportarnos “bien” en el ámbito público y privado. Mi madre creció en La Matanza y su infancia la transitó entre Río Cuarto (Córdoba) y La Banda (Santiago del Estero), ciudades que vieron nacer a su madre y padre. Vivió en muchas casas *no suyas*. Su padre y madre vinieron de chicos a trabajar como peón el primero y como trabajadora doméstica la segunda. Mi madre, la hija menor de cuatro hijos/as, pudo terminar su formación como maestra en un terciario de gestión pública para luego especializarse. Mi padre, por su parte, nació en Galicia,

⁷⁰ Término del lenguaje usual que alude a la adhesión y pertenencia de una persona a un grupo u organización política y dedica tiempo a sus actividades.

España, y también, como otros, vino junto con mi abuela en el barco Castel Bianco, como decía mi abuela había sido su “casa móvil” en un viaje de 15 días y 15 noches de duración. Mi abuelo, un mecánico de oficio, los esperaba en tierra firme, en una casa “a medias” pero propia que había adquirido en lo que se conocía como Haedo. Para mi abuelo y mi abuela era fundamental la educación y la formación religiosa, mi padre y tío concurren a un colegio de la zona de gestión privada y que profesaba el catolicismo; luego mi padre se formó para ser profesor en educación física.

Ambas historias constituyen mi biografía y mi mirada respecto al desplazamiento, el desarraigo, la familia, la escuela, el trabajo, la iglesia y la política. Tanto mi madre y mi padre encarnaron dos relaciones diversas con la casa, sus barrios y sus sociabilidades y se imprimieron en mi forma de verlas y comprenderlas. Esta invitación de lectura no puede terminar sin una guía que precise el plano de esta casa: mi tesis.

V. El plano vital de esta casa: sobre qué trata esta tesis

Mis interlocutoras al cabo de unos meses me dijeron que “cada casa tiene su maña”, siguiendo esta referencia, podría decir que esta tesis también las tiene. Porque más que un relato armónico de situaciones y acontecimientos, pretende hacerse cargo del compromiso por no suprimir descripciones o diálogos que resultan constitutivos de las vidas de mis interlocutores de campo y ponen al descubierto “la dimensión humana de ese mundo social” (Quirós, 2006, p. 29).

Mientras un capítulo hace hincapié en la división de tareas, roles y arreglos de cuidado de la familia y los sectores utilizados en la casa, otro tiene como eje la celebración de un evento y lo que este problematiza. Un apartado puede que haga foco en los artefactos (como ser un lavavajillas o una máquina de café), en cambio otro se centra en la decoración y el rol de las redes sociales como mediadoras de las elecciones estéticas. En efecto, sentidos diversos, prácticas de lo más disímiles, materialidades y texturas heteróclitas, y tácticas (des)semejantes de sostenimiento afectivo de sus moradas se ponen en juego en un texto con ritmos, silencios, desacoples y cadencias propias de una etnografía que fue móvil (Marcus, 2001). Así me mantuve atenta a hacer de este recorrido un sendero de aprendizajes que priorizara “su visión sobre su mundo” (Malinowski, 1986 [1922]) donde *aprender a percibir* (Restrepo, 2016, p. 20) supuso

no desestimar emociones, sentimientos, habilidades y limitantes propios de quien investiga.

Mi argumento se va construyendo progresivamente a partir de la recurrencia de situaciones y prácticas, así como también en lo excepcional. Mi descripción intenta ser fiel a las formas propias de las casas y quienes las habitan. Como presento, la casa y lo que en ella acontece no se explican por sí solas ni por autoreferenciación. Es necesario ponerla en relación con otras experiencias de la vida cotidiana para que gane inteligibilidad. Por eso, esta tesis implicó un estudio “más allá de la casa”. Los diálogos son reconstruidos, con excepción de algunos fragmentos de entrevistas o situaciones puntuales que son reproducidos literalmente. Preservando la identidad de quienes participaron, he jugado con los personajes, el espacio y el tiempo de las situaciones acontecidas; en este sentido, puede que ciertos personajes condensen características de otros o aparezcan en otras geografías, así como pueden aparecer nuevos en la escena⁷¹.

La tesis se estructura en cinco capítulos. El primero de ellos contextualiza socio-espacialmente el territorio donde se ubican las casas mientras que los restantes cuatro se orientan a lo que denominé *historias de casa*, es decir, se focalizan en las viviendas, los usos familiares y las biografías de sus residentes, especialmente de las mujeres que las habitan. Los apartados como totalidad emulan un ciclo vital invertido, iniciando por la etapa en que se deja la casa propia y finalizando en el momento en que recién se habita y ocupa. “Se deja”, “se intercambia”, “se exhibe” y “se decora” recupera acciones nativas que articulan un momento del ciclo vital con la casa habitada. En efecto, cada capítulo en sí mismo hecha luz sobre un conjunto de dimensiones particulares a la vez que establece diálogos implícitos y explícitos con otros capítulos de esta tesis. A medida que lean los capítulos verán algunas referencias cruzadas para volver legibles elementos comunes o divergentes entre cada apartado con una lógica progresiva y acumulativa, lo que supone que a medida que avanzan los capítulos, se incrementan las alusiones y referencias.

En el Capítulo I. “Vivir en Haedo: entre la comunidad y el deseo”, refiero a las acciones de vivir e imaginar Haedo como prácticas vitales bajo las cuales vincularse diferencialmente con el territorio. En esta entrega caracterizo el recorte geográfico que

⁷¹ Esta estrategia de reconstrucción la retomo de Julieta Quirós (2006).

involucra al conurbano y preciso los rasgos más sobresalientes del Municipio de Morón y de la localidad de Haedo tanto en términos sociohistóricos como residenciales. Clasificaciones socio-espaciales del tipo “gente como uno”, “bardo” y “comunidad” contornean las experiencias de habitar o imaginar(se) en esta localidad. En consecuencia, ubico los modos de significar la localidad en términos de *espacio social local de vida* y *espacio social local de proyección*. Por último, refiero al modo en que Haedo se ha constituido en una “comunidad moral” real e imaginada tanto para sus residentes como para quienes la transitan.

En el Capítulo II. “Se deja”, describo la vivienda de Rosa y Oscar en lo que llaman “Haedo Norte”. Presento su historia de “llegada” a la casa propia así como el modo en que, con el devenir de los años, han producido una vivienda caracterizada por el “acumular”. En su afán por transmitir intergeneracionalmente la experiencia de la vivienda propia, encuentran reticencias por parte de su hijo e hija quienes tienen otros proyectos y expectativas materiales. En este marco, Rosa y Oscar no sienten su casa como “un lugar propio” por lo que operan permanentemente sobre este incluso para sacar su mobiliario y llevarlo a una construcción que emprendieron en Guernica. La adquisición de bienes y la “acumulación” de objetos configuran el paisaje doméstico de este matrimonio, en donde sus experiencias me habilitan a pensar lo que denomino una *mutabilidad diferencial*, quehacer mediante el cual buscan hacer converger (con mayor o menor éxito) sus propias decisiones estético-residenciales con valoraciones colectivas sobre lo que es deseable y “debe ser” la casa.

El Capítulo III. “Se intercambia”, refiere la casa de Luisa y la experiencia de un itinerario habitacional “cuarto a cuarto”, la migración familiar de Paraguay a Argentina, el acceso a la casa propia y como, en la actualidad, busca “soltar” la casa. A partir de la incorporación de audiolibros con el método KonMari, Luisa se proyecta en el espacio y, con ello, imagina su forma de estar en el mundo en donde cuerpo y casa parecen establecer una relación de contigüidad. En un universo en donde la fragmentación de espacios, conviven con invitaciones ajenas a celebraciones y el mandato moral de sus padres, Luisa procura regenerar una relación con su hábitat a la vez que dar con tácticas para poder armar otro proyecto habitacional propio.

El Capítulo IV. “Se exhibe”, trata sobre la casa de Gloria y su familia, sobre esa casa luminosa y de hormigón armado que pareciera organizarse bajo patrones de

revistas modernas vinculadas a la decoración. Es una casa curada para la exhibición, para la muestra y que en parte esto se conecta con una propuesta arquitectónica que tuvo su predominancia mundial luego de la segunda mitad del siglo XX ponderando el concepto abierto y lo diáfano. De igual manera, problematizo los modos en que este estilo es modificado en la vida cotidiana produciendo *materialidades morales* que permiten establecer ciertas diferenciaciones. En este capítulo, nociones como “bienestar”, “resiliencia” y “alegría” aparecen tanto para aludir a las personas y a su sentir como a lo que producen ciertos objetos. Asimismo, aquí, la temática con relación a la seguridad es una constante y, en esa línea, la familia destina tiempos y recursos a “asegurar su habitar”, modificando material y tecnológicamente su casa.

El Capítulo V. “Se decora”, está organizado con base a la experiencia de Isabella, quien vive en una casa prestada –*casa pasaje*–, un departamento familiar en Haedo Norte. Isabella pasa gran parte de su tiempo libre marcando (*pinning*) ideas en las plataformas digitales: su tablero de *Pinterest*, perfiles de *Instagram* y *hashtags* sobre decoración. En sus términos, decorar implica formar parte de una comunidad que se conforma en las redes sociales donde los patrones de decoración que muestran los/as *influencers* tienen un *feedback* constante de los/as usuarios/as. Isabella entonces, toma decisiones con base a este soporte virtual y con relación a las elecciones de personas “más o menos” conocidas. Para ella, su casa es su refugio, pero también considera que, al no ser un lugar permanente, tampoco lo son las decisiones que emprende. Según su experiencia, la actualización de una posición social resulta de una articulación entre la sociabilidad digital y las decisiones estéticas que se amplifican a partir de sus redes de contacto.

Por último, en las conclusiones recupero las preguntas iniciales planteadas en la introducción de la tesis y preciso las aportaciones etnográficas señaladas en cada capítulo. Organizo los resultados de la investigación en tres líneas: epistemológicas, conceptuales y etnográficas. Por último, planteos tópicos e interrogantes pendientes que se habilitaron a razón de la investigación y que me posibilitan pensar en otros *sueños* a seguir.

CAPÍTULO I. VIVIR Y DESEAR: HAEDO

Como señalé en la introducción, la temática urbana y residencial atraviesa de manera variable y desigual esta etnografía. Variable por el carácter cambiante que adquiere la relación que establecen las personas con el contexto de emplazamiento de su vivienda y, desigual, por las diferencias de recursos y accesos en las que se traduce su vida cotidiana, tanto en la esfera doméstica como más allá de esta. Mientras para algunos/as Haedo y sus localidades aledañas resultan transiciones para llegar a la Ciudad Autónoma de Buenos Aires o para adentrarse en otras zonas del Gran Buenos Aires, para Rosa, Luisa, Gloria e Isabella y sus familias, era el lugar donde residían o donde proyectaban e imaginaban vivir.

En este capítulo me pregunto ¿qué sentidos elaboran estas personas con relación a la espacialidad en donde se encuentran localizadas sus casas? ¿De qué manera y en qué contextos advierten y construyen fronteras morales bajo las cuales organizan su circulación tanto en la localidad como en el municipio? A saber, las recurrentes alusiones al “espacio” y a “lo local” colmaron mi cuaderno de campo. Para estas personas, el espacio tenía un carácter de proyección, de lo que podía ser pero también recortaba la experiencia biográfica y familiar. Lo local, para mis interlocutoras/es, implicaba el conocimiento fino de personas, lugares y de referentes de la zona, es decir, se vinculaba con la geografía y, al mismo tiempo, suponía un saber práctico de tipo afectivo sobre quienes habían vivido, quienes eran parte del circuito comercial y/o social en la zona y quienes residían allí en la actualidad.

Si bien parecía que se configuraba un tipo de *espacio social local* (Re, 2018)⁷² partiendo de una interdependencia entre el modo en que se habitaba la localidad y la casa y los valores asociados a esta vivencia, esta interdependencia sólo se daba en aquellos casos en que se formaba parte de un tipo particular de sociabilidad como aquella que forjaba la familia de Gloria y Ariel. Sin embargo, esto no implicaba que el

⁷² “La configuración del espacio social local muestra una interdependencia entre los actores en una clave explicativa de sus actitudes y del mundo simbólico en que están inmersos. Las personas se vinculan a este lugar desde procesos simbólicos y afectivos que promueven la construcción de lazos y sentimientos de pertenencia. En consecuencia, la identidad emerge como resultado de construcciones sociales y culturales que tienen que ver con cómo las personas la delimitan, piensan y viven” (Ré, 2018, p. 13). En este caso, me interesa soslayar las transformaciones y modulaciones que se presentan dentro de este espacio social local.

horizonte de habitabilidad y de valores representados por esta localidad no apareciera en los discursos y en el imaginario de las otras vivencias, regulando elecciones propias y ajenas, permitiendo establecer una distinción entre un *espacio social local de vida* y un *espacio social local de proyección*⁷³. Es justamente, en esta producción del espacio, donde clasificaciones sociales y valoraciones morales cruzaron y definieron otros modos de vertebrar la experiencia urbana (Segura, 2015)⁷⁴ de estas personas, quienes si bien residen o se imaginan en esta localidad también la dividen conforme a aquello que consideran que se enmarca o no dentro de sus cánones de lo esperable o deseable⁷⁵.

En este capítulo presento algunas miradas y discusiones con relación al desafío de estudiar y etnografiar en el conurbano bonaerense. También desovillo algunos hilos de la historia de Haedo y Morón. A su vez, recupero parte de la historia residencial y arquitectónica de la zona –con sus caserones y estancias– y las circulaciones variadas

⁷³ Hace tiempo Elias y Scotson (1994) marcaron como el lazo colectivo e individual se articulan de manera particular en diversas localidades. Estos autores proponen una diferencia entre “establecidos” y “outsiders”, cuyas consecuencias se manifiestan tanto en el grado de cohesión como de control comunitario. Sin embargo, es bien heterogéneo el modo en que se producen lazos afectivos en una espacialidad cuyas fronteras son más bien móviles. Diversos trabajos recientes, destacan el modo en que los valores a la vez que reafirman identidades se tornan motivo de disputa local (Segura, 2010; Noel y De Abrantes, 2014).

⁷⁴ El antropólogo Ramiro Segura, en su estudio en la Ciudad de La Plata (Provincia de Buenos Aires, Argentina) analiza la experiencia urbana de sus habitantes a partir de la mirada y el punto de vista de quienes viven en la periferia urbana de esta ciudad. Este autor parte de asumir “que el espacio (y también el tiempo) es un producto social resultado de las prácticas y procesos materiales vinculados con la reproducción de la vida social (Harvey, 1998).” (Segura, 2015, p. 21).

⁷⁵ A modo indicativo con relación a este punto, y al modo en que las clasificaciones generan continuidad y/o fragmentación en el espacio, Roberto DaMatta (1997a), advierte que la noción de casa y sus características dependen de con qué se la contraste, es decir, del conjunto de oposiciones sobre las que se edifica su sentido, su significación, como puede ser la noción de calle. Ambos conceptos evocan e invocan marcos legales diversos a la vez que pautas de comportamiento bien variadas. El autor destaca que, para algunos/as, por ejemplo, la expresión “mi casa” (*minha casa*) extiende su referencia al barrio o a la calle que se habita y, de este modo, trasciende los límites de la vivienda (1997a, p. 11). De acuerdo con esta mirada, una casa presentaría ciertas espacialidades “más públicas” y continuas, configurando lo que denomina espacios “arruados” (1997a, p. 55) que tensionan ciertas oposiciones entendidas como absolutas y totalizantes como: público/privado o personal/social. Como mostraré en este capítulo y con base al señalamiento de DaMatta (1997a), en otras latitudes, referir a la casa propia en tanto “mi casa” no alude necesariamente entre las clases medias, a una idea continuada de espacialidades con una intimidad y grado de cercanía como aquella construida “puertas adentro”. Si en un primer momento notaba cómo ciertas regulaciones sociales del afuera parecían deslizarse en el adentro, esto fue tomando diversos matices conforme el avance del trabajo de campo. Para algunas familias el habitar la casa y la localidad era variable conforme a la práctica aludida y a los espacios que dicha acción suponía. Pues, la experiencia habitacional en sus barrios –o Urbanizaciones Abiertas (UA), en contraposición con la Urbanizaciones Cerradas (UC)– parecía paradójicamente *desarruarse* y generar un distanciamiento vincular con la localidad aquí mediado por su crecimiento comercial, la llegada de “otros”, la permanente acción dirigida hacia “asegurar” la vivienda y lo que se vivía como una progresiva pérdida de referencia “del otro”, que tenía su argumento en frases como “no les conozco las caras” (Gloria).

que tienen mis interlocutoras. Por último, retomo acontecimientos como el carnaval, que encuentran a vecinos/as de uno u otro lado de la vereda.

1. Etnografiar en el oeste del conurbano

Mi trabajo de campo me condujo por diversas discusiones y circulaciones. De alguna manera, leer la vida de la gente implicó también acercarme a miradas y lecturas ajenas sobre estas geografías y su historia. El Gran Buenos Aires, geográficamente lindante con la Ciudad Autónoma de Buenos Aires (CABA), alberga, de acuerdo con el último censo del año 2010, cerca de 10 millones de habitantes. Con características urbanísticas y sociales diversas, emerge como un *collage* (Zarazaga, 2017) de complejo acceso y comprensión en donde la desigualdad ha constituido uno de sus lentes privilegiados. Su rápido y descontrolado crecimiento tuvo como consecuencia la proliferación de imaginarios negativos, más aún en aquellas zonas que parecían alejarse del progreso económico y la expansión planificada. A menudo, este último fue colocado como contrapunto a CABA que desde antaño encarnó el “tipo ideal” de desarrollo citadino al cual seguir.

Esta zona, aludida como conurbano⁷⁶, de *conurbation* –término acuñado por Patrick Geddes para denominar a los cordones circundantes de las grandes ciudades–, en Argentina usualmente ha configurado imágenes a la vez que un apelativo frecuente en discursos políticos y mediáticos. Con una desigual accesibilidad al Estado, sus municipios (también llamados “partidos”) configuraron narrativas diversas de la vida en

⁷⁶ Existe una amplia literatura respecto a la definición del conurbano, cuyos límites de acuerdo con el criterio utilizado, en algunos casos, suele variar la territorialidad de manera considerable. Inicialmente, en el censo de 1947, comenzó a utilizarse el término Gran Buenos Aires para referir a una unidad censal conformada tanto por la Ciudad Autónoma de Buenos Aires como por los municipios del Gran Buenos Aires que la rodean, en ese entonces 17, hoy 24 (Segura, 2015), también denominada Área Metropolitana de Buenos Aires (AMBA) (Informe INDEC, 2003). La Región Metropolitana de Buenos Aires (RMBA) remite al conglomerado urbano alrededor de la Ciudad Autónoma de Buenos Aires y comprende 40 municipios-partidos (Informe INDEC, 2003). En lo que refiere a aspectos urbanos y residenciales, la denominación Aglomerado Gran Buenos Aires (AGBA) resulta ser una denominación menos precisa y más amplia ya que se basa en el acceso móvil a diversos puntos de la ciudad y resulta ser una “mancha urbana” en relación con la presencia de viviendas.

El conurbano, si bien puede encuadrarse en estas diversas denominaciones, constituye un apelativo recurrente que muchas veces implica imprecisiones e incertidumbres respecto de la exactitud de lo que se denomina. En términos estrictos, y de acuerdo con un criterio jurídico-administrativo asentado en la Ley Provincial 13.473, el Conurbano Bonaerense está constituido por 33 municipios-partidos. Para una mayor precisión respecto del tema, véase: *¿Por qué el Conurbano?* (Downes, 2015). En este trabajo utilizo, continuando con cierta tradición en la literatura académica consultada, el concepto de conurbano entendido como RMBA.

y desde “las periferias”. Sin embargo, el conurbano tiene una existencia. A pesar de no constituir una unidad administrativa específica, ella ha configurado parte de la historia nacional, de los relatos locales y de la vida de las personas, así como ha delineado ciertos estigmas sociales.

Algunos teóricos locales han marcado tres momentos o etapas en la conformación de la Región Metropolitana de Buenos Aires (RMBA) –también reconocida como conurbano–. Atender a esta configuración espacial es importante ya que la Ciudad de Buenos Aires ha sido la vara, el espejo por excelencia para pensar las “carencias” del conurbano con relación a la expansión planificada, o al menos más planificada, de la ciudad y sus espacios: “Si bien ese binarismo tiene zonas borrosas y zonas de contrastes muy fuertes, la oposición tiene vigencia y desde la Capital predomina la tendencia a constituir el Gran Buenos Aires como alteridad, como diferencia” (Grimson, 2008, p. 256). Tal como lo señala Grimson, el espacio es una metáfora a la que, a menudo, los académicos recurren para articular su entendimiento sobre diversos sectores sociales y –agrego también– sobre sus estilos de vida, contraponiendo el conurbano a CABA.

Di Virgilio, Guevara y Mejica (2015, p. 78) marcan que, en el desarrollo urbano de la RMBA, pueden identificarse tres etapas o “momentos” históricos. El primero de ellos tuvo CABA como epicentro, vinculado a la actividad agropecuaria y manufacturera que se extiende hasta 1930. Un segundo momento va desde 1940 a 1970, cuando se termina por consolidar la primera y segunda corona⁷⁷ del Gran Buenos Aires, en el que la suburbanización está estrechamente vinculada al desarrollo industrial que provocó el desplazamiento de obreros y de aquellas personas con ingresos más bajos a otros puntos de la provincia. Este paulatino asentamiento en diversos municipios del conurbano generó diversas experiencias sociales y políticas que tuvieron eco en las administraciones locales.

Por último, estos autores señalan una tercera etapa que contiene dos subperíodos. El primero de ellos iniciado entre los años 70 y principios de los 80, ligado a la crisis del Estado de Bienestar, en el cual la introducción de reformas neoliberales empezó a

⁷⁷ En lo que remite al área circundante a CABA, se suele hablar de coronas, cinturones o cordones (primero, segundo –más cercanos– y el tercero –más lejano–). Los primeros dos son considerados como áreas suburbanas y, en el tercero, finaliza la zona urbana y comienza la rural.

modificar el patrón urbano. El segundo se inició en los 90 con el fuerte avance del denominado “proceso de metropolización”, que contaba con la anexión de nuevas zonas urbanizadas en la cabecera norte como producto de los cambios en los patrones residenciales de personas que dejaban la Ciudad de Buenos Aires, que parecía “peligrosa” e “invadida” –por cuerpos otros, “ajenos” (Grimson, 2008, p. 259)– que ahora se asentaban en las coronas de los partidos del Gran Buenos Aires.

El mapa de la RMBA se vio afectado por diversas obras de extensión de carreteras con el fin de comunicar la CABA con la Provincia de Buenos Aires. Así, se atendió a una división de estos territorios por corredores (Norte, Oeste y Sur) correspondiente a la etapa de construcción de accesos o autopistas, habilitando nuevas opciones residenciales cuya elección luego será justificada por las personas en términos morales (véase Mapa 2).

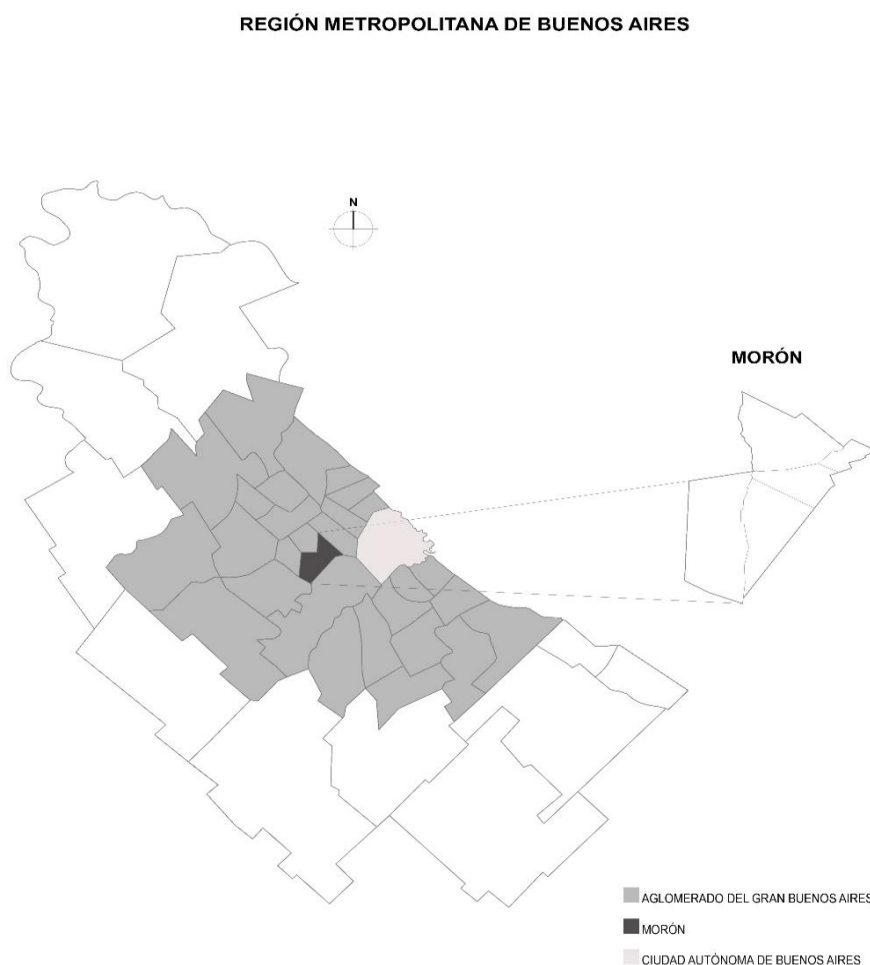
En relación con la problemática urbana y residencial en el Gran Buenos Aires, la literatura originada en las ciencias sociales a partir de la década de 1990 contribuyó a tensar dos miradas entre: villas⁷⁸ y *countries*⁷⁹. Tales estudios representaron aportes necesarios que visibilizaron modos de respuesta ante eventos más o menos críticos en términos políticos, económicos, sociales e institucionales, registrando nuevas posibilidades de localización o relocalización para aquellos sectores de clase media o clase media-alta que buscaban otros estilos de vida “más seguros” y “tranquilos” por fuera o en las inmediaciones de la ciudad (Svampa, 2001). Esto provocó un desplazamiento hacia las periferias de la ciudad y al Corredor Norte⁸⁰ del Gran Buenos Aires (Arizaga, 2000, 2005; Carbajal, 2003; Girola, 2006; Cosacov, 2009; Benítez et al., 2014) que tuvo como consecuencia un proceso de suburbanización de los sectores medios y medios altos (Svampa, 2001, 2002), con una tendencia a las urbanizaciones cerradas (barrios privados, *countries*, chacras y megaemprendimientos) (Ballent, 1998; Arizaga, 2000).

⁷⁸ Pueden consultarse los trabajos de: Minujin y Kessler (1995), Lvovich, (2000), Auyero, (2001), por nombrar solo algunos.

⁷⁹ “*Countries*” es el término comúnmente utilizado en Argentina para hacer referencia a lo que se denomina en la bibliografía como “urbanización cerrada” o, en inglés, “*gated communities*”. Sobre la temática, pueden consultarse los trabajos señalados en la Introducción de esta tesis.

⁸⁰ Comprende los partidos al norte de Ciudad de Buenos Aires, contiguos al Acceso Norte –que abarca desde San Isidro hasta Pilar-Escobar y el noroeste–, con la Autopista Camino Parque del Buen Ayre que va desde Moreno hasta San Isidro.

Mapa 2. Región Metropolitana de Buenos Aires (RMBA), Aglomerados del Gran Buenos Aires (AGBA) y *zoom* del Municipio de Morón.



Nota. Elaboración propia según datos del Observatorio Metropolitano-CPAU. RMBA es toda la región abarcada por el mapa.

A menudo, estos complejos residenciales en el conurbano resultan bordeados por “bolsones de pobreza” socioeconómica –localidades o barrios aledaños– y relegados. Como consecuencia, en el campo socio-antropológico, se produjo una vasta literatura, por un lado, sobre sectores populares y villas, centrada en temas como la pobreza, las prácticas políticas, los modos de organización colectiva del trabajo y las nuevas formas de religiosidad popular (algunos estudios: Guber, 1984; Semán, 2001; Quirós, 2011; Ferraudi Curto, 2014; Fernández Álvarez, 2016) y, por otro, sobre sectores medios-altos, podríamos señalar como “bolsones de riqueza”, que se congregan bajo la emergencia de nuevas modalidades de residencialidad y la configuración de estilos de

vida (Ballent, 1998; Girola, 2006)⁸¹. Como consecuencia de este movimiento residencial, en los análisis se sugirió una suerte de extrapolación de las características de la Ciudad de Buenos Aires hacia zonas del Gran Buenos Aires: “un Norte tradicionalmente rico, un Oeste de capas medias y un Sur empobrecido” (Arizaga, 2000, p. 23). En este caso, el Oeste no solo presentaba grandes dimensiones y desigualdades sociales y urbanas, sino que era conocido más por los “nuevos pobres” que por sus “capas medias”.

Esto no es menor, puesto que los sistemas clasificatorios van performando las rutinas sociales y los modos de transitar de un lugar a otro. De la misma manera, el conurbano, en sus capas medias, resulta una *terra incógnita* (Gorelik, 2015), más aún en los modos en que sus habitantes organizan sus itinerarios cotidianos y la vida en sus casas. Los antecedentes del estudio tanto de la casa como del departamento y su relación con el barrio (cerrado o abierto) se focalizaron en el habitar de las “nuevas clases medias” en CABA y zona norte de GBA⁸² focalizándose en la búsqueda de un estilo de vida que ponderaba una “ruralidad idílica” (Urry en Svampa, 2000, p. 6). Poco a poco este cambio fue delineando la estética arquitectónica de las viviendas y contorneando delimitaciones morales.

Cosacov (2016), por su parte, destaca que los procesos de gentrificación dentro y fuera de las grandes ciudades conllevan negociaciones (entre condicionamientos sociales, materiales y espaciales) que las personas elaboran consigo mismas y con otros a la hora de avizorar un “nuevo” horizonte residencial. Esto resulta de particular importancia puesto que la localidad de Haedo, de manera reciente, fue vislumbrada como un lugar residencial deseado entre las clases medias y medias altas. Tanto es así que, en el Corredor Oeste, junto con Ramos Mejía constituyen localidades “altamente valoradas” por el mercado del suelo⁸³. Gloria nunca se planteó como opción vivir fuera

⁸¹ Es menester señalar a diversos autores (Gravano, 2005; Noel, 2011; Boggi y Galván, 2016) que han colaborado no solo en descentralizar la producción intelectual de la Ciudad Autónoma de Buenos Aires en particular y del Área Metropolitana de Buenos Aires en general, sino también que han abordado temáticas vinculadas a la vida urbana, la organización social y las identidades sociales y culturales.

⁸² Al respecto pueden consultarse los trabajos señalados en la Introducción, como ser Arizaga (2005) y Girola (2006).

⁸³ En este caso, Haedo y Ramos Mejía, con un precio por m² del terreno entre los US\$ 550 y US\$ 760, similar a aquellos valores de los terrenos en localidades del Corredor Norte, tales como Martínez (US\$ 692) o Acassuso (US\$ 616), ambas en el Partido de San Isidro (Informe de Distribución Territorial del Precio de Oferta, 2014, p. 17 y ss.).

de Haedo, Rosa si bien no vive estrictamente en Haedo suele autoperibirse como parte de esta geografía y extiende sus límites. Luisa considera que esa localidad transmite “orden”, mientras que Isabella la entiende como parte de su construcción posible de “lo propio”. Aun los vaivenes en sus decisiones normalizan la continuidad de sus vidas allí, a contrapelo de lo que diversas modas inmobiliarias o la concentración en las metrópolis pueda indicar.

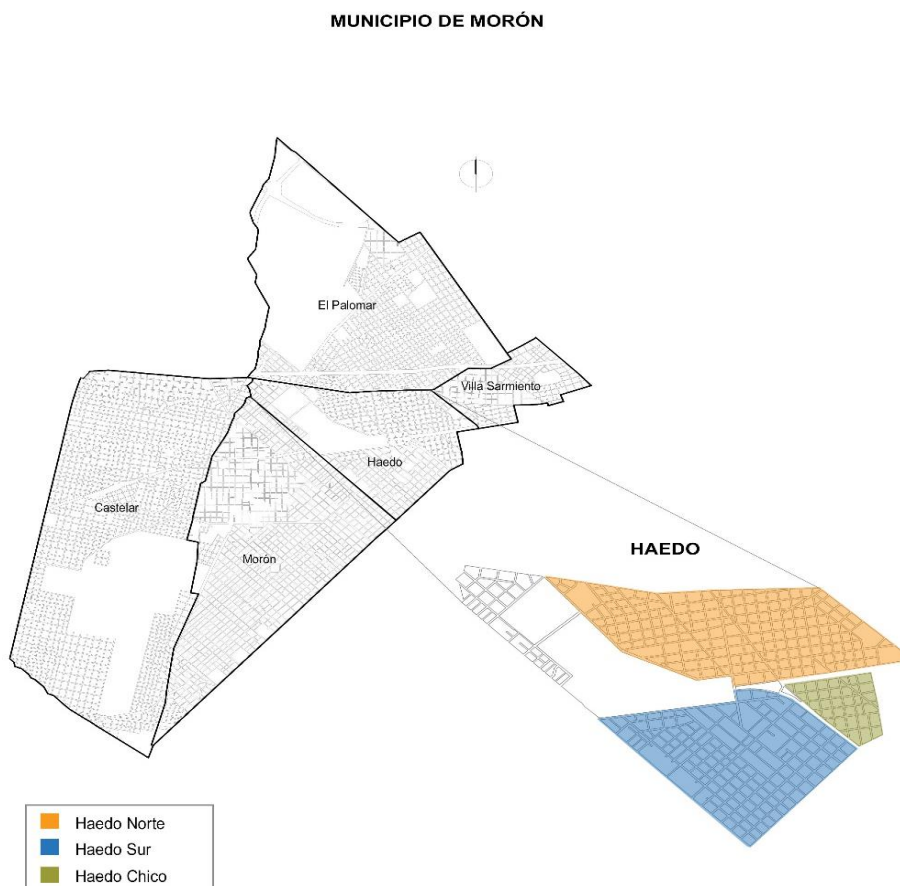
Mi trabajo de campo indaga los modos de habitar la casa de las clases medias en Haedo, localidad que no pasa desapercibida, más aún luego de su reciente reemergencia a partir de un “boom inmobiliario”⁸⁴. Esta parece no corresponderse con los imaginarios que a menudo fueron elaborados sobre el conurbano. Esta localidad se exhibe, desde 2001, como un “polo residencial” “deseable” para los sectores medios y medios-altos (Kamitz, 2015, p. 12). La localidad de Haedo forma parte distintivamente de la vida de mis interlocutoras/es para quienes lo local deja de asirse en términos topográficos para manifestarse en aspiraciones residenciales y modo afectivos mediante los cuales vincularse con el espacio.

Gloria vive en el denominado Haedo Chico; Isabella, en Haedo Norte; Rosa se autoperibe de Haedo Norte, aunque viva en El Palomar, y Luisa vive en Morón Sur. Ni por sus habitantes –haedenses– ni por quienes residen en Morón –moronenses– Haedo es percibida como una localidad homogénea. Algunas delimitaciones al interior de la localidad identificadas por mis interlocutores son: Haedo Sur, Haedo Chico/Residencial y Haedo Norte⁸⁵ (ver Mapa 3).

⁸⁴ “El boom inmobiliario llega al interior. En el sur y oeste del GBA también aumentaron los precios de departamentos” (*Clarín*, 26 de julio de 2005).

⁸⁵ Los límites de zonas de acuerdo con el municipio son: límite municipal de Haedo centro-sur: Primera Junta - Av. Juan D. Perón - Dr. Luis Güemes - Lavallol - Ribes - Av. Rivadavia - Dr. Manua A. Fresco - Alberto Vignes - Mtro. Ramón S. Carrillo - Del Himno - Alberto Vignes - Punchauca - Rubens - Defensa - Dr. Pedro Chutro - Cacique Yaite - Igualdad - Caseros - Manuel Lainez - Primera Junta. El límite municipal Haedo-Morón lo delinear: Int. Abel Costa - Domingo French - Pte. Domingo F. Sarmiento - Gral. Juan M. Pueyrredón - Av. Rivadavia - José Manuel de Estrada - Esmeralda - Libertad - Esmeralda - Concordia - Joaquín V. González - Juan Manuel de Sarratea - Córdoba - Int. Abel Acosta (Honorable Consejo Deliberante, s.f.).

Mapa 3. Límites de la localidad de Haedo y coloreado sobre zonas al interior de la localidad.



Nota. Elaboración propia con base a la información provista desde la *web* institucional del Municipio de Morón y precisiones de mis interlocutores.

Para Gloria Haedo Chico configura su medio que le da “seguridad”; no obstante, Haedo Sur más bien es una de las zonas menos asociadas con ese vivir en “tranquilidad” puesto que sus características urbanas y de ocupación se vinculan con el pasado fabril de Haedo, sus fábricas de cerámicos y corralones. Rosa hoy opta por tener una segunda casa, una casa de descanso, tipo quinta, con más m². Sin embargo, el coste del suelo en Haedo sumado a una creciente densidad poblacional en la localidad hizo que Rosa no pudiera proyectarse como ella quería en este territorio. Si bien en Haedo y sus inmediaciones se destacan los lotes amplios con construcciones de una planta, también las construcciones recientes y los altos edificios (cerca de la estación y en la avenida Gaona) alcanzan y superan los diez pisos. Isabella vive en un edificio moderno de líneas geométricas y pintado en color gris cemento y blanco. Ella se socializó entre la localidad de Morón (a razón de su residencia familiar con Luisa) y El Palomar (por su escolaridad). Al haberse mudado a esta localidad de manera reciente, todavía no tiene

un circuito propio con el que se encuentre familiarizada como sí lo tienen Gloria y su familia o Rosa con Oscar. Por tanto, muchas de las clasificaciones que configura se vinculan con imaginarios especialmente identificados con la idealización de esta localidad como un lugar apacible que, ahora, pareciera tener o bien zonas “poco seguras” o bien “descuidadas”. Esto último no solo se vincula a su trama urbanística y estética sino también a esos “otros” que son parte de dicha cotidianidad. Parte de su presente no puede terminar de comprenderse si no se conoce su historia, sus itinerarios y los lugares entrañables de esta localidad.

2. Conocer la historia de Haedo

Quienes residen en Haedo, para caracterizar la localidad, refieren a sus árboles de tilo, sus casonas con parques delanteros y sus anchas calles. En parte, porque la zona aledaña a la estación de tren –en su lado sur– mantiene tales detalles casi intactos. Ciertamente es que los detalles de la vida cotidiana de Haedo y sus dinámicas no pueden comprenderse sin su historia. Pues, esta localidad ha sufrido numerosas transformaciones urbanas y residenciales a lo largo del tiempo, un tiempo en que familiares y parientes de mis interlocutoras también vivieron. Es destacable que muchas de las ideas que vinculan a Haedo como un lugar de descanso y deseable ya tienen asidero durante el siglo XX.

El nombre Haedo se originó por la figura de Mariano José Haedo, presidente de la Comisión Directiva del Ferrocarril del Oeste, quien decidió crear una estación empalme en este lugar allá por 1887 –cuya fundación se llevó a cabo en 1889–. Para finales del siglo XIX y principios de siglo XX, Haedo –como otros del Partido de Morón– era un pueblo de grandes casas quintas para el veraneo de las familias de la provincia de Buenos Aires, específicamente de lo que se conocía como Capital Federal. A principios de siglo, junto con Ramos Mejía (localidad situada en el Municipio de La Matanza), se configuraron, en la zona oeste del Gran Buenos Aires, como opciones óptimas para el “descanso” de las familias.

Poco a poco, este territorio fue ocupándose de residentes que se encargaban de conformar asociaciones para atender los problemas y necesidades de quienes allí residían. El influjo fomentista fue significativo en esta zona contorneando sus organizaciones y acciones. A modo de ejemplo, la Sociedad de Fomento de Haedo se

creó en 1897 y tuvo como presidente a Alberto Vignes. Un año después, se colocó la primera piedra de la que sería la iglesia Sagrada Familia –donde posteriormente Gloria y Ariel se conocieron–; inaugurada en 1902 aun hoy es una institución de referencia para muchos/as haedenses⁸⁶.

El aluvión inmigratorio a finales del siglo XIX tuvo estelas en la ocupación del Municipio de Morón, que se presentó como una opción interesante para migrantes que encontraban una Ciudad de Buenos Aires superhabitada y en condiciones paupérrimas de vida. Las grandes extensiones de terreno eran un claro atractivo para quienes tenían trayectoria en las producciones agropecuarias familiares. Entonces, vivir de la tierra era menos un eslogan y más una realidad. Entre los migrantes que se alojaron en Morón en general y en Haedo en particular, se destacó la inmigración de italianos, a la que le siguieron españoles y franceses. De acuerdo con la historiadora Graciela Saez, esto trastocó “la fisonomía de este tranquilo paraje” (2010, p. 137).

La búsqueda por preservar la identidad llevó a la población migrante a la creación de sociedades de Socorros Mutuos⁸⁷ con sus celebraciones y festividades de acuerdo con la nacionalidad. Ya el censo nacional de 1895 registró oficios urbanos y rurales en la zona, con una división de rubros articulada con el origen migratorio. Por ejemplo, las fábricas de aceite, quesos y harinas pertenecían a españoles e italianos. El trabajo agropecuario requería mano de obra tanto en quintas de verdura como en las plantaciones de árboles y frutales, como los durazneros. En particular, en la localidad de

⁸⁶ Cabe destacar que la política de descentralización municipal para este período, según señala la historiadora Saez (2010), se da a partir de la creación del Registro Civil en Ituzaingó. Para 1910, se reorganiza y se produce una reforma de la estructura cuartelaria del partido, pues este, por ese entonces, se hallaba dividido en cuarteles o circunscripciones administrativas, cada uno con un alcalde a cargo: Cuartel I correspondía a Morón; el II, a Castelar; el III, a Haedo, Palomar y Villa Sarmiento; el IV, a Hurlingham, mientras que el V, a Ituzaingó. Más adelante, se propone que el Cuartel III se divida en dos secciones: Sección I Haedo, a cargo del alcalde Alberto Lefrancois, y la sección III en Villa Progreso, hoy Villa Sarmiento, a cargo de Antonio Zillo (Saez, 2010). Para ese entonces, cada delegación estaba conformada por tres miembros que debían acreditar su condición de vecinos en los pueblos en que ejercían sus funciones y “demostrar su condición de propietarios o comerciantes” (2010, p. 133). Recién en 1913, por iniciativa del intendente municipal Ernesto Grant, se crean delegaciones municipales con el objetivo de “representar al Ejecutivo en cuanto a obras y servicios públicos, el mejoramiento y construcción de plazas calles y caminos. También ocuparse de la cultura física, intelectual y moral estaba entre sus objetivos” (2010, p. 133).

⁸⁷ La Sociedad Italiana, aunque fue fundada en 1867, se motoriza a finales del siglo XIX y comienzos del XX con la llegada de inmigrantes a la zona. A esta se le suma la Sociedad Española de Socorros Mutuos, fundada en febrero de 1890. Un año después, se fundó la Sociedad Francesa de Socorros Mutuos. Posteriormente se crearían otras tres instituciones, dice Saez (2010): tres de tipo social (la Sociedad Cosmopolita de Haedo (1895), la Sociedad Cosmopolita de Hurlingham (1897) y Juventud Unida de Villa Sarmiento (1900) y una de obreros, la Sociedad Cosmopolita de Trabajadores (1902).

Castelar se destacaba la plantación de olivos. Entre las ocupaciones consideradas urbanas, estaba el trabajo en almacenes, locales de carbón y maíz. Para ese entonces, se registraban trabajadores jornaleros, jardineros y quinteros. En particular, los italianos se dedicaron al rubro de construcción: “Esto se explica por el hecho de que casi literalmente la ciudad se estaba construyendo. Proliferaban los hornos de ladrillos y corralones de materiales” (Saez, 2010, p. 139).

Por estos tiempos, la sociabilidad del partido se caracterizaba por los llamados salones de fonda⁸⁸, restaurantes y despachos de bebidas. Tanto el censo de 1895 como el de 1914 arrojaron que las mujeres, en su mayoría, desempeñaban “tareas domésticas” y que algunas sumaban algún trabajo extra a su labor. También estaban las lavanderas, modistas, planchadoras, cocineras, entre otras. Se destaca que, entre las extranjeras, las españolas e italianas cumplían funciones como “sirvientas y mucamas”, mientras que las francesas ejercían como comerciantes o rentistas. “El magisterio y la beneficencia fueron las formas de proyectarse que las clases medias y acomodadas encontraron desde fines de siglo XIX” (2010, p. 144). Esto se profundizaba con las acciones de las Damas Vicentinas, quienes “redimían, educaban y transmitían los valores tradicionales” (2010, p. 144). Estas acciones convivían con otras iniciativas más novedosas como, por ejemplo, el Centro Socialista Femenino, en donde sobresalían tanto las hermanas Chertkoff como la maestra Justina Pascuala Cueto⁸⁹.

2.1. Veraneo y estancias

Entre 1880 y 1920, tanto en Haedo como en otras partes del municipio de Morón se vivió una etapa conocida como “el tiempo de las quintas” (Saez, 2010, p. 151), en la cual se consolidó este segmento como una zona de veraneo, con una profunda

⁸⁸ Establecimiento público donde se sirven bebidas y comidas, de carácter popular.

⁸⁹ Respecto de la actividad política en este municipio, es importante destacar la presencia de diversos comités en el partido a finales del siglo XIX: Partido Autonomista Nacional, la Unión Cívica Nacional y la Unión Cívica Radical, a los cuales se suma el Partido Socialista en 1904. Una de las cuestiones que destaca Saez (2010) es la fuerte presencia del socialismo, al establecer Manuel Ugarte (quien fue gobernador de la provincia en varias oportunidades) en Morón, uno de sus bastiones del socialismo. Ugarte, en una alianza con el conservadurismo y el roquismo, mediante la figura de Agustín Roca – hermano de Julio Argentino Roca –, consiguió la mayoría de bancas en el Concejo Deliberante de Morón, sobornando a los votantes en el partido, quienes decían que el grupo gobernante “compraba libretas y distribuía asado con cuero y billetes de dos pesos” (Saez, 2010, p. 135). No obstante estos avatares, la impronta socialista en el partido era significativa, tanto como su impacto en la vida cotidiana de los vecinos. Ya avanzadas las dos primeras décadas del siglo XX, el enfrentamiento entre cierto conservadurismo frente a algunas experiencias progresistas era notable.

proliferación de quintas que, en parte, eran la expresión de la pujante generación del ochenta. Una generación motorizada por el progreso y la modernización que seguía el modelo anglo-francés. Las quintas y estancias no solo trastocaron el paisaje urbanístico sino también que daban notoriedad a sus dueños/as, familias de sectores acomodados (ver Imagen 3). Estas y otras zonas cercanas al río Reconquista y al arroyo Morón constituían una suerte de naturaleza indómita mostraban un paisaje inundado por la vegetación, mientras que localidades como Haedo o Hurlingham tenían un casco urbano definido “con calles limpias, rectas y arboladas, veredas altas, negocios de todos los ramos y las plazas, donde los fines de semana tocaba la banda de música” (Saez, 2010, p. 152). Esto hizo de estas localidades un atractivo diferencial para quienes se agotaban de la Capital Federal.

Imagen 3. Digitalización del mapa con la ubicación de las principales quintas del Municipio (fines del siglo XIX y comienzos del XX).



Nota. Archivo Histórico de Morón y Saez (2010).

Las hermosas y amplias residencias competían en lujo de sus fachadas y en la belleza de sus parques y jardines. Arquitectos y paisajistas, muchas veces extranjeros, diseñaban las propiedades a las que eran traídos especialmente árboles y plantas exóticas. En las quintas de mayor extensión se plantaban hermosas arboledas de pinos o eucaliptus. Se acostumbraba a resaltar la entrada con avenidas de palmeras o robles. Los setos de rosas y jazmines delimitaban los terrenos. Aun hoy permanecen altísimas araucarias y palmeras de aquellos tiempos, único rastro de esas quintas. Ángel Marangón, agrónomo profesional, ofrecía sus servicios para ocuparse de los parques y jardines, ofertando “proyectos y dibujos gratis”.

A la ornamentación de los parques, se debe agregar las plantaciones de especies frutales y el cultivo de hortalizas para el consumo, que eran atendidas por un jardinero que solía ser el casero. Predominaban las magnolias, los eucaliptus, algunos pinos, especies raras como

el alcornoque, limoneros injertados, cerezos, perales y durazneros. En algunos casos los jardines eran transitados por aves exóticas como faisanes y gruyas de la India, una moda sin duda impuesta por los ingleses.

Las dimensiones de estas variaban entre una manzana y varias hectáreas de terreno. Ya desde el siglo XIX, algunas propiedades eran vendidas en lotes de distintas medidas, incluyendo algunos la casa e instalaciones y otros solo los terrenos (Saez, 2010, p. 152-153).

Espaciosas residencias con numerosos ambientes se ofertaban en diversos periódicos locales. El veraneo para estas familias iba de septiembre a marzo. Incluso, señalan las fuentes que llevaban a su “servidumbre”. Muchas de estas edificaciones tenían un estilo de tipo anglo-francés, caracterizado más por las imponentes y majestuosas fachadas que por el lujo, con cercos de ligustrinas y grandes portones. Gran parte de estas contaban con espacio para las tareas de servicios y, en su mayoría, tenían el baño fuera de la casa. Por esos tiempos, era común tener una mesada en el dormitorio y allí higienizarse. Aunque

los baños estaban afuera, separados del casco principal. La higiene era muy precaria y se hacía en el dormitorio; era importante la cómoda con mármol arriba, donde se colocaba el aguamanil, que era una jarra, con una jofaina o palangana. También estaba la bacinilla. Más adelante los baños se fueron incorporando a la casa, adaptando una habitación, por eso eran tan grandes [...] en la quinta de Ruthenberg el baño era de lujo con bañera de mármol y azulejos blancos.

[...]

Las cocinas siempre estaban separadas del resto de la casa, tenían grandes alacenas. Los muebles eran de pinotea al igual que las primeras heladeras, abastecidas por el hielero a caballo, que pasaba casa por casa. También el lechero pasaba pero directamente con la vaca que era ordeñada frente a la casa [...] el personal doméstico muchas veces no conocía al patrón o nunca había hablado con él. La servidumbre era numerosa, mucamas, cocinera, lavandera, planchadora, jardinero, peones (Saez, 2010, p. 155-157).

Muchos residentes permanentes no disfrutaban ni aprovechaban la vida de ocio y despreocupada de los veraneantes. Para entonces, diversas casas quintas y chacras se destacaban en todo el partido, sea por quienes las poseían, por quienes las usaban o por sus pisos y decoraciones (ver Imagen 4).

Imagen 4. Quinta de veraneo Villa Delia.



Nota. Archivo Histórico de Morón y Saez (2010).

Hacia 1928, en la localidad de Haedo, había 7.445 habitantes, siendo la segunda localidad más poblada del partido después de la cabecera (Saez, 2010)⁹⁰. Este estudio también precisa que, entre 1915 y 1930, si bien la población de todo el partido comenzó a incrementarse, se dio una concentración de esta en las zonas urbanas, motorizada a partir de los loteos de grandes quintas, corriendo los límites de las localidades. A pesar de estos cambios, muchas de las explotaciones agrícolas siguieron estando cerca de las estaciones de ferrocarril. Los coletazos de la Primera Guerra Mundial también se sintieron por estas latitudes, en donde las autoridades municipales resolvieron establecer algunas Ferias Francas⁹¹ para contener los precios de bienes como leche, manteca, huevos y quesos. Esta caracterización de la zona perdura hasta la actualidad cuando muchos de sus residentes aluden a la “experiencia de vacaciones” que por momentos les produce “llegar a casa” como si fuera una suerte de veraneo permanente.

⁹⁰ La autora precisa que en la cifra correspondiente al total de habitantes en Haedo se incorporó la población de El Palomar.

⁹¹ Ferias de agricultores y comerciantes locales para comercializar los productos de manera directa y de este modo ofrecer menores precios.

2.2. Paisaje fabril y casa “chalet”

Hacia la década del 20, surgieron algunas industrias en el partido, entre las que se encontraban “la fábrica de levaduras Fermolac, la de envases de cartón de Narciso Figueras y la de quesos de Otto Sietgrist” (Saez, 2010, p. 169). Para ese entonces, operaban en el partido dos sucursales del Banco Nación y una del Banco Provincia. A estos cambios se sumará la introducción del automóvil, que no solo produjo una aceleración en los tiempos de vida, sino que implicó el establecimiento de marcos regulatorios locales para su uso y para el acceso a las correspondientes licencias. Por esta época, también se electrifica el Ferrocarril Oeste y pasa de hacer cuatro a 12 viajes diarios hasta la estación Once. Esto no solo constituía una posibilidad conectiva con Capital Federal, sino también con actividades de ocio para quienes vivían en las localidades de Morón, tanto como para quienes residían en Capital y querían disfrutar de las quintas y el veraneo de estos pagos. Por eso, se dice que el andén era el gran lugar de encuentro y de “bullicio” por estos tiempos (Saez, 2010).

Hacia mediados de siglo, diversos obreros se ubicaron en distintas partes del municipio, como ser Morón Sur, Castelar y entonces Ituzaingó, en búsqueda de diversas oportunidades a causa del loteo de viejas quintas y chacras de la zona. De acuerdo con las fuentes locales, “quienes migraban lo hacían guiados por el atractivo de un buen salario” (Saez, 2010, p. 292). Tras el primer golpe de Estado en Argentina en 1930, Morón se convirtió en “Seis de Septiembre” se inició la época de Manuel Fresco en la gestión provincial y Rafael Amato en la municipal, quien elegiría Haedo como lugar de residencia. Hoy su casa es conocida como la mansión Fresco, como mencioné anteriormente, actual lugar de la organización comunitaria *El Transformador*.

Al parecer, los gobiernos de la década de 1930 tenían una preocupación específica por la estética urbana, que se plasmó en el municipio (Saez, 2010, p. 218), vinculada al mejoramiento de las plazas, el arbolado de las calles, la pavimentación, el saneamiento del arroyo Morón, la conectividad para el transporte automotor y el alumbrado. En este período, también se llevó a cabo el “Proyecto de Nomenclatura general y numeración domiciliaria” mediante el cual más de doscientas calles recibieron nombres por primera vez. La industrialización de este municipio comenzó a consolidarse con la construcción de la metalúrgica La Cantábrica. A partir de 1930 y al menos hasta 1960, las quintas de Morón, Haedo y Villa Sarmiento empezaron a ser

loteadas, principalmente aquellas alejadas de los centros, las cuales fueron destinadas, en su mayoría, a viviendas familiares. Aunque debo destacar que los documentos señalan que las zonas cercanas a las estaciones, en particular de Morón y Haedo, eran las más codiciadas y cotizadas. El municipio empieza a construir un paisaje urbano específico en donde ciertas zonas se consolidan dentro del horizonte de deseo de sus pobladores.

Décadas más tarde, algunos documentos disponibles en el Instituto y Archivo Histórico Municipal de Morón refieren a este municipio como una suerte de “ciudad dormitorio”. En particular, en el Plan de Ordenamiento Urbano del Partido de Morón⁹² (POUM) (1987) señalaban como una problemática que saliesen más personas de las que ingresaban. En este documento, precisan que el modelo de casa de la zona dormitorio es el *chalet*⁹³, “planta baja o un nivel, retiro de frente, fondo libre y cuando la fracción lo permite algún retiro lateral” (POUM, 1987, s.n.).

Este modelo de vivienda *chalet*, originario de territorios alpinos, tuvo su difusión en la arquitectura residencial desplegada a partir de los procesos de expansión suburbana a finales del siglo XIX –principalmente en Europa y Estados Unidos– bajo el proyecto de “ciudad jardín”. Este último, en donde predominaban los espacios verdes y de grandes dimensiones –como las viviendas individuales inglesas estilo *cottage*–, implicó una opción que, contraria al modelo ciudad industrial, exaltaba cierta idea de recuperar la “relación del hombre con la naturaleza”. De alguna manera, “ensalzaban la sencilla y modesta vida de trabajo que se vivía en idílicas ciudades preindustriales” (Chiarello, 2015, p. 189) y ponía el foco sobre estilos de vida más abiertos e informales. Este modelo de casa aislada iría progresivamente consolidándose como parte del “sueño de la clase media inglesa y en la idea compartida por los pobladores de distintos países”

⁹² Este informe tiene en cuenta tanto a Ituzaingó como a Hurlingham que, para entonces, conformaban el Partido de Morón. En 1995 el partido se fraccionó en tres municipios independientes: Ituzaingó, Hurlingham y Morón.

⁹³ La palabra *chalet*, de procedencia francesa, sugiere un tipo de vivienda unifamiliar compacta, a menudo de uno o pocos pisos, con jardín y sin patio interno. Esta vivienda tuvo su apogeo en la vida rural de diversas latitudes alpinas en Europa para los siglos XIX y XX. Justamente, porque el clima invernal demandaba un tejado en pendiente con aleros que sobresalieran para evitar la acumulación de nieve y favorecer su escurrido. A la inversa de su uso en las urbes, quienes se dedicaban a las actividades de pastoreo solían tener su granado en la planta baja y en el espacio extra –generado por el techo a dos aguas– el granero y las familias en el piso intermedio.

(Chiarello, 2015, p. 190). Tuvo una creciente propagación en los suburbios de diversas ciudades, de manera intensiva en el suroeste de Estados Unidos.

Por otra parte, y en esta línea arquitectónico-estilística, cabe destacar que tal modelo tiene otro antecedente en el *chalet* “californiano”, cuyo nombre surge a razón de una arquitectura doméstica originada en la región de California (Estados Unidos), vinculada a un repertorio formal hispánico cuyo influjo se dio a partir del período virreinal –en toda esa franja territorial tanto de la parte de Estados Unidos como de México tras la guerra entre ambos (1846-1848)–. Como precisa la arquitecta Susana Torre, tras esta expansión, Estados Unidos llevó adelante en estos nuevos territorios un “doble proceso de transculturación” (1994, p. 44) en la arquitectura. Si bien en un comienzo el influjo norteamericano insistió en la imposición de un estilo angloamericano, luego, entre 1880 y 1890, se interesaron por el legado cultural español organizado a partir de misiones franciscanas, nombre de donde deriva la noción de “estilo misionero” (*Mission Style*). Este estilo, iniciado en las primeras décadas del siglo XX, tuvo una rápida divulgación tras la Primera Guerra Mundial, sobre todo a partir de la publicación masiva en revistas (Chiarello, 2015). A menudo fue elegido por “la alta burguesía industrial y financiera” (Chiarello, 2015, p. 189). El “estilo misionero” fue reinterpretado tiempo después, absorbido y (re)elaborado en lo que se conoció como *Spanish Colonial Style*⁹⁴.

⁹⁴ Al respecto Chiarello destaca: “Ya en el siglo XX el original Mission Style o el más elaborado Spanish Colonial Style se hibridizaron con elementos provenientes de otras corrientes arquitectónicas estadounidenses: de los Arts and Craft Movement tomó el uso de la piedra, el porch, las chimeneas como volúmenes acusados al exterior; de la arquitectura pintoresca victoriana como el Stick Style adoptó el uso de tablas de madera como revestimiento; del Shingle Style, las formas complejas de los techos de distintas pendientes, el porch, el ladrillo como revestimiento, y del California Bungalow, los techos de dos aguas de escasa pendiente, la tendencia a la horizontalidad, etc. La combinación de estos elementos termina por definir las distintas variantes del tipo que se difundió por el mundo como el Estilo Misionero y que caracterizó estilísticamente al tipo habitacional llamado Chalet Californiano” (2015, p. 189).

Imagen 5. Fachada *chalet* californiano.



Nota. Moia, José Luis (1945) por Proyecto PAMA.

Además de precisar el tipo de edificación característica de la zona, el Plan de Ordenamiento Urbano describe la relación entre nivel socioeconómico y pauta de residencialidad: “En lo que respecta a vivienda permanente, existe una estrecha relación entre niveles medios-altos y altos y las trazas ferroviarias. Efectivamente esta categoría aparece en Hurlingham, Ituzaingó y Haedo” (POUM, 1987, s.n.). Este mismo informe da cuenta de que, sin embargo, la homogeneidad en las zonas era muy baja.

Una década más tarde, toda la extensión del Municipio de Morón se vio afectada a razón de la migración de CABA al área metropolitana (Kamitz, 2015, p. 16). Si bien tal desplazamiento implicó la preferencia de los *countries* y barrios privados por ser, como señala Carla del Cueto (2006), quienes proveen un conjunto de servicios: red social, educativa y comercial; por sobre las Urbanizaciones Abiertas (UA). Ampliamente, se pusieron en valor diversas zonas locales tanto como nuevos proyectos constructivos en la zona (Kamitz, 2015) con una impronta estética que tenía a la amplitud y a los espacios fluidos como principio (ver imagen del comienzo de este capítulo). En la actualidad, otras construcciones que ponderan el hormigón armado y la geometría en su forma edilicia van haciendo mella en el paisaje urbano de esta localidad, como ser en la propiedad de Gloria que presentaré más adelante. Algunas de las influencias arquitectónicas pueden rastrearse en las obras y trabajos de arquitectos europeos de mediados de siglo XX que impusieron nuevos estilos de vivienda en las metrópolis, en Argentina, con mucha popularidad entre algunos sectores.

3. Observar la comunidad en Haedo

Si los barrios residenciales y sus viviendas se tornaron en expresiones de deseo para diversos sectores sociales, sobre todo y en las últimas décadas para las (nuevas) clases medias, las “comunidades” asociadas a estos también lo hicieron. Es menester destacar, que aludir al término comunidad en mundos urbanos tiene sus complejidades, cabe señalar que la noción de comunidad en los términos en que los/as habitantes de Haedo y sus inmediaciones, la refieren, se vinculan tanto con un sentido práctico como uno imaginado (Anderson, 1983). En la antropología, quienes han estudiado dinámicas relacionadas a los estudios urbanos y a tópicos de migración rural-urbana miraron atentamente la discontinuidad, marcada por un primer momento de la literatura, producida por el pasaje de una supuesta vida tradicional en el lugar de origen a una vida moderna del mundo urbano (Banton, 1957; Little, 1965).

Durante la década de 1940, Robert Redfield (1941) introdujo el concepto de *comunidad folk* para referir a poblaciones indígenas que “supuestamente” se habían mantenido en cierto aislamiento⁹⁵. Sin embargo, diez años después, propuso la noción de *pequeña comunidad* para señalar características de las poblaciones campesinas destacando el tamaño reducido, el aislamiento, la homogeneidad, una fuerte cohesión interna y la sacralidad (Redfield, 1955). Julian Pitt-Rivers (1971 [1954]), en su trabajo en un pueblo que denomina Grazalema (sur de España), advirtió el establecimiento de una comunidad moral con relación a la construcción simbólica de fronteras⁹⁶. Tal noción trascendió su aplicación inicial en poblaciones rurales para referir a componentes identitarios –semánticos y de valores– que constituyen a un grupo o lo que Anthony Cohen (1985) denominó *comunidad moral*. De acuerdo con Cohen, dentro de la *comunidad moral*, los límites sufren variaciones según negociaciones, por eso mayoritariamente trascienden las delimitaciones administrativas de dicho espacio

⁹⁵ A comienzos del siglo XX, Max Weber (1999) reconoció la existencia de muchos tipos de comunidad. No obstante las variaciones, elaboró una tipología con dimensiones genéricas: compartir intereses comunes, garantizar recursos y organizarse bajo principios como la autoridad –existencia de normas y actores que monitorean su cumplimiento– y la piedad –destaca dimensiones afectivas que terminan por legitimar y reforzar tales normas–. Son los sentidos de pertenencia que, siguiendo a Weber, los cuales elaboran un proceso de comunalización al establecer los límites de la propia comunidad.

⁹⁶ Cabe destacar que algunos estudios africanistas, durante la década de 1950 y 1960, se desplazaron de este modelo dualista que contraponía el campo a la ciudad para pensar en un campo de relaciones que enlazaba el campo y la ciudad, en particular, para referir al cambio situacional que atravesaba el individuo en este pasaje (Epstein, 1958; Gluckman, 1961; Mitchell, 1966). Para mayores precisiones puede consultarse la reconstrucción sociohistórica que realizan Martínez Casas y Peña en su artículo (2004).

geográfico y se producen conforme a fronteras simbólicas en las que, por momentos, se desdibuja el lugar de pertenencia inicial. En parte, quienes residen en Haedo lo hacen sea por su tamaño, por su sociabilidad o por sentir, de acuerdo con Ariel, como llevan “una vida de pueblo en la ciudad”.

Así como para algunos Haedo constituye un horizonte de lo “deseable” en donde destacan su estilo de vida, la tranquilidad y la materialización de un imaginario de ascenso social, quienes residen allí apelan a la noción de “comunidad” para aludir a esta localidad y a quienes allí residen. Gloria, Ariel e Isabella conforman este último grupo, para quienes Haedo representa su lugar de enunciación y de afirmación de quienes son, pero también de quienes no son. En cambio, para Luisa y para Rosa, implica un horizonte de realización, más aún para Rosa que, en términos geográficos, sigue –por momentos– afirmándose como parte de “Haedo Norte”.

Es importante destacar que, en los términos de Gloria y Ariel e Isabella, Haedo constituye una “comunidad moral”. Gloria y Ariel no solo tienen a la mayoría de su familia en Haedo y sus inmediaciones, sino que ahí tienen la provisión de servicios y gran parte de sus lazos de sociabilidad. Esto hace que, por ejemplo, Gloria pondere la compra en almacenes locales y se incorpore a distintas actividades en la localidad: como ir a la iglesia católica Sagrada Familia, concurrir al gimnasio en Haedo Sur e incluso mantener gran parte de sus médicos y los de su familia en las inmediaciones de la localidad. En cierta manera, Haedo configura una comunidad que le da sentido, organización y tranquilidad a sus prácticas. Parte de la moralidad se inscribe en su propia trayectoria de antaño en la localidad, sobre todo de Ariel, cuya familia ha vivido por décadas allí, desplegando diversos lazos sociales, comerciales y religiosos en esta ciudad.

En cambio, Isabella, aprovecha el circuito comercial de Haedo y su “seguridad”. Esto no excluye que Gloria no valore esto último, pero la “seguridad” en sus términos es más bien articulada en función de su casa que en la preservación que le provee este espacio. Para Rosa, Haedo constituye un lugar al que va a vender algunos de sus productos del emprendimiento y, de igual manera, una expresión de deseo y donde se “autoadscribe” como perteneciente a esta localidad. Luisa, quien anhela dejar su casa, entiende que en Haedo hay un horizonte de mudanza.

En términos nativos, Haedo implica acceder a cierta tranquilidad y resguardo de su círculo, conocer a la gente, “mal que mal”, un lugar en donde las relaciones se entrecruzan, como me dijo Gloria: “Siempre hay un conocido de conocido que conoce a alguien y listo, siempre se sabe del otro”, dijo además que esto no se logra en la “gran ciudad”. Para Ariel, no es tan así. Aunque no le hace “gracia” ir al centro durante la semana por motivos laborales –tiene una pyme familiar vinculada a la industria del hormigón–, suele ir a CABA, fundamentalmente a la parte norte de la ciudad. También acostumbra ir a zona norte de Gran Buenos Aires, en donde tiene la oficina. Sus traslados son en una camioneta 4x4 tipo *Hilux* para ir a las obras, una vez me comentó que antes tenía un auto, pero que en las obras siempre suele cargar materiales de un lugar a otro y que no le era funcional. Su relación con la geografía se organiza a partir de sus prácticas sociolaborales. La zona norte de la Provincia de Buenos Aires la asocia al trabajo y a las obligaciones laborales; una vez me dijo que ahí estaban gran parte de sus clientes. CABA estaba vinculado a cierta “carga social” que implicaba hacer relaciones sociales –cenas, almuerzos, reuniones más distendidas– con sus clientes, que era parte del *networking*. Mientras que la familia y la distensión organizan su experiencia en la zona oeste.

Gloria ya me había señalado, tiempo atrás, que “no podría vivir en otro lugar”. Resulta que, para ella, así como para algunos miembros de su familia, su entorno y vida social están allí, a lo sumo en localidades aledañas, como ser: Ramos Mejía, Palomar (donde ella, Ariel y hoy día sus hijos van al colegio) o Morón. Gloria y su familia van casi exclusivamente al centro –Capital Federal– para ver a su hermana, que vive en el barrio de Villa Crespo (en la Ciudad Autónoma de Buenos Aires). Para ella, el centro “asfixia”, es “un bardo”, y por centro, a menudo, refiere a lo que ella circula, al Microcentro y Palermo.

Cada vez que me trasladaba a Haedo, desde el colectivo podían verse los carteles de inmobiliarias anunciando la venta de departamentos de las torres edificadas a un costado de la estación de tren. Un día me encontré con Gloria en el centro de Haedo, ella fue a comprar unas cosas para la cena, mientras volvíamos a su casa para luego ir a jugar al *hockey*, me dijo “cómo cambió Haedo” y suspiró. En el auto comenzó a hablar de las nuevas edificaciones que “invadían” el centro. Me dijo: “Haedo está creciendo... y ya no es lo mismo”. De alguna manera, su percepción sobre el crecimiento de la

ciudad era ponderada negativamente. Luego refirió al desconocimiento que tenía sobre las personas que vivían en la localidad y comenzó a relatar el diálogo con una joven pareja “amiga de amigos” que hacía ya unos años vivían allí y que no conocían a “Bogani” (casa de trajes/ropa de vestir) o que nunca habían ido al “Centavo” (almacén, ver Imagen 6). Ella no terminaba de saber cómo no podían conocer estos locales. Luego de unos minutos, dijo: “Creo que es porque ahora hay mucha gente, nuevos negocios..., no sé”. A su juicio, en parte “Haedo tenía otro Haedo dentro” y eso no le gustaba.

Imagen 6. Almacén El Centavo en Haedo.



Nota. Fotografía propia.

Para Gloria y Ariel, conocer a “tal o cual” persona en Haedo, utilizar su nombre de pila, señalar anécdotas de miembros de la familia vinculadas a la vida comercial de la localidad o a un club deportivo implica “saberse de Haedo”. Para Gloria, esto es más evidente con relación a los comercios en los que compra “lo del día” (verduras, carne y aquello que olvidó incluir en la compra planificada que hace en el hipermercado mayorista), puesto que implica una continuidad del *cara a cara*. Esa personalización de las relaciones sociales y comerciales les otorga cierta “calma” al permitirles advertir cuando alguien “no es de Haedo” o simplemente no forma parte de sus círculos.

Las clasificaciones se apoyan en “sistemas de nociones jerarquizadas” (Durkheim y Mauss, 1996, p. 30) que les permiten volver inteligible el mundo social a las personas. Estas, tal como lo señalan Durkheim y Mauss, no son innatas a la razón individual, sino que resultan de una producción colectiva⁹⁷ que se apoya sobre sistemas afectivos y emocionales más complejos de ser advertidos. Las mañanas en las que concurrí a lo de Gloria transcurrían con cierta tranquilidad, no había mucho movimiento en el barrio, excepto entre las siete y las ocho de la mañana y entre las 17 y las 18 horas –de lunes a viernes– en el período escolar, en donde se saturaban las calles. Aquellas aledañas a la estación sufrían largas demoras. Gloria me había dicho: “No podría vivir en otro lugar”. En mis notas de campo, había signos de interrogación, eso me había hecho ruido, no lo terminaba de entender. Había decidido volver a preguntarle sobre ese dicho, no me quedaba claro a qué lo refería. Luego, sería un tema recurrente en las visitas a la casa de Gloria y de otras personas. Ese día tomamos mates, mientras Gloria limpiaba y yo le cebaba mates con azúcar blanca, aprovechó y me dijo que mis mates “eran horribles”, nada que no supiera. Yo también aproveché y le pregunté sobre eso de elegir Haedo para vivir.

A Gloria le molesta el “desorden” y la “suciedad” y me contó que le fastidia que todo sea un “bardo”. Ella con “bardo” se refiere a que las cosas estén tiradas en la calle, que no haya cestos, semáforos, señalizaciones en las calles, los pozos, la falta de “arreglo”. Ese “bardo” no es algo propio de una localidad, sino que se encuentra en varias, incluida CABA. Las prescripciones respecto del ruido y “lo indeseado” se articulan con otras prácticas y desplazamientos geográficos que realiza la familia. Mientras que Haedo implica acceder a cierta tranquilidad que no se logra en la “gran ciudad”, en donde no hay gradientes. Incluso “evita” Morón porque es un “bardo”, pero me aclaró que es otro tipo de “bardo”, vinculado con la “suciedad”, la falta de normas – en sus términos, “que la gente haga lo que quiera”– y que se llena de “negros”: específicamente con relación a la gente que venía de Morón y que, de acuerdo con Gloria y también con Rosa, podía venir de “la Gardel”.

La higiene [...] aparece como una excelente ruta, en la medida en que podemos seguirla con cierto conocimiento propio. La suciedad, tal como la conocemos, consiste esencialmente en desorden. No hay suciedad absoluta: existe sólo en el ojo del espectador. Evitamos la suciedad, no por un temor pusilánime y menos aun por espanto

⁹⁷ Estos autores hablan más bien de mente colectiva.

o terror religioso. Tampoco nuestras ideas sobre la enfermedad dan cuenta del alcance de nuestro comportamiento al limpiar o evitar la suciedad. La suciedad atenta contra el orden (Douglas, 2007, p. 20).

De acuerdo con Mary Douglas (2007), evitar la suciedad implica volver a organizar el entorno de manera positiva que “crea unidad de experiencia” (2007, p. 20). En distintos momentos de la etnografía, Gloria fue expresando la molestia que le resultaba ver que su casa estaba “sucia”, “olorosa” o que fuese “ruidosa” (vinculada a los gritos), ejerciendo cierta inversión en la clasificación del espacio, ahora entre su casa y Haedo. Las consecuencias de estas clasificaciones son la crítica a quienes ostentan valorar el centro frente a la “periferia”. De alguna manera, Gloria identificaba, siguiendo la hipótesis de Douglas (2007), ciertas continuidades contaminantes entre las ciudades indeseadas y el “deber ser” del habitar. Mary Douglas (2007, p. 9) entiende que esos gestos de separación y clasificación permiten comprender ciertas regulaciones sociales que subyacen a las personas que conforman un grupo social.

Para Isabella no era como para Gloria, ella interpretaba que el habitar no se trataba de señalar a ese “otro” prejuiciosamente, sino más bien de pensar lo que hace “una persona”. Isabella, quien residió gran parte de su vida con su mamá Luisa en Morón Sur, entendía que la espacialidad y su apropiación rebasa los límites de “lo apropiado”. Sin embargo, para Luisa, quien compartía estas precisiones y miradas de su hija, Haedo era deseable y tranquilo y, no por eso, el resto eran lugares indeseables. Rosa, quien transitaba Haedo y El Palomar, también se montaba sobre algunos prejuicios marcados por Gloria aunque ella sí disfrutaba de los carnavales celebrados en el centro de Haedo.

Un día, mientras hablábamos con Gloria, le pregunté por Ramos Mejía, localidad contigua a Haedo a la que recientemente yo me había mudado, y me dijo que “está bueno”, pero que no es para un “ambiente familiar”, que para ella tenía “mucho ruido”, que eso era para gente más joven y que además había mucha “inseguridad” con gente de todos lados yendo a los bares y boliches. Seguimos hablando y le pregunté qué quería decir con eso de “gente de todos lados”. Me miró sorprendida y se quedó callada, como si yo tuviera que saber sobre eso, como si fuera un lenguaje que manejamos. Insistí, para descomprimir, me reí, creo que también fueron los nervios. Unos segundos

después, me respondió: “Bueno, gente de otros barrios, nada que ver, no sé, mucha gente de la Gardel⁹⁸ y de otros lugares van a bailar..., no sé”.

Poco a poco, fui retejiendo con base en los diálogos un conjunto de categorizaciones homólogas que se constituían a partir de sus relatos y también de sus prácticas: ese Centro (CABA) “bardo” vs. Haedo “tranquilo”; Haedo “seguro” y “limpio” vs. Morón “inseguro”, de “negros” y “sucio”; Haedo “residencial” vs. Ramos Mejía “comercial-ruidoso”. Así, estas oposiciones se vieron solapadas con distintos criterios que fueron jerarquizando localidades y municipios de acuerdo con tales características: sean deseables o indeseables. Con frecuencia, estas clasificaciones se articulaban a experiencias “negativas” asociadas al ruido, la polución, la suciedad, el tránsito y “el miedo”, en el caso de CABA y otras localidades. Los juicios negativos, en alusión a aquello poco deseable e inapropiado, ponían en evidencia cánones de apreciación particulares. Estos juicios no son aislados y están ligados a los vínculos sociales y a los ojos de espectadores de la localidad. Ahora bien, en el caso de Haedo, todas sus características parecen orientarse a la positividad, donde se pondera: el espacio verde, la cercanía, el vecinalismo y los lazos cara a cara. En este marco, Gloria se asegura de que sus hijos participen de diversas actividades vinculadas a su escolaridad, al deporte, así como de que mantengan una agenda de eventos sociales y familiares relacionados a sus amistades. Rosa, por su parte, lo hace con el sector comercial. Esto era diferencialmente experimentado por Luisa, quien siempre había sentido una suerte de estigmatización por la zona en que se ubica su residencia en Morón Sur, zona fabril y obrera fuertemente orientada a una ética del trabajo. Por eso, ella manifestaba su aspiración de mudarse y construir otras experiencias que pudieran reencontrarla con otras partes de ella.

Pude notar que la morfología de Haedo, su crecimiento sostenido y su sociabilidad –caracterizada por algunas instituciones religiosas (fundamentalmente católicas), escolares y asociativas– conforman un contexto que indirectamente resguarda y organiza cierta circulación conforme a “valores”. Todo aquello que emerge como una amenaza para las relaciones, su circulación o su vida en Haedo también es plausible de ser organizado, administrado, resguardado de acuerdo con el entramado

⁹⁸ Con relación a la Villa Carlos Gardel (Municipio de Morón) ubicada a unas 15 cuadras del centro de Ramos Mejía.

local. Para Gloria, dicho orden no está vinculado necesariamente a normas estéticas, sino más bien a la limpieza, la presentación y el orden. Gloria y Ariel insistían en transmitir exitosamente esto último, ejerciendo una presión significativa para con sus hijos e hija en pos de sostener “las buenas costumbres” en la localidad.

3.1. De imaginada a practicada

Los modos de apropiación y circulación por esta ciudad se encuentran atravesados por itinerarios biográficos y materiales diferenciales que conforman las interacciones de estas personas. Idas y venidas a los negocios de la Avenida Rivadavia, el pasaje por el túnel que une Haedo Chico con Haedo Norte y atravesar las vías del tren Sarmiento y Roca son algunas de las marcas que continuamente ocupan el lenguaje de Gloria, Rosa e Isabella como parte de un saber de detalle sobre las marcas urbanas y edilicias.

Según Gloria, hay un orden de las cosas que es obvio y conocido por muchas personas residentes de Haedo, al menos muchas con las cuales ella socializó en su adolescencia y juventud, como ser, el grupo de “partida” –en referencia al grupo parroquial de la iglesia Sagrada Familia en el que había participado de adolescente y en donde había conocido a Ariel– o por sus amistades escolares –producto de su escolarización en un colegio católico de una localidad aledaña (El Palomar) –. Al menos con estas personas, ella compartía “valores comunes”. Según Gloria, esto no solo tiene que ver con “hacer el bien”, sino también con ser coherente. Ariel, con frecuencia, criticaba la contradicción en las personas, como dice: “los dobles discursos”. Le molestaba profundamente que dijese una cosa y después hiciesen otra, sobre todo con cuestiones que él cree que “no da”, como ser endeudarse para viajar: “Si no tenés plata, ¿cómo te podés endeudar?, tenés que bancártela y vivir más austeramente”.

Una noche que estaba en lo de Gloria, mientras ella subía una foto a *Facebook* –armaba una publicación con fotos para un amigo que cumplía años–, también criticaba a las madres del colegio al que mandaba a sus hijos: “En vez de escribir tantos mensajes por *WhatsApp*, no sé por qué no se encargan de sus casas... Peor las madres que se van a boludear al gimnasio y mandan a pedir si por favor [hace el gesto con las manos] lo puede buscar otra mamá”. De la misma manera, Gloria y Ariel jerarquizaban y dividían su circulación por la ciudad de Haedo. Gloria señalaba que “ya no es lo que era antes,

yo salía a andar en bici, ahora ni eso... y eso que estás en Haedo..., imaginate en Morón o en Merlo, ni loca”. Para darle libertad a Nicanor, acordaron que, cuando vaya con amigos por Haedo, no puede pasar de la estación de tren. Aunque molesto, Nicanor entendía que la estación era un “lugar medio raro”.

En diversas decisiones y comentarios respecto de lo que eran y no eran Haedo y su gente, pude notar que la morfología de Haedo permeaba los modos de hablar, significar y habitar de Gloria y Ariel, pero también de su hijo Nicanor, quien no pasaba de los límites de la estación de tren. Me pregunto si la forma de la ciudad caracterizada por casas de grandes extensiones, el mantenimiento de cierta cantidad de habitantes, la fuerte presencia de grupos parroquiales y comunales, las actividades deportivas en torno a los clubes y las sociedades de fomento⁹⁹ y su pequeño centro comercial no colaboran en el establecimiento de lazos estrechos y en un mayor conocimiento e interrelación entre sus habitantes. Incluso, si la mayor participación en organizaciones y actividades se presenta como una suerte de tejido que organiza y, de algún modo, anuda las relaciones sociales que allí acontecen.

Ariel y Gloria, al verse involucrados –por sus hijos– en una institución educativa de la zona, marcaban con cierta molestia cómo es y debe ser ordenada su vida más allá de que sea una elección que decidan como pareja. Hablar con los padres y madres por fuera del colegio, pasarse información por el servicio de mensajería instantánea – *WhatsApp*– provocaba alteraciones en sus recorridos: sea porque hiciesen un *pool* de viajes (cuando se turnaban las madres/padres/tutores a llevar a varios chicos) u organizaran para juntarse o bien se mandasen información sobre el cuidado que había que tener cuando sus hijos saliesen del colegio. Estos entornos van dejando marcas en las clasificaciones que hacen a la cotidianeidad. Sea por un dicho de un padre o madre del colegio respecto de los “mejores lugares” por los cuales hacer el recorrido para ir a buscar a su hijo o la intervención de un comerciante de la zona que dice “bajar la persiana porque hay alguien raro”, se va intercambiando información sobre los espacios, las personas y la “seguridad”. Aunque informal y poco preciso, emerge cierto orden

⁹⁹ Por solo nombrar algunos: el Club Brisas del Plata (Haedo Residencial), Club Haedo Sur (Haedo Sur), Club Sportivo Haedo (Haedo Norte), Haedo Juniors (Haedo Norte), El Trébol (Haedo Norte), Club Social y Deportivo 13 de Abril (Haedo Norte).

clasificadorio de esas conversaciones casuales que circula por almacenes, supermercados, carnicerías, grupos de *WhatsApp* de vecinos, entre otros.

Isabella, quien reside en Haedo Norte en un departamento del cual es propietario su padre, vivía en la casa de su mamá Luisa en Morón Sur. La mudanza implicó para esta joven incorporarse a una experiencia de la vida adulta y, en sus palabras, de cierto “ascenso”. Algunas tardes en su departamento comentó la tranquilidad que le suscitaba estar en su casa, pero más aún cómo disfrutaba de producir y elegir su propio habitar, de acuerdo con un conjunto de bienes, artefactos y muebles que le permitían hacer coincidir quién era con cómo materializaba dicho habitar. En cambio, su madre Luisa no veía la hora de dejar la casa familiar y así, tanto Haedo como Castelar –otra de las localidades de Morón–, aparecían dentro de un conjunto de lugares deseables. Resulta que, para Luisa, Haedo permitía no solo una conectividad con cierto conjunto de actividades y servicios –oferta culinaria y comercial–, sino que era estar en un lugar “tranquilo y seguro”. En sus términos, Haedo evocaba un estilo de vida compacto y seguro.

Rosa conoce Haedo de toda su vida, aunque sus padres y ella vivieron en lo que se conoce como El Palomar. Ella va y viene a Haedo, allí tiene muchas clientas de sus productos, así como también en Villa Sarmiento. No obstante, me ha dicho que para ella Haedo “es como un *gueto*”. Al comentar esto, ella pasó a enumerarme cuestiones con relación al parentesco que entrama a las personas y a sus generaciones tanto como su sociabilidad local en términos comerciales, culturales y religiosos que derivan en que la información circule con cierta “velocidad”. En esta afirmación y en su posterior explicación, pude advertir cómo, para Rosa, en su lenguaje usual, si bien arrastraba una connotación negativa, no tenía un sentido tal como aquel que advertimos quienes hacemos ciencias antropológicas, orientado a una lógica segregacionista de enclave étnico. Cuando sus hijos eran jóvenes, Luisa iba a los carnavales de Morón y veía a su hijo artista pintar murales y disfrutar con la familia. Mientras que Isabella, reciente vecina de la zona, asiste cada vez que puede a estos eventos.

3.2. Haedo vívido

Es importante señalar que, así como en una casa se despliegan acontecimientos extraordinarios que irrumpen la cotidianidad espacial y temporal (como ser los

cumpleaños o días festivos), en Haedo, también hay acontecimientos. En particular, hay uno que parece ser revelador: el carnaval¹⁰⁰. Por esas fechas, cuerpos y sonoridades diversas se encuentran en el espacio público. Sonidos de silbato, tambores y platillos colmaban las tarde-noches por el mes de febrero. De acuerdo con Isabella, que recién empezaba a formar parte de la sociabilidad local, en esta época, incrementaba la circulación de gente, los comercios abrían por períodos más largos de tiempo y las decoraciones con colores estridentes adornaban cada vereda tanto de la localidad como de otras partes del municipio.

Una tarde de febrero, mientras tomábamos unos mates, le conté a Gloria que, mientras cruzaba la estación de trenes, vi gente con remeras del municipio colocando escenarios, cortando la calle junto a las fuerzas de seguridad y poniendo unos coloridos banderines. Cuando le pregunté, me dijo que eran por el carnaval. Gloria no acostumbraba a ir. A ella, por un lado, le molestaba la escena que se creaba en las avenidas principales que ponían en acto colores, telas y diversos adornos para decorar el espacio público. Por otro, los efectos de que muchas personas circularan por la localidad: “caras nuevas”, lo que para ella era “ruido”, “policía”, “confusión”, “calles cortadas” y seguían las enumeraciones que hacía. Amén de estas críticas, Rosa y Luisa, disfrutaban mucho de estos carnavales y creían que le “daba vida” a la localidad, incluso les evocaba su infancia en donde se reunían con otros amigos/as y solían ir a carnavales de otros municipios de la provincia.

Ya desde finales del siglo XIX y comienzos del siglo XX, los carnavales eran muy populares en Morón y en otros puntos del conurbano, como ser en Adrogué y en San Isidro. En este municipio se caracterizaban por los famosos cursos de flores que congregaban a gran cantidad de población, incluidas personas de “la capital” (Saez, 2010). Los archivos señalaban que en ese entonces todos los años, el Municipio nombraba una Comisión de Fiestas de Carnaval, conformada por vecinos respetables del pueblo, que se hacía cargo de la iluminación, la ornamentación y la música. En 1923, año en que estuvo presidida por el Dr. Manuel Torrent, estableció, entre otras cosas, el recorrido del curso: este partiría de la esquina de 25 de Mayo y Sarmiento y

¹⁰⁰ Roberto DaMatta (1997b), en su análisis sobre el carnaval en Brasil, destaca que es un tipo de ritual nacional –como podría ser un día patriótico– y que “son ritos basados en la posibilidad de dramatizar valores globales, críticos e incluyentes” (1997b, p. 55), en este caso, en forma de una *dramatización programada*, en donde se suspende la rutina, al mismo tiempo que permite la posibilidad del imprevisto.

circularía por las calles Brown, Brandsen (hoy Nueve de Julio), San Martín, Rivadavia (hoy Buen Viaje) y Alvear (hoy Mitre). Lo que mostraba una coordinación casi coreográfica en asegurar su correcta realización. Las carrozas también conformaban los carnavales de antaño en donde también podían llegar a participar automóviles, carruajes particulares o de alquiler y carros de caballos adornados, que abonarían cada uno un permiso a la comuna (Saez, 2010, p. 187).

Desde el 2011, los carnavales volvieron a celebrarse en Argentina¹⁰¹, si bien antes se realizaban corsos u otros eventos alusivos de manera privada o en clubes de barrio, ahora habían regresado al calendario nacional, destinándose días no laborables, recursos humanos y materiales y, asimismo, proponiendo el espacio público para ello. Ninguna de mis interlocutoras se vestía de una forma específica por el carnaval, aunque es cierto que Rosa aprovechaba esos días para seguir usando la ropa deportiva que la caracterizaba –con calzas y remera con el sistema *dry fit*–. Para ella estar ligera, ver gente y juntarse con amigos/as al aire libre era parte de lo que le gustaba de vivir en Haedo Norte y asistir a estos eventos.

Aunque Gloria se quejaba de los “ruidos” y las “molestias” que le generaba no solo a ella sino a todo Haedo, como hablando por toda su población, otras personas pensaban lo contrario. Isabella, “recién llegada al barrio” estaba contenta porque la calle se llene de gente, haya música y pudiera disfrutar “de otra manera”. Luisa, su madre, le había comentado de los carnavales de su infancia, del “tirarse agua”, de ciertas transgresiones que habilitaba este evento y de las personas “de todas partes” que congregaba. Los colores, las guirnaldas, telas colgantes, luces y escenarios eran parte de la vestimenta que asumía esta localidad por unos días. Algo que llamó mi atención fue que esto implicó en algunas personas, como Rosa y Oscar, “abrir sus casas”. Durante el carnaval, habitaron las veredas, hablaron con vecinos/as entre puertas semiabiertas y árboles que auspiciaban de toldos. El carnaval sintetizaba diversas acciones: o bien de repliegue y diferenciación, o bien de apertura y circulación.

¹⁰¹ El 9 de junio de 1976, en el marco del gobierno de facto estos carnavales fueron eliminados del calendario oficial como feriados nacionales (de acuerdo con *Info Leg* Leyes Nros. 21.329, 23.555 y 24.445). En 2010 bajo el decreto 1584/2010 vuelven a incorporarse los carnavales, así como otras fechas de importancia, al calendario oficial.

Para Gloria el carnaval abreviaba un conjunto de dimensiones que como señaló “no le copaban”. Gloria fue expresando la molestia que le resultaba oír el “ruido” en Haedo. Paradójicamente, ese “ruido” que advertía tenía que ver, entiendo, con apropiaciones del espacio público que ella no consideraba “bien”. Para ella no era que “había música” sino “sonidos sin sentido”, categoría que años después terminaría ella redefiniría como “barullo”. La gente yendo y viniendo, comparsas con docenas de integrantes con chalecos de lentejuelas, el sonido de platillos, la acumulación de gente en las esquinas y la espuma “Rey Momo” conformaban un paisaje que a la mirada de Gloria “no estaba bien”. En medio de esto, su alusión a que Haedo se llenaba de “otras caras”, por no decir otros cuerpos, era parte del porque ella decidía quedarse mayormente en su casa por esas fechas. El “ruido” de Gloria remitía a la alteridad y a lo ajeno, al desconocimiento de las personas. De alguna manera su comunidad moral se contaminaba.

En los primeros carnavales que pude presenciar, al cortar Av. Rivadavia, se armaban comparsas y actividades para chicos/as, organizadas por la Municipalidad, luego se continuaba con actividades que incluían bandas de música o algún espectáculo en vivo. Aunque Gloria vivía a varias cuadras de esta calle, ella hablaba con desagrado de estos acontecimientos que congregaban “a cualquiera” y no estaban “bien organizados”, a causa de los cuales “la gente de Haedo” no podía circular y después quedaba todo hecho un “quilombo”. Para ella, quienes participaban, no eran “personas de Haedo”; no era parte de ese nosotros al que ella refería ni tampoco representaba los valores que ella creía apropiados para su vida en la ciudad. Año a año pude ver los efectos diversos que este carnaval en tanto ritual reforzaba.

De cierta manera, este ritual alteraba los modos de estar y transcurrir en la ciudad¹⁰². Como destaco, la ciudad asume otras coordenadas: negocios permanecen

¹⁰² El análisis de los rituales en antropología es de larga data. En un comienzo, Émile Durkheim (2012), a comienzos del siglo XX, luego Marcel Mauss (Hubert y Musas, 1968 [1906]), más tarde Mary Douglas y también, Victor Turner (1971) formaron y fortalecieron una robusta agenda en torno a la temática ritual de acuerdo con diversas dimensiones: su efervescencia social, su morfología, su sacralidad o secularidad e incluso su carácter dramático. De acuerdo con Martine Segalen: “El rito o ritual es un conjunto de actos formalizados, expresivos, portadores de una dimensión simbólica. El rito se caracteriza por una configuración espacio-temporal específica, por el recurso a una serie de objetos, por unos sistemas de comportamiento y de lenguaje específicos, y por unos signos emblemáticos, cuyo sentido codificado constituye uno de los bienes comunes de un grupo” (2005 [1998], p. 31). Esta definición se basa en criterios de tipo morfológicos, insiste en una dimensión colectiva, reconoce su acción en un campo específico con el cual marca continuidades o discontinuidades y tiene una eficacia social. Según Segalen,

abiertos por más tiempo, incrementa la circulación aunque no necesariamente de los/as vecinos/as de la zona, nuevas sonoridades emergen en la cotidianidad, otros cuerpos ocupan la calle y se produce una zonificación específica para este evento (con vallados, escenarios, telones). A su vez, valoraciones basadas en miradas y percepciones sobre lo que en momentos extraordinarios auspicia de “ajeno” marcan una variedad de discontinuidades y continuidades espaciales y simbólicas que tienen lugar en este evento en que para Gloria “Haedo no es Haedo” mientras para otras personas resulta ser el momento en que la localidad expresa su vitalidad.

Desear y/o vivir en Haedo marcaba las elecciones y expectativas de estas mujeres sea que tengan a esta localidad como lugar de vida o proyección. En este escenario, mientras para algunas el carnaval incomodaba y ponía a flor de piel quienes eran esos “otros” y que características tenían, formando parte del universo de lo deleznable; para otras personas este acontecimiento reforzaba la elección de esta localidad como un espacio de disfrute y distracción que puede compartirse, y que no necesariamente queda reducido a su vivienda.

Recapitulación

En este capítulo, situé el recorte geográfico que organiza esta tesis, de acuerdo con un área de vacancia que se ha consolidado en las últimas décadas en torno al habitar y a los estilos de vida de las clases medias en estas partes del conurbano. Para tal fin, di cuenta del modo en que la década de 1990 y la crisis institucional argentina a comienzos de siglo marcó la agenda socioantropológica, estableciendo una bipartición entre “nuevos ricos” y “nuevos pobres”. Parte de las estelas de esa agenda siguieron haciendo mella tanto sobre la atención puesta al conurbano orientada a estudiar cuestiones o bien vinculadas con las prácticas políticas o a las formas de organización popular, como sobre el ascenso social y sus marcas en los nuevos megaemprendimientos inmobiliarios.

Dentro de esta agenda, presenté algunas líneas sobre la historia de Haedo, su crecimiento, su relación con el ferrocarril, su consolidación como un lugar residencial y de quintas, sus tilos como marca de un habitar con un ritmo propio y el modo en que tal

el ritual mezcla el tiempo individual y el tiempo colectivo. El carnaval se enmarca en lo que la literatura precisa como un ritual.

“cerramiento”, marcado por un lento crecimiento, fue produciendo un carácter local y compacto que, en la actualidad, propicia un escenario vital en el cual consolidar una suerte de “comunidad moral” entre quienes allí habitan. Incluso, para quienes no residen dentro de sus límites geográficos, Haedo aparece como apelativo frecuente de lo deseable y esperable: sea para construir un nuevo habitar como para formar parte de sus redes de sociabilidad. Para quienes sí residen dentro de sus límites, Haedo, organiza la vida cotidiana, el aprovisionamiento y la sociabilidad, conformándose en un regidor de sus experiencias, así como de sus moralidades, a excepción de la experiencia de Isabella, quien no lo tiene como principal depositario de una vida de largo aliento.

Asimismo, hice alusión al tipo de construcciones que suelen verse en la zona, algunas que tuvieron lugar hace varias décadas y otras más recientes, lo que permite advertir las transformaciones urbanas y arquitectónicas de la localidad. De igual manera, referí a las nociones de *espacio social local de vida* y *espacio social local de proyección* como criterios de organización de las experiencias e imaginarios de las personas presentadas. Si bien este apartado no agota los motivos bajo los cuales pueden comprenderse estas dimensiones, sí echa luz sobre algunos aspectos que serán profundizados en los capítulos venideros con respecto al tipo de vínculo que establecen las personas con las geografías que habitan y el modo en que la localidad de Haedo se dispone en sus discursos, prácticas y representaciones.

Tal vez, el emergente más claro sea el *espacio social local de vida*, que tiene a Gloria y a su familia como expresión: su incorporación a una sociabilidad local, su valoración del paisaje urbano y sus precisiones respecto de quienes constituyen la alteridad de acuerdo con sus criterios clasificatorios. Por otro lado, Rosa, aunque estrictamente no habite en los límites administrativos de Haedo, configura su experiencia-expectativa en esta localidad –en particular en Haedo Chico–, aunque recientemente no haya podido concretarlo (véase Capítulo II). Para Isabella, si bien es su espacio de vida, ella no articula redes de confianza y de amistad en Haedo, aunque sí se aprovisiona y lo considera un lugar “lindo y bien” para vivir, como parte de un *espacio social local de vida*. En cambio, para Luisa es un espacio de proyección, de horizonte anhelado, aunque no materializado.

Respecto a las fronteras simbólicas que establecen las personas en y sobre los lugares donde residen, es menester destacar la producción de cierta oposición moral

cuyo anclaje se traduce en el espacio urbano y en distintas huellas materiales de la zona. En ese sentido, hay una fabricación clasificatoria con relación a lo “bueno”, “bien” y “deseable” de Haedo frente a lo “indeseable” de Morón o de CABA, particularmente en los casos de Gloria y de Rosa. Dentro de las oposiciones, encontramos que se cuelan pautas estéticas y estilísticas con relación a los cuerpos, los sonidos y lo que está bien que configure el espacio urbano. Un espacio urbano que en la actualidad no se reduce a los árboles de tilos y las fachadas de casas *chalet* sino que encuentra nuevas y modernas construcciones, comercios por doquier y otras infraestructuras. Por último, el carnaval – como un acontecimiento que en la última década volvió al calendario nacional– pone en escena, en gran medida, disputas, tensiones y valoraciones sobre sí y sobre otros/as cuyos efectos, en algunos casos, conllevan a un repliegue hacia la vida íntima.

CAPÍTULO II. SE DEJA

Para estudiar el *sueño habitado* de Rosa y Oscar, presento y describo su casa, el despliegue de rutinas y cómo estas personas contaban historias sobre su “llegada” a la “casa propia”. Además, me detengo en ciertos hitos familiares de Rosa y cómo, en los últimos años, aparecieron otros modos de significar la idea de una “casa ideal” sin que esto necesariamente venga atado a la idea de “lo propio”, al menos, para su hija Carla y su hijo Franco. Por último, muestro cómo Rosa y Oscar pasaron de destinar energía a esta casa familiar a, simplemente, “dejarla” por otro proyecto en la localidad de Guernica¹⁰³. En este escenario, advierto cómo la acción de “acumular” primero y, “mover” segundo, se tornan dos tácticas mediante las cuales gestionar objetos a la vez que sus propios sentidos sobre el espacio habitado.

Para analizar esta experiencia retomo los aportes de la antropóloga Eugênia Motta (2014), quien utiliza el concepto de *mutabilidad* para referir a las transformaciones que sufre la casa –en su análisis, ponderando la autoconstrucción– entre quienes residen en favelas (tipo de vivienda o asentamiento “precario” de zonas suburbanas de Brasil) y producen su habitar conforme a la modificación y autogestión permanente de sus moradas¹⁰⁴. Entiendo que las experiencias descritas y analizadas de esta familia de la clase media me habilitan a pensar su habitar en términos de lo que llamo analíticamente *mutabilidad diferencial*. Donde la modificación y autogestión *de* y *en* la casa, entendida esta última como un proceso (Clarke, 2001), se articula con modos de diferenciación y afirmación de una pertenencia social, que incluye “otras casas propias”, como parte del abanico de las experiencias de esta clase social.

¹⁰³ Mayores descripciones sobre esto serán abordadas a lo largo de este capítulo. Guernica es una localidad del Municipio de Presidente Perón (Provincia de Buenos Aires).

¹⁰⁴ Desde un enfoque etnográfico, Motta analiza los elementos que modulan la economía de la favela (comunidad Aliança en el Complexo do Alemão) en donde residen las familias, entendiendo que este tipo de relaciones involucran diversas interdependencias, asimetrías y conflictos con relación a los intercambios, las pautas de comensalidad y los usos del dinero. Su análisis se centra en comprender las obligaciones mutuas y moralidades entre diversas casas y sus orígenes a partir de sus transformaciones, al proponer “la mutabilidad de los espacios construidos” (2014, p. 124, traducción propia) en Aliança.

1. Apropiar: acumular para producir ambientes

Esta vivienda de más de 160m² (120m² cubiertos y 40m² descubiertos) tres habitaciones y dos baños, se destacaba en la cuadra, sobre todo, por su color y forma geométrica que desentonaba entre un conjunto de residencias estilo *chalet*. Cada vez que entraba a esta casa podía observar diversos revestimientos en las paredes conviviendo con rastros de cuadros y fotografías que ya no estaban, como marcas del paso del tiempo sobre este espacio. La presencia de robustos muebles de roble y quebracho, adquiridos entre finales de la década de 1990 y comienzos del 2000 y, artefactos de acero inoxidable recién estrenados, componían un paisaje doméstico diverso y colorido.

Ropa deportiva acumulada en el sillón de entrada y *souvenirs* colmando el modular del comedor eran parte del inventario cotidiano de la vivienda de Rosa y Oscar. Cuando llegué como antropóloga en 2015, Rosa y Oscar, experimentaban el “nido vacío” ya que su hija Carla dejó la casa familiar para vivir con su pareja en CABA en 2013 y su hijo Franco también lo había hecho a la casa de su pareja en Morón¹⁰⁵. En términos estrictos, la casa se ubicaba en la localidad de El Palomar, sin embargo, como mencioné varias veces, para Rosa se ubicaba en Haedo Norte.

Rosa y Oscar se conocieron promediando la década de 1970 por un amigo en común de ambos. Rosa me dijo que él y ella eran “de dos mundos diferentes” en alusión a que él residía en CABA y ella en provincia; él era cinéfilo y ella apenas iba al cine. No obstante estas distancias advertidas por Rosa, su noviazgo prosperó y se fue consolidando hasta que contrajeron matrimonio en la década de 1980. Antes de mudarse a su casa familiar en 1989, en lo que Rosa llama “Haedo Norte”, alquilaron un dúplex en Castelar en donde tuvieron a Franco y a Carla. Luego, adquirieron la casa en la localidad de El Palomar (Imagen 7). La madre de Rosa, migrante de Italia quien también vivía en El Palomar, estaba contenta de tener a su hija de nuevo en la localidad, a tan solo unas cuadras de su vivienda.

¹⁰⁵ Como señalé en la introducción de la tesis, Franco tiene 27 años y es profesor de educación física mientras que, Carla, es estudiante universitaria y tiene 26 años. A lo largo de mi investigación, de manera intermitente, Franco volvió a residir con su padre y su madre.

Al estar toda la familia instalada en El Palomar, Rosa y Oscar enviaron a Franco y a Carla a un colegio católico de gestión privada en la zona, en donde yo conocí y entablé amistad con Carla. Sostener la educación de gestión privada se les hizo “cuesta arriba” económicamente dados los vaivenes del trabajo de Oscar¹⁰⁶. Por eso, a lo largo de la escolarización de su hijo/a, pidieron becas a la escuela para sostener la educación que ellos consideraban vital para que sus hijos “tuvieran futuro”. Rosa remarcaba que pudieron conservar esta dinámica por más de una década “con mucho esfuerzo”: ahorrando en los víveres, no comprándose ropa para ellos, con vacaciones “austeras” y “no gastando un mango [dinero] de más”.

Imagen 7. Tríptico del de barrio de Rosa y sus casas.



VISTA SATELITAL DEL BARRIO



VISTA SATELITAL DE LA MANZANA



FACHADAS DE CASAS DE LA MANZANA

Nota. Capturas a partir de *Google Street View* y tratamiento con *Canvas*.

En esta vivienda Rosa y Oscar criaron a sus hijos. Fue la primera inversión familiar en algo “seguro” y “confiable” dado que la inserción laboral de Oscar siempre

¹⁰⁶ Es importante señalar que hay una incertidumbre estructural conforme a la inestabilidad laboral que tienen que enfrentar al ser Oscar un trabajador autónomo. Por tanto, esta situación es una constante de esta familia, la cual, muchas veces se ve exacerbada o compelida por diversas crisis socioeconómicas e institucionales a nivel nacional.

tuvo fluctuaciones. Oscar trabajaba como imprentero en un local en el barrio de Flores. Rosa, que fue ama de casa, se convirtió en la comercializadora de una marca de productos de cuidado capilar y estéticos desarrollando dicho emprendimiento en la zona oeste y sus alrededores. Todas las mañanas, Rosa se dedicaba a ordenar su casa y “dejarla lista” antes de salir a comercializar sus productos de estética. El ordenar constaba de cuatro acciones fundamentales: barrer los pisos, repasar los modulares y mesadas, doblar la ropa y cocinar para su madre, que ya era mayor y necesitaba de cuidados y atenciones ocasionales. Desde la mañana hasta la media tarde, Rosa estaba sola en su casa mientras Oscar estaba en la imprenta. Su rol en la jefatura familiar está estrechamente atado a su capacidad de resolver quehaceres diarios, molestando a la menor cantidad de gente que vive y vivía en su casa. A veces se ponía música fuerte para así escucharla desde distintos lugares de la casa como podía ser el patio o la planta alta o bien, prendía la televisión para sentirse “acompañada”. Rosa era la principal *curadora* de su casa al encargarse de mantenerla con vida y, en la medida de lo posible, evitar que “se venga abajo”. Sin embargo, ese esfuerzo por poner en escena una casa con mantenimiento y limpieza, venía con quejas respecto de cómo su casa “no le gustaba”.

En agosto del 2015, una fachada de cemento en color verde, un portón de metal de tono petróleo y dos plantas me dieron la bienvenida a una de las unidades domésticas en las que permanecí intermitentemente por más de tres años (Imagen 8). Con un simple “ya te abro la puerta”, Rosa marcó un nuevo comienzo. Un inicio tan propio que hizo que pasase de ser la amiga de su hija Carla a ser la que venía a realizar “un trabajo”: Ese primer día, ella, sacó unas galletitas que venían en un paquete rojo y blanco, mitad de vainilla y mitad de chocolate con forma de mini bananitas y caí “rendida” a sus pies. Eran las galletitas que siempre me daba mi abuela. Si bien Rosa no entendía muy bien del todo qué era lo que yo iba a hacer, le pareció bien que fuese a su casa semanalmente.

Un horno pizzero y un lavavajilla empotrado, perros que habitaban el *living*, espacios que se dejaban de circular y yacían en silencio, relatos de llegada de antepasados en barco, discusiones sobre el arraigo en la tierra, adquisiciones disímiles, mandatos que no se podían transmitir de manera “exitosa” y aspiraciones sobre lo que no tenían, eran algunas de las fotografías de la vida en su casa.

Imagen 8. Fachada de la casa familiar de Rosa y Oscar.



Nota. Fotografía proporcionada por Rosa.

Apenas ingresaba a la vivienda había un amplio espacio que auspiciaba de *living* o recepción; incluso algunos años atrás sirvió como garaje de la familia. Del lado derecho, había un mostrador con un espejo en donde se dejaban llaves y también donde acumulaban monedas, para “tener cambio a mano”. En este mismo ambiente, del lado izquierdo se ubicaba una ancha y rectangular pecera sobre un/otro mostrador¹⁰⁷. En su interior había grava de granza en el fondo, conchillas, muñecos, arbustos plásticos y una numerosa cantidad de peces de colores. La pecera era una metáfora de una casa contenida adentro de otra casa.

Desde allí, o bien se continuaba caminando en línea recta y se ingresa a la cocina, pasaje mediado por cortinas, o bien del lado izquierdo hay un pequeño *hall* distribuidor

¹⁰⁷ Desde los diez años voy asiduamente a la casa de Rosa, sobre todo desde la adolescencia, momento en el cual su hija y yo nos vinculamos más. Desde entonces, la pecera tiene un rol central en la casa no solo porque está en el recibidor, sino porque, como alguna vez me dijo Oscar, “es un mundo”.

que permite el acceso al baño, al cuarto de Rosa y Oscar y una puerta rebatible símil madera que comunica este espacio con el *living-comedor* (Imagen 9). Esta puerta lograba separar ambientes, a la vez que “abrirlo” al permanecer abierta. Asimismo, posibilitaba ocultar el desorden y la falta de organización, por eso, a menudo permanecía cerrada, sobre todo cuando había visitas. Durante mi trabajo de campo, cada vez que atravesé esta puerta rebatible pensé que se iba a romper por el ruido que hacía al abrirse y por la fragilidad de su material que parecía estar a punto de quebrarse.

Plano 1. Croquis aproximado planta baja de la casa de Rosa y Oscar (con patio).



Nota. Elaboración propia según observación realizada con el programa *Homebyme*.

Todavía en el espacio de ingreso, del mismo lado de la pecera y unos pasos más adelante, había un sillón color hueso que la familia solía cubrir con mantas porque, como me repitió Rosa en varias oportunidades, “le dan estilo y son más baratas que las fundas o que directamente retapizar todo el sillón”. En parte, cubrirlo implicaba cuidar ese bien que consideraban de calidad. Frente a este sillón disponían una pequeña mesa ratona de pino pintada y barnizada, y en diagonal tenían una salamandra de hierro que solía utilizarse únicamente dos meses al año. Pasando el sillón tipo futón con mantas, al doblar a la izquierda había un descanso que conducía a la habitación, al baño y la puerta mencionada que daba directo debajo de la escalera caracol que conducía al *living*.

En dicho descanso había un espejo rectangular y la puerta rebatible mencionada que era de PVC color marrón símil madera, de 80 centímetros de ancho por dos de alto con apliques, como imitando pequeñas ventanas rectangulares. Antes del espejo había una puerta que conducía al baño, allí dentro había un extenso modular de roble oscuro que tenía un gran espejo, así como el lavabo empotrado y muchos cajones debajo de este y a un costado para el guardado. En los cajones del lado izquierdo solían estar los esmaltes de uñas, las gomitas de pelo, productos estéticos y de higiene femenina. Acumulaban objetos y bienes que potencialmente podrían utilizar, “por las dudas” en permanente *loop*. En el lavabo descansaban desde productos de limpieza hasta repuestos de desodorantes para el inodoro, papel higiénico y rollos de cocina. El inodoro, la bacha del baño y el bidet eran gris claro y hacían juego, mientras que las paredes y el piso eran de otro juego de baño caracterizado por una oscura madera. Oscar me había dicho que fueron haciéndolo en etapas. La ducha fue instalada posteriormente al juego de baño; era de metal ajustable y de agua fría y caliente.

Imagen 9. Hall/estar/garaje.



Nota. Fotografía proporcionada por Rosa.

En esta misma planta, al salir del baño y doblar a la izquierda, estaba la habitación de Rosa y Oscar. Apenas se entraba al cuarto, de mano izquierda, había un modular que iba del piso al techo. Estaba pintado de color marrón y era donde guardaban la ropa. Luego estaba la cama de dos plazas, no un *sommier*, sino una base de madera y arriba un colchón. Enfrente, un modular con el televisor; también tenía dos mesas de luz a los costados de la cama. El color del cuarto apenas se veía, porque los muebles tapaban casi todos los espacios de paredes visibles. Era oscuro y tenía una ventana que daba a la calle. Entré pocas veces a la pieza, pero las perras entraban y salían cuando querían. Este cuarto no estaba singularizado, excepto por una pequeña foto familiar en la esquina. Aunque sí era un cuarto en el que primaba el orden. Rosa y Oscar me dijeron que no le habían dedicado energía ni recursos en los últimos años y que ya no lo consideraban “un lugar propio”. Lo propio no se vinculaba con la condición legal frente a este, ni tampoco con relación Incluso, Rosa me dijo que ya no disfrutaban su casa; de hecho, como veremos en unas páginas, escapaban de esta.

En la habitación, ambos tenían mucha ropa: deportiva en el caso de Rosa y *sport* en el caso de Oscar (*jeans, joggings* y camisetas). Cambiaban su estilo en ocasión de algún evento o cuando se juntaban con parejas de amigos o amigas del *gym* en el caso de Rosa. Particularmente, el lúgubre estilo del ambiente era uno de los aspectos que más capturó mi atención. Al salir del cuarto, se volvía a ingresar en esa suerte de *living* de la entrada. Durante mi trabajo de campo, no ingresaba en el cuarto sin la mediación de Rosa en forma de permiso. Aunque conocía a Rosa desde chica y era amiga de su hija, tampoco entraba por donde quisiera sin que ella lo aprobase. En parte, mostraba el límite de ser amiga, antropóloga y –al mismo tiempo– una extraña. Los ambientes y las habitaciones resultaban lugares significativos en los cuales apropiarse de la casa, lo que se traducía en muebles abarrotados de cosas, en novedosas disposiciones para modulares y alacenas, en cuadros colgados en cada recoveco y en electrodomésticos que aparecían y desaparecían de escena. Cada cosa tenía una historia, y para Rosa tenía que ver con cómo habían logrado mejorar su casa y refaccionarla año a año. Sobre todo, ambientes como la cocina y el *living-comedor* donde los muebles empotrados a las paredes parecían ser la regla de su habitar, como una suerte de (re)arraigo al inmueble.

Rosa me comentó que Oscar arreglaba varias cosas de las casas, como ser el enchapado de la pared, pintaba e incluso sacaba la humedad. El matrimonio solía pasar todo el día en la planta baja, ya que ahí también era donde se ubicaba el cuarto. La casa tenía un total de dos baños. Uno junto al cuarto de la pareja y que solía ser el que utilizaban los invitados cuando iban a tomar mates, a un cumpleaños o alguna clienta a ver a Rosa.

Algunas autoras que han analizado la vida cotidiana, la domesticidad y los roles sexo-genéricos señalan que la cocina es un cuarto privilegiado desde el cual pueden comprenderse diversas dimensiones de la casa, sus artefactos y sus usos en la diaria, así como aquello que se considera necesario e imprescindible de acuerdo con lo que se piensa necesario y “correcto” para poder cumplir con las labores y quehaceres imputados como necesarios dentro de las clases medias (Caldo, 2009; Pite, 2013)¹⁰⁸. Por otra parte, destacan que justamente espacios como el *living* han devenido en un lugar intersticial que “se instala más bien como una rótula entre el espacio doméstico y el espacio público” (Liernur, 2014, p. 563)¹⁰⁹. En términos edilicios, tanto en la casa de Rosa como en otras construcciones que recorreré en esta tesis, esto se presenta así. En la cotidianidad práctica de Rosa, la cocina era ese lugar intersticial que reunía lo íntimo, lo doméstico y ciertas formas de lo público, si se consideraba la elaboración y comercialización de sus productos estéticos. Allí embalaba productos de estética, gestionaba entregas, hablaba por teléfono para concretar la compra de envases plásticos y hacía la facturación. Asimismo, cocinaba para su familia y para su mamá. Su cocina

¹⁰⁸ Avanzado el siglo XX, la clase media va estableciendo un diálogo creciente para con la cocina, no solo por el lugar de la mujer como ama de casa, sino porque en las narrativas de las revistas se encargan de hacer de la cocina “el corazón del hogar” que paulatinamente se irá fusionando con el comedor. Los artefactos también dan cuenta de las relaciones entre lo local y lo global. Como señala Anahí Ballent, ya desde los 70 hay una difusión de estilos de cocinas que se tornan deseables como una suerte de “aspiración internacional” (2014, p. 598). Antaño el dormitorio tenía un lugar privilegiado. Justamente, remite a una forma de espacialidad propia de la intimidad. Liernur (2014) reconoce tres etapas de este espacio. La primera, desde fines del siglo XIX hasta comenzado el siglo XX, como un espacio destinado al reposo y al sueño, un espacio de la privacidad donde domina la higiene y el confort. Avanzado el siglo XX, la clase media va a estableciendo un diálogo creciente para con la cocina, no solo por el lugar de la mujer como ama de casa, sino porque en las narrativas de las revistas se encargan de hacer de la cocina “el corazón del hogar” que, paulatinamente, se irá fusionando con el comedor.

¹⁰⁹ A partir de 1910 comienza una crítica a la sala, dada su inutilidad. Décadas más tarde, se va a referir a este como “un palco en el teatro del mundo” (Pérez, 2012, p. 169) pues, hacia mediados del siglo XX, lejos de su inutilidad, emergía una espacialidad permitiendo el “ocio productivo”, con una máquina de entretener privilegiada que era el “el televisor”.

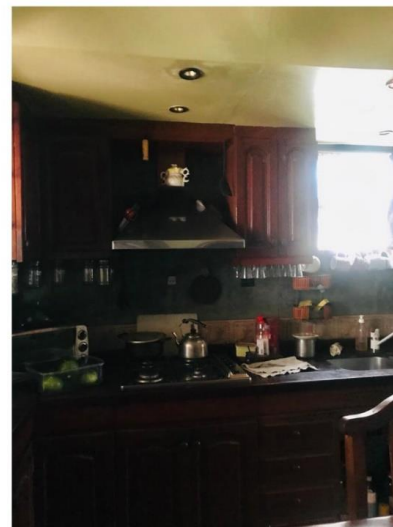
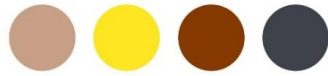
era un espacio flexible que le permitía conciliar un conjunto de roles: organizar y gestionar su emprendimiento, preparar comida para Oscar, Franco y su madre y también invitar gente o tenerme a mí, a veces, ayudándola con un quehacer. De igual manera, cuando su marido volvía de trabajar en la imprenta, ella cerraba las cortinas y la puerta rebatible y seguía con sus tareas, teniendo flexibilidad y disponibilidad espacial para no cortar esa actividad.

Con relación a la cocina y sus características, apenas se ingresaba, del lado izquierdo estaba la heladera, justo de frente y, del lado derecho, un horno para pizza. Debajo estaba el lavavajillas de metal, color gris. La mesada era de granito con diversos tonos de gris y negro. En la mitad de la mesada, estaba la bacha, con dos espacios de lavado; mantenían la original de cuando construyeron la casa. La cocina de esta familia tenía un modular en forma de letra “e” con un bajo mesada, con muebles arriba y abajo (Imagen 10). Los modulares de madera ocupaban los sectores superiores e inferiores de la mesada para cocinar. Como podemos ver en la imagen que sigue, los colores marrones y verdes caracterizan el espacio, generando cierta oscuridad en el ambiente. Este paisaje se compone de diversos materiales: granito, acero inoxidable, algarrobo.

Este tipo de estética constructiva se vinculaba con la impronta de *chalet* californiano –al menos en el interior– que presentamos en el capítulo anterior: los ladrillos, los revestimientos y una estética de colores terracota. La cocina tenía modulares empotrados que, en su superficie baja que da a la mesada, había añadido diversas tapas de mermelada *La Campagnola*, pegadas a estos muebles y que tenían frascos encastrados en donde se guardaban los condimentos. Esta idea se le ocurrió y la ejecutó Oscar para ahorrar espacio, evitar el gasto en la adquisición de otros modulares, tener las cosas ordenadas y “a mano”, aprovechando la acumulación de frascos que tenían de una manera que para Oscar era “eficiente”. Luego, una tostadora negra, una pava, un hornito eléctrico y una máquina para hacer pan terminaban por delinear el paisaje doméstico. Este ambiente concluía con una puerta que daba al patio. Los artefactos componían una escena que parecía permanecer invariable a la vez que –con frecuencia– encontraba artefactos que no se usaban.

Imagen 10. Cocina con *zooms* de detalles de mobiliario.

MATERIALIDADES DE LA COCINA



Mesada de ganito
color marrón.
Bajo mesada con muebles
a medida de algarrobo



Mesa y sillas de algarrobo.
Piso de cerámica
color marrón



Campana de cocina
de acero inoxidable apoyada
sobre el muro y entre
alacena



Horno para pizza de acero
inoxidable.
debajo de la mesada
lavavajillas de acero
inoxidable



Ventanas de madera
con cortinas de tela
traslucidas

Nota. Imagen provista por Rosa y Oscar con *zooms* y detalles de elaboración propia.

En el patio había una mesa redonda de plástico color blanco –con la pintura un poco descascarada–, acompañada por sillas del mismo material, una pared con humedad decorada con algunas plantas colgantes y sogas amarradas a la pared para colgar la ropa. Este espacio lo usaba Rosa para sus tareas diarias como tender la ropa, ordenar productos del emprendimiento y sacar a las perras. Del lado izquierdo, había una

alacena empotrada de cemento en donde Rosa guardaba los productos de estética. Luego, una escalera de material que dirigía a la planta alta.

Desde la cocina, se podía ver la escalera caracol antes de subir a la planta alta, pero antes había que pasar por el *living*. Lo más impactante, apenas se entraba, era una pared cubierta con chapa galvanizada color gris del piso al techo, una mesa de madera tipo cerezo con seis sillas estilo Manchester¹¹⁰ y dos grandes lámparas de chapas en el techo se ubicaban casi a la altura de los extremos de la mesa. En la esquina, en diagonal, se disponía un sillón-cama de dos cuerpos tapado con una manta en los tonos rojos y terracotas y dos almohadones (Imagen 11). En la parte superior del comedor, había un aire acondicionado y, a un costado de la mesa, un modular de quebracho y algarrobo con fotos y adornos de ella y Oscar y sus hijos. En el centro de este mueble, estaba el televisor plasma con equipo de sonido integrado y pegado al modular, un mueble con una computadora de escritorio y una impresora

Al final del comedor, un pequeño baño con ducha integrada terminaba de cerrar este espacio. El baño era usado por Franco cuando iba a la casa o, como me comentó Oscar, por Carla cuando vivía allí. En el extremo contrario del baño, había un mueble de madera empotrado, en donde también Rosa guardaba productos y etiquetas. El *living* había sido una de las últimas habitaciones en renovarse, para Rosa era importante hacerlo porque la pintura se descascaraba e ingresaba humedad del techo, por eso, optaron por revestir tanto las paredes como el techo.

¹¹⁰ Esta es una silla de comedor fabricada en madera de haya que emula un respaldar de sillón.

Imagen 11. *Living-comedor –pared con chapa–.*



Nota. Imagen propia.

En la planta alta de la casa, había dos habitaciones y un pequeño descanso entre ambas con una computadora de escritorio. Contiguo a esto había una puerta que salía a una terraza al aire libre. La escalera caracol de metal, que está en el *living-comedor*, permite subir a la planta alta. Al hacerlo, nos encontramos con una suerte de espacio de descanso o estar en donde tenían otra computadora de escritorio, utilizada por Oscar para su trabajo. Las habitaciones también se caracterizaban por tener distintos tipos de madera (pino, haya, roble, fresno, maple) tanto de los modulares y escritorios como de las bases de las camas en ambas habitaciones. La terraza con mesa de plástico y parrilla terminaban por completar el ambiente. Una planta alta que ahora que, no estaban sus hijos, yacía en silencio pero con bienes de ambos de sus hijos.

La vida en la vivienda fue haciéndose con sus habitantes en donde, un objeto de cada época parecía tener lugar en esta casa. También, fueron mejorando ambientes y habitaciones a medida que pasaban los años, oscilando las posibilidades y limitaciones,

sobre todo, con relación al trabajo de Oscar. No se trataba tanto de componer un orden homogéneo y coherente sino de mantenerse “actualizados” con relación a los bienes que tenían, a la vez que contar con artefactos funcionales para el momento vital que atravesaba la familia. La acumulación de artefactos y objetos varios componían un “estar ahí” de décadas. De esta manera, percibí un habitar construido en una temporalidad amplia a partir de su adquisición de muebles y modulares en distintos momentos históricos. Aun la búsqueda de este matrimonio por hacer coincidir el espacio con el momento de su ciclo vital familiar, esto no siempre resultaba así.

Una tarde Oscar me dijo: “fuimos haciendo...teníamos ideas pero es verdad que cuando teníamos la oportunidad, tal vez, cambiábamos esa idea inicial”. Los vaivenes del trabajo de Oscar, jefe de hogar hasta principios de los 2000, se encarnaban en diversos detalles de decoración y diseño de cuartos. Esta casa, ponía en escena estéticas y clasificaciones múltiples, donde lo artesanal convivía con la tecnología, donde el criterio funcional se imprimía en el uso “eficiente” de las superficies de alacenas y bajo mesadas de un lado y los artefactos de otro, a la vez que hacer que todo sea funcional a sus usos (como el conjunto de frascos con condimentos y especias empotrado, elementos de creación artesanal y artefactos diversos).

Asimismo, Rosa solía decirme: “muebles eran los de antes” en alusión no solo a cómo valoraba la durabilidad de sus adquisiciones sino también al tiempo empleado para su limpieza que entonces prescindía de implementos específicos. Entre sus muebles más valorados estaba su modular del *living*-comedor el cual, si bien “tenía sus años”, para ella era de una calidad inigualable como me marcó “esa que hoy ya no vemos”. Estas observaciones me permitieron considerar la mutabilidad como un principio práctico de su relación con el habitar que, paradójicamente, incluía la propiedad como una suerte de garantía de su pertenencia social a la vez que, poco a poco, vislumbraban las limitaciones de aquello afincado en la tierra.

2. Habitar: rutinas, usos y artefactos

Las casas a veces asumen los ritmos de sus habitantes: luces que se prenden y apagan, canillas que se abren o cierran, hornos que dan calor o se evitan. Cierto es que el movimiento de personas, bienes y artefactos hablan de la vitalidad de una morada.

Oscar y Rosa se despertaban por la mañana, alrededor de las siete. Rosa preparaba unos mates, mientras Oscar estaba en el baño, prendía el televisor del *living*, miraba las noticias y Oscar salía a Flores, al local que alquila para trabajar con la empresa imprentera. Por las mañanas, Rosa organizaba “el recorrido” de productos y armaba diversas agendas con las rutas para visitar locales zonales, ofrecer sus productos y, cuando era necesario, acercarlos los pedidos. Mientras se quedaba intercambiando unas palabras y compartiendo unos mates junto a algunos/as de sus clientes, aprovechaba para ver clientas particulares que había conseguido a partir de su práctica en el gimnasio; también visitaba a su mamá por si necesitaba algo, le hacía el almuerzo y se aseguraba de que estuviese bien. Luego volvía a su casa, se hacía algo rápido para comer y si estaba su hijo le dejaba algo preparado para que comiese. Ya a las 17:30 hs salía para el gimnasio, donde además de tomar distintas clases (por ejemplo, de zumba), ayudaba organizando a las profes y “se ganaba unos mangos” –con relación al dinero que esto le genera–, a la vez que abría un canal de sociabilidad. Así, varias veces su rol era ser un “enlace” entre las mujeres que iban al gimnasio y esta empresa, pero desde otro lugar porque “era una más”.

Para Rosa, ir al gimnasio le permitía “desconectarse de sus quilombos”, con relación a sus preocupaciones económicas o por la salud de su madre. Durante la semana, estaba en el gimnasio hasta las 21:00 hs. Mientras ella permanecía allí, Oscar llegaba a la casa, se cambiaba de ropa y se disponía a arreglar cosas, por lo que a veces se embarcaba en algún proyecto para refaccionar algo de la casa o de la de la mamá de Rosa (lijar las paredes, armar algún techito para el patio o arreglar el fondo). Apenas llegaba Rosa, se bañaba y comenzaba a preparar la cena. Como ambos no estaban mucho en la casa, parecía que la vivienda no necesitaba de mantención y, sin embargo, sucedía todo lo contrario: demandaba mayor dedicación de tiempo, trabajo y recursos. No obstante esta complejidad –estructural a mi estadía allí– y antes de salir por las mañanas o las tardes, Rosa se cercioraba de dejar todo ordenado en la mañana y darle de comer a las perras mientras que Oscar le daba de comer a los peces. Atender a sus mascotas era importante en una casa que no la “convencía” y donde ya no se sentía cómoda.

Su paisaje doméstico se delineaba entre electrodomésticos, utensilios, mascotas y frascos. La ropa apilada y las “chucherías” habitaban mesadas y el sofá apoyándose unas sobre otras, conformando diversas capas de cosas. Rosa me señalaba lo complejo de lidiar con “todo lo que se amontonaba” y que, por momentos, esto hacía parecer que estaba todo “sucio” y que no era así. Si bien ordenaba, ella notaba que con el correr del tiempo habían juntado cuanto mueble y recuercito pudieran tener y, sí, polvo. Para ella implicaba mostrar quién era y, a su vez qué atesoraba, por eso no le era fácil desprenderse de lo que tenía: velas de gel, muñecas de tela, adornos pisapapeles y cuadros con fotografías abundaban en las alacenas. Una vez me comentó que para construir vínculos y relaciones era importante preservar. Le pregunté a qué se refería con esto último y me dijo que se trataba de un compromiso, de mantener y quedarse con las cosas que le obsequiaban “así la persona que te lo regalo lo puede ver”. En sus términos, su acumulación guardaba estrecha relación con el lazo social y afectivo. Asimismo, esto tenía un sentido de recuerdo y de puesta en exhibición del bien.

Entre los artefactos más usados estaban: la heladera —prendida 24 horas—, la pecera —también prendida intermitentemente, con luz y el oxígeno— y luego, con un uso de electricidad menor, se sumaban la computadora, los celulares y la pava eléctrica (con un uso a demanda). El horno pizzero que adquirieron hace más de una década ya ni lo usaban; de hecho, fue un proyecto cuando su hija estudió cocina, pero tras cambiar de carrera, pasó al olvido. Estos artefactos que a la luz de cualquier diseñador o decorador podrían ser “sin sentido” se correspondían con el derrotero familiar, profesional y afectivo de quienes vivieron allí. A decir, el lavavajillas de última tecnología tampoco lo usaban porque gastaba mucha agua y energía, por lo que lo utilizaban solo en ocasiones “especiales”, como ser algún cumpleaños o cuando invitaban a amigos/as a cenar. Durante los casi cuatro años que estuve haciendo trabajo de campo en esta casa, solo lo vi funcionando tres veces.

Con relación al lavavajillas y al horno eléctrico, Rosa me comentó que para ella la adquisición de estos artefactos fue “clave”. Con el correr de los meses fui viendo que lo clave no tenía que ver en términos estrictos con un criterio funcional bajo el cual organizar la adquisición, sino más bien con poder tener un conjunto de bienes mínimos que por entonces Rosa creía como “conveniente”. Como señala Thévenot (2016), las

acciones personales en torno a lo conveniente o no puede no tener registros de justificación “tan fuertes” que den argumento a tal o cual prácticas, a tal o cual elección. Este autor destaca que muchas veces la acción conveniente se vincula con nociones de lo “razonable”, “adecuado”, “apropiado”, “feliz” o “exitoso” que se vinculan a lo que denomina “las convenciones colectivas más legítimas” (2016, p. 122). En este caso, las adquisiciones de este matrimonio se despliegan en el marco de una casa que por momentos pasa a segundo plano –en sus cuidados, refacciones y mantenimientos– pero que, de acuerdo con sus criterios, requiere de artefactos para enmarcan el vivir “bien”.

Habitar “bien” demanda inversiones y desembolsos de dinero. Oscar, mencionaba la complejidad de ser trabajador autónomo y contar con un flujo de ingresos fijo en un mundo cada vez más digital y en donde la gente solía resolver de manera autogestiva impresiones y trabajos que antes se solían delegar. A Rosa muchas veces la encontraba enojada con relación a los precios y a sus gastos domésticos. Esos enojos nos llevaron por conversaciones de lo más diversas. Hablamos sobre política –en particular en períodos electorales–: “la política es complicada (...) pero lo que espera una ama de casa es que no haya inflación”, solía repetir, sobre todo cuando le llegaba alguna nota por el celular o miraba la tele. Rosa y Oscar me hablaron sobre las distancias políticas, con su hija, más aún en períodos electorales como lo fueron en 2015 y 2017. Algunas tensiones permearon su vínculo con Carla, incluso haciendo que por entonces ella no los visitara asiduamente.

Cierto es que Carla desde hace años vive en CABA y para visitar a su madre o bien tomaba varios medios de transporte público o iba en el auto que compartía con su pareja por el camino de Acceso Oeste o por la ExGaona. La vivienda familiar le quedaba en una zona “incómoda” y “complicada”. Lo primero por el tiempo y, lo segundo, porque recordaba algunos hechos de inseguridad, sobre todo, cuando a su padre le robaron al menos dos veces en la puerta de su casa. Amén de estas cuestiones, Rosa remarcaba cómo en su barrio “me dieron siempre una mano”, con relación a su emprendimiento y a los cuidados de su mamá: el farmacéutico de la zona, alguna vecina cercana a su mamá o su amiga de la otra cuadra preguntando qué necesitaba. Ella comentó que los/las vecinos eran muy “genios”. Estas relaciones pulsaban algunos contrapesos vinculados a la infraestructura del barrio, sea a sus calles irregulares y sin

bachear, la “tardía” –y reciente– llegada de cloacas, entre otras cosas. Por otra parte, su hijo iba y venía con su pareja y lo mismo con la casa familiar, por eso Rosa sentía que dicho ida y vuelta tampoco dejaba que ella y Oscar estuvieran con tranquilidad, pues siempre se preocupaban por su hijo o si necesitaba algo, ella trataba de dejarle comida ya que él volvía muy tarde de sus clases. Todo esto alteraba el ritmo de la casa.

Como vimos en este apartado, la mutabilidad toma diversas formas plasmadas en acumulaciones y modos variables de “ocupar la casa”, en donde “hacer con lo que se tiene” y autogestionar la resolución de problemas resulta vital en el día a día de Rosa y Oscar. En este marco, paredes revestidas, sofás con mantas y frascos empotrados ocupan la escena de una vida en común que tenía en la funcionalidad y en la acumulación premisas operativas y de afecto entramándose y redefiniéndose.

Entre su decoración por partes, el acopio y el acople (de objetos y electrodomésticos) se anudaban las rutinas y prácticas de esta familia. Habitar entonces, consistía en sumar capas de experiencia y acervos materiales e inmateriales que performaban la vida diaria de esta familia.

3. Narrar: del barco al mármol, del mármol al quebracho

Casa narrada, alude al modo en que la espacialidad nace en una cotidianidad del habitar familiar que, por momentos, lleva a organizar la contingencia –a veces originada por el propio derrotero socioeconómico desde el relato. A partir del “te cuento para que entiendas”, una suerte de pedagogía discursiva con la que Rosa comenzaba sus relatos, entendí que parte de su realidad se construía con base al contar y a mi escuchar. Estas instancias constituían un esfuerzo activo por organizar sus propias maneras de contar. Tras varias de mis jornadas en esa vivienda comprendí que parte de mis interlocutores me querían “enseñar” o “transmitir” sus historias de una cierta manera. En este apartado, como quien pone cemento entre ladrillo y ladrillo, yo pongo análisis entre descripción y descripción para dar cuenta de estas historias que fundamentalmente Rosa me compartió.

Las personas elaboramos relatos continuamente sobre nuestras vidas y los lugares que habitamos, los cuales a veces están llenos de detalles imprecisos, de

anécdotas a medias o de personajes que se borran o se incluyen dando forma e identidad a los mundos sociales que producimos¹¹¹. Incluso, tejemos anécdotas y recreamos prácticas, que no son propias y que, en este caso, para Rosa y Oscar, no eran ajenas. Estos relatos se construyen sobre el aire: la tierra, el barco, la casa, el desplazamiento de la migración o incluso una *Pastalinda* (elemento para preparar pastas caseras), encontraba que eran las traducciones materiales de hechos significativos.¹¹² Las personas producían una suerte de hilo invisible –no lineal– entre quiénes son, qué tienen y hacia dónde van. Algo tan simple como eso pareciera no esconder artilugio alguno; empero, ameritaba mi atención porque en estos relatos tenía lugar la casa, sea como depositaria de aspiraciones o como escenario activo de renovación y refundación. Entendí entonces que los relatos contribuían a estabilizar formas de vida, así como del “deber ser”, configurándose sobre valores normativos y recursos materiales.

Desde que su hija Carla se fue de la casa para vivir con su pareja y, aunque en la actualidad Franco volvió transitoriamente como consecuencia de la separación de su pareja, Rosa y Oscar se sienten acostumbrados a tener la casa “solo para ellos”. Dada la configuración actual de su familia, la orientación de sus prácticas económicas está menos vinculada a la previsión del futuro y más ligada a “recomponer” la relación con ellos mismos a través del “placer”, la cual había sido relegada al tener que sobrellevar la vida en familia cuando sus hijos eran pequeños. Como comenté, estaban dedicando

¹¹¹ Los relatos orales han sido la vía de acceso a las experiencias de vida de las personas desde los inicios de la antropología. Las crónicas de viajeros, informantes, comerciantes y misioneros –por nombrar algunos– han constituido el acervo material de las primeras interpretaciones de la disciplina en donde un abanico complejo y múltiple de relatos orales ha dado cuenta de los modos en que las personas experimentan sus vidas de acuerdo con el mundo en que viven. Así, las leyendas, los rumores, los cuentos y los mitos, entre muchos otros recursos, fueron poco a poco consolidándose como formas explicativas de la vida social. Los relatos, como parte de las culturas, actúan organizando las acciones cotidianas y las rutinas. En muchos casos, constituyen ideales y garantías a seguir (Malinowski, 1985). En otros, organizan y gobiernan acciones tanto personales como colectivas. “Tales relatos (...) son, para los nativos, la constitución de una realidad primordial, más grande y más importante...” (Malinowski, 1985, p. 123); son un modo de amplificar los sentidos y, asimismo, estabilizarlos. Retomo y problematizo la idea de relato a partir de los modos concretos en que éstos son movilizados. Estas historias contadas, como señala Bronislaw Malinowski en su libro *Magia, ciencia y religión*, involucran un despliegue de “una laboriosa y activa fuerza” (1985, p. 114). Entiendo el relato como una narración estructurada en la cual se representan diversos sucesos, se presentan “personajes”, se precisan hechos como significativos y se construye mundo.

¹¹² Según el antropólogo Sergio Visacovsky (2014), las personas producen historias siempre en un tiempo y un espacio, esto no significa que no emerjan múltiples versiones y caracterizaciones sobre los mismos acontecimientos e incluso otros actores, aunque sí marcan el carácter vivo y permanente de los relatos y sus circulaciones.

tiempo a otra casa, otra inversión. Mientras su casa de “Haedo Norte” mutaba al silencio y en cierta manera al olvido, ellos decidían dejarla. La casa de Guernica inauguraba la posibilidad de reinventarse y reorganizar la experiencia material más cambiante y turbulenta que vivieron en su casa familiar. En Guernica, bienes como la pileta y un gran parque se habían vuelto accesibles. Su casa es de una planta, de cemento alisado, color bordó y mantiene cierta continuidad con lo construido y habitado en Haedo: el amoblamiento y los colores oscuros siguen el patrón estilístico de la casa verde.

Rosa dedicaba parte de su tiempo a un emprendimiento de venta de productos estéticos para contribuir con la economía cotidiana. Esa tarde las historias de la casa iban a cruzarse con el trabajo y los discursos de Rosa sobre el “merecer”. Para Rosa su relato de origen se fundaba en un punto inicial que tenía en la movilidad –con el barco– su marca, para luego, referir a la importancia del arraigo –materializado en la tierra o el mármol– y, finalmente, se plasmaba en la adquisición de artefactos de acero inoxidable –ejemplo: el lavavajilla– como expresión del confort y la concretización de formas del éxito.

Rosa y Oscar eran argentinos. Oscar vivió siempre en el barrio de Flores, mientras que Rosa lo hizo en Palomar (Provincia de Buenos Aires). En sus historias de vida advertí al menos dos cuestiones en la manera en que hilvanaban sus experiencias. La primera, una recurrencia sobre una lógica del mérito donde los materiales y los bienes emergían como garantes de los “éxitos” y la segunda, un relato basado en logros individuales o, a lo sumo, enmarcados en relaciones vecinales y locales, donde se alude a la comunidad en términos de vecino/a y no de un conjunto o un colectivo. Estas notas que entraban y salían de sus enunciaciones ponían en escena valores asociados a sus relatos como deberes sociales sobre lo que debían o no hacer, sea con relación al patrimonio, sea con referencia a la familia.

Una tarde, Rosa se estaba enviando mensajes con su hermana Norma. El motivo de las continuas subidas de tono en la voz de Rosa se debía a una discusión con su hermana por la casa de su mamá: la Nona (Giovanna). La Nona (de casi 90 años) atravesaba problemas de salud, lo que generó muchas preguntas en el entorno familiar

con respecto a qué pasaría “con la casa y sus cosas”, de haber algún desenlace desafortunado. De hecho, cuando llegué, Rosa estaba terminando de enviar un mensaje de audio a su hermana. Muy enojada y con el entrecejo fruncido, hizo referencia a la falta de “tacto” de Norma para con el momento que atraviesa su madre:

... ni la cuida, me tengo que hacer cargo de todo... y vive al lado... el problema de ella es la tierra... quiere quedarse con toda la casa de mamá, pero ella ya tiene su parte. Adonde ahora vive mamá, es mía... también tiene un veneno por la casa de mi suegra que vendimos... es envidia... si no tiene ella, no quiere que tenga nadie. Con todo lo que hace Oscar por mi mamá, cómo la cuidamos, le llevamos comida, todo, encima... ¿cómo que no me corresponde? (Conversación en la casa de Rosa, noviembre 2015)

Entre ofuscada y decepcionada, tras idas y vueltas con mensajes y audios, Rosa empezó a hablar sobre su vida, la compra de su casa junto con su pareja Oscar y aquello que consideraba importante en la “diaria de la casa”, más ahora que su hijo estaba de manera intermitente y su hija ya no vivía más allí. Según mis notas, ese día no solo me encargué de encender la pava eléctrica y armar el mate, sino que también terminé comprando productos estéticos y de cuidado personal de la marca *Vida Plena* que usaba Rosa (en esto último repararé luego). En mis notas de campo, aparecía un contundente “nosotros sí venimos de los barcos”. La reafirmación en forma del sí parecía ser lo significativo para ella. Esta frase llegó tras una larga jornada de intercambios con varias personas de su familia sobre la casa de su madre y el futuro.

Para Rosa y Oscar, el “ahorro” estaba en la tierra, en los ladrillos o en alguna “cosa tangible”, perdurable. Oscar me dijo que cuando decoraron la casa, a comienzos de 1990, priorizaron los grandes muebles que permitían organizar todo el espacio y en los que “realmente había que invertir”. No se trataba únicamente de tener una casa o un techo, sino también de acompañar esto con “buenas decisiones”. Como decía Rosa, “a la casa hay que cuidarla”, así que desde que tenía su casita se dedicaba a eso y a aprovisionarla. Si antes era la inversión en muebles y algunos electrodomésticos “fundamentales” como la cocina o el lavarropas, ahora se incorporaban otros nuevos como el horno eléctrico, la fábrica de pan y el lavavajillas que yacían en la cocina atiborrando la mesada.

Muchas tardes acompañé a Rosa a hacer los mandados a un almacén del barrio o al supermercado de El Palomar, donde compraba lácteos, legumbres enlatadas, galletitas

y paquetes de cereales. Me comentó que, cuando era chica, su mamá solía cocinar mucho, sobre todo pasta, aunque también conservas que había aprendido a cocinar en Italia. Sus padres, oriundos de Italia, llegaron a la Argentina en 1952 y se instalaron en El Palomar. Allí su padre puso una calesita, que se tornaría en una de las calesitas históricas al costado de la vía conocida como “vía muerta”¹¹³.

Su madre mantenía la casa y producía alimentos (salsas, conservas y fideos caseros) para el consumo doméstico. Rosa aseveraba que no tenían mucho, solo una *Pastalinda*. Cocinar era para la Nona parte del abanico de “buenas” decisiones para la familia y para la casa, no solo porque se vinculaban con el aprovisionamiento, sino porque formaba parte de “lo propio”. Ella y su hermana (Norma) se escolarizaron en una escuela pública de la zona y sobre esto me señaló: “No sé por qué había tal manía por el guardapolvo blanco, pero yo en la escuela y mi vieja en la casa lo recuidábamos”. Para su papá, Vittorio, y su mamá, la “Nona”, era clave que aprendieran y conocieran sobre Argentina. La hija de Rosa, Carla, me dijo que su Nona nunca llegó a hablar español con demasiada fluidez.

Rosa remarcó que las localidades de Haedo y El Palomar estuvieron “llenas de italianos” y que su papá conocía a mucha gente en la zona, que todos siempre trabajaron mucho. Asimismo, me dijo que la historia de muchas personas “era similar” y estaba marcada por el ritmo de la migración desde Italia. Lo que venía de la mano de algo que era, según ella, una “obsesión italiana”: edificar en cualquier pedacito de tierra que se tuviera. Para ella, sus vecinos eran parte de este relato. La casa de Giovanna y Vittorio está situada en una ochava en El Palomar, a tan solo unas cuadras de la de Rosa. La casa de la esquina se comunicaba con otra pequeña al costado, en donde hasta hacía un tiempo vivía Giovanna. Tenía dos plantas y varios cuartos; sin muchos objetos ni muebles, era una casa en la que predominaba el mobiliario de madera lustrada y los manteles blancos con puntillas. Recuerdo haber entrado una vez y no más, ya que al momento de hacer mi trabajo de campo allí vivía Norma, la hermana de Rosa. La casa que ella denominaba “estilo italiano”, en referencia a sus dos plantas, los amplios

¹¹³ Este nombre se debe a que, muy ocasionalmente, transitan trenes de carga que bordean la Base Aérea Militar de la Nación.

espacios, cerámicos en los pisos, mesadas de mármol y modulares de madera maciza, era un tipo de vivienda muy difundido en las primeras décadas del siglo XX y bien avanzada la mitad de ese siglo. Esa era la estética habitacional que componía la casa de sus padres.

Entre sus relatos, estaban las estelas de un afán constructivo vinculado al arraigo junto con las diversas decisiones estéticas que entonces conformaban el horizonte de posibilidad y de expectativas para estas personas. La experiencia de un mejor porvenir parecía fusionarse con acciones “positivamente”, como aquellas vinculadas a tener “lo propio”, proveer a la familia y tratar de cuidar lo mejor posible lo que se tiene. La solidificación de tales principios se entrecruzaba con vivencias subjetivas de lo “apropiado” y de lo “bien” en donde la referencia a las clases medias parecía contornearse con cada búsqueda concretizada, en la experiencia de Rosa y su familia y en la búsqueda que tienen junto a Oscar por tener otra casa en Guernica¹¹⁴.

4. Dejar: retirarse y mirar a otros

En este acápite presento la casa de Guernica y cómo se expresa lo que llamo *mutabilidad diferencial* en la modificación de la experiencia habitacional que buscan Rosa y Oscar a partir de ampliar el patrimonio familiar. Asimismo, muestro un tipo de planificación que se da con miras a lo “disponible” con la cual se articulan imaginarios y se imputan valores morales de lo propio y lo ajeno, de acuerdo con lo que se debe o no hacer –vinculado con la vivienda– y lo que se debe o no tener. Cumpleaños y visitas a “Guernica” encuadran una realidad habitada que parece multiplicarse.

Ya era la tarde noche del sábado y nos quedaban unos 20 minutos para llegar a la casa en Guernica. Mientras estábamos en el auto, Rosa y Oscar hablaban sobre las cosas que tenían en la casa del terreno para festejar el cumpleaños de su hijo Franco.

¹¹⁴ Cabe señalar que, de acuerdo con la información provista por el barrio cerrado de Guernica, los lotes residenciales tienen un valor que va desde los US\$ 25.500 (con una extensión mínima de quince metros de frente) y los inmuebles desde US\$ 130.000. En el barrio, las expensas mensuales a 2020 eran de \$5.500 pesos.

Rosa nombró todo lo que llevaba de su casa en Haedo: “pizzeras, un destapador, cervezas, papel higiénico, rollos de cocina, unos repasadores, jabón, un par de lamparitas, *Off*, una velita, unos adornos para poner en el baño y en el *living* y algunas mantas que tenía en casa”. Dijo que bandejas, platos y cubiertos ya tenía. También comentó que la torta la llevan su hija Carla y su pareja Maximiliano. Yo estaba muy contenta de ir, hacía unas semanas que no veía a Carla –mi amiga de la infancia¹¹⁵–. En el *Ford Focus* tenían la radio prendida. Mientras tanto Rosa y Oscar discutían sobre quién iba a pagar los servicios en el terreno: las expensas y algunas cuentas de luz e internet.

Rosa me dijo

es casi imposible mantener dos casas, creo que la del terreno la vamos a empezar a alquilar a amigos y conocidos... te digo Chochi que si pudiera me vendría a vivir acá... la naturaleza... el aire libre... hicimos la casa siguiendo algunas que vimos acá... bien amplias y con ventanales... todo abierto... pero bueno en Haedo está mi otra casa, el *gym* y mi mamá.

En ese momento, Oscar interrumpió a Rosa: “vos estás loca, qué nos vamos a venir acá (...) y ¿de qué vamos a vivir? (...) hay cosas que pagar y compromisos que tenemos allá, no es todo así”. Rosa se dio vuelta para mirarme y dijo:

... sí, qué sé yo... si estoy en Haedo espero que Carla siente cabeza y se compren una casa con Maxi cerca nuestro; así, si tienen hijos algún día, yo estoy cerca... pero no sé... nosotros llegamos a Guernica porque unos amigos compraron y nos contaron, vinimos y nos encantó, tener un lugarcito así... lejos de la casa y sin tanto quilombo como allá... además hicimos la casa bastante rápido... no como nuestros amigos de Temperley que nunca terminaron la casa... eso no da, no está bien.

Ya estábamos llegando a Guernica. Como siembre, entrábamos al barrio privado por el sector de “Propietarios”. Rosa, en una suerte de *tour*, me fue señalando aquellas casas que eran “viejas” [de ladrillos a la vista y techo de tejas] y que la gente solo las usaba los fines de semana. De igual manera, hizo desviar a Oscar del camino para mostrarme sus casas favoritas: casas de dos plantas, de cemento alisado, con grandes entradas con columnas y bien iluminadas. Ya estábamos llegando a la casa de una planta color bordó.

¹¹⁵ Amiga de la infancia. Véase más detalles sobre este vínculo en la introducción de esta tesis.

El color de su casa de fin de semana sobresalía entre el resto de las construcciones. Su casa quedaba en un barrio privado muy conocido de Guernica (Municipio de Presidente Perón), a una hora en auto de su casa en Haedo. En mi trabajo de campo pude ver cómo construían la casa, sobre todo el último tramo previo a mudarse. Entre los criterios de inicio comentó que primero comenzaron por la construcción de la pileta y que después siguieron por la casa. Muchas de las cosas las hizo Oscar, “dándose maña” (habilidad y destreza para hacer algo). Aprovechaban buenos momentos del trabajo de Oscar y el capital producto de la venta de la casa de su madre –quien había fallecido tiempo atrás– para acopiar material constructivo. Oscar se encargaba de la contratación de peones tanto como de un maestro mayor de obra que llevaba todo mientras estaban en Haedo. En menos de un año estuvo la edificación lista: dos cuartos, un espacioso *living*-comedor y una cocina fueron suficientes para una casa que iba a auspiciar de “retiro” para la familia. Para el interiorismo, Rosa llevó muebles de Haedo y reprodujo cierta estética apoyada en la funcionalidad.

Ese día en Guernica, mientras cenábamos por el festejo del cumpleaños de Franco, discutían sobre la casa. Carla revisaba las redes sociales mientras hablaba con la familia. Sus hijos decían que no proyectaban como ellos, que primero tenían otros intereses y deseos antes de dar con una casa y más aún comprar la propia. Para Rosa era fundamental que “los chicos [sus hijos] se asienten” y, si es posible, cerca de ellos para facilitar la crianza de sus futuros (y anhelados) nietos. Durante la cena le deslizó (sugirió) a Carla y a su pareja que compraran un departamento. Carla le dijo a su mamá que no tenían suficiente dinero para un gasto de tal magnitud. Su mamá insistía con el esfuerzo, incluso sugirió: “Tal vez tengan que ajustarse un poco más”. Carla la miró entre sorprendida y enojada. A falta de oportunidades y accesos, se sumaban otros proyectos que no tenían a la tierra ni a la casa como depositarios. Mientras Rosa delineaba un futuro deseado para sus hijos estrechamente vinculado con la familia, la casa y la inversión segura y tangible, en la práctica esto se escurría en la gestión del presente que llevaba adelante Carla.

Imagen 12. Díptico de la Casa en Guernica.



Nota. Fotografía provista por Rosa.

Este proyecto que intentaban transmitir Oscar y Rosa recuperaba un camino donde la casa (entendida en términos nativos como “tierra” y “propiedad”) operaba como un lugar de arraigo material y, a la vez, como expectativa. Franco y Carla y sus amigos de Temperley decidieron invertir su dinero y esfuerzo en otras elecciones, que se orientaban más a “vivir”, al presente, lo que se traducía en otros consumos, usos y experiencias que Rosa y Oscar consideraban paradójicamente como “incorrectas” o “mal”. Rosa y Oscar, utilizaban sus ahorros no solo para finalizar su casa en Guernica sino en adquirir pequeños y medianos artefactos domésticos de acero inoxidable para tener en su casa familiar de El Palomar y, de esta manera, llevaban los viejos artefactos –mayoritariamente de línea blanca– a Guernica mientras que los recién comprados los mantenían en su vivienda de la zona oeste. Ellos consideraban que así “distribuían lo valioso” de modo que no permanezca todo en Guernica.

Por otra parte, la decisión de invertir en otra casa, como un proyecto de una temporalidad amplia, la contraponían a la experiencia de sus amigos Alfredo y María de Temperley (Municipio de Lomas de Zamora), quienes no terminaron de construir su

casa familiar y parte del dinero la destinaron a hacer diversos viajes y vacacionar en otros países, mientras que Rosa y Oscar lo dedicaban a adquirir mobiliario, vacacionar en Miramar (balneario de la costa atlántica argentina) y luego a la compra del terreno en Guernica. Si bien compartían una gran amistad con ellos, no así sus decisiones respecto a esto de “dejar estar la casa”. Rosa y Oscar creían que como alguna vez su casa de Haedo había estado bien cuidada y mantenida ahora podían cambiar el foco de su energía hacia otro lugar, pero que ellos no podían puesto que no habían terminado su primer proyecto.

De alguna manera mientras una casa iba “en marcha”, la de “Haedo Norte” crujía pues había elementos a refaccionar, espacios por mantener y arreglos por cubrir. Rosa y Oscar, como me dijeron, “estaban de salida”, entendían que su casa no daba para más y que no le iban a dedicar “tiempo y energía”. Su hija se había ido a habitar otra casa con su pareja, su hijo vivía de manera intermitente y cada partida vino de la mano de un espacio con menor ruido, menor mantenimiento y cuidado, sin circulación y en silencio. Ese era el escenario material de la queja de Rosa, los ciclos se terminaban y empezaban otros nuevos. Paradójicamente, lo único que no estaba “venido abajo” era la pecera, un objeto del que cuidaron en el largo plazo, en donde veían un mundo activo y funcionando. En parte cuidaban de otra casa, la de los peces.

Rosa y Oscar, de alguna manera, “podían” dejar estar su casa de Haedo como me dijeron, no así sus amigos la de Temperley, quienes a los ojos de Rosa “viven en un sucucho, con todo sin terminar”. Su comentario sentenciaba cierta distancia entre sus decisiones y las de la pareja amiga: “Se van en mil cuotas de Miami... En la casa se ve todo el revoque y tienen una pileta y se van a Miami”. El cambio de tono de Rosa era sugerente, algo no estaba bien. Ni ella ni su marido solían utilizar las tarjetas de crédito; tampoco “confiaban en las cuotas”, siempre usaban efectivo para tener control del dinero. Ella entendía a la tarjeta de crédito como “descontrol”, además de creer que era más legítimo invertir en una casa que destinar dinero y recursos en un viaje siendo que tenían que mantener lo que poseían. Esto que evocaban también lo veían en crisis cuando miraban con recelo las decisiones de su hija. Algunos años atrás, Carla se fue de la casa familiar para vivir con su pareja en Capital y, aunque en la actualidad Franco “va y viene” de la casa, para Rosa y Oscar las decisiones que tomaban sus hijos distaban de

continuar lo que ellos les habían transmitido. “Ya nadie piensa en la casa”, señalaba Oscar al referirse a las decisiones que (no) tomaban sus hijos de cara al futuro.

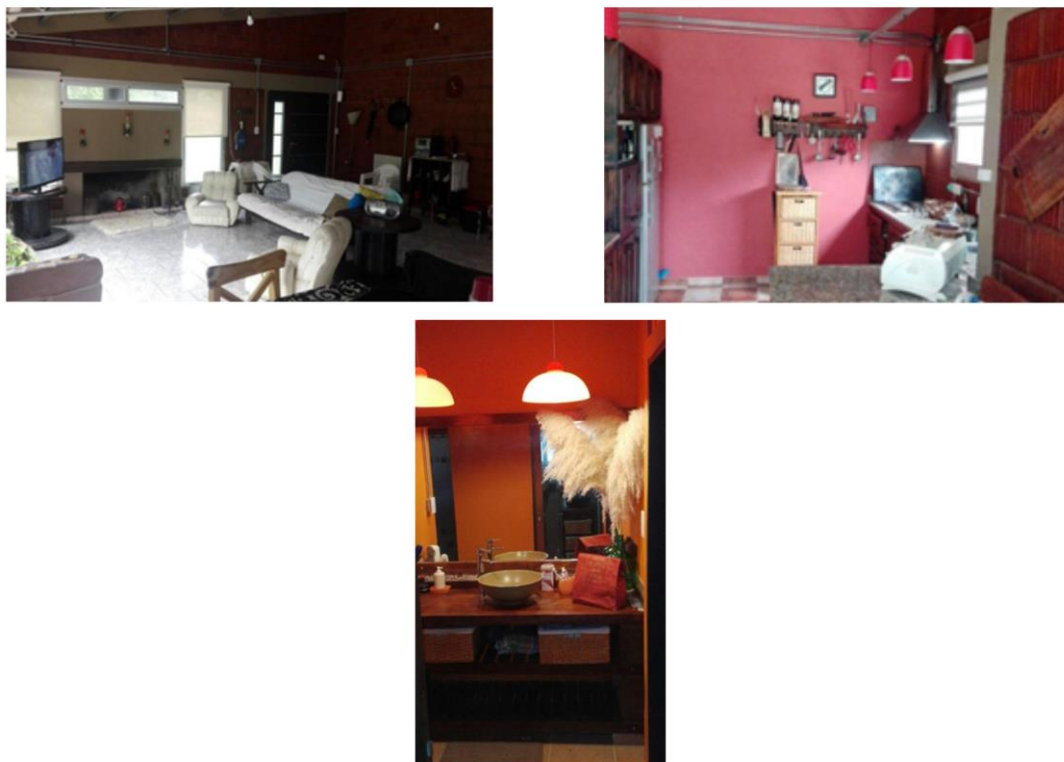
Esta porosidad compone, en parte, el horizonte aspiracional de este grupo que se adscribe como “clase media” al menos en las experiencias en Argentina, no solo por las alusiones a una suerte de “camino moral” (Visacovsky, 2014) sino también por su dinamismo y ambivalencia. Si bien la tierra y la casa operan como continuidades, no así en las aspiraciones compartidas, criterios de ahorro/gasto y elección de ciertas vivencias ponderadas positivamente por sobre otras que antaño marcaron el derrotero personal de estas personas, sobre todo, en sus narrativas.

Entre los amigos y los hijos había desplazamientos con relación a la pregnancia de tal narrativa en sus elecciones, incluso también en sus relatos sobre el futuro. Sin embargo, la casa como lugar de asiento de estas elecciones seguía como huella material constitutiva, que más que un punto de llegada era un punto de partida. No así para sus hijos, considerando las limitaciones para el acceso a la propiedad, la falta de financiamiento y estrategias privadas y estatales que brindasen soluciones¹¹⁶. Aunque transmitidas, muchas de las experiencias no eran compartidas.

Estos desplazamientos, entre Haedo y Guernica, entre lo que Rosa y Oscar quieren dejar y lo que desean tener, me permitieron conocer lo que ya no les gustaba sobre su casa de Haedo a la vez que saber sobre sus expectativas sobre lo propio. Al mismo tiempo, fui parte de la transición de objetos de una casa a otra, siguiendo la premisa de “hacer lo con lo que tiene”. Para Rosa ese nuevo habitar tenía que ver con la naturaleza y “el verde”, el tener “lo propio para ellos” y una construcción con la que se sintiesen a gusto, ensamblando distintos perfiles y construcciones.

¹¹⁶ Si bien desde los sectores público y privado existieron diversas opciones crediticias para el acceso a la propiedad, mermaron en los últimos años en que las altas tasas de intereses y el corto plazo para el pago sumado a las incertidumbres económicas hicieron que las personas pospusieran la adquisición de bienes inmuebles, en algunos casos de la “casa propia”. Al respecto puede consultarse el Informe CIPPEC (Granero et al., 2019).

Imagen 13. Interior de la Casa Guernica.



Nota. Imágenes tomadas por Rosa y Oscar.

Recapitulación

En este capítulo, presenté la casa familiar de Rosa y Oscar a partir de entenderla en el marco de un proceso de *mutabilidad diferencial* que enlaza el *sueño de la casa propia* de “Haedo Norte” casa con aquella ubicada en Guernica. Recorrí su vivienda y los usos de bienes y objetos, así como recuperé relatos de relevancia y modos de construir moralmente un tipo de habitar.

Souvenirs acumulados, frascos empotrados, cuartos a oscuras y paredes revestidas con chapas en su casa de “Haedo Norte” fueron parte de las viñetas presentadas en esta sección. Rosa y Oscar apropian y acumulan objetos en su casa, mientras desean que su hijo e hija tengan “la casa propia”. Este matrimonio que supo afianzar una posición social en su vivienda, en la actualidad, a razón de los vaivenes económicos y sociales, ven cómo, poco a poco, van “dejando” esta casa en pos de

consolidar “otra casa propia”, aunque no siempre con éxito, aquella que fueron construyendo en Guernica. El “dejar” así, se expresa al menos en dos sentidos, uno orientado al desapego material y afectivo de la casa de zona oeste y, por otra parte, el dejar este sueño para ir a conquistar otro: el de la “casa propia de fin de semana”. Esta última, entendida como una inversión correcta y legítima como parte de los sueños venideros. Sin embargo, no tienen los fondos para sobrellevar ambos proyectos, lo que hace que su vivienda de “Haedo Norte” empiece a desmejorarse.

En este capítulo, relatos e historias de migración parecen encastrarse metafóricamente en las mesadas de mármol de la casa de su madre o en la referencia a la *Pastalinda*, como un objeto migratorio y heredado. Expuse también cómo los artefactos pequeños de última tecnología y de acero inoxidable representan una suerte de actualización de una posición social, que se pone en escena en algunos momentos, con relación a electrodomésticos y gastos asociados, y pasa al olvido en otros. La paradoja entre una producción de tipo artefactual se topa con la imposibilidad de hacer de su habitar familiar un “estilo de vida”, en tanto totalidad estética y estilística dispuesta en cada detalle. En cambio, el criterio funcional y práctico termina por organizar su experiencia. De acuerdo con lo visto, entiendo que llevan adelante su habitar en la casa más como un *proceso* que como un lugar (Clarke, 2001)¹¹⁷.

Escenas con los amigos de Temperley y representaciones de Rosa y Oscar sobre lo que está o no bien, compusieron moralidades sobre el habitar y los *sueños* propios y ajenos. En Rosa y Oscar, las categorías de “esfuerzo” y “sacrificio” involucran la continuidad de ciertos trabajos y prácticas, así como la estructuración de las temporalidades diversas para sostenerse a sí y a otros, como ser a la madre de Rosa. El pasaje de dedicar tiempo a una casa a hacerlo a otra, marcó para Rosa y Oscar, el “comienzo del fin de una etapa”. No obstante, este proyecto no termina de consolidarse lo que los lleva a “habitar a medias” ambas residencias. En suma, dentro de los artilugios mediante los cuales organizar su vida, “dejar” una casa se tornó una táctica vital para concretar un *sueño* que puso a otra casa en escena.

¹¹⁷ Clarke (2001) señala que la casa es siempre un proceso puesto que está en constante cambio y modificación.

CAPÍTULO III. SE INTERCAMBIA

En este capítulo analizo el acceso a la casa propia de Luisa y con ello, la concretización del *sueño* de la casa independiente que antaño materializaran junto a su exmarido Gerardo, como un proyecto colectivo de más largo aliento que incluía su propia relación con Argentina, así como la de su padre y madre. En cada apartado recorro su itinerario habitacional, su biografía y el modo en que ocupa, experimenta y se vincula con su vivienda. Su casa, construida en el marco de un proyecto familiar compartido, ahora se torna en un lugar ajeno, pero en el que ella insiste con la búsqueda, no siempre exitosa, por “darle vida”. Tal anhelo por reconectar con su morada y la posibilidad de “soltarla” son una constante en una cotidianidad que incluye convivir con los objetos y bienes de sus hijos que ya se mudaron, poner a disposición su casa para celebrar los cumpleaños de sus nietos y escuchar audiolibros para organizar los ambientes. En este escenario, la opción de intercambiar su casa con su hijo Jaime y su familia se vuelve una posibilidad a partir de la cual cerrar un ciclo.

Para estudiar la realidad habitada de Luisa describo los ritmos laborales, la autogestión doméstica y una casa que, como bien me dijera ella, “se fue descascarando”. En estas escenas, los audiolibros del método KonMari emergen como “salvación” para sobrellevar el día a día en una morada en la que ya nadie quiere vivir. Donde despojarse de bienes y de objetos, así como vivir el presente y “estar bien con una misma” surgen como un tipo de táctica bajo la cual producir bienestar en el hábitat doméstico, donde casa y cuerpo parecen aunarse. Si bien para ella su casa familiar fue el anclaje por excelencia desde el cual armó y proyectó quién era y qué deseaba, ahora se encontraba en una cruzada. Amén de sus esfuerzos por “sentir propia” su vivienda, notaba que tanto sus experiencias cotidianas, las espacialidades afincadas en la edificación y sus objetos desperdigados por la casa tensionaban sus intentos por regenerar un tipo de ligazón con ese hábitat.

En términos analíticos, retomo a Carsten y Hugh-Jones (1995) para quienes la relación entre el cuerpo y una forma construida (*built form*), si bien es compleja de desenredar (*disentangle*), hace que las personas ingresen en una permanente negociación y, al hacerlo, producen innovaciones y nuevas tácticas de (re)definición y

(re)vinculación, en este caso, con el lugar en donde residen¹¹⁸. Aspectos materiales e inmateriales contornean la experiencia de Luisa quien, desde su trayectoria personal, marca hitos habitacionales significativos que delinean su vivencia, así como elementos diversos que cobran relevancia en la vida cotidiana.

1. Narrar: “construir por partes” y parentesco

Luisa ejercía activamente la odontología y, cuando inicié mi trabajo de campo, ella tenía 61 años¹¹⁹ y vivía en la casa que construyó junto a su exmarido Gerardo –a quien conoció durante la escuela secundaria en el normal de Morón–, de quien se había separado hacía más de una década y se había mudado a un departamento que le regalaron sus padres. Luisa, Gerardo (abogado, 65 años) y sus cuatro hijos/as Jaime (de profesión abogado, 36 años), Martín (artista, 32 años), Isabella (diseñadora, 29 años) y Rosario (estudiante de publicidad, 26 años) vivieron durante al menos dos décadas en esta morada y mientras realicé trabajo de campo solo vivían Luisa, Rosario y por unos meses lo haría Isabella (ver *supra* Capítulo V). Al igual que Rosa y Oscar, su vivienda no le era cómoda y experimentaba, en parte, el “nido vacío” ya que dos de sus hijos se habían ido a vivir solos para conformar sus familias.

De ladrillos a la vista, techos de tejas y un jardín delantero; la casa de Luisa, una edificación tipo *chalet*, se erigía como la más alta de la cuadra. Esta vivienda dispuesta en un terreno de 10 x 20 metros y de dos plantas, la conocía hace décadas. De hecho, sabía que su timbre –en la buzonería de metal después de la reja– desde hace años no funcionaba y tenía su “maña”: había que tirar de un piolín sujetado al botón del timbre para que una campana sonara. Si algo llamaba mi atención al entrar en esta casa, era la recurrente presencia de paredes dividiendo los ambientes. Conocer la *historia de casa* de Luisa implicó adentrarme en su experiencia migratoria y el modo en que se asentaron en Argentina y así, de modo imaginario desplazarme a sus otras casas.

¹¹⁸ Cabe señalar que la preocupación de la relación entre cuerpo y casa cobra particular importancia en la década de 1980, momento en que se da un fuerte impacto del feminismo y de variados abordajes fenomenológicos, con el foco puesto sobre el género y el cuerpo como lugares privilegiados de construcción de sentido y experiencia. Para profundizar sobre estos aportes y otros novedosos cruces con la arquitectura puede consultarse Buchli (2013).

¹¹⁹ Las edades presentadas corresponden al inicio del trabajo de campo.

El papá de Luisa, don Vera, es oriundo de Azaacapá, un pueblo cercano a la ciudad de Asunción (Paraguay). Antes de conocer a su mamá, doña Duarte, él tuvo otras parejas e hijos. Cuando se conocieron con doña Duarte, ella fue quien le propuso viajar a Buenos Aires. Según me comentó Luisa, una tarde él le dijo: “Yo me voy a casar con vos”, a lo que ella contestó: “Sí, pero solamente si nos vamos a vivir a Buenos Aires, porque mi sueño es vivir en Buenos Aires”. De este modo, Luisa inició el relato sobre su primera casa: Argentina.

Luisa siempre me remarcaba que, para muchos paraguayos, Buenos Aires era un gran centro, poniendo como espejo un tipo de imaginario que hacen algunos habitantes de Argentina con ciudades como Nueva York, lo que ella pudo advertir al viajar por América Latina. Yo había visto muchos *souvenirs* y platos ornamentales de distintos países latinoamericanos como Perú, Paraguay y Brasil. “Se mira a Argentina como un gran país para formarse, educarse y proyectarse”, destacó una tarde mientras íbamos a comprar unas galletas a la panadería. También, que uno de sus amigos, un colega odontólogo oriundo de Colombia, le dijo: “Yo voy a poner el cartelito: recibido en la Universidad de Buenos Aires [...] y a mí los bancos me van a dar crédito, van a elegirme”. La proyección superadora vinculada con otra tierra era recurrente. De alguna manera y con esto en la cabeza, don Vera y doña Duarte se casaron, tuvieron a Luisa (en 1954) y, a los pocos meses, vinieron a Buenos Aires.

Jean-Sébastien Marcoux (2001), en su análisis sobre inquilinos de viviendas, en lo que se denomina la “clase residencial” (*residential class*) en Montreal (Canadá), estudia el rol que ocupan los objetos en los desplazamientos de las personas, específicamente, cuando los inquilinos se mudan tienen que (volver) a amueblar y ocupar el espacio a donde se trasladan, adquiriendo los objetos un rol central en esta experiencia en tanto adoptan cierta capacidad metonímica con las casas que habitaron (Marcoux, 2001, p. 74), a tal punto que las contienen. Marcoux (2001), refiere a la acción de remodelar la memoria (*the refurbishment of memory*), como un modo de disponer de una acción que apele a modificar cómo y mediante qué se habita. La idea parece sugerente para analizar la migración y cómo hacer de un espacio un lugar, sin embargo, en esta experiencia del padre y la madre de Luisa, no se trataba de mudarse

con bienes y objetos para remodelar el nuevo lugar sino de crear una nueva memoria con base a otras experiencias y relatos desapegándose del anterior: reinventando una.

Cuando llegó la familia a Argentina, don Vera se contactó con un amigo de él. “Don Vera era muy buen artesano, muy muy buen zapatero”, dice Luisa, lo que le permitió instalarse en Buenos Aires y conseguir trabajo. Inicialmente, lo hicieron en una villa de emergencia en zona sur, por la localidad de Bernal (Municipio de Quilmes). Esos años fueron complejos para instalarse y desarrollar, a criterio de Luisa, “una vida bien”. Allí tuvieron problemas porque la casa se inundaba a causa de la subida del arroyo. Con el tiempo, ella entendió que esas eran “las peores tierras”.

Luisa me habló que no vivían en las mejores condiciones edilicias, aunque su casa estaba siempre limpia y ordenada, valor que siempre recalca doña Duarte al referir a su morada. Luego, allí nació su hermana. Años después, un compañero de don Vera le comentó de un loteo de tierras para comprar en cuotas en Morón Sur, en el mismo barrio en donde ahora vive Luisa. Comenzada la década de 1960, compró un lote cerca de su amigo, al tiempo, doña Duarte embarazada viajó a Paraguay para tener a su hijo allá. Luisa me dijo que estilaban ir a su país de origen a tener sus hijos, tanto para estar con la madre y en el entorno familiar y cultural que conocía, como para que la ayuden los primeros meses. A contrapelo de la experiencia migratoria de Rosa que mostré en el capítulo anterior (ver *supra* Capítulo II), ellos ni tuvieron una primera casa con mesadas de mármol, ni trajeron una *Pastalinda*; sin embargo, el progresivo habitar por partes les permitió ir haciendo del “estar aquí” un tipo de experiencia habitacional que fue atando casas entre familiares y compadres.

1.1. “Primero, una habitación”: materiales, ayuda mutua y progreso

... de ahí comienza, primero una casilla en el fondo [...] chapas, y bueno, hasta que... tengo un tío, un hermano, un hermana de mi mamá, de mi papá, que son de Don Torcuato, que estaba casada con un albañil, entonces mi tío Arli [...] Calixto todos los sábados o domingos venía, mi papá preparaba todos los materiales y empezaban a hacer la casa [...] de material, primero una habitación, después otra, el bañito en el fondo, después el bañito incorporado, o sea, todo ese progreso que [...] que, también, lo daba la exigencia también [...] de la necesidad y de lo que ellos iban viendo como progreso, porque, por ahí, de los lugares que ellos venían no existían tampoco esas comodidades, ¿viste? (Fragmentos de la entrevista etnográfica a Luisa, julio de 2017)

En este fragmento de entrevista, al igual de lo que sucedía en las experiencias de Rosa y su padre y madre (Capítulo II), Luisa caracteriza que, en parte, las ideas de progreso eran articuladas en una casa que se hacía “de a poco”, “cuarto a cuarto” y “por partes” cada fin de semana y con la ayuda de familiares y compadres de Paraguay que sabían del rubro de la construcción y colaboraban con cada paso de la obra¹²⁰. Luisa también recordaba los baldes, las montañas de arena, las bolsas de material y los fratachos que se iban acumulando en distintos puntos de su casa. Me dijo que durante años convivió entre escombros y zapatillas que se llenaban de material o polvo una y otra vez, las cuales su mamá mantenía perfectamente limpias y cuidadas. Sin duda, el parentesco era fundamental para concretar la casa, en particular, para encarar un proyecto habitacional diferente, conforme a quedarse y permanecer en Argentina. En los términos del padre y la madre de Luisa, el progreso era tangible y la casa era evidencia de ello. Tal vez, como parte de un proyecto identitario sobre el cual su mamá intentaba incorporar a sus hijas e hijo a la socialización local.

éramos pobres y qué no... a pesar de que íbamos a una escuela de acá, nosotros íbamos a la escuela 14 y, en algún momento, siempre había como ese tipo de segregación y detalles así... de los paraguas [sonríe]. Y, pero... mamá, por ejemplo, nunca tomamos mate, no podíamos hablar guaraní, teníamos... después lo fuimos descubriendo. Lo que sí... siempre teníamos que expresarnos correctamente, o sea, nuestro lenguaje de los tres, somos muy correctos y de un lenguaje nutrido, ¿no?, a pesar; bueno, está bien, después estudiamos, todo ¿no?, pero en la misma casa teníamos que comer correctamente, poner la mesa correctamente... (Entrevista etnográfica a Luisa, julio de 2018)

En el “mientras tanto”, la casa consolidaba el proyecto identitario sobre el cual su mamá intentaba incorporar a sus hijas e hijo diversos modos de “lo correcto” y “lo limpio”, clasificaciones que se plasmaban en cómo se mantenían los ambientes en la casa y cómo Luisa –junto a su hermana y hermano– se dividían para cuidar distintas partes de la casa a los fines de que “se vean bien”. Ella descubrió que, en parte, sostener el proyecto de la casa venía con un conjunto de desapegos: el guaraní, lengua de sus padres, tomar mate y relacionarse con paraguayos/as. “Sacrificios” que su mamá marcaba como necesarios para vincularse entre sus “compañeritos/as”.

¹²⁰ Respecto de “los paraguayos” en la construcción, Vargas (2005) –en su etnografía vinculada a la construcción de viviendas en el Área Metropolitana de Buenos Aires– destaca cómo este grupo trabajaba con el hormigón en dicho rubro.

En la casa familiar de Luisa, lo doméstico y el trabajo estaban estrechamente tejidos. La madre de Luisa era modista y cosía en su casa. Ella y su hermana colaboraban con el trabajo de su familia, como precisó Luisa: “trabajar en casa era trabajar en familia” ya que no importaba el grado de cercanía o lejanía de un familiar o si efectivamente era un familiar; de cierta manera, se daba un parentesco práctico (Bourdieu, 1991a)¹²¹ para llevar la cotidianidad en Morón Sur.

No tardó en señalarme que de chica se dedicaban a hacer la ropa de la muñeca *Yoly-Bell*¹²². Mientras su madre trabajaba en la casa, su padre se iba al barrio de Flores –en Capital Federal– en donde se desempeñaba como zapatero de marcas internacionales. La mamá de Luisa no quería que fuese a una escuela del barrio, por lo que siempre iban más lejos, a Capital Federal, donde había “buenas opciones educativas”. En un momento, ella había concurrido a un liceo de mujeres en el barrio de Caballito (CABA), dinámica que le fue insostenible por lo que doña Duarte decidió hablar con las inspectoras de la zona para que Luisa estudie en Morón. Antes de comenzar la década de 1970, Luisa comenzó la escuela secundaria en el Nacional de Morón.

En ese entonces, Magliani era el director del Nacional Buenos Aires y del Nacional de Morón..., nos recibe en su despacho y me anota. La verdad que la escuela era así... Estaba yo la hija de un zapatero, la hija de un carpintero, la hija del doctor, el comodoro de Ezeiza..., no sé, todo heterogéneo y... una formación sólida... Era un pasaje asegurado a la universidad..., una sabiduría enciclopédica. (Entrevista etnográfica, mayo de 2018)

La educación parecía tener una cualidad consagratoria tanto para doña Duarte como para Luisa. Esto implicaba no solo dedicarse a la escuela, sino dejar de lado otras cosas. Luisa me comentó que en su familia no había lugar para el ocio y que estaba “mal visto” el placer, que no salía y que tenía, en parte, vedado el enamoramiento, característica que puede sintetizarse en la frase que solía decirle su madre: “No tenés

¹²¹ Este autor refiere a ciertos usos sociales del parentesco, en el *Sentido Práctico* (1991a), donde señala una distinción entre el parentesco de representación y el parentesco práctico, aludiendo a que este último opera en términos concretos y de la vida cotidiana mientras que el otro es propio a aquel de los papeles y que se da con base a reglas abstractas precedentes por la cultura en donde se desarrolla.

¹²² Una marca de muñecos de látex que se popularizó con la producción de muñecas y bebotes, llegando a llamarse a estos con el nombre de la marca.

que aceptar porque vos tenés otro objetivo en la vida, que es el progreso”, y en ese camino, enamorarse la desviaba de avanzar en otros proyectos.

Desde mediados del siglo XIX, en Argentina se produjo una yuxtaposición entre el hogar y el taller y, por tanto, marcó dos continuidades fundamentales: entre lo público y lo privado, entre lo productivo y reproductivo. En su estudio sobre las trabajadoras en la Argentina entre 1869-1960, Lobato (2007)¹²³ señala que en ese momento histórico el trabajo en el hogar –femenino por excelencia– era la contracara de aquel público propio de las fábricas y talleres –fundamentalmente masculino–. “El hogar era entendido como un lugar apacible donde la mujer tenía la obligación de organizar las tareas, realizarlas o prever su ejecución por el personal del servicio doméstico y cuando era imprescindible realizar alguna labor remunerada” (Lobato, 2007, p. 82). Para finales de siglo XIX, se presentaba lo que Lobato reconoce como “el taller hogareño” (2007, p. 96), donde el trabajo en el domicilio se entronaba como una extensión de la casa, con una duración de la jornada laboral ilimitada combinaba, tareas de reproducción familiar e ingresos económicos. Doña Duarte ponía cuerpo a esto que mostraban las revistas¹²⁴.

Durante mi trabajo de campo, en varios cumpleaños en la casa familiar de Luisa, aquella que construiría junto a su pareja Gerardo, doña Duarte se sentaba en el sillón en “ele” del *living* y esperaba a que la saludasen¹²⁵. Cuando te acercabas, siempre miraba tu vestimenta. En esas ocasiones, Luisa estaba atenta a su madre y se ocupaba de que se sintiera cómoda en su casa. Doña Duarte también aconsejaba sobre la decoración y el mobiliario de la casa, cómo mantenerlo y cuándo renovarlo, Luisa hacía oídos sordos; entendía que para ambas la casa tenía distintos modos legítimos de gestionar el paisaje doméstico. Mientras Luisa llevaba adelante su adolescencia y juventud, doña Duarte

¹²³ La autora trabaja con periódicos gremiales, revistas y diarios, entre ellos: *La Voz de la Mujer*, *Vida Femenina*, *Club Hogar Social*, *Para Ti*, *El Hogar*.

¹²⁴ Por ejemplo, la revista *Claudia* invocaba a una condición femenina “en términos de esposa, madre y ama de casa” (Cosse en Ballent, 2014, p. 601). Una de las temáticas centrales abordada por *Claudia* era la cocina. El suplemento “*Claudia Cocina*”, que se sumaba a los ya escritos como Doña Petrona, apelaba a un público de sectores medios que buscaba una modernidad cotidiana. Este suplemento aconsejaba a la mujer en la cocina y en la alimentación. Así como su consumo estético, ahora, por la alta costura. Así, proponía intersecciones entre los objetos, la estética y decoración.

¹²⁵ Detalles precisos sobre esta construcción y sus características serán presentados en las próximas páginas.

hacía un esfuerzo por incorporar a Luisa en acontecimientos, rituales y valores orientados en torno a un imaginario de clases medias, cuando su vida cotidiana implicaba los avatares y las complejidades de sostener una familia con tres hijos y un salario estable –el de su papá– y otro más volátil –el de su madre como modista–. Máquinas de coser, hilos y estantes con utensilios colmaban la casa. Estas marcas denotaban la construcción de un tipo de sensibilidad que doña Duarte buscaba transmitir.

Tras la escolarización de sus hijas e hijo y a medida que se incorporaba al entramado local de relaciones dentro y fuera del parentesco y compadrazgo, revistas y libros de cocina y decoración comenzaron a ocupar la casa de doña Duarte. Como señalaba Luisa, en un comienzo y con mucho esfuerzo, doña Duarte comparaba estos fascículos insistiendo a sus hijas para que lo lean. Para ello, Luisa colaboraba con el pago de suscripciones de revistas y libros donde ella veía otros mundos y, a su manera, tenía una experiencia de ocio y esparcimiento: el sueño de lo propio, lo posible y deseable para su casa y sus accesorios. De alguna manera, las revistas destinadas a mujeres en los confines del hogar eran entonces mediadoras de formas de habitabilidad y formatos de la vida domésticas posibles y deseables.

Mientras que para fines de siglo XIX se presentaba un ideal de “madre de familia como reina y señora de la vida doméstica” (Lobato, 2007, p. 105), a comienzos del siglo XX, tras los cambios en la extensión del transporte y la emergencia de nuevos espacios de sociabilidad (teatros e hipódromos), se suscitaba un viraje en las publicaciones destinadas a lectoras (*El Hogar y Para Ti*) que entonces presentaban a una mujer “moderna” fuertemente asociada a la tecnología y a los artefactos domésticos. En los sectores populares comienzan con la adquisición de pequeños artefactos como planchas, para luego pasar a compras de mayor amplitud como la cocina¹²⁶. Aquí, el hogar se presenta como un apelativo concreto al que referir para hablar de un espacio “privado” pero en el que se conjugan aspectos del orden público-político. De alguna manera, la intersección de estas dimensiones podía asirse en la misma habitación donde durante su

¹²⁶ Mientras que en las clases acomodadas llevó a una paulatina desaparición del servicio doméstico.

adolescencia y temprana juventud Luisa comía, cosía y cumplía con sus tareas escolares.

1.2. Transiciones habitacionales: del departamento a la “casa propia”

Luisa conoció a Gerardo en el Normal de Morón. La madre de Luisa estaba muy contenta, porque Gerardo era un chico “bien”. Cuando terminó la escuela, sus padres querían que estudiase una carrera de prestigio, como medicina o abogacía. Sus padres le dijeron que “no era un momento para dedicarse al arte” pues les parecía una opción “poco seria”. Dado que Luisa no quería ni estudiar abogacía ni medicina, siguió odontología, porque le pareció un modo de continuar vinculada con el cuerpo y cierta forma del arte, en concreto, le entusiasmaba trabajar con la estética odontológica. Cuando hablábamos sobre esto me dijo que tiempo después entendió un poco el porqué de ese mandato. En ese momento, me dijo Luisa que había mucho prejuicio con relación a su país de origen. De alguna manera, parte de la estrategia de supervivencia era su ingreso a la escuela y, posteriormente, a la universidad.

Luisa y Gerardo fueron a la Universidad de Buenos Aires la cual, para doña Vera, era la máxima expresión de que su hija “había llegado a algún lado”. Inicialmente, fueron a vivir a la casa de los padres de Gerardo, quienes habían edificado unos pequeños departamentos para sus hijos en la parte baja de la construcción. Aunque Luisa estaba alejada de sus padres, entendía que era parte del proceso de inversión en el camino de constituir una familia y que eso incluía “ahorrar” para llegar a tener una casa familiar propia y organizada de acuerdo con criterios y necesidades que se ajustasen a ellos. Como dijo Luisa fue parte de “una transición”. Esto implicaba salirse del ciclo habitacional familiar para comenzar su propio ciclo compartido, en ese entonces, con Gerardo.

De este modo Luisa dejó su casa familiar y se fueron a vivir al departamento anexo al terreno donde residían los padres de Gerardo en El Palomar. Ella estaba muy agradecida por este gesto aunque, poco a poco, fue viendo cómo sus rutinas solo eran aquellas que se compartían con su suegro y suegra. Compartir el mismo terreno

implicaba formar parte de las dinámicas familiares –como ser en los almuerzos y cenas–, también para ciertos acontecimientos o decidir colectivamente respecto de un cambio edilicio. Pasar de la casa “cuarto a cuarto” al departamento de los suegros –“herencia en vida para Gerardo”– fue para ella algo complejo de asimilar, considerando que la autoconstrucción y el espacio propio de su familia era una de las formas en las que ella había sido criada y socializada.

Con el pasar de los años, un compadre le avisó a don Vera que había un loteo en Morón Sur cerca de su casa. Cuando Luisa y Gerardo se enteraron de eso empezaron a barajar la posibilidad de irse del departamento. Luisa, en ese entonces, consideraba que ya era hora de tener “su casa” y así “progresar”.

[...] lo compramos y después empezamos los ahorros, Gerardo trabajaba en licitaciones y contrataciones de la empresa... Uno de sus mejores amigos es un arquitecto y le dijo “yo te hago el diseño de tu casa”, en ese momento no teníamos a Rosario, cuando estaba el proyecto de la casa. Y entonces, hace todo, todo, y Gerardo lo quiere hacer tal cual, entonces, el amigo le hizo el cálculo del hierro, el cálculo del cemento, la cal, la piedra, los ladrillos, todo. Y como tenía..., como viste que allá en Palomar se inundaba, pasamos épocas muy malas... de inundación... Él quería vender para comprar otra cosa, pero no se podía vender porque era de los padres, a pesar de que supuestamente no era de ellos... Sea como sea, yo el primer día que se inundó mi casa..., que entró agua por la ventana y yo tenía todos los regalos del casamiento todavía, artefactos, todo así en un modular todo en la parte de abajo..., dije basta y empezamos con la construcción”. (Entrevista etnográfica, agosto de 2018)

Luisa comentó que las experiencias traumáticas como la inundación, la pérdida de objetos, recuerdos y bienes, los empujaron a irse con mayor rapidez de este departamento porque ya no tenían nada a qué aferrarse. Con sus hijos pequeños y su hija recién nacida comenzaron a proyectarse en Morón Sur. La mudanza no fue fácil como tampoco lo fue dejar a los padres de Gerardo, me señaló Luisa. Sus suegros colaboraban mucho con la diaria de sus hijos/as pequeños/as además que les quedaba cerca el colegio al que iban en la misma localidad. Para Gerardo tampoco lo fue iniciar con el “cuidado de sus hijos” más aún con una construcción en proceso.

Ellos fueron muy precisos con el arquitecto señalándole que su prioridad era la planta alta por eso quería que una vez finalizadas las primeras etapas se focalizará en tenerla lista así sus hijos/as tendría un lugar en donde dormir. De esta manera, se mudaron a una casa “a medias”, mientras seguía ajustando terminaciones en la planta

baja. El padre y la madre de Luisa, dado que vivían cerca, podían colaborar con el cuidado de sus nietos/as. Una vez finalizada la parta baja, Luisa me comentó que en un comienzo Gerardo usó la habitación que estaba apenas se ingresaba a la casa para recibir clientes. Con el tiempo, este se fue transformando en un cuarto multiuso. Luisa ya era odontóloga y luego del nacimiento de Rosario en 1989 se le complicaba con cuatro hijos/as para hacer todo. Entonces, me comentó que, tras la apertura del estudio de Gerardo en Haedo, ella empezó a atender consultas odontológicas en la habitación de la planta baja a clientes particulares. Este auspició como consultorio de Luisa, puesto que ni Gerardo ni los padres de ella querían que ejerciera la odontología lejos de sus hijos ya que no tenía, como me dijo ella, “descuidarlos”. En efecto, ella trabajó como odontóloga en la casa de su mamá para luego hacerlo en su casa; al notar que no “era seguro” meter gente adentro de la intimidad doméstica decidió cerrarlo. Al mismo tiempo, Gerardo abrió un estudio con otros colegas en Haedo, como señalé, a unos kilómetros de allí. Tras esta decisión, ella pudo primero alquilar y con el tiempo comprar una casita a refaccionar y así armarse un consultorio, su actual centro odontológico, a un par de cuadras de su casa. Con sus hijos pequeños y recién nacida su hija Isabella, ella contrató a una mujer llamada Olga para que trabajase limpiando, cocinando y cuidando de sus hijos, quien trabajaría para la familia hasta la adolescencia de su hija menor, Rosario¹²⁷.

Años más tarde y producto del éxito del trabajo de Gerardo en un prestigioso buffet de abogados, pudieron adquirir un conjunto de bienes y mobiliario para ocupar la casa, sobre todo en la década de 1990. Cuando hicieron la inauguración, les regalaron muebles.

La mesa de roble, la [...] el coso de roble, el sillón ese gigante [...] ¡todo! Es que estaba vacío, pasamos de una casita pequeña a semejante espacio [...] (ríe) antes acá teníamos una mesa redonda que era la mesa que teníamos en el comedor y era todo. Teníamos una de formica celeste, que también teníamos en la cocina allá, acá, la chiquita; y bueno, y después, qué sé yo, era, eran nuestras ropas nada más. Así fue como hicimos la casa,

¹²⁷ Cuando era adolescente llegué a conocer a Olga, quien era una parte fundamental de la familia, ella dormía en el cuarto junto al lavadero, esto era poco habitual no solo en mi entorno sino en las prácticas de familias de sectores medios en el conurbano oeste. Como señala Canevaro (2015), la modalidad “sin retiro”, es decir que se pernocta y se trabaja para un mismo empleador, experimentó una fuerte baja a nivel nacional en las últimas décadas, según la información de la entonces Subsecretaría de Programación Técnica de Estudios Laborales del Ministerio de Trabajo (en Canevaro, 2015, p. 4, nota al pie 3).

poniéndole muchas pilas, mucha... buena..., o sea, tampoco éramos malgastadores. Trabajábamos, íbamos..., en ese momento yo aportaba mi caja, así que teníamos todos los años una, un momento de vacaciones, en Córdoba que cuando nació..., cuando nació Martín fue que los padres habían comprado ese terreno en Mar del Plata. (Entrevista etnográfica, mayo de 2018)

Así todo, la familia fue clave y los regalos contribuyeron mucho en que hayan podido amoblar la casa. La mamá y el papá de Luisa estaban muy contentos de que ella estuviera “cerquita”. Mudarse a la vivienda independiente para la familia nuclear que estaban configurando era vital, siempre estando cerca de alguno. De la misma manera en que lo había hecho su padre y madre (don Vera y doña Duarte) cuando se mudaron a Morón Sur, Luisa y Gerardo también optaron por ubicarse en ese barrio. Estos últimos, planificaban su vivienda con expertos: un arquitecto, un maestro mayor de obra, capataces y albañiles. El primero comandaba toda la obra organizando que cada etapa se desarrollase de manera exitosa donde, según Gerardo, prevaleció una construcción que fuera funcional a la familia, priorizando que sus hijos vivan allí. En efecto, se iban mudando “de a poquito” para que no se le estropearan sus bienes con el polvo y la construcción.

Luego de terminar su relación marital con Gerardo, entre los años 2003 y 2005, Luisa quedó en la casa con su familia y Gerardo se mudó a la casa que le hicieron sus padres, llevándose su vestimenta, libros y algunos bienes como su escritorio. Al poco tiempo, Jaime se fue a vivir solo y años después lo haría Martín con su pareja. La casa se fue vaciando conforme a los ciclos vitales de cada uno de sus hijos. Desde entonces y poco a poco, Luisa fue probando otros modos de vincularse con la casa, sus detalles, sus materiales y colores; tal movimiento implicó acercarse a nuevas experiencias y escuchas. Tras el fallecimiento de su padre don Vera, incluso buscó otros modos de enlazarse con su casa de la niñez así como con su madre. Fue así como se volcó con mayor asiduidad a lecturas de todo tipo, a la realización de talleres de artesanías y de igual manera, a escuchar audiolibros sobre cómo rearmar el orden de las cosas. Yo hice trabajo de campo en esa casa.

2. Apropiar: ordenar el paisaje y sublimar sus separaciones

Una tarde de invierno, mientras alistábamos todo en la cocina para escuchar el audiolibro *La magia del orden* de Marie Kondo (2010), Luisa me comentó que estaba cansada de “estar ahí”, en su casa. Ella se había agotado de ser responsable de cada detalle “que se venía abajo” y, sobre todo, de “ser su propia jefa”. Después de eso, me pidió que la acompañase, caminamos por el pasillo que conectaba la cocina con el resto de la planta baja y llegamos al baño. Entramos, levantó su mano y con el dedo índice señaló un agujero sobre el inodoro y me dijo “ves esto [apuntó su dedo índice sobre un agujero en donde debería estar el botón del baño] hace años que no funciona y no puedo coordinar que venga alguien a arreglarlo [...] yo no estoy en todo el día y encima queda todo el piso lleno de agua, un desastre”. Volvimos a la cocina y siguió haciendo referencia a ese olor a viejo, a la humedad que se podía percibir en el ambiente, a la cuerina descascarada de las sillas y sillones y, a una oscuridad que parecía expulsiva. Insistía que “se perdía” de disfrutar su vivienda, de la posibilidad de tener otro “estar ahí” a razón de su trabajo como dueña y administradora del consultorio odontológico. Ella percibía como hablaba de la casa y, al mismo tiempo, la casa hablaba sobre ella.

La posibilidad de reparar ese botón del baño podía interpretarla como una metáfora: la de pasar de una casa “mal”, con desperfectos, y donde ella se dedicaba a gestionar todos los arreglos, a una casa “bien”, adecuada, en orden y sin imperfecciones. De alguna manera, la presión que se ponía Luisa en la gestión de su consultorio impedía que pudiera jerarquizar otros aspectos de su vida como ser su morada.

Con una casa grande, ingresos que mermaban y la partida de sus hijas, Luisa comenzó a consultar diversos recursos que le permitieran reconectar con y en su casa. Esta vivienda construida en la década de 1990 y de ladrillos a la vista ya le resultaba ajena. Esta casa encontraba por fuera de los límites administrativos de Haedo, de hecho, queda en otra localidad: Morón. Como presenté en un comienzo (ver *supra* Introducción), Morón es la localidad cabecera del partido que lleva su mismo nombre y, a menudo, se la ha vinculado o bien a un proyecto modernizador y de vanguardia –sobre todo a lo largo de las primeras décadas del siglo XX– o bien, a una decadencia y olvido –imagen articulada por los medios de comunicación y las mismas ciencias sociales–.

Incluso, cuando hablé sobre mi tema de interés y comenté que iba a Morón Sur, algunos/as residentes de localidades aledañas levantaron sus cejas y me dijeron “pero si ahí no hay clase media”. El paisaje con estética despoblada, las fachadas irregulares de casas de una planta, grandes avenidas, la cercanía con el Cementerio y la Reserva Ecológica del Municipio parecían evocar eso (ver tríptico, Imagen 14). Esta localidad de Morón –estrictamente, la parte de Morón Sur– no es una zona que se sepa habitada por las clases medias o sobre la cual discursos mediáticos y de las ciencias sociales hayan referido¹²⁸.

Imagen 14. Tríptico de Morón Sur y sus casas.



VISTA SATELITAL DEL BARRIO



VISTA SATELITAL DE LA MANZANA



FACHADAS DE CASAS DE LA MANZANA

Nota. Capturas satelitales a partir de *Google Street View* y de fachadas propias.

Por otra parte, si bien Luisa no residía en Haedo, para ella dicha localidad, así como Castelar, conforman un *espacio social local de proyección* (ver *supra* Capítulo I), esto es, una territorialidad específica en donde imaginaba su proyecto de vida y horizonte futuro en lo que a la vivienda y la vida cotidiana refiere aunque, en términos prácticos, valoraba el presente, “estar bien” y colmarse de “experiencias”. Una

¹²⁸ Como lo destacué en el Capítulo I, gran parte de los estudios sobre pautas residenciales y estilos de vida de las clases medias se centraron mayoritariamente en la zona norte y noroeste del Gran Buenos Aires.

edificación tipo *chalet* estilo misionero (*Mission Style*, ver *supra* Capítulo I)¹²⁹ y rasgos neocoloniales fue cobijo de mi quehacer etnográfico. Su casa tiene cinco cuartos y dos baños, una casa de grandes magnitudes para lo que yo acostumbraba a ver; siempre llamó mi atención por su extensión, la compartimentación de espacios, su lugubridad y los colores en las paredes.

La planta baja se usaba para el flujo diario de la familia, donde estaba el *living*-comedor, la cocina, una pequeña estación de trabajo, un baño y un dormitorio. En la planta alta se alojaban otros tres dormitorios (uno principal con baño *en suite*) y uno de servicio con un pequeño baño; también había un cuarto de lavado, donde dormían Luisa y Rosario –cada una en un cuarto– mientras que Isabella lo hacía en planta baja. Este diseño de casa estaba pensado para tener espacios con funcionalidades específicas en donde las puertas cerraban el umbral de lo íntimo y posibilitaban “reservar” lugares solo para la familia.

Como hace años, el timbre-buzón no funcionaba, así que para tocar timbre siempre metí la mano entre las rejas para jalar de una cadena y que suene una campana, hacía años estaba así (ver fachada Imagen 15). Resolver las vicisitudes del cotidiano era importante para que, como decía Rosario, “la casa siga funcionando”. Como lo destacué en varias oportunidades, mi trabajo de campo etnográfico tuvo lugar gracias a mi amistad con Rosario, quien auspició como llave de acceso, mi enlace principal para poder ingresar y circular por la casa y por cuanto evento se diera. Mi “estar ahí” también se tejió con otra espacialidad significativa para Luisa, la de su consultorio odontológico –que supo estar en su casa y ahora estaba ubicado a unas cuadras de allí–, donde yo solía esperarla, acompañarla y, en ocasiones, ser su paciente.

En la casa, apenas ingresaba había un pequeño *hall* de entrada y de mano izquierda un sillón y una mesa ratona. Ese espacio fluía hasta la sala de estar, donde una barandilla de hierro dividía el espacio con el *living*; esa barandilla siempre me resultó

¹²⁹ Como señala Ana Lía Chiarello (2015) en su investigación respecto del *chalet* californiano en la arquitectura doméstica en el noroeste argentino entre 1930-1950, el *chalet* ha atravesado diversas reformulaciones formales y funcionales, encontrando a: “el gran chalet pintoresquista, el pequeño chalet suburbano y el chalet popular” (2015, p. 187). Este último ha adquirido una entidad particular –gestión del peronismo mediante– en tanto vivienda para el pueblo bajo el nombre de *chalet argentino*.

poco práctica y hasta peligrosa. Amén de estas fragmentaciones de paredes y pasillos, desde la entrada podía ver toda la planta baja. Por otra parte, de mano derecha primero estaba el cuarto de Isabella, luego el baño y, volviendo al pasillo, debajo de la escalera se conformaba un pequeño espacio de trabajo con un escritorio y una computadora. Al continuar caminando, una puerta vaivén de madera marcaba el paso a la cocina. Luisa me dijo que la planta baja, más específicamente la parte del baño y de la pieza, las usó por varios años como consultorio en los inicios de su profesión. También, hacía más de dos décadas su marido había usado parte de la casa como estudio de abogacía. La planta baja había sufrido diversos cambios en sus usos de acuerdo con el momento del ciclo familiar, incorporándola a rutinas de trabajo.

Imagen 15. Fachada de la casa de Luisa.



Nota. Fotografía propia.

En su comedor, localizado en planta baja, Luisa tenía una amplia mesa de roble oscuro –casi negro– donde entraban cómodamente al menos seis personas y un mueble de cedro donde exhibía *bowls* de vidrio. En su *living* tenía un sillón en “ele” con una mesa ratona frente a un mueble empotrado con una televisión tipo LCD. Yo sabía que

ese sillón estaba hacía años en la casa; para Luisa esto era práctico, ya que cuando venían sus nietos a jugar no se tenía que preocupar por si lo manchaban o pasaba algo, porque el material símil cuero de color hueso le permitía limpiar cualquier mancha que hubiera en unos minutos. La pared que cerraba el *living* y por ende todo el espacio de la planta baja era un gran ventanal con persianas de madera. El ventanal daba al parque: nadie iba al parque jamás, porque “no les gustaba”. Los muebles, en ese sector, eran mayormente de madera –roble– y en las telas primaban los colores peltre y marrones, mientras que algunas tonalidades claras ocupaban las paredes. Luisa comentaba que ya no lo usaban, porque por ahí prefería tirarse en la cama con sus hijas a ver alguna película.

Plano 2. Croquis aproximado planta baja de la casa familiar de Luisa (sin patio, ni quincho).



Nota. Elaboración propia según observación realizada con el programa *Homebyme*.

Uno de los espacios más concurridos por Luisa y las chicas era la cocina, ahí cocinaban, comían, tomaban mate y Luisa solía dejar sus elementos para hacer manualidades y cuadros. Por la cocina, al contrario de lo que ocurría con el *living-comedor*, entraba mucha claridad por la ventana, hecho que se amplificaba por sus electrodomésticos de línea blanca. Este ambiente tenía baldosas cuadradas color manteca y las paredes blancas. La mesa era la que utilizaba para las comidas en donde solían pasar un tiempo largo y tendido, esto es, para desayunar y cenar. A veces, al mediodía, si Luisa no trabajaba en el consultorio odontológico, aprovechaba para tomar

alguna sopa allí. También era uno de los paisajes domésticos más significativos en esta casa. Esta cocina también tenía una puerta que daba al patio, como el *living*-comedor y se conectaba al resto de la casa. La cocina era independiente, el cambio de una puerta corrediza por una abatible le había dado una fluidez distinta, evitando que Luisa quedara confinada a estar allí sola.

Cualquiera que ingresara a la casa, a simple vista podía ver los cuadros hechos por su hijo Martín, artista plástico, algunos con colores, otros en blanco y negro; eran “el orgullo de la familia” según Luisa, porque le daba “tranquilidad” saber que su hijo “hace lo que le gusta” (Imagen 16). Luisa me dijo que cuando emprendieron “el encargo” de la construcción de la casa le dijeron al arquitecto que la planta baja era lo último que querían terminar, porque priorizaban la planta alta, así sus hijos e hijas tendrían dónde dormir y descansar (por ese entonces Rosario e Isabella compartían un cuarto, lo mismo para Jaime y Martín). Aunque sorprendido porque solía comenzar por la parte baja en donde se daba un despliegue cotidiano de quehaceres y de lo más “necesario”, en ese entonces, el arquitecto aceptó.

Imagen 16. Cuadros de Martín en la casa de Luisa.



Nota. Fotografías propias¹³⁰ .

Yo solía ir a la planta alta solo si no andaba el baño de abajo, si Luisa me pedía que le alcanzase algo o si iba con Rosario a su cuarto. Para subir, había que pasar por las escaleras en forma de “ele”, empotradas en la estructura edilicia. La escalera estaba cubierta por una alfombra bordó. En esta parte de la casa estaban las habitaciones, el lavadero y un baño *en suite* que daba al cuarto de Luisa. Subiendo por las escaleras y del lado derecho, había dos cuartos y un baño. Del lado izquierdo, un cuarto y una habitación que funcionaba como lavadero. Siguiendo por la parte derecha, estaba el baño con una ducha y bañera. Este era usado por Rosario e Isabella para bañarse ya que el de abajo no tenía ducha. La habitación de Rosario era la más grande de la planta alta y de la casa, tenía un entrepiso que le permitía optimizar mejor el espacio, antes ese cuarto pertenecía a Jaime. Cuando se ingresaba tenía un *placard* empotrado en donde guardaba la ropa y sus zapatillas, a eso le seguía una escalera caracol para subir al entrepiso. En la parte baja de esta habitación estaba la cama a un costado de la ventana que daba a la calle y enfrente un televisor. Rosario llegaba a su casa cuando salía del

¹³⁰ Los cuadros originales llevan color. Para evitar cualquier cuestión de reproductibilidad de la obra de Martín se optó por modificar el cuadro original.

trabajo, por la tarde/noche así que ese espacio solía estar en silencio durante el día, como el resto de la casa. Contiguo a este dormitorio, estaba el cuarto de Luisa. Desde este dormitorio se accedía directamente al baño. Como el de Rosario y como en el resto de los cuartos de la casa, los muebles estaban empotrados. Luisa tenía un *sommier* y enfrente un gran espejo sobre un modular de madera lustrada, al igual que Rosario su habitación daba a una ventana con vistas a la calle. Al otro lado de la escalera, del lado derecho, había un cuarto que ya no se usaba: allí solía dormir Martín. En un extremo, por el pasillo, había una habitación que se usaba como lavadero y cuarto de servicio. Luisa me expresó que ya no iba por esa ala de la casa y que cada vez la usaban menos, señalaba que era muy “loco” porque recordaba haber pasado horas y horas lavando o haciendo que las cosas funcionen mientras todos dormían.

Para Luisa esa casa ya no era lo que quería, no sentía que tuviera mucho que ver con ella, como me manifestó un día mientras la ayudaba a limpiar y ordenar después de un cumpleaños familiar. Ella estaba “cansada”, era una casa muy grande y ya no podía hacerse cargo. Además, sus hijos e hijas iban y venían, pero nadie se quedaba, los ambientes no le eran funcionales, todo estaba dividido, no podía ver a sus nietos jugar, se habían acumulado muchas cosas y había mucha oscuridad. En verdad, eran tres viviendo en el *chalet* y, próximamente, su hija Isabella se iría de allí.

Como mostré a lo largo de la descripción, tanto la construcción como un tipo de vida familiar en esa casa resonaban en su modo de circularla. Espacios fragmentados, ambientes poco funcionales, cajas que se acumulaban y delineaban una estética del recuerdo vinculada a “otra vida” configuraban un paisaje estructuralmente fragmentado y discursivamente ordenado. En efecto, Luisa, no podía tomar muchas decisiones, más que estar ahí de la mejor forma que pudiera y, por estos motivos y sensaciones, había llegado a los audiolibros. Cuando comencé a preguntarle sobre eso, me expresó que ella estaba grande, sus hijos también y ya no era parte de un proyecto común, como aquel que había tenido con su exesposo, quien había re-hecho su vida en otra vivienda.

3. Corporizar y organizar: emociones y lógicas del método KonMari

Mantener la casa a flote implicaba muchas gestiones y recursos, Luisa lo sabía. Además, necesitaba poder contar con ciertos servicios vinculados a la plomería, albañilería y jardinería, entre otros. No era solo una cuestión de tiempo y dedicación, sino también de recursos tan valiosos como la disponibilidad y que hubiese más de una persona a cargo de esta vivienda. Sus hijas, quienes trabajaban en la misma franja horaria que ella, tampoco se ofrecían a contribuir con el sostenimiento de la casa. Sin embargo, sugerían cambios posibles a realizarle a la decoración para “mejorar la energía”; para Isabella había que cambiarlo todo, mientras que Rosario hacer algunos ajustes ya “era algo”. Ellas veían que su vivienda era vieja y no se había *aggiornado* a los cambios en la composición familiar: “no somos la familia de antes... no sé, somos otra, tal vez otra cosa, pero esta casa tiene que seguir su curso... no sé, transformarse”. Ellas entendían que vínculos y afectos habían mutado.

En este marco y para relacionarse consigo misma y su vivienda desde otro lugar, Luisa desde hacía unos pocos años escuchaba audiolibros en YouTube de *mindfulness*¹³¹, meditación y había participado de diversas sesiones de biodescodificación¹³² mediante las cuales buscó re-amigarse con su propia historia familiar, comprender las decisiones de su madre y su padre vinculadas con el desarraigo, con la búsqueda “desesperada” por formar parte de Argentina y romper, como me dijo, con la “toxicidad” de ciertos roles establecidos, en los cuales se había criado y que ella misma notaba que le impedían “seguir adelante”.

Asimismo, operar sobre diversos planos de su vida le resultaba vital. Siempre hablábamos de sus búsquedas, incluso me mostraba quiénes eran sus “referentes” o qué páginas de internet consultaba. Entre ellas, aunque en un plano más terrenal y material,

¹³¹ Una técnica de respiración, de tradición budista, que se implementa para conseguir atención plena y autocontrol reduciendo el *stress* y la ansiedad.

¹³² Un tipo de terapia alternativa orientada a armar y analizar el árbol genealógico familiar a partir de encontrarse con emociones profundas y, poniendo el cuerpo, recrear historias de antepasados. Esta técnica entiende que las personas repiten o recrean sufrimientos y/o errores de sus ancestros/as, por lo que se busca romper con ese “inconsciente genealógico” o “memoria genética familiar”.

se encontraban los consejos sobre el orden y la organización de la casa siguiendo el método KonMari¹³³. La escucha de estos audiolibros arrancó como parte de un *sueño* o más bien una expresión de deseo para ir modificando su entorno. Sobre este último, me comentó que se inició a escucharlos por una colega odontóloga de nacionalidad japonesa que le había recomendado a esta “organizadora de casa”.

Los consejos y técnicas del método KonMari fueron importantes para revitalizar su modo de ser y estar en la casa “de otra manera”. Este método, iniciado por Marie Kondo, suponía desprenderse de lo que no se usaba para ordenar y, así, organizar donde se vivía. En esta propuesta principios del feng shui parecían colarse entre los sentidos y las explicaciones que la misma Luisa daba a cada cambio espacial que emprendía donde, por ejemplo, priorizaba “el verde” y las cosas que la ponían a ella en “tiempo presente” en cada acción que realizaba. Después de esta escucha activa, Luisa procuró llamar a sus hijas, hijos y exmarido, incluso a sus hermanos comentándoles que pensaba hacer una limpieza general y necesitaba que viniesen a su casa. A algunos/as los/as veía siempre, a otros no los/as llamaba hace tiempo según ella, era como abrir “la caja de Pandora” pues cada llamado la revinculaba de diversa manera con su vida y sus diversos protagonistas. En parte, estos llamados eran una metáfora de los vínculos acumulados como cajas en una esquina. Para ella, se trataba menos de las cosas y más de lo que ella sentía que podía ayudarla a reconectar no solo con su casa sino con su hábitat en general a partir de purificar(se) de distintos modos posibles. Esto implicó pedir a sus hijos/as que fueran a sacar de las cajas todo lo que se había acumulado y también que decidiesen sobre qué tirar y qué no. Sus hijos/as consideraban que la casa familiar era “para siempre” por lo que nunca terminaban por llevarse y sacar realmente todas sus posesiones y objetos mientras que Luisa por años había intentado hacer de su casa una casa para todos/as. Así el embalaje se volvió parte de la agenda de los sábados y domingos. Participé de algunas de esas escenas donde la clasificación era hecha por hijo/a y luego, ellos/as subclasificaban si donarían, regalarían o guardarían dichos

¹³³ Como señalé, Marie Kondo es una socióloga y escritora japonesa. De acuerdo con el ranking de la revista *Time* realizado en 2015, ella es una de las 100 personas más influyentes del mundo (listado que también contiene al otro japonés Haruki Murakami). En su concepción del orden articula muchos “mundos” y tradiciones a partir de hacer dialogar la filosofía oriental y el feng shui con el *coaching* de tipo inspiracional. Términos como: deshacerse, atreverse, “lo bello”, “lo que realmente te llena” y a la felicidad como valor aparecen como significativos.

bienes. Con relación a esta organización inicial, Luisa optó por quedarse con unos pocos objetos, especialmente aquellos sentimentales vinculados con la crianza de sus hijos/as, como ser un conejo de peluche que habían tenido en su infancia. Lo que había en la casa era en su mayoría eran distintas prendas de ropa y, en el caso de Martín había muchas piezas artísticas e instrumentos de dibujo. Isabella también tenía muchos zapatos y telas, mientras que Rosario tenía grandes cantidades de zapatillas. Jaime hacía muchos años ya no vivía allí y como su hermana había ocupado la que era su habitación él ya había hecho un proceso de limpieza y, como me dijo, “de desprendimiento”, en alusión a lo que descartaba sentimentalmente.

Una tarde, mientras escuchábamos unos audiolibros juntas, me dijo “cuando limpias la casa, limpias el alma”. Pues, estas acciones le permitían reconectar con ella misma y re-armar su relación con su residencia, dado que la venta de esta casa familiar –todavía casa compartida contractualmente con Gerardo– no se concretaba y no poseía otra propiedad para mudarse. Para eso, volvió a pintar algunos espacios que tenían pintura descascarada en tonos *beige* y marrones para pasar a las tonalidades blancas y grises. A su vez, compró plantas para ponerlas en los extremos del lugar y así cambiar la energía, y pidió a sus hijos/as que vayan los fines de semana y que sacasen sus cosas de la casa.

1. Ropa, 2. Libros, 3. Papeles, 4. Komono, 5. Ítems sentimentales; son los cinco puntos que plantea Marie Kondo para comenzar con la organización de bienes materiales en la casa. El 4. Komono significa en japonés “misceláneo”, objetos que circulan en una casa y que resulta compleja su clasificación. Una de las cuestiones más significativas y que Luisa repetía como un mantra refería a la acción de “vaciar”. Ella decía que este método la ayudaba haciendo de su habitar doméstico una “catarsis”, pues siempre se ponía los auriculares y circulaba por su casa intentando completar punto a punto la reorganización. En su *web*, Kondo explicita seis reglas básicas para ordenar: 1) El compromiso; 2) imaginar la vida ideal que deseas vivir; 3) deshacerse/desechar primero; 4) organizar por categoría; 5) seguir el orden de lo anterior; 6) preguntarte si eso provoca alegría. Para Luisa, esto implicaba establecer un nuevo orden de prioridades en sus decisiones, en donde la imaginación y la alegría irrumpían como rectoras del vínculo con objetos de espacios. El limitante partía de las cosas de sus hijos

e hijas que aún permanecían en su hogar, si bien solo las últimas vivían allí, todos dejaban ropa, zapatillas, valijas, cuadros, objetos de decoración, entre otros; bienes que no los buscaban ni tampoco se desechaban. El carácter emocional que asumía la renovación de sus espacios y sus vínculos con objetos pasados resultaba significativo en una cotidianidad que no contaba con la presencia de sus hijos y que convivía con la intermitencia de sus dos hijas Isabella y Rosario.

Por así decirlo, Luisa pudo empezar con este orden generalizado propuesto por Marie Kondo, avanzando con las reglas 1 y 4 de su propuesta. Descubrió que imaginar un estilo de vida coherente y homogéneo (regla 2) no era posible hasta que no supiera de qué espacios iba a disponer finalmente y con qué herramientas –materiales y económicas– podía contar para conseguirlo. En consecuencia, tampoco podía seguir lo establecido en el punto 5 (Seguir el orden correcto). No se trataba de una cuestión de buena o mala voluntad, sino de poder hacer algo intermedio hasta poder llevar a cabo la propuesta integral de Marie Kondo, lo que, en su caso, suponía "desorganizar" estos pasos para realizarlos de otra manera, según sus posibilidades. De la misma manera, sintió que a partir de sus propios desapegos materiales y de lo que hacían sus hijos e hijas, comenzó a reconectarse. En ese momento, también notó que había cosas de otras partes de la familia, y se decidió por esos objetos porque entendió que una cosa era compartir esa decisión con sus hijos e hijas y otra con la familia extensa –que había decidido dejar o guardar bienes allí durante años–. Entonces, entre sus otras tácticas, renovó algunos pequeños electrodomésticos comprando artículos de acero inoxidable, para mejorar los artefactos, para aprovechar mejor "lo que tenía" también para invitar a amigos a cenar y poder compartir su casa. Sin embargo, no estaba contenta con las paredes fragmentadas de la planta baja que, por ejemplo, no le permitían compartir charlas comunes mientras cocinaba. A medida que destinaba recursos y esfuerzos notaba que esto no necesariamente prosperaba, en parte porque su casa había cumplido un ciclo.

En cierta medida, esto me habilitaba a pensar cómo los audiolibros le brindaban tácticas para sacar cosas de su casa a la vez que recuperar algo de “calidad de vida”¹³⁴: repensar la luz, los colores de sus paredes, cómo jerarquizar qué tener y qué descartar. Entendí tal vivencia como un tipo de experiencia *New Age* que implicaba un conjunto de actividades y prácticas de tipo espiritual donde se (des)ordenaban los sistemas simbólicos existentes (Hanegraaff, 1996, 1999), en los que los elementos – sean sagrados o profanos– provocarían “una etapa de renacimiento espiritual de todo y de todos” (Graef Velázquez, 2001, p. 62)¹³⁵. Como señala Graef Velázquez (2006), el o la *New Age* se caracteriza por ser una persona que busca mediante la tríada cuerpo, espíritu y mente; un equilibrio y armonía consigo misma y en términos espirituales. Algunos elementos de la Nueva Era son compatibles con los fenómenos vinculados a la multireligiosidad¹³⁶. De acuerdo con María Julia Carozzi (1999, p. 36), “el marco interpretativo de la Nueva Era sacraliza la autonomía individual concibiéndola como contacto con una parte divina o perfecta no socializada en el interior del individuo y energéticamente conectada a un todo también sacralizado y asocial: la naturaleza, el planeta o el cosmos”. De alguna manera, Luisa parecía incorporar ciertas prácticas y narrativas vinculadas con ciertas prácticas espirituales que fomentaban un tipo de interconexión cuerpo-mente-espacio. Esta espiritualización cotidiana de Luisa, manifiesta en la experiencia del orden, resultaba significativa en el marco de lo que diversos trabajos recientes advierten que sucede al darse una “desinstitucionalización religiosa” (Funes, 2018).

Luisa, no había llegado a cambiar muchos muebles y hacer obra alguna, porque consideraba que idealmente le gustaría vivir en otro lugar. Sin embargo, insistía en la escucha, porque le ayudaba a procesar su vida presente. De alguna manera, la experiencia corporal *de* la casa y *en* la casa no resultaban inseparables puesto que

¹³⁴ Diversos estudios han presentado el modo en que algunas personas de las clases medias han procurado orientar sus decisiones a mejorar la calidad de vida, sea a partir de la toma de decisiones con relación a las pautas residenciales (Noel, 2013; Felice, 2017; Trimano, 2017; Arizaga, 2017) o, por ejemplo, con relación a decisiones vinculadas con el consumo y el trabajo (Wortman, 2003, 2004; Viotti y Vargas, 2013; Funes, 2016).

¹³⁵ En las últimas décadas una creciente cantidad de trabajos en Argentina se han orientado a comprender el fenómeno de la espiritualidad de la Nueva Era (Carozzi, 2000; Viotti, 2010, 2011; Frigerio, 2013; Altglas, 2014; Funes, 2018).

¹³⁶ Sobre este último punto véase Masferrer (1998).

remitían a experiencias de lo sensibles y emotivo (Merleau Ponty, 1997, p. 119). Ponía sahumerios y se “conectaba” con ella misma cada vez que podía. También, hacía años participaba en talleres de pintura, aprendía técnicas de dibujo y, recientemente, de fileteado. Ella me explicó que esta última era una técnica vinculada al tango, propia de una estética fácilmente identificable en bodegones y pulperías de Buenos Aires. Me dijo que esto la ayudaba a conectar consigo misma; además, sus hijos no estaban, por lo que quería hacer otras cosas. Me mostró una pintura que le obsequió su profesor, estaba muy feliz por esto, ya que hacía algo “para sí”. Me comentó que estos años habían sido muy difíciles para ella, porque tuvo que lidiar con un cambio en su configuración familiar, la partida de los hijos, el consultorio y la casa grande.

Janet Carsten y Stephen Hugh-Jones (1995)¹³⁷ destacan cómo física y conceptualmente la relación cuerpo y vivienda densifica sentidos y afectos de una experiencia compleja del mundo. En su análisis, entienden que la materialidad construida se enreda con el cuerpo. Para Luisa, un modo de re-enlazarse con su casa es mediante la acción de “soltar” en varias formas: que sus hijos se lleven sus pertenencias, vender, regalar o simplemente “deshacerse” de cosas, lo que le permite (re)vincularse con el espacio. La remodelación en términos de memoria y prácticas se torna un aspecto vital de su hacer y de su escuchar, donde Marie Kondo surge como una mediadora necesaria para tal proceso¹³⁸, en el que estas decisiones transforman y atraviesan las relaciones sociales que se dan al interior de la vivienda. En el marco de este método KonMari, el cuerpo adquiere un rol activo en la escena.

Una noche antes de cenar junto a ella y Rosario, Luisa se refirió al modo en que podía hacer de cada vivencia “lo positivo” y sobre todo con relación a lo que sucedía en su vivienda: “O lo dejas pasar o lo capitalizás, porque es tan lindo, realmente capitalizar toda la experiencia, pero en forma positiva, aun cosas que por ahí te duelen porque, a

¹³⁷ Inspirados/as en la relectura de los escritos sobre las “sociedades de casa” (*house societies*) de Lévi-Strauss, quien expresa que la casa es una institución social que condensa un conjunto de principios de oposición a la vez que los difumina, Carsten y Hugh-Jones (1995, p. 6) destacan que la primera noción de casa como grupo social utilizada por Lévi-Strauss aparece en un reanálisis de la etnografía de Franz Boas sobre los Kwakiutl.

¹³⁸ En esta línea y siguiendo a Csordas (1990), se podría pensar que se produce un *embodied space*, una forma de experiencia, de consciencia y de compromiso con el mundo material y espacial a partir de una acción de despojo y desapego material.

veces, a uno le pasan cosas [...] vos decís ‘por qué sucedió esto’”. Ella creía que todo pasaba por algo y, de alguna manera, tenía que “sacar la mejor experiencia de eso”. Leer positivamente la experiencia se transformó en uno de los mensajes intergeneracionales que Luisa procuraba traspasar, al menos, en los últimos años (ver *supra* Capítulo VI). Si bien ella dedicaba gran parte de su tiempo al trabajo –dado que era autónoma y no podía “retirarse”– buscaba empezar a dedicarse a ella misma y “cultivarse”. En efecto, esto me habilitaba a pensar el carácter holístico que asumía su necesidad de cambio y transformación. Al respecto, como señala Nicolás Viotti, estas experiencias pueden entenderse como un modo de revivir un tipo de conexión con el catolicismo, ahora en tanto “un modo de creencias que valora la emoción, el trabajo de la interioridad, el holismo cuerpo-alma y el bienestar” (2017, p. 185). Así, para Luisa se trataba, en la medida de lo posible, tanto de modificar los espacios como ocuparlos afectivamente.

4. Compartir: entre sostener y celebrar

Vienen acá porque saben que mi vieja no les hace drama, y de paso no hacen un quilombo en su casa [...] Me molesta que mis hermanos que ya se fueron de casa dejen todo acá, como Martín, con las pinturas o todo lo que hizo. (Conversación informal con Rosario en el cumpleaños de Mora, su sobrina, nieta de Luisa, octubre de 2015)

Recién había llegado al cumpleaños de Mora (10 años), la nieta de Luisa, hija de Jaime y Melanie –su pareja–, y Rosario me había dicho esto último. Días atrás y por mensaje de texto, Rosario me comentó que la idea era festejar de forma sencilla, con la familia y algunos amigos. Por el cumpleaños no había ninguna decoración especial o algo distintivo que señalara que había una celebración, era más bien informal, era un día de semana.

Cuando llegué, noté que todos los chicos estaban jugando solos en el garaje descubierto de la entrada. Mora me reconoció y me saludó al mismo tiempo en que Rosario salía a abrirme la puerta. Los rostros familiares eran los de Luisa, Melanie (pareja de Jaime) y Jaime, mientras algunos grupitos de madres estaban en el *living* tomando mate. De un momento a otro llegó su tío. Asombrada, Rosario me dijo que se suponía que la familia llegaría más tarde, como a las 20:00 y no a las 18:30. Estaba

ofuscada porque su mamá iba de acá para allá y nadie ayudaba, los anfitriones eran Jaime y Melanie y para Rosario, esto hacía ver a su mamá como la “Juanita” de ellos¹³⁹.

Luego nos sentamos en la mesa del *living*-comedor a compartir un par de mates con las madres y Melanie. Mientras tanto, los/las niños/as seguían jugando afuera, Luisa y el tío de Rosario estaban en el *living* tomando mates, Rolo (Lisandro), hermano pequeño de Mora, estaba al lado de ellos. Con el pasar del tiempo, fueron llegando diversos amigos de la familia y sus respectivos hijos, así como familiares del lado de Melanie. Parte de la familia estaba en el *living*, con el televisor prendido y compartiendo facturas. Jaime daba vueltas por la casa, a medida que llegaron más hombres, se ubicaban entre la cocina, mientras salían a “chequear” (controlar) que los chicos estuvieran bien. Luisa iba y venía ofreciendo comida y bebida a la gente que iba llegando.

En un momento del cumpleaños, subimos a la planta alta, Rosario me mostró algo nuevo de su pieza. Estábamos llegando al cuarto cuando me dijo que su casa era un “quilombo”; podía pensar que esta alusión se orientaba a caracterizar los bienes y objetos tanto como la libre disposición que “otros” hacían de la casa. Rosario a menudo se quejaba de lo que hacían sus hermanos: celebrar, dejar y “disponer sin preguntar”; ella sentía que “estaban pasando por arriba” a Luisa, a quien se la veía entre cansada y contenta. Luisa se encargaba de que nada faltara, miraba a lo lejos las mesas –para que no estuvieran vacías– y chequeaba que todos/as estuvieran sentados/as.

Entre tanto, Rosario me dijo que la casa era enorme para tres mujeres y que esto de hoy era algo “atípico”: “Una cosa era toda la familia, hoy ya no da, además todos dejan todo, hay cosas de mis hermanos, los cuadros son medio decoración y medio por depósito..., ninguno tiene que ver con nada”, destacó. Ella insistía en que “tenían mal” las prioridades en referencia a su hermano y cuñada.

¹³⁹ En referencia a Juana Bordoy, conocida como “Juanita”, asistente de Petrona C. de Gandulfo, una famosa experta culinaria cuyas recetas se popularizaron masivamente a partir del programa de televisión “Buenas Tardes, Mucho Gusto”. Juanita trabajaba como asistente y, como señala Pite, “se convirtió en el arquetipo argentino de empleada doméstica (...) aún hoy la gente continúa utilizando el nombre ‘Juanita’ para referirse a una amiga o familiar que los ayuda...” (2013, p. 214).

En el cumpleaños, pasamos gran parte del tiempo en la cocina donde cambiábamos el agua para los termos y preparábamos los mates, y también asistíamos a Luisa y a Jaime. Una de las escenas significativas en ese evento involucró un modelo de celular *iPhone*¹⁴⁰. Cuando estábamos sirviendo gaseosa, Jaime vio que la pantalla del celular de su hermana Rosario (de la misma marca) estaba rota, por lo que le dijo que entonces le pagaría cuatro mil pesos por ese teléfono. Ella no se lo quería vender. En ese momento, llegó casi llorando a la casa, Isabella, la hermana mayor, estaba triste porque no le andaba el táctil de su celular del mismo modelo que su hermano. Su tristeza se vinculaba con el hecho de que ni siquiera había pagado la primera cuota. Ahí empezó un largo debate sobre los *iPhone*. Resultó ser que gran parte de la familia estaba interesada en adquirir alguno de estos modelos, principalmente los recién lanzados al mercado. Rosario comentó que había una página segura para comprar estos modelos de celular llamado “*iPhone Argentina*”, una especie comunidad que se aseguraba de que no fuesen “truchos” y que el precio “sea razonable”. Ciertamente es que estuvimos largo y tendido conversando sobre esto: equipos de celulares, reposiciones de aparatos y consumos varios ubicaron los proyectos e iniciativas individuales y pusieron en evidencia lo que cada uno pensaba.

Mientras estábamos en la cocina llegó doña Duarte al evento y se sentó en un extremo del *living*; luego, fuimos todos a saludarla. Ella había llevado un *tupper* lleno de un humeante chipá y algunos cuadrados de sopa paraguaya por el cumpleaños de su nieta. Todos/as estaban felices. Luisa sonreía y, en parte, recordaba cómo durante décadas su madre había dejado a un lado estas recetas. Lourdes estaba “al servicio” de la familia. Los hijos lo percibían con total naturalidad, excepto Rosario. Los chicos no salieron al patio porque el pasto estaba muy crecido, así que se quedaron adentro.

El cumpleaños transcurría y Mora jugaba acompañada de sus amigos/as, mostrando un perrito de juguete que le habían regalado. Conversaciones sobre viajes y vacaciones, vasos de plástico a medio llenar sobre la mesa y micro grupitos de personas hacían al paisaje de la casa. Las mujeres estaban alrededor de la mesa del *living*-

¹⁴⁰ Línea de teléfonos inteligentes diseñadas por Apple Inc. Se caracterizan por utilizar un sistema operativo diverso (iOS) distinto al que utilizan gran parte de los modelos de celulares (que utilizan Android).

comedor, donde la abuela Ana (la madre de Melanie) narraba un viaje que había hecho, relataba caminatas y estadías en posadas; hasta que, en un momento, le pregunté a dónde había ido, a lo que me respondió: al Camino de Santiago (por Santiago de Compostela). La conversación siguió y otros invitados se sumaron con sus anécdotas de viajes religiosos, mayormente vinculados con el catolicismo, a lo que Luisa agregó su viaje a Salta y la visita a la Virgen del Cerro. Los viajes individuales y grupales, seculares y religiosos, brotaban de la boca de invitados/as. Los más grandes, aproximadamente entre los 45 y 70 años, destacaban lo lindo de la experiencia grupal, volver a conectarse espiritualmente y hacer algo distinto. Los más jóvenes, entre 20 y 45 años, mencionaban las vacaciones con amigos/as y ponían al “viajar solo” y su exaltación como parábola del autoconocimiento, de encontrarse con uno mismo. Para estos últimos, esos viajes “hacían la diferencia” con relación al devenir de sus vidas. Allí pude notar la valoración que otorgaban unos/as y otros/as a ello: la exaltación de “lo espiritual”, el autoconocimiento, “el hacer solo” y también las lógicas colectivas vinculadas con una práctica religiosa católica. En esta escena, Jaime insistía sobre los viajes con amigos, mientras Luisa estaba con sus nietos en un extremo de la casa.

Minutos más tarde, mientras sacaba la torta de su sobrina de la heladera, Rosario miraba con recelo toda la escena. Ese día no volvimos a hablar a solas. El cumpleaños terminó temprano porque era día de semana. Luisa estaba cansada, pensaba no hacer ninguna celebración más en el corto y mediano plazo, y todavía le quedaba ordenar todo, pero me comentó que lo haría al otro día bien temprano. En parte, sostener lo que quedaba de la casa implicaba dedicarle un tiempo.

iPhones, hacer “viajes solos” y reconectarse con uno parecían configurar un abanico de bienes, consumos y experiencias significativas para unos y otros, por momentos, enmarcadas en una profunda individuación de la práctica y del sentir. La casa en movimiento, puesta en marcha por el evento de Mora, ataba vínculos, ponía de relieve enojos y desacuerdos, y volvía explícitos los deseos de otros. Luisa, curadora del evento, ejercía un rol activo como cuidadora material y afectiva, sosteniendo un ambiente y así, su vivienda tal vez, como una forma distinta de recrear ese “estar ahí”. Sin embargo, estos acontecimientos no eran suficientes para sopesar el vínculo intermitente con una materialidad que no sentía acorde con su momento del ciclo vital

y, en donde, las estrategias de revinculación mediante audiolibros y eventos parecía agotarse.

La casa de Luisa representaba entonces un tipo de realidad habitada para una generación que puso en la vivienda un tipo de experiencia identitaria que condensaba el acceso a lo propio como un valor social a fomentar y defender, particularmente anclado en la vivienda, como marca de ascenso social y de arraigo. Esto último, como mostré, posibilitado a razón de los lazos de parentesco y compadrazgo, el trabajo y la escuela y, una permanente adherencia a la tierra. En este orden de las cosas, la casa propia parecía ser una ruina en un orden que no terminaba de caer en medio de otro que no culminaba de nacer, donde ese soñar con los ojos abiertos parecía un proyecto intergeneracional y colectivo.

5. Intercambiar: circular *entre* casas

Luisa estaba experimentando la partida de sus hijas de su casa familiar, lo que implicaba seguir transformando su vida y su casa. Cajas que se movían, dormitorios que ya no se ocupaban, muebles que se iban y búsquedas de lugares para mudarse que se iniciaban, configuraban la vida cotidiana de Luisa en su vivienda actual. Como señalé, la casa se estaba transformando y el momento del ciclo vital también, constituyendo un período que atravesaba cierta incertidumbre respecto de cómo sería ese tiempo futuro. Isabella fue la primera de las dos hijas del matrimonio de Luisa y Gerardo en irse de casa. Ella se mudaría a otra propiedad que tenía su padre, en Haedo, en donde ya había vivido uno de sus hijos. Antes que esto se concretara, Isabella empezó a –en sus términos– “ahorrar” comprando bienes y guardarlos en casa de su madre. Por ese entonces, Gerardo y ella habían tomado la decisión de vender la casa lo que suponía que Luisa tuviera la casa lista por si potenciales compradores/as quisieran ir a verla, eso la obligó a “sacar” objetos con mayor rapidez. Mientras tanto la casa se ocupaba con el mobiliario que Isabella elegía para el departamento al que próximamente se mudaría. Luisa aprovechaba para marcar su punto de vista sobre lo que su hija adquiriría.

Mi hija Isabella la otra vez me manda un modelo de sofá, “mirá qué buen precio mami; mirá esto” y le digo “sí, pero uno que tenga un ángulo para mirar”, viste, “yo quiero poner mis piernas arriba”, le digo, “tener mi mantita que sea exclusivamente de mi sofá y

yo mirar televisión ahí, yo no quiero televisión en mi habitación”, en mi habitación me leo un libro, tendría algo, pero desde un lugar para descansar, no quiero eso y de repente no me siento bien de salud, digamos resfrío lo que sea, bueno, me sirve mi sofá, estoy descansada y estoy ahí; yo lo quiero así, esta es mi casa, ¿no?, eh... , qué sé yo, viste, o la cocina, la cocina para mí es muy importante; me encanta cocinar, me siento muy bien cocinando [...] por ahí, no soy ¡ah! la cocinera, pero le pongo onda, viste, y bueno. (Entrevista etnográfica, diciembre de 2018)

Luisa también deseaba vivir en un lugar “cómodo” y, de cierta manera, a medida. Pensar la casa familiar había sido poner la carga afectiva y resolutive sobre necesidades ajenas, de sus hijos y su pareja, su casa era y no era suya y, al tiempo que su hija buscaba muebles e inspiración antes de mudarse, compartía con su madre opciones posibles. Mientras que por momentos Isabella parecía centrarse en el precio y coste de los muebles y detalles más que sus deseos, su madre pretendía apuntalarla y guiarla en la búsqueda, transmitiéndole que lo importante también de generar microespacios de bienestar, por más pequeños que fuesen, en donde la experiencia de lo propio plasmada en una acción –como el cocinar o en un bien como un sillón con ángulo– sintetizaban modos contemporáneos de significar e interpretar el estatuto de la propiedad entre estas personas. Para ello, Luisa se imaginaba viviendo en localidades como Haedo o Castelar, soñaba con un PH¹⁴¹, un lugar a donde pudiera invitar gente y auspiciar de anfitriona, por más pequeño que fuese, un espacio pensado, armado y puesto en funcionamiento por ella.

Quiero hacer una puerta balcón, abrir y que entre el aire y que, inclusive, le decía a Martín “como los patios son pequeñitos, por ahí hacer una pequeña media sombra con cañas a la salida”, le digo, “entonces tener un lugar extra sí por ahí quiero salir al aire para pintar o para hacer lo que sea, y tener ahí mi lugarcito”. Esas cosas, los detalles así, o sea, ya tengo mis ideas de lo que quiero. Tengo las cosas que quiero, así que [...] pero bueno, hay que empezar a concretarlas [...] y también tener paciencia, porque a veces me gana la impaciencia, [sonríe] me gana la impaciencia. (Fragmento de entrevista etnográfica con Luisa, 2018)

En este escenario de cambio, Luisa señalaba que era necesario tener paciencia, frenar un poco antes de seguir. Para ella, proyectar adónde se quiere ir y desarmar las ideas de lo propio puede ser tan significativo como, con relación a algunos objetos que adquiriría su hija Isabella, comprar un salero o un pimentero. Imaginar espacios más

¹⁴¹ El PH sintetiza la propiedad horizontal, un tipo de institución jurídica que remite a un compendio de normas que regula la división de inmuebles de un edificio o terreno común.

amplios y luminosos y, en gran medida, convencerse de que reorganizar materialmente una vivienda podía permitirle otra manera de experimentar el mundo, tácticas para regenerar un vínculo con su morada.

En Luisa y las experiencias vinculadas con su historia y su familia, convivía la paradoja del *sueño* como ruina, donde los proyectos individuales tomaban preeminencia, la reconexión con uno mismo podía venir de un audiolibro y donde el “espacio propio” podía hacerse carne en la puesta en práctica de la técnica de fileteado (Imagen 17). En este sentido, “lo propio” aparecía como polisémico y en disputa, no se agotaba en la relación legal con el inmueble, sino que emergía como una actitud vital frente a una vida presente y a una proyección de futuro que a veces se descascaraba.

Imagen 17. Cuadro con técnica de fileteado que Luisa le hizo a su hijo Martín.



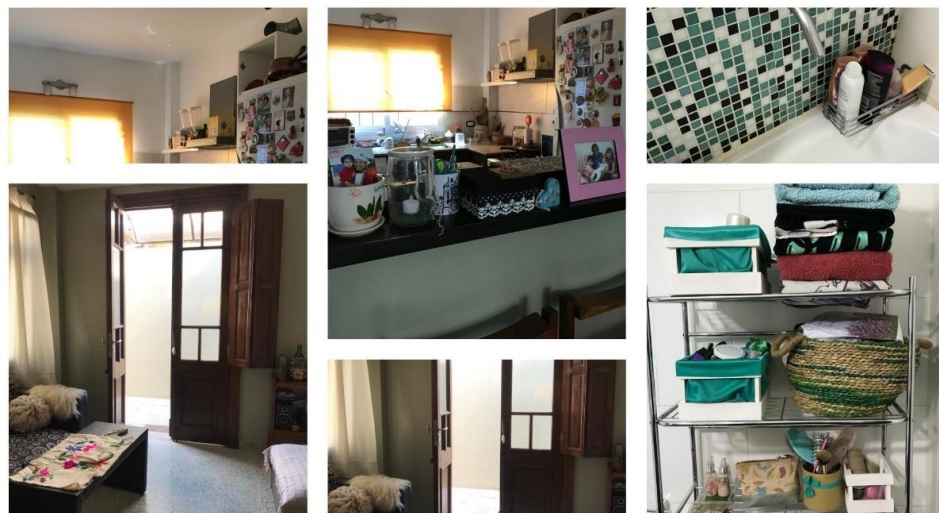
Nota. Fotografía subida por Luisa a su perfil de *Facebook*.

Ahora bien, al final de mi trabajo de campo, Luisa me dijo que “estaba cansada de mantener cosas porque sí”, me di cuenta de esto porque amén de los artefactos nuevos, la casa se estaba “viniendo abajo”: la pintura, las paredes, sostener la limpieza de tantos ambientes, el mantenimiento, la seguridad; todas estas variables se jugaban cada vez que estábamos allí. Sus hijos ya no estaban, ella estaba construyendo otros vínculos y sus hijas estaban prontas a mudarse. Luisa se quería ir y armar una casa a su gusto, que coincidiera con su vida actual, que no implicaba un día a día ni en pareja ni con sus hijos/as. Uno de sus hijos vivía con su pareja y sus hijo e hija –nietos/as de Luisa– a tan solo unas cuerdas. Habían comprado un PH y lo

habían “mejorado” para vivir ahí, sin embargo, le dijeron a Luisa que ya “les quedaba chico”. Al irse Isabella y Rosario, lo que representó un sacudón emocional y económico y, tras meditarlo durante varios meses y en vista que no prosperaba ni los acuerdos con Gerardo ni la venta, le propuso a su hijo/a que le parecía si ellos/as se mudaban a la casa y ella al PH. A modo de establecer un arreglo práctico dado que ni a Luisa le convencía su casa ni a él y su pareja le era funcional el PH. Jaime dijo que sí: el intercambio incluiría reformas por ambos de acuerdo con lo que querían y necesitaban; ninguno/a tuvo objeciones, tampoco Gerardo puesto que esto no implicaba ningún ajuste contractual. Ambos se mudaron.

En el PH, Luisa inició obras para tener un pasillito/jardín, ponerse puertas de doble hoja que emulaban un edificio antiguo y repintar todo el interior (Imagen 18). Su premisa ahora era el orden, la luz, el espacio abierto y sentirse cómoda. Para poder finalizar, al menos provisoriamente, su mudanza compró un conjunto de objetos y artefactos; también se trajo a la casa con las cosas afectivas que había acumulado. Como me dijo “para mí, empezó una nueva etapa”, la nueva etapa tenía que ver con otro ciclo en su vida, otra casa en su experiencia y la reactualización de un habitar que involucraba ponerse a ella misma como ser a cultivar, ordenar y armarse de objetos que contribuyeran a organizarse.

Imagen 18. PH habitado de Luisa en Morón Sur.



Nota. Fotografías propias.

Recapitulación

En este capítulo presenté la casa familiar de Luisa en Morón Sur y analicé el lugar que ocupó y ocupa el *sueño de la casa propia* en su cotidianidad habitada. Para tal fin, recuperé su historia, su llegada a Argentina, su recorrido vivencial en un marco de experiencias más amplio vinculado con la identidad y con el imaginario de clase. Al mismo tiempo, presenté cómo se habita la casa en la actualidad, una casa que ya no parece tener relación ni con Luisa ni con el ciclo vital familiar que atraviesa. A partir de adentrarme en la vida de Luisa, advertí tanto sus preocupaciones presentes como sus anhelos futuros. Hijas que estaban por irse, hijos que se fueron y ella que buscaba rearmar un tipo de relación afectiva con su casa, pusieron de relieve las renegociaciones con su propia intimidad.

El progreso social en el que se inscribió Luisa se articulaba con un relato generacional orientado a la movilidad social ascendente vinculada con un camino materialmente exitoso, en este caso, anclado en la educación, en la transmisión de valores y en la casa. Para Luisa, que ha tenido un proyecto común con su expareja, el *acceso a la casa propia* significó un ascenso social en su historia personal y familiar. Así, el ladrillo abrevió una doble dimensión, material y simbólica.

Con un diseño usual en dicha época, la casa familiar de dos plantas, de amplias extensiones y de espacios fragmentados, aún se habitaba con sus primeros muebles, adquiridos con su exmarido Gerardo, los cuadros de los hijos, cajas de quienes ya no vivían allí y de quienes “se estaban por ir”, como “huellas” de un tiempo pasado que imposibilitaban que Luisa pudiera estar a gusto con su casa. En uno de los subtítulos destaqué una escena en donde Luisa decidió mostrarme la rotura de su botón pulsador del baño. Esa rotura podía leerla como metáfora de un agotamiento con su casa y con el proyecto anclado en el mérito, en el éxito educativo y en el “esfuerzo” sintetizado en la concretización del *sueño* colectivo de sus padres y aquel que ella tuvo antaño.

En la actualidad, Luisa deseaba dejar una casa que ya no “sentía propia” y que habitaba “como podía”. Pues, en su esfuerzo por “tener menos”, el despojo aparecía como un hacer necesario. En la actualidad, tanto Luisa como sus hijas buscaban

ponderar otros aspectos de la vida orientados al disfrute y a la felicidad en pos de “vivir el presente”, más allá de la casa como un punto de partida necesario, delineando así una vivencia desanclada y menos sujeta al estatuto de “lo propio”. En esta casa la materialidad apareció de modo ambivalente tanto criticada como significada positivamente por sus hijos/as, como ser con relación al *iPhone*.

Luisa se encontraba deseosa por “soltar” objetos que ya nada tenían que ver con ella. Con relación a este tópico, me valí de los aportes de Marcoux (2001), por un lado, para pensar cómo don Vera y doña Duarte reinventan una memoria que implicaba entonces habitar nuevos espacios, producir valores e ir identificando materialidades como significativas a modo de construir un apego con Argentina y, por otro, para estudiar la reescritura habitacional de la propia Luisa. Para ella, rearmar la relación con la vivienda conllevaba clasificar, tirar y ordenar. El método KonMari con acciones como ordenar, doblar, limpiar y ser feliz, le permitía recomponer una relación más allá de la memoria, poniendo en acto el cuerpo y el sentir, priorizando el cultivo interior. Para echar luz sobre este aspecto, retomé los aportes de Carsten y Hugh-Jones (1995), quienes entienden que se establecen relaciones recíprocas negociadas entre las personas y sus casas. Las prácticas artísticas y poder destinar tiempo para ella, entramaban relaciones de reciprocidad entre su cuerpo y su casa, como aquella condensada en su acción de pintar mensajes positivos mediante la técnica de fileteado. Por momentos, Luisa concebía su casa como una extensión de su cuerpo y de su sentir, entendida como un modo de presentación de sí misma. Por otro lado, puedo entender que Luisa, procura regenerar un vínculo con la espacialidad que habita a partir de “soltar” objetos más que de desplazar los viejos al PH. En efecto, la reescritura se vincula con una desposesión de objetos y la recreación de nuevos espacios. En este marco, los audiolibros le daban tácticas mediante las cuales elaborar su vida allí y también proyectar un *soñar más allá* que, en su caso, se concretó al intercambiar de casa con Jaime.

CAPÍTULO IV. SE EXHIBE

Este capítulo trata sobre el modo en que Gloria, Ariel, sus hijos e hija habitan su casa. Presento la forma en que construyeron su *casa soñada* y así concretizaron un espacio familiar. Muestro tanto las rutinas y temporalidades que sostienen su vida diaria como también las características arquitectónicas de su morada. Asimismo, detallo el ejercicio de curaduría que lleva adelante Gloria al menos en tres sentidos: afectivo, tempo-espacial y material (aludiendo tanto a los aspectos constructivos de la casa como a los objetos que la habitan). Por último, señalo un conjunto de delimitaciones morales que ponen en juego estas personas al producir identificaciones sobre sí y sobre otros/as en distintas situaciones que tienen lugar en la vivienda. A decir, para Gloria y Ariel, si bien la casa propia cristalizó “todo un recorrido”, dando materialidad a un punto de llegada, en la actualidad, nuevas elecciones y aspiraciones tienen lugar en sus prácticas.

Para analizar su habitar y las moralidades puestas en juego en su manera de ocupar y significar su casa, me valgo de los aportes de Durkheim y Mauss (1996), quienes llaman la atención sobre el modo en que los espacios pueden ser organizados y divididos con base a “sistemas de nociones jerarquizadas” (1996, p. 30). Entiendo así que estos últimos se apoyan en una producción colectiva de sentido que opera en modos sutiles contorneando fronteras sociales (Lamont y Molnar, 2002) sobre quiénes son “ellos” y quiénes los “otros”. Tal definición, también conlleva a disponer de objetos y artefactos como delimitadores de su pertenencia social. En efecto, planteo el modo en que se pone en escena un pasaje de una *materialidad moral* anclada en la llegada a la casa propia, a otra orientada a la adquisición de artefactos y objetos que se exhiben en su vivienda. En efecto, las alusiones al “esfuerzo” y al “sacrificio” entran y salen de escena como categorías nativas actualizadas en prácticas de ocio y disfrute compartidas.

1. Apropiar: concepto abierto y bienestar

Al ingresar, su casa era blanca e impoluta. Los ambientes amplios, en el marco de un terreno de 10 x 30 metros, siempre me invitaban a circularla. Su estética de forma

geométrica emulaba conceptos de diseño famosos a mediados de siglo XX¹⁴². Nunca había visto una vivienda así en Barrio Peluffo o, si la había visto, nunca le había prestado tanta atención como entonces, bajo el rol de antropóloga. Mi vínculo con Gloria se remonta al año 2009, momento en que comencé a jugar al *hockey* en un equipo de madres y exalumnas del colegio al que asistí durante mi educación primaria y secundaria. Como mencioné en la introducción, construí el terreno empírico a partir de lazos previos que fueron transformándose.

El “estar ahí” me permitió comprender cómo una pantalla de monitoreo cohabitaba con una tortuga marina y cacerolas, cómo la mesada de *Silestone* (un tipo de material para encimeras), especialmente pedida para la casa, convivía con un cuadro para tapar el agujero del aire acondicionado. Así como también convivían progresivas conversaciones sobre el “deber ser” y el modo en que su hijo era el ejemplo personificado del “esfuerzo” y del “compromiso” de la clase media; casi como un modo de producción de certidumbre.

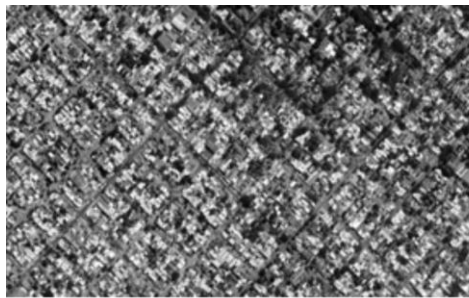
Gloria vivía en aquello que los *haedenses* reconocen como Haedo Chico, una zona residencial de grandes casonas y amplios terrenos, altamente valorada por el mercado inmobiliario (ver Imagen 19). En 2015, Gloria y su marido Ariel tenían dos hijos y una hija: Nicanor (14 años), Lola (12 años) y Santiago (siete años). Lola y

¹⁴² Con relación a la vivienda moderna, en la historia de la arquitectura, en la literatura especializada en estilos urbanos y modernos del habitar, sobresalen los arquitectos Walter Gropius y Ludwig Mies van der Rohe, quienes desplegaron un extenso influjo sobre estilos y conceptos de la arquitectura más allá de Europa y Estados Unidos. Estos autores difundieron conceptos integrales para la vivienda como “frágil, provisional, desarraigado” (Quetglas, 2007, p. 165) que priorizaran la funcionalidad. Quetglas (2007) destaca que la experiencia del exilio de Gropius y Van der Rohe impactó de forma profunda sobre los autores, para quienes las transiciones eran la regla, las cuales debían poder asirse en un mundo cambiante y atravesado por el influjo de la producción de masas. Estas propuestas arquitectónicas, aun iniciadas en Europa –con la impronta de la Bauhaus–, se consolidaron en Estados Unidos. Este movimiento modernista que pregonaba una arquitectura “funcional”, produce una influencia tardía en diseños en América Latina en general y en Argentina en particular, aun cuando este último Gropius y su colega Frank Möller abren un estudio de arquitectura cuyo anuncio se hace con la muestra de una obra de Gropius en 1931. Al respecto, Liernur, justamente, señala: “La arquitectura argentina de ese período fue absolutamente inmune a una experiencia decisiva como la que tuvo la Bauhaus” (2008, p. 173). Josep Quetglas señala, recuperando a Anatole Kopp –un arquitecto oriundo en San Petersburgo que desarrolló su vida profesional en Francia–, que “el éxodo masivo [...] obliga a la invención de un modelo de vivienda transitorio, parada de acogida a medio camino, filtro entre la vida agraria y la vida urbana, proyecto apelando a una hibridación modelística de los CIAM [Congresos Internacionales de Arquitectura Moderna] y las construcciones vernáculas, tradicionales, en adobe y madera” (2007, p. 165-166).

Santiago estaban escolarizados en un colegio tradicional de la localidad de El Palomar, mientras que Nicanor concurría a la escuela del club de fútbol en donde jugaba en la Ciudad de La Plata.

Ariel trabajaba en la industria del hormigón de manera independiente y tenía una fábrica en la zona norte con varios empleados a su cargo. Gloria, así como presenté capítulos atrás con las otras mujeres, se dedicaba al cuidado, la administración y el mantenimiento de la casa, la crianza de sus hijos e hija e intermitentemente alternaba estas ocupaciones con un microemprendimiento de venta de ropa. Tanto Gloria como Ariel estaban por cumplir 40 años. En el año 2010 compraron un amplio terreno, también en Haedo, para empezar a edificar su *casa propia*.

Imagen 19. Tríptico de Haedo Chico y sus casas.



VISTA SATELITAL DEL BARRIO



VISTA SATELITAL DE LA MANZANA



FACHADAS DE CASAS DE LA MANZANA

Nota. Capturas satelitales a partir de *Google Street View* y de fachadas propias.

Antes de iniciar con los planes de la casa y mudarse, Gloria y Ariel vivían en un PH que pertenece al papá de Ariel y, a medida que los hermanos lo necesitan, lo van usando, como una *casa de pasaje*, para vivir hasta que puedan mudarse a la “propia”,

similar a la referencia que hice sobre el departamento de Gerardo al que se mudará Isabella¹⁴³.

Con la adquisición del terreno, afincaron materialmente a su familia. Allí edificaron una casa de seis habitaciones (cuatro dormitorios, un cuartito al ingresar en planta baja y el “cuartucho” de juegos) y dos baños con un amplio y renovado quincho y una pileta rectangular (ver Plano 3). Vivían en una de esas casas de cemento alisado de tonos grises que se volvieron típicas en el barrio en los últimos años. En mis primeras visitas, recuerdo que el carácter geométrico y la escala cromática de la vivienda –del blanco al gris– llamaron mi atención tanto como su cocina con apellido: *Johnson*. Gloria me dijo que estaba contenta con lo que habían elegido para su casa: lo abierta y luminosa que era pero por sobre todo que ahora podían invitar gente.

La primera vez que fui en el rol de antropóloga fue una mañana del mes de julio de 2015 mientras sus hijos e hija estaban en el colegio al que Gloria, Ariel y yo habíamos ido. Hablamos sobre los horarios de sus hijos, las planificaciones de sus eventos sociales y nuestra práctica de *hockey*. Gloria iba y venía ofreciéndome algo para tomar o comer mientras yo miraba su vivienda entonces con otros ojos. Nos quedamos en su cocina todo el tiempo. Le dije que su casa me parecía increíble y me comentó que sus ideas de diseño “no eran propias”, siguió hablando que su marido, en parte, se había encargado del diseño y de los detalles, también que habían sacado ideas de distintas revistas. De reojo, ella prestaba atención al monitor de la pantalla plana que estaba sobre la mesada de la cocina para ver las cámaras que apuntaban a distintos sectores de la casa. En ese momento me preguntó si quería café, aunque ella prefería el mate, y mientras hacía el ofrecimiento caminaba hacia su nueva máquina de café *Nespresso*, le dije que no, que prefería compartir mate.

Ese día me comentó que ahora tenía “más cosas”, con relación a los bienes y también, que había adquirido nuevos electrodomésticos que no sabía muy bien si los iba a utilizar pero que “estaban ahí”. Habló sobre lo cómodo de su horno, que no sabía usar

¹⁴³ En el capítulo anterior hice una mención a este tópico (Capítulo III) y desarrollo el tema en el (Capítulo V). Como vemos, diversas familias de las clases medias, en la medida de lo posible, implementan estos arreglos patrimoniales en pos de que sus hijos/as o familiares puedan seguir cultivando el “ahorro” como acción garante de la concreción del *sueño de la casa propia*.

su lavavajillas de acero inoxidable y de último modelo; que estos bienes necesitaban de cuidado y mantención y que eso la “estresaba” sabiendo de todo lo que tenía que ocuparse. De igual manera, cuando ella se refería a su casa familiar, mencionaba un conjunto de tareas y rutinas que venían asociadas a esta y que, complementariamente, para poder “cumplir” con todo engarzaban en horarios comunes con otras familias, por ejemplo, cuando hacían *pool* para llevar, traer o cuidar a sus hijos/as y los/as de sus amigas y/o madres del colegio. A decir, durante la semana, los hijos e hija de Gloria estaban en el colegio, Ariel en el trabajo y ella estaba en su casa organizando los quehaceres y gestionando el inicio de un emprendimiento de ropa deportiva con su amiga. Su casa era el lugar en donde todo pasaba.

En la cocina de su vivienda predominaban los tonos grises, el negro, blanco y el rojo. Hay, en el medio, una “isla” con las hornallas y un desayunador integrado (ver Imagen). Era uno de los lugares privilegiados de Gloria, donde pasa tanto la mañana, la tarde y la noche. Ella dividía el tiempo ordinario en: “con los chicos” y “sin los chicos”. El momento en que no estaban los chicos es el tiempo de la limpieza, de los quehaceres del hogar –ya que la persona que se encarga de la limpieza en ese momento había renunciado¹⁴⁴, salía a comprar lo que hacía faltaba (normalmente, a los almacenes del centro de Haedo) y dedicaba parte de su tiempo a un emprendimiento que consistía en la reventa de indumentaria deportiva que traía una de sus amigas de Europa, más específicamente de España. Después de buscar los chicos al colegio, preparaba el almuerzo, hablaba con ellos, organizaba los turnos con los médicos, lavaba la ropa y los utensilios de cocina, entre muchas otras cosas. Gloria dividía el tiempo de Ariel como: “en zona norte [en su trabajo]” y “acá [en su casa]”.

¹⁴⁴ Gloria me contó que la causa de su renuncia fue porque tenía que quedarse ayudando a su hermana embarazada. Luego probó con diversas mujeres que fueron a limpiar y ordenar a su casa pero, en su mayoría, terminaban por dejar este trabajo. Cuando le consulté a Gloria por esto me dijo que “no tenían compromiso”, “no le contestan el celular y vienen cuando quieren” estas frases fueron recurrentes, aunque en ninguna se las llamaba por su nombre o Gloria ahondaba en otros detalles biográficos de sus empleadas. Para ella le prestaban un servicio sobre el que ella consideraba que realizaba un “pago justo”. Para el año 2018 Gloria decidió no contratar personal doméstico y resolverlo ella limpiando un día un ambiente. Ocasionalmente, solicitaba a sus amigas que residían en Haedo o localidades cercanas que le recomendaran una persona de confianza.

Plano 3. Croquis aproximado planta baja de la casa de Gloria y Ariel (sin patio, ni quincho).



Nota. Elaboración propia según observación realizada con el programa *Homebyme*.

Su vivienda, compartiendo ciertas similitudes con la experiencia de Rosa (ver Capítulo II), se vinculaba con Gloria en una triple función: emprendedora, madre y esposa. Gloria aseguraba tener todo organizado y cada detalle controlado. Sobre estos roles femeninos y respecto al modo en que principios como la organización y la limpieza tienen lugar, un conjunto de estudios historiográficos señaló como, ya avanzado el siglo XX, la higiene y la limpieza se articulaban con parámetros arquitectónicos propuestos bajo el influjo de las construcciones en grandes metrópolis norteamericanas cuyo impacto podría trazarse en la experiencia local (Liernur, 2014). En parte, en esta casa, la modernidad estaba plasmada en artefactos y detalles constructivos, como un extractor de acero inoxidable para evitar que se concentraran los olores al momento de cocinar y la ventana horizontal para ventilar y dar luminosidad al espacio, eran destacables (Imagen 20 y 21); sin embargo, permitían ver que dicha cocina no poseía otros elementos distintivos más que aquellos que podían verse en otras casas. La casa de Gloria configuraba una escena que era cada vez más recurrente en revistas de diseño y decoración en donde no solo materiales como el acero inoxidable caracterizaban una marca de diferenciación (con relación a la vieja y deseada “línea blanca”) sino que también se observaba una fuerte articulación, al menos en esta familia, entre lo estandarizado y “lo propio”.

Imagen 20. *Cocina integrada* en la casa de Gloria.



Nota. Fotografía sacada por Gloria luego de limpiar y ordenar toda la planta baja.

La cita de Liernur era un indicador de elementos que valía la pena observar: el grado de desarrollo de dicho ambiente, su limpieza y su (no)atractivo; todo esto marcaba lo que el autor consideraba como una cocina “fría”. A su vez, estos señalamientos me permitían pensar sobre un tipo de cocina sin movimiento, sin vida, esto es, que no mostraba marcas del habitar y cuyo efecto era considerarla como atemporal.

Gloria enseñaba a sus hijos sobre las comidas semanales y cómo debían ayudarla a cocinar. Todo empezaba con el lavado de manos y seguía con el lavado de alimentos. Para ella, transmitir esto era fundamental. No solo para que supieran qué hacía sino para replicarlo de ser necesario. Donde los alimentos con “suciedad” o en “mal estado” denotaban una falta de detalle y observación desde la misma compra. Asimismo, los implementos y la infraestructura resultaban clave: tener agua potable, poder poner la verdura en recipientes limpios, tener espacio para no amontonar todo y dedicarles tiempo a estas tareas. Las atenciones y la energía puesta en esto eran vitales para tanto sostener la economía doméstica tanto como las relaciones familiares.

En esta línea, la espacialidad amplia de la casa y sus ambientes integrados parecían producir un tipo de fluidez normativa en la vivienda. Con relación a estas características edilicias, y según Liernur, este tipo de construcciones –mayormente difundidas en los centros urbanos de Estados Unidos y Europa– tuvieron, al menos, cinco grandes consecuencias edilicias –en comparación con aquellas de antaño pensadas para una familia extensa y con personal de servicios–: (1) la paulatina disminución de ciertos espacios estructurales y los denominados “tabiques”; (2) que “dará lugar a fórmulas mixtas del lavadero-cocina, la cocina-comedor, el *living*-comedor o el “tercer” dormitorio”¹⁴⁵ (2014, p. 550); (3) una articulación de espacios como la cocina y el estar; (4) la reducción del espacio destinado al personal doméstico y; por último, (5) la eliminación de aquellos lugares intermedios de circulación.

Imagen 21. *Living-comedor* de Gloria y Ariel.



Nota. Fotografía sacada por Gloria tras limpiar y ordenar toda la planta baja.

Estas innovaciones y modos de estandarizar el habitar doméstico fueron un fuerte influjo en la conformación de diversas estéticas prácticas y mercados de consumo. Los artefactos como innovaciones necesarias comenzaron a tener eco en los

¹⁴⁵ Este puede funcionar como escritorio, comedor o habitación extra.

diseños propuestos por arquitectos y desarrolladores urbanos. Sobre estos antecedentes, cabe decir que, si en los años 1920 y 1930 la cocina y la heladera emergían como objetos indispensables de la casa, en los años sesenta se había incentivado la compra de automóviles en sectores medios –como una extensión del hogar– y, en los sectores populares, ganaba mayor masividad la adquisición de pequeños electrodomésticos con facilidades de pago y financiación. En el mismo momento, se dan cambios en la casa que privilegian pisos vinílicos y chapas de poliéster (Liernur, 2014, p. 610). Ya en los años 1970 se publicitaban nuevas telas que permitían ahorrar tiempo y evitar la utilización de planchas, lo mismo pasaba en la vajilla, aludiéndose a materiales sintéticos y, por lo tanto, asegurando una mayor practicidad¹⁴⁶. Aún la higiene era una premisa, por eso la madera era desaconsejada. Para 1967, la revista *Claudia* presentaba formas de alcanzar “el sueño del castillo propio” (2014, p. 617) a partir de la financiación vía empresas constructoras, créditos inmobiliarios, certificados de ahorro y préstamos.

Se presentaban entonces diversos parámetros de decoración y diseño que recogían propuestas de variadas procedencias:

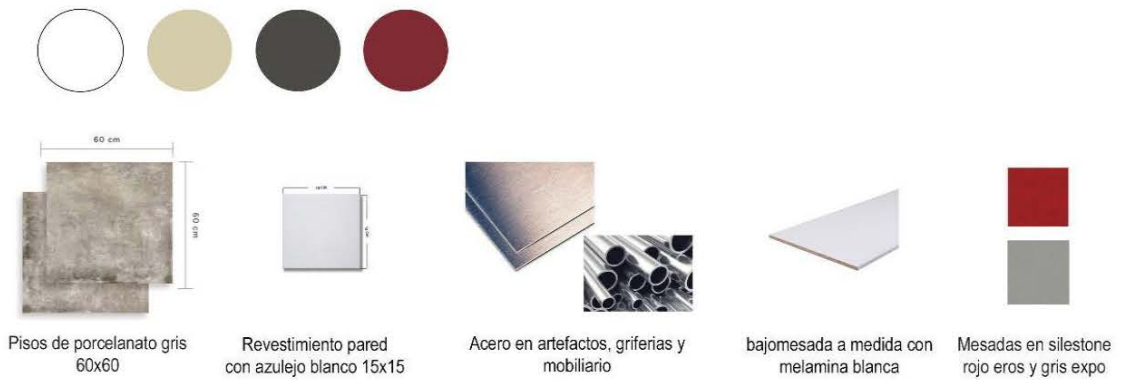
el equipamiento modernista implicaba una amplia gama de posibilidades: las versiones años veinte o treinta (caño cromado), los muebles “escandinavos” (madera, años cincuenta y sesenta), de inspiración pop (plástico, madera pintada) y también híbridos entre modernismo y rusticidad (o primitivismo), que en rigor retomaban experiencias de los años veinte (Liernur, 2014, p. 620).

A contrapelo de estas propuestas, en la casa de Gloria los pisos de porcelanato en tonos grises, revestimientos de paredes con azulejos y las terminaciones en melamina y contrachapado eran la regla (ver Imagen 22). Estas prerrogativas materiales permitían que se economice el tiempo, aunque la casa seguía siendo muy grande y “todo se veía”. En los eventos familiares Gloria trataba de tener todo listo, pero sin duda la mirada permanente de unos y otros hacía que nunca dejara de hacer cosas.

¹⁴⁶ En la escala cromática, se imponían colores intensos con fuertes contrastes. Ahora, los colores no decoraban, sino que significaban. Como señalaba el libro de *Claudia* en 1961, “los colores son sinónimo de alegría” (Liernur, 2014, p. 611), por eso se hablaba de los “psicolores”, y eso se aplicaba en cerámicas, cortinas y azulejos.

Imagen 22. Materiales y texturas de la casa.

MATERIALIDADES DE LA COCINA



Heladera de acero.
Horno doble con microondas de acero



Isla con terminación en melamina color blanca y mesada de silestone gris.
Banqueta de acero con asiento de pvc color rojo



Extractor purificación de cocina, de acero inoxidable sobre cielorraso de yeso.
Panel led blanco con luz neutral embutido en cielorraso



Muebles a medida en bajo mesada con melamina blanca.
Mesada de silestone color rojo.
Pisos con terminación banquina con porcelanato gris



Ventanas de aluminio color blanco con cortina de tela vinilica de enrollar color blanca y pared revocada y pintada color blanco

Nota. Imagen sacada por Gloria, detalles propios.

Entre los elementos destacables de la morada familiar estaba la mesada de *Silestone* (Imagen 22) y su bacha de acero inoxidable empotrada, ubicada debajo de la ventana¹⁴⁷. Gloria me dijo que su “bacha” tenía una rejilla extra para apoyar los elementos recién lavados, así como un dispensador de detergente que le permitía evitar tener a la vista un envase de plástico. Los muebles dispuestos debajo de las mesadas contenían el resto de los utensilios necesarios: cuchillos, cucharas, tenedores, *bowl*s, *tuppers*, fuentes ordenadas con separadores plásticos. En este ambiente Gloria se dedicaba a cocinar, en el que además su hija iría ayudándola cada vez más y más. Mona miraba cómo su mamá aprovechaba su tiempo para preparar alimento y dejarlo “freezado” (conservar en el freezer). Ella veía diversas actividades que realizaba su mamá como: remojar, enjuagar, lavar, secar.

Con relación a las acciones domésticas y a los artefactos, la historiadora Inés Pérez (2012), centrada en la materialidad cotidiana, hace hincapié en los objetos y electrodomésticos que toman protagonismo desde mediados de siglo pasado en la vida doméstica. Ella advierte cierta paradoja entre artefactos presuntamente “para la mujer” en el marco de una subjetividad masculina que se afianza puertas adentro y se proyecta hacia fuera, vinculada con el ocio. Pérez destaca que la masculinidad dentro del modelo doméstico se sostiene con base a un vínculo con lo artesanal, el *self-made man* (2012, p. 143) y una imagen que se vuelve más recurrente entre las décadas de 1980 y 1990 con la depreciación económica y la expulsión de los hombres del mercado de trabajo, por lo

¹⁴⁷ Respecto a este elemento ahora empotrado e incorporado como parte de la vivienda. Cabe destacar que la piletta o fregadero, antiguamente, consistía en un recipiente para lavar la vajilla, la cristalería u otros utensilios de cocina, que estaban por afuera de la mesada. Esto fue cambiando y, poco a poco, se lo fue incorporando a su arquitectura. La distinción inicial fue entre un recipiente para lavar los utensilios de la cocina, otro para fregar la ropa y otro para las manos conocido como lavabo. Mientras que el primero y el tercero siempre estuvieron vinculados al mobiliario interno –al adentro– de la casa, el segundo fue asociado al afuera, al aire libre. Sin embargo, estos objetos-espacios no estaban incorporados al mobiliario doméstico, ni a la cocina, ni al baño ni a lo que luego se llamará lavadero, sino hasta el siglo XV, en que los fregaderos (en inglés *sink*) empiezan a ser vinculados al sistema de cañerías o drenaje del agua. Pero además de las funciones, también los materiales se fueron distinguiendo uno de otro. Estas variadas “piletas”, consideradas como parte del mobiliario, por mucho tiempo se fabricarían en continuidad con los materiales de construcción utilizados para el resto del ambiente, como piedra, loza, ladrillo, granito, cerámica y cemento. En el siglo XVII, comenzará a popularizarse su uso, así como las posibilidades para adquirirlo. Los materiales fueron variando de acuerdo con las posibilidades locales. Momentos como los conflictos bélicos durante el siglo XVIII, XIX y XX llevarán a las personas a cambiar sus patrones de uso. Será recién en el siglo XX que un material de alta resistencia a la corrosión desembarcará como material predilecto, principalmente para los fregaderos de la cocina y el lavabo del baño: el acero inoxidable, caracterizado por su alta resistencia a la corrosión por el agua y el oxígeno.

que la mujer tiene que salir a trabajar y el hombre permanece “puertas adentro”. Sin embargo, como veremos a continuación, las características de estos roles aún tienen vigencia, con base a preguntas “que no se hacen” o supuestos sobre el deber ser, incluso, asociados a los materiales de su vivienda.

Gloria está “orgullosa” de su cocina. No solo por las acciones que destina para su “uso y mantenimiento”, como cocinar, lavar, ordenar, repasar, limpiar, secar, cepillar, sino también por sus materiales, su textura y funcionalidad. La cocina tiene, al menos, un doble rol: ser un espacio con funciones más o menos predefinidas y ser un artefacto. Esta dualidad, al designar la palabra cocina, convive con regímenes de uso de lo más diversos y contingentes. Los anafes, lavabos, horno y hornallas, canillas, entendidas como “objetos de cocina” que configuran el ambiente, son vitales para Gloria, quien percibe en el acero inoxidable un material perdurable, de calidad y “para toda la vida”. Como me mencionó una noche, “hace la diferencia”.

Algunas tardes en su casa, Gloria depositaba lo lavado de un lado y lo seco en el otro. El espacio que ocupan los bienes para el lavado y cocción es mayormente predefinido y estandarizado por la industria del consumo vinculada a este rubro. Se podría decir que la posibilidad de “personalizar” espacios y bienes exige que disponibilidad presupuestaria y “saberes expertos” se pongan en juego en esta decisión, sea de arquitectos, diseñadores, maestros mayores de obra u otros, quienes piensan esos ambientes para la vida singular de cada persona o grupo familiar.

Para Ariel y Gloria, “la casa propia” es un significante en sí mismo. Ambos recuperan este evento como un hito y un punto de llegada al que contribuyó toda la familia, principalmente la de Ariel, para facilitar el ahorro.

La verdad fue toda una hazaña terminar la casa en un año y medio..., dos años. Mucho esfuerzo, recursos y tiempo. Además, como en toda obra..., contratiempos, temas familiares. No es joda construir, hay que estar detrás de cada detalle. Hay que tener todo comprado. Estar detrás, y decir que yo estoy en el rubro [...] es un proyecto [...] por suerte el hormigón hace todo más fácil. (Entrevista no directiva a Ariel, 2017)

Ariel alude al “esfuerzo” y al “tiempo” para dar cuenta de la importancia de la “constancia” en las actividades destinadas a esta adquisición. En términos prácticos, implicó ir a la obra todos los días, incluso a veces más de una vez al día, comprar

materiales, monitorear el trabajo de peones y del maestro mayor de obra, estar con un fondo económico de *back up* por cualquier cosa. En algunas ocasiones, tanto él como Gloria, apelaron al “compromiso” para explicar por qué tienen lo que tienen. Ariel recuperaba las acciones y esfuerzos de sus padres, quienes también (incluso previo a tener hijos) se esforzaron por tener la casa propia, una casa que resultaba la materialización de un camino.

Una peculiaridad que fue haciéndose más visible a medida que pasaba el tiempo fue el modo en que la casa se iba alterando en función de las prácticas y la estación del año. Por ejemplo, en verano, Gloria y su familia suelen pasar gran parte del día en el *deck* y la pileta, incluso durante largas jornadas con familiares e invitados, la casa se extiende al jardín (ver Imagen 23). Es una “casa propia” que, al ser abierta y funcional, permite que las personas se muevan libremente sin pedir permiso, al menos no en la planta baja, aunque, como señala ella, le demanda “más laburo”.

Imagen 23. *Deck* de la casa.



Nota. Fotografía de Gloria.

Los grandes ventanales de doble vidrio y dos metros de alto conforman un paisaje de luz natural. Parte de esa estructura edilicia, de esas decisiones estéticas se alternan con bienes y artefactos que ponen materia al disfrute y al placer, valores que

cobran protagonismo en las prácticas cotidianas. Hay espacios ocupados por objetos, como ser la sala con juguetes, pelotas, cajas de juegos de la consola de videojuegos *Wii*, revistas, fibras *Crayola*, etc.; mientras que otros están completamente vacíos (como la mesa y sus alrededores). En el amplio ambiente central de la planta baja se despliega una robusta mesa de madera con lugar para hasta 12 personas; esta mesa se utiliza para que los chicos hagan las tareas, para la cena, para los eventos familiares e invitaciones a amigos en invierno cuando, por el frío, no se puede usar la parte de afuera—. Luego, entrando a la derecha, encontramos un futón, la mesa ratona, la televisión frente al futón y la computadora en un extremo. Estos muebles demarcan el *living*. Hay una *PlayStation*, una *Wii* y un equipo de sonido que acompañan la televisión de pantalla plana —de más de 50 pulgadas—, un objeto de disputa entre los hijos. Tienen televisión por cable y *Netflix*. Gloria me contó que, muy de vez en cuando, mira series de *Netflix*. Ariel también mira tutoriales por internet, donde también aprovecha para leer sobre diversas aplicaciones y plataformas.

Ariel habla con Nicanor sobre fútbol —miran los partidos del Club Atlético River Plate— o se dedica a arreglar o a hacer algo para la casa. En el *living*, un lugar distendido, muchas veces se sientan los invitados. El orden, a diferencia de lo visto en el capítulo III con Luisa y la utilización de audiolibros, no es el criterio fundamental que organiza el “estar ahí” aunque sí lo son la comodidad y el disfrute. Gloria me indicaba dónde está cada cosa, describía el espacio y los utensilios y me daba su aval para que fuera a buscar lo que necesitara. De alguna manera, cada invitado/a auspiciaba un poco anfitrión/na; la idea era que todo estuviese tanto dispuesto como disponible. En el *living* convive la persona que se invita con aquellos bienes que adquiere la familia en materia de tecnología. El uso del *living* se vincula de manera casi exclusiva a las actividades de ocio. El futón, la mesa ratona, la tv, los videojuegos y la computadora a un costado, son el marco recurrente para tal fin. Este espacio suele albergar a la familia, más que nada, luego del mediodía —horario en que los hijos de Gloria y Ariel regresan de su escolaridad— y, también, en las tardes-noches cuando vuelve Ariel del trabajo. Esta casa era dinámica y tenía ritmo, lo cual, de alguna manera, se distanciaba de aquella morada “apagada” y con uso intermitente que presenté con la casa de Rosa (ver *supra* Capítulo II).

2. Habitar: espacializar la gestión cotidiana

Uno de los días en su casa, Gloria me indicó que tenía un cuadro artístico frente a la mesa del comedor, que no contaba –al menos en sus términos– un sentido estético, sino más bien práctico: tapar el agujero del aire acondicionado. Me comentó que su hermana lo estaba por regalar y que ella le dijo que le podía servir. Su elección no se basaba en una cuestión de gusto por el arte o estética, sino que se anclaba en dos ejes: la funcionalidad y la practicidad.

Al mismo tiempo, Gloria y Ariel coincidían en que recibir amigos era parte del disfrute de la casa. Preveían, incluso en sus compras mensuales, el aprovisionamiento venidero, donde apuntaban un conjunto de bebidas, *snacks* y carne, entre otras cosas que les aseguraran recibir “bien” a los invitados/as. A decir, en la utilización de su dinero, encontraban un modo planificado de pensar en el futuro, organizado y gestionado desde el presente. Disfrutar la casa se presentaba entonces como un modo específico bajo el cual habitar exhibiendo y compartiendo su casa junto a otros/as.

Si la barra –desayunador– que conformaba la cocina parecía un accesorio, esto no era así en la práctica (véase en Imagen 22). En el tiempo *ordinario* (lunes a viernes al mediodía, algunas noches), la barra de la cocina era la mesa principal, es decir que había un uso que yo advertía como normalizado: mayormente lo usaban los chicos y Ariel; o los chicos y Gloria. Sin embargo, en el tiempo *extraordinario* (cumpleaños, Día de la Madre/Padre, celebraciones), la familia se trasladaba a la mesa maciza ubicada en el *living*-comedor. La parte baja de la casa era un gran y único ambiente que se conectaba con la cocina, como un *continuum* organizado principalmente con base a objetos que marcaban la división entre un ambiente y otro: el futón, la zona del *living*, la barra con la mesada separaba la cocina y la mesa grande lo hacía en el interior el comedor. Esta planta baja nucleaba el movimiento cotidiano no solo de la familia sino del tránsito de invitados y también de quienes realizaban algún servicio. Como me señalara Nicanor, a él le gustaba mucho “estar abajo” porque allí podía “ir y venir”, salir al patio, buscar algo rico para comer, también porque podía ver la televisión. En sus términos, el ocio y la diversión estaban asociados con hacer de su casa una espacialidad aprovechable.

Ariel se ocupa del patio y del parque mientras que Gloria del arriba y del abajo cerrado. Gloria gestiona la intimidad y los vínculos socio-afectivos. La naturaleza domesticada de su parque y el *deck* eran tareas, sobre todo, de los fines de semana para Ariel. El carácter semipúblico de los espacios gestionados por él, marcaban que pudiera estar más tiempo con las personas que eran invitadas y, como él lo destaca, “relajar”. Mientras tanto, como pude ver durante varios eventos, los arreglos de comensalía: tener comida, disponer de un ambiente con suficientes lugares, que el baño de planta baja estuviera limpio y procurar que la casa estuviera organizada, eran quehaceres llevados adelante por Gloria con ayuda de Mona. La casa en movimiento se presentaba entonces como una forma en que el género resultaba una variable significativa mediante la cual transmitir saberes a la vez que obligaciones.

En esta vivienda, la división clara era entre el adentro y el afuera –con la calle–, reforzado por el portón y la fachada así como por las cámaras de control. En el interior no encontramos divisiones claras impresas en la arquitectura, más bien esas divisiones se apoyan en los objetos allí posicionados: mesa, futón, dispositivos electrónicos de entretenimiento. No hay división entre un *living* y un comedor, aunque sí lo hay entre la iluminación y oscuridad, por eso la familia trató de que el diseño arquitectónico dejara pasar la luz. Tanto desde la planta baja como desde la planta alta, por la claraboya del techo se puede ver el cielo que irradia la casa y sus espacios. La luminosidad y el paso de la luz es valorado positivamente por los dueños, quienes consideran que su casa los muestra, como me dijo Gloria algunas veces, “tal cual somos”. Por esta planta, el diseño se continúa en concordancia con la planta baja en cuanto a colores (blancos y grises, en los espacios de transición) y terminaciones.

El cuarto de Ariel y Gloria tenía muebles de madera, cama tipo *sommier* y un baño *en suite*, espacio en el que los colores claros de las paredes contrastaban con la cama. En la parte alta había divisiones, paredes y puertas. El tránsito era menor, no subían invitados/as, solo algunos/as familiares. Era el lugar de la intimidad y del descanso. Había menor cantidad de aparatos tecnológicos: solo una televisión, el lavarropas del lavadero, consolas de video y celulares cargándose sobre las mesitas de luz al costado de su cama de dos plazas. En el cuarto de Lola, predominaba el color lila; en el de los chicos, el azul y verde. En ambas habitaciones se disponían muchos

juguetes y osos de peluche. En el de servicio, Gloria lavaba la ropa; a veces con ayuda de Lola. La parte alta tenía dos momentos de activación en el día: las mañanas y las noches. Este espacio auspiciaba como retiro. A medida que pasaba el día iba siendo mayor el tiempo que se estaba en ella. En la tarde-noche, Gloria y Ariel les indicaban a los más grandes, Nicanor y Lola, que era momento de bañarse, mientras que Santiago era acompañado por alguno de los dos. El espacio estaba de alguna manera determinado estructuralmente y eso lo vemos con el movimiento de las puertas, que abren y cierran momentos, conversaciones y relatos. La escalera es la intermediaria entre el arriba y el abajo, configurando una suerte de cosmogonía de la casa.

Si bien Gloria y Ariel no seguían un código estético preestablecido en su habitar, las prácticas y artefactos era articulados en un tipo de experiencia de apropiación que se daba en una vivienda, que presentaba materiales y terminaciones de construcciones modernas y abiertas. En sus términos, la practicidad era uno de los valores privilegiados bajo los cuales esta familia vivía su casa. A contrapelo de aquellas experiencias rastreadas en otros trabajos (Arizaga, 2017), en su casa la autenticidad tenía más que ver con un registro vincular y de cuidado que con uno estrictamente material.

Recuerdo la primera vez que ingresé a esa cocina, me impresionó y me pareció de revista, a lo cual Gloria me dijo que era por el *Silestone* y por el acero *Johnson*. Entonces, yo no entendía mucho de cocinas. Aparentemente ambas eran marcas y materiales que ella consideraba que eran conocidos por todos. *Johnson* era una empresa que antiguamente se dedicada a producir cocinas para grandes comedores industriales, restaurantes, es decir, espacios con una producción intensiva y con manejo de grandes volúmenes de alimentos. Desde hace algunas décadas estos fabricantes comenzaron a orientar parte de su producción al ámbito doméstico. Tal movimiento involucró que estandarizaran modelos de encimeras y sus lugares para empotrarlos para, luego, trasladarse a la producción doméstica y a la vivienda. Según la *web* institucional de esta marca¹⁴⁸, es una empresa dedicada específicamente al acero y luego se expandió al amueblamiento con “soluciones para mejorar el confort y la calidad del hábitat”.

¹⁴⁸ En el sitio de *Johnson* puede consultarse información y detalles al respecto: <http://www.johnsonacero.com/>.

Calidad y confort emergían como significantes de una “buena cocina”. A decir, para Gloria, esa marca sintetizaba, entre muchas cosas, el “buen cocinar”: limpio, ordenado y con todo “a mano”.

En este paisaje, la cocina no solo albergaba momentos destinados a la preparación de alimentos y gestiones de comensalía sino que también era un espacio para la conversación, donde Santiago a veces hacía la tarea y donde le hacían el “aguante” a su mamá. En la mesada donde estaban los quemadores a gas seguía una mesada-desayunador. Este ambiente también incluía un lavavajilla, horno, microondas y una heladera de doble hoja empotrada. Tanto la isla como las mesadas que bordeaban tenían encimeras de *Silestone*. En diagonal frente a la isla estaba ubicada sobre la encimera una máquina de café expreso *Nespresso* con algunas capsulas exhibidas al costado. En la misma mesada, luego de la bacha, había una pecera con una tortuga (“Tortu”), un monitor por el que se regulaban las cámaras de la casa y un teléfono inalámbrico.

Dentro de este espacio, la máquina de *Nespresso* (nombre que combina una marca, *Nescafé* y un tipo de café: expreso) llamó mi atención, menos por su exclusividad¹⁴⁹ y más por la regularidad con la que la veía en distintas casas de sus amigos/as de la localidad. Parecía que un tipo de *gourmetización* –o estilización– de la vida cotidiana tenía lugar aquí, aunque a Gloria no le gustara el café. La posibilidad de acceder a un café de la calidad de un bar o restaurante y con cierto sello “italiano” también parecía ser sugestiva de una elección que se dirigía más a los/as posibles comensales que a ella y a Ariel. El uso de monodosis le posibilitaba hacer la cantidad justa y asegurarse de proveer un café de calidad. Gloria me dijo que Ariel insistió en la compra de esa máquina, le parecía que era linda y que potencialmente la podrían usar cada vez que invitaran a alguien o cuando recibieran al papá de Gloria.

¹⁴⁹ Aunque sus valores iniciales superan los \$1.000 por artefacto (equivalente a US\$ 89,84 dólar ahorro en agosto 2015).

Respecto al café en general y al *boom* de la máquina de *Nespresso*, este tipo de comercialización –en monodosis y con distintos sabores– remite a formas más amplias de la producción y consumo que encuentran en la singularización y las dosis unitarias como reflejo de un estilo particular de comercialización y consumo. Sobre esto, quienes conforman el rubro del café, destacan en esta innovación un tipo de “sofisticación” del gusto (Infonegocios, 2013). La casa también presentaba otras estéticas y consumos posibles entre los que se colaban sentidos morales. Constituyendo esta última en una suerte de escenario, en donde se daban a conocer objetos y adquisiciones¹⁵⁰ de un mundo social deseado. Estos agentes también comenzaban a delinear el paisaje doméstico incorporando nuevas tecnologías, ahora asequibles para un grupo¹⁵¹. Organizar eso en cada compra era fundamental para asegurar la posibilidad de llevar delante de manera “correcta” la comensalía. En este caso, lo correcto se delineaba con base al acceso de alimentos y recursos donde la previsión era la regla.

En los múltiples recorridos y acontecimientos observé cómo aparecían variados agentes que sigilosamente codificaban y organizaban la casa: *Silestone*, *Johnson*, *Nespresso* y un cúmulo de revistas de diseño que yacían en el *living*. Diseños que se adaptaban localmente, con un futón que habían traído del PH y un cuadro artístico cuya función era tapar el agujero del aire acondicionado que habían desinstalado. En la casa de Ariel y Gloria se avizoraba un mapa polivalente de actores e interpretaciones respecto al espacio y a los objetos.

¹⁵⁰ Sobre la relación entre artefactos y confort véase Miller (2001, 2008).

¹⁵¹ El interés por la cultura y el consumo de esta ha sido de larga data, tanto para la sociología como para la antropología. Por un lado, desde los estudios de los “consumos culturales”, en el espectro latinoamericano, García Canclini elaboró una agenda de investigación interesada tanto por la *producción* y el *uso cultural* como por los *productos culturales*. En el ámbito nacional, los aportes de Wortman (2001, 2003), con sus trabajos centrados en los estilos de vida de la clase urbana en la Ciudad de Buenos Aires, llaman la atención sobre los mecanismos de diferenciación presentes tanto en los espacios públicos como en aquellos que, mediante el consumo de productos culturales, se manifiestan en el espacio privado/íntimo. Por otro lado, aquellos que abordan la “cultura material” como una búsqueda por superar la distinción entre lo material y simbólico, para trabajar dimensiones que se relacionan y evitar la asociación de conceptos *a priori*.

3. Anfitriónar: entre la exhibición y la crianza

Ariel y Gloria tenían una ajetreada agenda social. Tal agitación respondía a una numerosa cantidad de eventos por, principalmente, sus lazos de amistad y de parentesco. Gloria era una de las principales articuladoras tanto de la agenda como para planificar que todo estuviera “bien” y organizado. Ella dejaba que algunos/as invitados/as le “dieran una mano” o que la ayudaran con algún detalle. Todo tenía un tiempo y un lugar establecido conforme a la comida que se iba a preparar y su tipo de cocción (parrilla, horno, etc.) y a qué tipo de vajilla se necesitaba. En cierta medida, me decía Gloria, que para ella “invitar” significaba exhibir un conjunto de bienes y su propia capacidad de tener todo en su lugar. Una presión que Ariel no sentía dado que esta exigencia era gestionada por Gloria.

Durante mis observaciones junto a esta familia pude ver cómo los amigos de su hija Mona y su hijo Santiago concurrían a la casa con una frecuencia de, al menos, una vez por semana. Mientras que los amigos de su hijo mayor Nicanor, quien por sus entrenamientos de fútbol durante la semana vivía en la ciudad de City Bell –en La Plata–, concurrían los fines de semana. Aunque sea una vez por semana, Ariel y Gloria invitaban a familias amigas a su casa: sea para comer algo a la parrilla –carne o pizzas– (tienen dos parrillas: una empotrada a un costado del *deck*, con ladrillos refractarios, y otra parrilla de metal a gas, con tapa) o bien para compartir una picada. En invierno, las invitaciones solían tener como lugar principal el *living*-comedor, mientras que durante el verano suelen ser en el *deck* y en el parque, aunque a veces en invierno la otra opción que acostumbran es llevarse unas mantas al costado de la parrilla para seguir disfrutando del aire libre. Estos movimientos involucraban recursos económicos y humanos para poder invitar a las personas: principalmente, acarreados por Gloria.

Si bien Gloria y Ariel disfrutaban de invitar a gente a su casa, compartir momentos y diversos acontecimientos que les eran significativos, necesitaba de una meticulosa planificación y un aceitado engranaje de agendas. La carga mental que implicaba tales gestiones no era percibida como tal ni por Gloria ni por otras mujeres amigas de la familia. Conciliar tiempos y espacios no era tarea fácil. La empresa doméstica de la casa familiar era una tarea demandante de organización y elección de

aquello conveniente, de acuerdo con cada persona que recibían sea durante la semana o en el fin de semana. De manera intermitente, en la casa de Gloria habían trabajado diversas empleadas domésticas. Gloria me dijo que sus empleadas solo podían ir cuando ella estaba en casa y cuando sus hijos e hija estaban en la escuela y Ariel trabajando. Gloria señaló que ella normalmente se ponía a trabajar “a la par”. Esto último lo pude ver varias mañanas que estuve en su casa en donde Gloria insistía sobre un tipo de *pedagogización* que les transmitía mientras limpiaban un mueble o “pasaban” el trapo para limpiar el piso. Al respecto Canevaro (2009), destaca cómo se producen tensiones entre empleadas y empleadoras respecto de las “maneras de hacer”, en donde las últimas suelen mostrar cómo debe ser realizada la práctica de limpieza para que se acerquen a sus expectativas. Así, al mismo tiempo, se ponen ellas mismas en valor y, se manifiestan, como depositarias de un conocimiento “adecuado” sobre el mantenimiento de la casa. Las empleadas solían ser referenciadas por alguna familiar o por sus amigas de la infancia o de *hockey*, quienes resultaban ser las que “le aseguraban” que esa persona no solo era “confiable” sino que en sus términos “hacía bien su trabajo”.

Gloria se quejaba que las empleadas solían ser irregulares con su asistencia laboral y que a menudo no le respondían el teléfono y que eso le hacía pensar que “no querían trabajar”. Si ella les escribía tenían que contestarle. Cuando iban, ella aprovechaba para explicarles cómo limpiar algunos recovecos y mientras se ponía a limpiar otros espacios, así “optimizaba” su ida. Cuando le pregunté si conocía algo más sobre la vida privada de sus empleadas (en dónde vivían o cuántos medios de transporte se tenían que tomar para llegar hasta su casa) me dijo que tanto detalle de ellas no sabía. Ella insistía que “era (su) trabajo”, por lo cual no producía lazo afectivo alguno, ni cercanía. Les pagaba por cantidad de horas trabajadas y por día, y en efectivo¹⁵².

La planta baja marcaba el movimiento y la dinámica cotidiana: platos sobre la mesada, ropa sobre el futón y el sonido de la pecera de la tortuga marcaban signos vitales de la presencia familiar. En uno de los extremos del *living*, solían haber pilas de revistas de decoración como *Living*, también vi revistas *LN* (revista del domingo del

¹⁵² Respecto a este punto, diversos estudios sociales han puesto el foco en el modo en que se construyen relaciones sociolaborales, de poder y afectividad en la esfera doméstica entre empleadas y empleadoras (véase Canevaro, 2014 y 2020).

diario *La Nación*) y *Brando* (revista con estilo *hipster* de *La Nación*). Estas revistas daban “*tips*” e ideas sobre cómo decorar las casas además de acercar información sobre centros que comercializaban tales productos, esto suponía aprendizajes en el exhibir y mostrar; al mismo tiempo que presentaban ofertas habitacionales disponibles y sus diseños. Bajo estos anuncios pronunciaban variados modelos estéticos de vivienda (casas: americanas, minimalistas, estilo rústico, tipo *cottage*, tipo casco de estancia, entre otras) y, entiendo, que se establecían como una suerte de garantes estilísticos de “lo apropiado”. Esto implica gestionar modos de invitar a otros a la vez que exhibir y mostrar la casa. Esto resonaba en mis observaciones. En parte, estos actores ayudaban a trazar un tipo de “curaduría” para esta casa.

Con el correr de los meses, le pregunté a Gloria sobre las revistas. Me contó que Ariel estaba suscripto principalmente para tener las tarjetas de descuento. En este caso, así tenían la tarjeta *La Nación* y la de *365 (Clarín)*. Para la suscripción, en *La Nación* eligió las revistas *Living*, *Brando* y el diario del domingo. Al tiempo, me cuenta que la estaban por dar de baja a la *365* y se iban a quedar con *LN*. No me resultó raro, en definitiva, notaba que muchas de las formas y decisiones decorativas de la casa eran un gran reflejo de algo que creía conocer, pero no sabía de dónde, y ahora encontraba alguna referencia. Estos actores (como las editoriales de revistas de diseño de interiores o las grandes inmobiliarias¹⁵³ o estudios de arquitectura) se mostraban relevantes en las decisiones respecto a la estética y el gusto. Asimismo, estas revistas señalaban lugares y eventos en donde consultar diseños e “inspirarse” con ideas. De igual manera, llamaban la atención sobre cómo mejorar la experiencia de “ser buen anfitrión”.

¹⁵³ Muchas de las inmobiliarias en diversas localidades del conurbano se identifican con apellidos familiares que suelen tener una profunda presencia en actividades locales y municipales, estableciéndose como agentes de referencia para los vecinos. Muchas de ellas tienen como isologotipo un apellido de familia, algunas ponen debajo algún lema que vincula el apellido a la tradición en el mercado inmobiliario –signado por la cantidad de años– y la continuidad de la tradición, ergo del mismo servicio. De modo que el apellido viene a presentar una continuidad y garantía en las operaciones inmobiliarias. Otras tienen lemas vinculados a la propiedad y a la calidad de vida que una inmobiliaria puede proveer al acercarle a las personas oportunidades de inmuebles. Mientras algunas focalizan en su imagen, otras buscan llamar la atención de los clientes apelando a que los usuarios puedan proyectarse en la vivienda. Algunas de ellas son: “La seguridad de un apellido con trayectoria”, “Mi trabajo, mejorar su calidad de vida”, “Vos elegís dónde vivir”, “Tu hogar. Nuestra misión”, “Desde 1981 priorizando los intereses de nuestros clientes”.

Las lecturas de las revistas por parte de Gloria y Ariel hablaban de *otros* intermediarios en la *expertise* respecto de ciertos temas pues, por momentos, parecían emerger nuevos garantes del “buen vivir”, de la familia “ideal”, de la maternidad y de las formas para tener un hogar “apropiado”. Las publicaciones se presentaban como “mediadores” de la *visión del mundo* de los actores y se tornaban discursos disponibles en sus trayectorias familiares y profesionales. Para Gloria, por ejemplo, resultaban claves algunas de las estrategias proporcionadas por las revistas para desarrollar su emprendimiento laboral ya que le permitían implementar diferentes tácticas (de Certeau, 1996) e incorporar nuevas ideas que hacían posible pensar su rol como “emprendedora”, sin “descuidar” su agenda familiar ni los múltiples roles por los que se encontraba atravesada, es decir, aquellos de madre, esposa, hija, amiga, etcétera. Justamente, para Gloria la organización era “todo en la vida familiar”: horarios laborales, horarios escolares, actividades extraescolares, festejos familiares, cumpleaños o vida social, solo por mencionar algunos de los tantos marcadores temporales gestionados fundamentalmente por ella.

3.1. “Hacer un chino”: tiempos (re)productivos en clave nativa¹⁵⁴

Cada vez que Gloria tenía que compatibilizar agendas de sus hijos, viajes de una punta del municipio hacia la otra, horarios médicos, cumpleaños y demás quehaceres, decía la misma frase: “hacer un chino”. La primera vez que lo escuché me impactó, no solo porque me resultaba ajena la alusión sino porque no la entendía. Para ella, esta frase condensaba “lo complejo”: conciliar horarios, vínculos y distancias para poder gestionar las crianzas exitosamente. Cuando le pregunté de dónde había sacado esa frase, me dijo que no sabía, pero que “el chino es un idioma muy difícil y hacer un chino es como eso, tener que hacer algo complicado o que parece imposible” (entrevista no directiva a Gloria, abril de 2017). Según Gloria, esto no se reducía a compatibilizar tareas productivas y reproductivas, el “adentro” y el “afuera” del trabajo – espacios/tiempos que no son completamente excluyentes ni están totalmente definidos–, sino también gestionar su propia subjetividad. Esa expresión de Gloria no solo

¹⁵⁴ Algunos pasajes descriptivos de mi etnografía aquí presentados –retrabajados y modificados– fueron analizados en un trabajo anterior de co-autoría (Blanco Esmoris y Verdenelli, 2017, no publicado).

implicaba una definición de la forma concreta en la administraba su tiempo y el de los otros, sino que apuntaba al esfuerzo personal que le demandaban todas estas tareas, algunas de las cuales había organizado junto con Ariel y otras, simplemente las había asumido. La separación tajante entre “mundo del trabajo” y “mundo de la familia” no era parte del mundo vital y práctico de Gloria, en donde el “*multitasking*” y el modelo de “mujer orquesta” se volvía menos un discurso y más una forma práctica de vincularse con la crianza y el trabajo remunerado.

Su trabajo cotidiano como curadora material de la familia implicaba no descuidar las pautas de aprovisionamiento y la planificación de la agenda familiar. Para poder llevar adelante esta empresa de manera “exitosa”, era vital hacer una sinergia con otras madres y sus “casas” para desplegar arreglos de cuidados más eficientes y menos desgastantes. Al mismo tiempo, “estos enroques” auspiciaban como bisagra para crear espacios de “cuidado para sí” como tácticas colectivas que congregaban a amigos y conocidos de las familias –mayormente vinculados con la escolaridad de sus hijos–. Esto les posibilitaba circular en Haedo y sus inmediaciones. Gloria me indicó varias veces cómo hacían esto, incluso la acompañé en diversas oportunidades: “Bueno, nos arreglamos con las madres y hacemos un *pool*... para que no vayamos todas y así nos rotamos y, bueno, yo voy y espero a que salgan todos mis hijos y los de las otras madres, nos damos una mano”. Para ella era vital que sean otras madres porque ellas tenían hijos/as que compartían gran parte de sus rutinas. De alguna manera, se producía un entretejido de cuidado entre familias, a cargo de las “mamis”, que se emplazaba en casas rotatorias y, a veces, en plazas de la misma localidad. Más allá y más acá de esta casa, había otras casas, que ahora encontraban –en la estrategia colectiva– un modo de producción de crianza compartida.

Para Ariel también esto era mejor, así Gloria no se sobrecargaba. Gloria insistía en lo beneficioso de estos modos interfamiliares que incluso tenían a la esfera pública como un escenario predilecto: “Además, después capaz ya mis hijos se quedan en su casa [de familias amigas] o van a alguna otra actividad, o a la plaza y, bueno, aire libre, dejar las casas [...] ya conocen la dinámica del cole, y todos se ponen con la tarea y me quedo tranquila que después no tengo que lidiar con lo que no hicieron” (entrevista no directiva a Gloria, abril de 2017). Estos arreglos permitían conciliar sus lazos de

cercanía y confianza más allá de los límites del hogar y asegurar el cuidado allí donde el parentesco no llega o no cuida como se espera. “El familiar es copado y se lo agradezco, pero hay muchas cosas que tienen que hacer los pibes hoy, tienen sus agendas y otra mamá capaz entiende”, me señaló. Estos arreglos posibilitan que ella y sus amigas delegaran tareas apoyándose mutuamente en diversas espacialidades: sea en la casa, sea en la plaza. Así, podían dedicarse al autocuidado o a trabajar (en muchos casos, en modalidad de teletrabajo o continuar con algún emprendimiento). No hay que perder de vista que su posición socioeconómica contribuye a que puedan desplegarse y sostenerse tales acciones y, asimismo, se vuelve un respaldo importante de tales arreglos de cuidados más allá de los confines de la casa.

3.2. Celebrar a Gloria: “Día de la madre” y confusión

En Argentina, anualmente el tercer domingo de octubre se celebra el “Día de la Madre”. Tal celebración se señala que tiene su origen en la mitología griega, como tributo a la diosa griega Rea, madre de Démeter (diosa de la agricultura), Hades (dios del inframundo), Hera (reina de los dioses), Zeus (padre de los dioses), Hestia (diosa del hogar) y Poseidón (dios de los mares). De acuerdo con el país, varía la fecha de celebración y las características del evento¹⁵⁵. En mi etnografía, tuve la oportunidad de asistir a este festejo de este acontecimiento en la casa de Gloria.

En 2016, mientras estaba en mi casa familiar, miré el celular y en el grupo de *WhatsApp* de *hockey*, Gloria envió una foto de ella y su cuñada e invitó a quienes quisiéramos del grupo a que fuéramos a su casa. Eran las 4 de la tarde, de alguna manera, la mayoría ya habíamos terminado de comer en nuestras casas y podíamos sumarnos a algunos festejos. No pasaron ni dos minutos que contesté: “Ok, estoy en camino”; tenía que hacer campo. Mi papá me acercó a Haedo, pregunté qué podía llevar y Gloria me dijo –a modo de chiste– “unas cervezas”. Cuando llegué, me abrió la cuñada de Gloria. Al ingresar, la veo y nos damos un fuerte abrazo y le digo: “Feliz día” y también paso a darle las cervezas. Me dice que no hacía falta que llevara nada porque

¹⁵⁵ Marta Acevedo (2012 [1982]) ha trabajado desde una perspectiva histórica sobre los orígenes de la celebración del Día de la Madre en México (cada 10 de mayo) y la articulación entre Estado-Nación e Iglesia en tal celebración.

no solo festejaban el “Día de la Madre”, sino también que su sobrino (hijo de su hermana) Miguel cumplía dos años. Por eso había decoración de “los Minions”.

Le pregunté cuál había sido el menú y me dijo que hicieron asadito con unos sándwiches de lomo y de cerdo. Fui avanzando y saludando a todas las personas; apenas entré, noté que la casa estaba colmada de bienes y objetos sobre la mesada y las mesas. Había un gran desorden: juguetes tirados, las personas dispersas por diversos lugares de la casa y el espacio del *deck*. La mamá de Gloria tenía un delantal y lavaba los platos, Ariel estaba con su celular en el medio de la mesa solo –Gloria me dijo que estaba hablando por *Skype* con su hermano que vive en España–, el padre de Gloria dormía en el futón frente a la tele y en el sillón individual del costado estaba el marido de su hermana. Había chicos/as presentes –iban entre los dos y los 15 años–, en total, éramos unas 20 personas.

La hermana de Ariel miraba la revista *Gente* sentada en la gran mesa del *living*. Mientras los chicos subían y bajaban las escaleras en busca de juguetes o jugando a las escondidas, el cumpleaños, Miguel, estaba solo en el parque jugando con unas llaves, Nicanor estaba en el *living* en la computadora de escritorio mirando videos de River Plate en *YouTube*. Gloria me dijo que agarre unos vasos y fuera para el exterior a los sillones. Hice eso, saqué dos vasos listos fríos que Gloria siempre deja enfriándose en la heladera. En el *deck*, Gloria tiene un abridor artesanal empotrado en una viga de madera; yo no pude abrir la cerveza con eso, Gloria me ayudó. Estuve un rato jugando con Miguel. Esa tarde, del grupo de *hockey* solo fui yo. Ese día también estaba la pareja del papá de Gloria. Cuando estaba a sola con Gloria hacía caras y revoleaba sus ojos. La mamá de Gloria estaba lavando unos platos y la pareja de su papá estaba en el *living* con su celular, esa escena parecía molestarle mucho, luego me reveló porqué.

Tras soplar la velita y comer un poco de torta, algunos familiares se fueron yendo: la mamá de Ariel, la hermana de Ariel y el papá de Gloria con su pareja. Apenas salieron nos sentamos en el *deck* con una cerveza. Gloria señaló que “no se la bancaba” y que no podía creer cómo su vieja “estaba lavando y ordenando” mientras ella disfrutaba. Según ella, esto no debía ser así. Siguió hablando acerca de que, mínimo, debiera tener una disposición de “ayudar” a hacer las cosas: lavar, poner o sacar la

mesa, cortar y acomodar lo dulce. Gloria dijo: “Una cosa es ser una invitada ocasional, pero ya está con mi viejo hace años, hace décadas. No sos para siempre una invitada..., no sé..., como que en algún momento ya proponés hacer cosas en donde te invitan seguido...”. Ahí interviene la hermana de Gloria, Fanny: “Bueno, ¿qué querés, Glo?, ella siente que todavía sigue siendo una invitada. No sé, me parece que no pretender todo eso. No es que es mi mejor amiga, pero qué sé yo...”. Estuvimos unos minutos hablando de la vida, de *hockey*, cuando se acercó la mamá de Gloria avisando que iba a hacer un té y nos consultó si queríamos sumarnos, le dijimos que estábamos con la cerveza y le agradecimos, entonces entró y se puso a hablar con Miguel y Santiago.

Le pregunté a Gloria si le habían regalado algo, me dijo que sí: unas zapatillas de la marca *DC* (en color blanco con detalles en verde) y un mono “hippie” y ella me preguntó si le había regalado algo a mi vieja, primero le dije que nada y después me acordé de que le regalamos una chalina, le dije “era simbólico”. Se rió. Me dijo que ella no quería nada, pero que mal no le venían las zapatillas, que lo importante era estar en familia. Terminó de decir esto y me preguntó: “¿Qué hacés vos acá?”. Y yo le dije: “Donde estés, estaré” y me reí y le dije que ya se había terminado el festejo y que “me parecía piola el plan de estar acá con ella tomando algo... compartiendo”. Ella rápidamente me dijo que buenísimo, solo que pensó que iba a quedarme con mi mamá y dijo: “Yo los mato a mis hijos si se van”.

Ese “Día de la Madre” me permitió seguir conociendo sobre las relaciones familiares y los modos de invitar de Gloria a la vez que fue condición de posibilidad para hablar con ella de otros temas como de su familia, de las tareas que se hacen en la casa, de su mamá y de los objetos que tiene. Al mismo tiempo, me hizo notar algo: si bien la invitación fue hecha en un grupo general de *hockey*, las invitaciones, de alguna manera, eran particulares; no iba a ir cualquiera, sino gente más amiga de ella, pero ella lo quiso hacer abierto para no quedar como una “sectaria”. Al mismo tiempo, marcó que para ella había diversos tipos de “invitados”. En parte, en el fragmento de campo, una de las cosas que expresa es esa: la invitación ocasional, la invitación recurrente y la invitación a familiares. Tales invitaciones vienen con supuestos y con ideas vinculadas tanto a la circulación en la casa como con relación al conjunto de actividades y tareas que se espera sean llevadas adelante por quienes se invitan: lavar, acomodar, poner o

sacar la mesa, entre otras. El nivel de predisposición que debe o no tener un “invitado” es, de alguna manera, significativo para Gloria.

En esta escena, Ariel hablaba con sus hermanos y su papá descansaba en el sofá. La mamá de Gloria también era protagonista. En este ambiente de concepto abierto, todo era visible y me llamaba la atención la cantidad de cosas que podían suceder en un mismo espacio, tal vez porque no las veía, tal vez porque en las otras casas había paredes y no podía mirar la totalidad. Invitar y celebrar también configuraba el modo de habitar y de organizar el espacio doméstico.

La apertura como parte del diseño arquitectónico permitía que lo que se hiciese no solo fuera visto, sino que fuera clasificado de acuerdo con diversos criterios morales, en este caso, fuertemente precisados por Gloria. Gloria no era de mostrarme sus “nuevas adquisiciones”, mientras que Ariel sí: la nueva máquina de café, la parrilla a gas, algunos accesorios para el celular, el equipo de audio, la moto *Vespa* (modelo de motocicleta italiana tipo *Scooter*). Si bien eran de comentar sus agendas o si tenían algún cumpleaños o fechas importantes, no así sobre planes vinculados a adquisiciones o a viajes –excepto que estos fueran familiares o visitas de parejas amigas–.

Su casa era compartida con personas cercanas –siguiendo a Gloria, con “gente como uno”– quienes ponderaban de igual manera una educación en “valores” así como horizontes de futuro semejantes, especialmente, con relación a los cuidados y crianzas. Como analizo en el siguiente subtítulo, estas transmisiones y valoraciones presentan una tensión entre “lo material” y lo “experiencial” como paradoja entre una narrativa del despojo y una práctica trazada por nuevos objetos y consumos.

4. Valorizar: promesas, “alegría” y valores

En su muro de la red social *Facebook*, Gloria publicó una imagen con la frase sobre la resiliencia y la alegría en alusión a su hijo Nicanor:

La resiliencia es la capacidad de hacer frente a las adversidades de la vida, transformar el dolor en fuerza motora para superarse y salir fortalecido de ellas. Una persona resiliente comprende que es el arquitecto de su propia alegría. (Registro de campo del muro de *Facebook* de Gloria, 12 de diciembre de 2018)

La resiliencia, en sus términos, vendría a referir a la “fuerza”, la superación y a una manera exitosa de atravesar momentos negativos¹⁵⁶. Minutos después, una decena de *likes* y comentarios aparecieron debajo del *post* –publicación, en español–. Los comentarios ponderaban no solo a Nicanor o a Gloria, sino también a su marido Ariel; y de ambos, su rol como “guías”. Otros señalaban la “buena crianza por parte de sus papis” o destacaban alguna cualidad de Nicanor, que “es muy perseverante y respetuoso”, o sostenían su “esfuerzo” y “trabajo duro”. Los comentarios actualizaban diversos valores compartidos vinculados no solo a Nicanor, sino también a Gloria y a su marido Ariel, a los que nos referimos en el apartado anterior.

Ese no fue un *post* más. Gloria no suele subir *post* largos, frases extensas ni promesas y/o deseos sobre el futuro. Más bien sus *posteos* son fotografías familiares en algún acontecimiento (como cumpleaños o vacaciones en la playa). Este era otro tipo de *post* en donde ella exponía un sentimiento y, a la vez, una valoración sobre su hijo. El *posteo* fue sobre la actitud resiliente de Nicanor, quien está en las inferiores de un conocido club de fútbol de la Ciudad de La Plata y, año a año, espera la decisión de saber si sigue o no formando parte del club, o sea si sigue o no en el camino para llegar a “ser” futbolista. Siempre diciembre es el momento de la “espera”, a ver si continúa o no en carrera, si continúa o no viviendo en La Plata¹⁵⁷.

¹⁵⁶ “El término resiliencia procede del latín [...], de la palabra *resilio*, que significa volver atrás, volver de un salto, resaltar, rebotar. Los diccionarios [...] entiende por resiliencia la resistencia de un cuerpo a la rotura por un golpe. La fragilidad del cuerpo decrece al aumentar la resistencia. O la capacidad de un material de recobrar su forma original [...]” (Becoña, 2006, p. 125-126). Este concepto mayoritariamente utilizado en la física, la ingeniería civil y en medicina, se ha sabido incorporar al campo psicológico con relación a afrontar exitosamente el “estrés” y “situaciones adversas” (Becoña, 2006).

¹⁵⁷ Como destacué en el capítulo anterior con relación a la experiencia de Luisa vinculada al método KonMari, a menudo, escuchamos en discursos mediáticos, eventos masivos y literatura de autoayuda (Vargas y Viotti, 2013) referirse al destino y a la posibilidad de controlarlo con tan solo quererlo o deseárselo. Para esto último, con regularidad, se suele apelar a la idea de “emprendedor”. Esta noción usualmente viene acompañada por otro conjunto de atributos vinculados a la fortaleza, superación, el éxito y el bienestar. En particular, llama la atención cómo, en ámbitos no seculares, como este y el anterior, Gloria y Ariel como católicos practicantes, palabras propias de “otros mundos y pertenencias”, como ser aquella vinculada con el Espiritualismo de la Nueva Era (Vargas y Viotti, 2013), comienzan a calar hondo en los discursos y prácticas de estas personas. Nuevos conceptos parecieran movilizar viejos significantes, como ser el esfuerzo y el sacrificio, y complementariamente revitalizan otros términos. Tal como mencioné anteriormente, hay una búsqueda permanente por establecer *un orden moral diferencial* (Dias Duarte, 2008) en torno a narrativas comunes pasadas o presentes, las cuales tienen asiento en novedosos conceptos que se ponen en escena en situaciones “menos previstas”.

Nicanor vive durante los días de semana en una pensión de la Ciudad de La Plata en las inmediaciones del predio de entrenamiento. Cada fin de semana vuelve a la casa de su familia en Haedo. Mientras está en La Plata, concurre al colegio del club. A veces, los miércoles, vuelve a Haedo a cenar con su familia. Para Gloria, que Nicanor haya elegido esa experiencia fue que lo “desarraiguen de ella y de su casa” e implicó que “creciera de golpe”, marcado por Ariel en acciones como “que se lave la ropa, se haga cargo de sus cosas, se cocine, limpie...”. La elección implicó nuevas experiencias, renunciadas y distancias a una temprana edad.

En su *posteo*, esa práctica resiliente se articula con otras: “el dolor como fuerza”, la superación y la fortaleza y el ser arquitecto de su vida. Estas precisiones sitúan a las personas a la vez que las cargan de roles y promesas, pero también aspiraciones. Cuando vi esto en *Facebook*, lo primero que atiné a hacer fue poner un *like*. En parte, porque haciendo el trabajo de campo –más específicamente en 2017– pasé por el momento en que Gloria me contó cómo se había enterado de que su hijo había sido seleccionado para sumarse al equipo del club y que se tenía que ir a vivir a una pensión para sostener el entrenamiento diario.

Estábamos yendo en un viaje familiar y en la fila para hacer el *check-in* lo llamaron a Ariel... yo lo miraba... y le dijeron que había quedado y que se tenía que ir a vivir allá... a La Plata... me la pasé llorando todo el vuelo, ya sabía que Nico ese año no iba a estar en casa. [Conversación no directiva con Gloria, diciembre de 2017]

Parte de su planificación familiar, de sus rutinas y de su sociabilidad cotidiana se vería trastocada por esto. Aparecía otro desafío: compatibilizar la decisión “temprana” de su hijo con las formas de transmitir afecto, “valores” y actitudes hacia él. El *posteo* de Gloria y sus efectos revitalizó algunos discursos orientados y anclados en una experiencia particular del “sacrificio” y del “esfuerzo”; no solo expresados por Gloria, sino también por gran parte de sus seguidores, que ponderaban y potenciaban esta característica, paradójicamente, en los mismos términos. Aún más, extendían la resiliencia de Nicanor a las prácticas de crianza “bien” de su padre y madre.

Ariel está muy “orgullosa” de Nicanor, todos los miércoles es quien lo va a buscar y quien lo lleva a primera hora del jueves a La Plata para que llegue bien al entrenamiento. En un comienzo, fue más reticente a que su hijo “no esté más en casa”,

pero con el tiempo comenzó a valorar positivamente toda la experiencia. Incluso, alude frecuentemente a Nicanor para hablar de todo lo que hace en el club, contar con qué otros jugadores tienen vínculo y todo lo que conlleva este recorrido del fútbol. Como dice Gloria con frecuencia, Ariel “hace un chino” –hace malabares– para llegar a tiempo, implica salir muy temprano y cruzar parte de Buenos Aires para ir de zona norte, en donde trabaja, hasta La Plata y después volver a zona oeste. Eso también implica un gran desembolso económico principalmente de combustible, peajes en la autopista, el mantenimiento durante los sábados todo el día en La Plata porque juega y siempre terminan comiendo algo en City Bell. Hay una inversión en el futuro de Nicanor, dice Gloria: “Me da igual si llega o no a primera, yo quiero que sea feliz”. De alguna manera, el éxito se vinculaba con otras actividades y quehaceres.

La puesta en escena de una narrativa del “esfuerzo”, ahora, felicidad, “resiliencia” y “alegría” mediante, nos permite comprender cómo, a partir del citado y sus efectos, se pone en escena un uso del “relato arquetípico” (Visacovsky, 2009) al que se enlazan diversos valores como “legítimos” y legitimantes de la experiencia. Para Gloria, la “alegría” vinculada al esfuerzo de Nicanor se funde con una idea de “bienestar”, entendido como un estado con una temporalidad más extensa cristalizada en la figura del “arquitecto”, en el trabajo activo de generar un andamiaje de vida que posibilita una realización estable. Respecto de estas emociones esgrimidas, la investigadora Sara Ahmed, en su libro *La promesa de la felicidad*, precisa: “La felicidad implica que nos veamos direccionadas en determinados sentidos, en la medida en que se supone que la felicidad se sigue de determinadas elecciones de la vida y no de otras” (2019, p. 129). En ese sentido, si la felicidad es una forma de orientación afectiva, para esta familia, desempeña un papel decisivo en la educación.

El modo en que Gloria, como realizadora del posteo, –junto a Ariel– valoran la decisión de su hijo y también su “éxito” no puede aislarse de características más amplias en torno al habitar cotidiano de la familia, las formas en que dividen y organizan sus mundos, valoran prácticas y toman decisiones. En particular, las permeabilidades existentes entre sus elecciones, sus pertenencias y los modos de argumentar sus posiciones sociales dejan entrever las continuidades y las palabras ahora o bien cargadas con otros sentidos o bien acompañadas por otros términos. Resiliencia y

alegría se entretienen con prácticas, objetos, decisiones estéticas y valoraciones sobre otros en la trama cotidiana de la casa. Incluso se revitalizan un conjunto de atributos positivos con los que fue caracterizada históricamente la clase media: “trabajo duro” y “constancia”. Tras el *posteo* en el *Facebook*, este deseo de resiliencia comenzó a habitar la casa, ya no era el soporte virtual, no era un término ajeno al dominio de la vida cotidiana, sino que apelaba a la transformación individual cuyo eco podía asirse en el espacio. Cuando Nicanor no está en la casa, su cuarto está vacío, Gloria lo limpia y mantiene al igual que los de sus otros hijos, con la salvedad de que no tiene que tenderla cama a diario, es decir, dedica tiempo como si estuviera.

Cuando Gloria alude a la resiliencia, no habla solo de la transformación, sino de ese “esfuerzo” y también del tiempo y espacio dedicados a sus actividades y cuidados. Transformarse, superarse y salir fortalecido son tres de los momentos que supone la frase elegida por Gloria. “Ser arquitecto” es una alusión a un agente individualizado y descolectivizado con autonomía plena para modificar el curso de acciones. Atender a los modos en que ciertos grupos sociales elaboran los ya mencionados nodos de certeza implica pensar en el abanico de valores “legítimos” para estos grupos disponibles para ser utilizados también como argumento de su posición social. Esto no involucra un cambio de una cosa por otra, sino la convivencia, multiplicación y actualización de repertorios de acción de ciertos grupos. En este sentido, esto no supone una determinación de las clases medias organizada a partir de la idea de resiliencia y felicidad, sino más bien comprender en qué momentos y ante quiénes apelan a este tipo de figuras y discursos, en donde la vivienda resulta ser un lugar fundamental de transmisión de un tipo de cosmogonía.

Para Gloria y Ariel, traspasar a sus hijos aquello que consideran una “educación en valores” es fundamental, de hecho, dicen que es una “inversión”. Eso no implica únicamente la elección de una escuela católica a la que ambos asistieron, sino esa enseñanza que se da “en familia” y que tiene a ambos como los garantes de tal legado. Como vemos la transmisión de valores, actitudes y de ciertas regulaciones en torno a lo que “está bien o mal” suele llevarse adelante en la casa. Numerosas tardes y noches han hablado sobre lo “bien” que le está yendo a alguien, por la materialización de sus éxitos, en una compra, en un acceso o en unas vacaciones, pero también suelen poner en jaque

a personas allegadas que toman decisiones menos acertadas o que, simplemente, evalúan como “malas” o “mal vistas” fundamentalmente con relación a la crianza y los valores.

Esta transmisión de valores y de clasificaciones no es unidireccional y sin intervención activa de sus hijos, pero, sin duda, se torna significativa principalmente para Nicanor y Lola –por sus edades– a la hora de emitir un comentario o hacer algo. Estas inversiones no están únicamente vinculadas a los valores que ellos pueden transmitir, sino que también se continúa con la elección educativa de un colegio tradicional y católico. De forma complementaria, invertir tiempo, dinero y relaciones en variadas actividades extracurriculares que realizan Lola y Santiago vinculadas al deporte se torna una condición necesaria para llevar adelante un tipo un proyecto colectivo. Con todo, la agenda familiar está llena de eventos escolares, deportivos, sociales y religiosos. En parte, su casa también se dispone para ser escenario de sus socializaciones y sociabilidades. En ese sentido, la casa exhibida es parte de un conjunto de eventos y acontecimientos que implican que sus amigos y conocidos circulen por esta espacialidad. Eso no solo supone explicitar a sus hijos la organización del tiempo, sino también el orden, la limpieza y la correcta transmisión del cuidado sobre los bienes y artefactos que allí se disponen.

Tanto para Ariel como para Gloria, es menester transmitir el compromiso, la confianza en otros y lo importante de relacionarse con otras personas, de acuerdo con Gloria, “no son solo palabras”, sino hacer. Parte del “trabajo duro” y el “respeto”, de acuerdo con Ariel, debe corresponderse con las decisiones que una persona toma respecto de “lo que elige, lo que hace..., no se compra..., ostenta”, por eso también el arquitecto refiere tanto al trabajo como a la direccionalidad de ese trabajo en la casa. Gloria es artífice de una arquitectura vincular que se materializa en esa disposición y esfuerzo cotidiano puesto en las sociabilidades y materialidades que conforman el habitar.

En rigor, la *gestión del futuro* manifiesta mediante diversas acciones y decisiones, en el tiempo presente le permitiría la ejecución de prácticas económicas más legítimas en tanto más previsoras (Krause, 2017). En este marco, la familia se tornaba

un canal para gestionar dicha previsión, pues implica “... mecanismos de transferencia generacional de los modos de pensar y vivir” (Sautu, 2016, p. 178). Tal como advierte Sautu en su relectura de Fine (1987), “... en el análisis de la clase media es crucial tener en cuenta el papel de la familia, porque a través de ella y de las relaciones sociales se sedimentan las relaciones de clase, identificaciones, valores e intereses” (Sautu, 2016, p. 166). De alguna manera, Gloria ejercía una suerte de curaduría en materia económica y social así como procuraba asegurar, en el sentido literal de la palabra, a su familia.

5. Asegurar: paradojas entre el cuidado y control

Hacer de la casa un lugar de descanso, de disfrute, pero, por sobre todo, donde “refugiarse” estructura los modos de vinculación en el ámbito doméstico tanto como la organización de afectos e intimidades. En este escenario, emergen servicios, actores y artefactos que alteran la cotidianidad si se tiene en cuenta que las tecnologías digitales reconfiguran los ensamblajes entre “privacidad, anonimato y seguridad” (Reguillo, 2012, p. 94) e incluso las pautas bajo las cuales “cuidar de” alguien. En el transcurso de mi trabajo de campo, fui notando cómo las personas tendían a asegurar más sus viviendas, sus relaciones sociales, la información que circulaban y el modo de enseñar a sus hijos e hijas cómo cerrar “bien” la casa, el estar con una mirada atenta e incluso el planificar las vacaciones conforme a asegurar la casa en la distancia.

Una pecera con una tortuga de agua, un juego de mate y una pantalla plana dividida en cuatro, todos artefactos recurrentes en la cocina de Gloria y su familia. Estos bienes, aunque diversos, se disponían sobre la mesada de *Silestone* que la familia utiliza para preparar la comida. La pantalla reproducía las imágenes de cuatro cámaras que habían sido ubicadas en el exterior y las medianeras de la casa¹⁵⁸. Cada integrante de la familia las miraba siempre, casi como un acto reflejo. Algunas tardes, incluso en juntadas con amigos o cumpleaños, presencié cómo enseñaban a su hijo mayor el modo de accionar este dispositivo, controlar las cámaras y observar “movimientos extraños” o “caras raras” (entrevista no directiva, abril de 2018) para avisarles tanto a ellos como a

¹⁵⁸ Cámaras administradas por la misma familia. Solo el servicio de alarma de acceso a la casa está conectado a un sistema de seguridad privada.

las fuerzas de seguridad si fuera necesario, en una suerte de pedagogía securitizante con énfasis en el control y la vigilancia.

Yo siempre había visto la casa de Gloria como un fuerte, teniendo en cuenta sus cámaras y monitoreo en el ingreso, los altos ventanales y techos que producían un aspecto blindado tanto en su interior como exterior: con una puerta de madera maciza que bloqueaba el ingreso y el cierre automático de la cortina de metal de extremo a extremo que “sella” los amplios ventanales que dan al jardín; aun esto, Gloria no se sentía segura.

Ariel llamó a tres empresas para que le presupuesten un nuevo sistema de seguridad para su casa: dos argentinas y una española. Gloria me dijo: “Los precios son una locura, pero bueno, así es este país, no podés estar tranquila”. Quería mejorar el sistema de seguridad. Me comentó que había algunos con reconocimiento facial o táctil y son mejores porque tienen “mayor sensibilidad” que involucran la gestión remota de la casa, sino que además se complementa con otros servicios como un “cerebro” integrado al sistema, sensor de gas, sirena, gestión eficiente de la luz, el sistema del aire acondicionado, puerta inteligente, entre otras funciones. Al nombrarme eso, noté cómo se pasaba de una gestión de la seguridad a una gestión integral de la casa y sus accesos. De alguna manera, la casa adquiriría características en tanto casa de tipo inteligente. Cuando terminó de nombrar esto, me mostró la *web* de una de las empresas que fue a presupuestarle. En su sitio institucional, mostraban hasta tres tipos de cámaras: lentes de gran angular, de ángulo estrecho, fija o varifocal, cada cámara hacía hincapié en un ángulo de visión, asimismo también mostraban otras opciones que incluso llegaban al monitoreo de los vehículos, administración de rutas y control de combustible. Cuando nos pusimos a ver la *web*, Gloria misma se asombraba.

Respecto de estas averiguaciones, Ariel me comentó un episodio de un conocido que fue asaltado y golpeado cerca de su casa sobre lo que me dijo: “nos hizo un clic”, aludiendo al impacto que eso produjo en él y Gloria y a sus decisiones securitarias que fueron tomando (nota de campo, octubre de 2018). Que todo esto implicaba plata, pero también el tema de la cámara, el “aparatito de la alarma”, comprometer a alguien si ellos no están en la casa. Gloria me mencionó que todas las empresas de seguridad de

tecnología avanzada le dijeron que había subido la demanda de alarmas en los últimos meses, hecho que ella destacó al decir: “Si suben, es porque pasa algo, digo, no soy yo sola”. En este caso, Gloria aludía a cómo otras personas “como ella” también advierten “el peligro” y la “inseguridad”, insinuando que no se trataba de algo meramente subjetivo.

La seguridad como problema público (Galar, 2017) ha irrumpido tanto en la calle como en la casa. En Argentina, esto ha modificado las rutinas más habitadas para algunas personas de una manera sigilosa e imperceptible; para otras, de un modo invasivo y recurrente. Producen así, un “otro” peligroso y “malo”, paradójicamente, abstracto, general y homogéneo. De este modo, las moralidades parecen encarnarse en artefactos y bienes que crean límites.

De alguna manera, las tecnologías, la presencia de dispositivos tipo *smartphones* (Steier, 2013) o la videovigilancia (Chamayou, 2016) posibilitan llevar adelante un conjunto de acciones en pos de preservar la vida y que, al mismo tiempo, configuran diversos “sentidos securitarios” entre las personas (Vélez, 2019, p. 199). A decir, la seguridad desembarcó en la casa y con ella un conjunto de soportes que no solo contribuyeron a la normalización de la seguridad en el ámbito cotidiano, sino que también conllevaron a una atención permanente de las personas sobre los nuevos dispositivos, dado que un sistema de vigilancia por *smartphones* posibilita observar una cámara que da al perímetro de la casa en el mismo dispositivo mediante el cual se manda un mensaje a un médico o se revisa la tarea de un hijo/a, sea alterando la atención otorgada a estas actividades tanto como reescribiendo las fronteras espaciales. Este paulatino avance, aunque por momentos imperceptible, va modificando y contorneando el día a día.

De este modo, los artefactos (Smith, 2007) y materiales se tornan nodales para la gestión del observar: ventanales que ayudan a verlo todo, cámaras que administran el espacio y los cuerpos que, en algunos casos como el de Gloria, van configurando casas inteligentes que no solo garanticen la seguridad, sino que permitan realizar acciones aun no estando físicamente en la casa. Entonces, ya no se trata de pensar los objetos que proporcionan necesariamente bienestar (Miodownik, 2013) o confort en el día a día

(Miller, 2001, 2008) donde el disfrute, por momentos, parece desdibujarse frente a una capilar preocupación por ese “otro peligroso”. Así, estos bienes contribuyen –de lo simple a lo complejo– a administrar la cotidianidad: sea en la elaboración de una comida, en el monitoreo de un hijo/a pequeño/a que está en otro piso o cuarto, en el cierre del portón del garaje o en la apertura de la puerta de entrada. En efecto, estos bienes ponían en escena como la seguridad imprimía condiciones de cuidado en el bienestar colectivo-familiar.

Recapitulación

En este capítulo me adentré en la “casa propia” de Gloria. Describí su vivienda y analicé su habitar moderno (garantizado por el acero inoxidable, el *Silestone*, el *open plan concept*, entre otros elementos) y el modo en que este se organizó conforme a rutinas y espacialidades sin paredes ni muros divisorios. De igual manera, estudié las narrativas de ella y Ariel con relación a su acceso a la casa propia en tanto “llegar ahí”, como un eslabón necesario y deseable para sus vidas. Como mencionara, su sociabilidad en la localidad, aquello que en el Capítulo I denominé *espacio social local de vida*, configura su cotidianidad y apego con Haedo y, con esta, la elaboración de un mundo proyectado y clasificado.

Para Gloria y Ariel, construir y, luego, mudarse a la “casa propia” implicó materializar un proyecto familiar, así como ser parte de una estética de edificación que estableció como (sus) pilares la producción de ambientes diáfanos, la iluminación, la amplitud y la circulación. Aunque con materialidades diferentes, con espacios diversamente segmentados, la casa aún es parte de un horizonte que convive con variadas experiencias personales y familiares vinculadas con los ambientes, las invitaciones y celebraciones en su casa, la “resiliencia”, la “alegría” y el placer. En esta casa, se invita, se ejerce el rol de “anfitrión/a”, lo que supone actividades diversamente repartidas entre géneros, para lo cual muchas veces Gloria tiene que “hacer un chino” y coordinar con otras madres los cuidados. Asimismo, mostré cómo la seguridad configura los contornos de lo posible y lo deseable en donde empresas y pantallas empiezan a regular el modo en que se está en la casa y fuera de ella reforzando sus límites.

La experiencia de esta familia se apoya en la planificación temporal y espacial como parte de una “apuesta” intergeneracional para poder garantizar a sus hijos e hijas un presente y futuro deseable. Para la familia de Gloria y Ariel, tal decisión se articuló con modos más amplios bajo los cuales administrar el tiempo y los espacios en su casa, tanto como los materiales elegidos y los artefactos contemporáneos que contribuyen a ello. Tales vivencias se sostienen de acuerdo con clasificaciones sociales y morales, como “sistemas de nociones jerarquizadas” (Durkheim y Mauss, 1996), respecto de qué se ha de hacer, de tener, de exhibir y de asegurar. Parte de estas clasificaciones y valores, se vinculan estrechamente con las fronteras morales (Lamont y Molnar, 2002) que establecen fuera de su casa, mismo con su habitar y circular por Haedo –como señalé en el Capítulo I–. Por último, referí al concepto analítico de *materialidad moral*, que articula una práctica que pondera positivamente la casa propia y con un discurso que valora y enaltece la adquisición de pequeños y novedosos artefactos, a la vez que la búsqueda de consolidar una vida en donde el ocio y el disfrute se comparten a la vez que se exhiben.

A continuación, presento la última casa, la de Isabella, una “casa pasaje”, con un habitar digitalmente mediado y organizado por *influencers* y comunidades estéticas globales que definen diversos consumos, bienes y servicios que, de acuerdo con Isabella, “están bien”.

CAPÍTULO V. SE DECORA

Este capítulo versará sobre el departamento de Isabella y su acceso a la *casa pasaje* (otra casa propia de su padre Gerardo). A partir de sus vivencias y modos de apropiar la vivienda analizaré cómo hace de este espacio un lugar mediante la elección y disposición de objetos en su habitar cotidiano, especialmente, en sus decisiones estético-decorativas mediadas por las redes sociales. Isabella, hija de Luisa (Capítulo III), era una joven profesional y emprendedora dedicada a la industria del diseño de calzado que buscaba abrazar la independencia residencial, lograda mediante un arreglo de préstamo patrimonial con su padre, y con ella procuraba alcanzar el “bienestar”. El uso cotidiano de anglicismos para aludir a acciones (*follow, pin, save*) resultaba parte de un inventario “común” y naturalizado que implicaba quehaceres específicos vinculados con la práctica de “decorar” como primera forma de apropiación de su casa.

La presencia de un catálogo sistemático, diré de materiales, bienes, artefactos y el uso de redes sociales en la apreciación decorativa y estética de Isabella, se vuelven fundamentales para llevar adelante esto de una manera exitosa a la vez que producir un tipo de diferenciación de lo que ella considera “apropiado” y “bien”. Quien, al hacerlo, produce un desplazamiento de aquellos que movilizan y ponderan una narrativa del “esfuerzo” orientada y como acceso “legítimo” a “lo propio” a una que privilegia un bienestar presente anclado en una estética habitacional¹⁵⁹ específica, en donde lo transitorio, parece configurar cualidades tanto de los materiales como de las espacialidades que se ocupan¹⁶⁰. En este marco, las redes sociales e *influencers* emergen como actores de relevancia en la configuración del habitar.

¹⁵⁹ En este trabajo sostengo una idea amplia de estética, entendida en tanto ciencia de la expresión. Si bien mi foco se apoya sobre las dimensiones materiales y espaciales en la unidad residencial y en el despliegue del habitar de mis interlocutores/as, me interesa retomar cómo el ideal de la estética irradia sobre la vida humana produciendo diversos efectos (Santayana, 2006). Una teoría de la estética se ubica dentro de una visión holística del habitar. Siguiendo los aportes de Katya Mandoki (1994), “podemos distinguir dos orientaciones de la estética: la poética que se enfoca a la sensibilidad en la producción artística o *poiesis*, y la prosaica a la visión sensible del individuo en la vida cotidiana” (Mandoki, 1994, p. 83).

¹⁶⁰ Bourdieu (2012) destacaba que las clases sociales producían una diferenciación social de acuerdo con trayectorias ascendentes y descendentes a la vez que orientan capitales culturales, en este caso, Isabella pareciera hacerlo con relación a la estética.

Para analizar la experiencia de Isabella, como portadora de una de las tantas formas en que las generaciones más jóvenes de las clases medias urbanas configuran su habitar, recupero diversas nociones, como ser la de “estéticas globales” de Sherry Shapiro (2009) y el análisis sobre la “felicidad” de Sara Ahmed (2019). Entiendo que lo analizado, me permite referir a la configuración de comunidades estéticas globales que procuran legitimar acciones vinculadas con la decoración y el amoblamiento como prácticas tendientes a producir “bienestar” en marcos de incertidumbre relativa, en este caso, en términos de lo que se posee y se puede poseer y en el marco de una pérdida de poder adquisitivo y de alta inflación económica. En este habitar, ideas y prácticas vinculadas a lo flexible y transitorio toman cuerpo y materia como argumento de una vida que parece orientarse al corto plazo.

1. Transitar: la “casa pasaje” como arreglo patrimonial

Isabella, hija de Luisa (ver *supra* Capítulo III), se mudó a un edificio sobre la Avenida Ex Gaona (en la actualidad, presidente Perón) en 2016, dejando así la vivienda familiar ubicada en Morón Sur para vivir en el barrio de Haedo Norte (Imagen 24). Esta mudanza me permitió seguir un tipo de *itinerario habitacional* (ver *supra* Capítulo III) que asumía características de ser intrafamiliar e intergeneracional. Isabella era una joven profesional y emprendedora dedicada a la industria del diseño de calzado que buscaba la independencia residencial y “bienestar”. Así, intentaba compatibilizar su trabajo en relación de dependencia como diseñadora para una empresa de venta de zapatos y, un emprendimiento, también de venta de zapatos (únicamente comercializada por redes sociales) con una socia y amiga.

El departamento de Isabella se encontraba a unas cuadras de la autopista Acceso Oeste. Este departamento tenía una extensión de 40 m² y para llegar al tercer piso de la torre del contrafrente había que pasar la puerta de acceso al edificio, continuar por un largo pasillo y subir las escaleras o simplemente optar por el ascensor.

Imagen 24. Tríptico de Haedo Norte y sus casas.



VISTA SATELITAL DEL BARRIO



VISTA SATELITAL DE LA MANZANA



FACHADAS DE CASAS DE LA MANZANA

Nota. Capturas satelitales a partir de *Google Street View* y de fachadas propias.

A pesar de que la vivienda donde residía Isabella se enmarcaba en lo que en términos inmobiliarios se conocía como “departamento”, mi interlocutora consideraba este dominio como “su casa”. A decir, no era una “casa propia”, como aquellas presentadas en los capítulos precedentes, sino lo que denomino *casa de pasaje*, esto es, un inmueble que auspicia como instancia previa a la “casa propia”, aquí garantizada por su padre —a veces asegurada por otras relaciones de parentesco—, un patrimonio administrado familiarmente y, a menudo, usufructuado por hijos/as. Por consiguiente, y como iré profundizando, se establecía un tipo particular de relación y de personalización de la vivienda tanto en los términos materiales como de (des)posesión.

Con base a la experiencia de Isabella, entiendo que la *casa de pasaje* se torna un resorte económico de inversión intrafamiliar y un modo de producción de certidumbre para estas personas y sus generaciones venideras. Esta vivienda, entonces, posibilita que Isabella viva allí sin desembolsar dinero para el alquiler cuando, al mismo tiempo, sabe que en algún momento se irá. Esto último se plasma en la relación que ella establece con sus espacios y con las cosas que allí dispone. En sus decisiones sobre la decoración y la estética de su departamento, Isabella articula un conjunto de valores moralmente

aceptados con un estilo de vida que performaba la elección de accesorios y materialidades que organizaban el inmueble. Allí, principios como el bienestar, la vida plena y el *positive thinking* se manifiestan en palabras y prácticas tanto como en “la deco” de su departamento¹⁶¹. Tales principios eran aprehendidos y puestos en escena en una minuciosa selección, categorización y “pinneo”¹⁶² en sus redes sociales, donde se soslayaba la apropiación de un conjunto de “estéticas globales” (*global aesthetics* de acuerdo con Shapiro, 2009¹⁶³).

“Una amiga me dijo ‘comprate muebles y cosas que después puedas mover, que puedas mudar’, desde entonces no compro lo mismo”, me comentó Isabella una tarde mientras preparaba la merienda en su departamento de Haedo Norte¹⁶⁴. Con esa frase, ella hacía alusión a –al menos– tres cuestiones: las propiedades que debían tener los muebles (que se pudieran, es decir, que sean livianos –como la melamina– y transportables), al movimiento de las cosas y a las tácticas de compra. De esta manera, se sintetizaban un conjunto de decisiones que eran ponderadas por Isabella.

Consignar un *like* a un posteo en redes sociales, encargar un accesorio de decoración *online*, preguntar a sus amigas sobre tal o cual decisión de su departamento y consultar a su padre sobre lo que podía o no hacer en la vivienda, constituían escenas recurrentes de las que yo formé parte. Isabella, quien no alcanzaba los 30 años, denotaba un tipo de vínculo con la vivienda que no necesariamente se anclaba en el largo plazo y que consideraba la transitoriedad como un valor en sí mismo. Ella utilizaba su celular de marca *iPhone* sea para vender, encargar y relajar, siempre buscaba tenerlo cargado y no perderlo de vista. Isabella, como parte de una generación joven que se vincula (“sigue”) con *influencers* y utiliza diversas plataformas; identifica un conjunto de estéticas específicas con relación a la casa, entre las cuales pondera el estilo escandinavo de decoración orientado a valores como la felicidad.

¹⁶¹ De manera temprana Jean Baudrillard (1998) señaló cómo la moda ejerce una suerte de coerción tanto sobre el cuerpo y la apariencia, posicionando un conjunto de adornos, adecuando la mímica y los gestos, proponiendo formas legítimas del maquillaje y, paulatinamente, configurando ciertos estereotipos.

¹⁶² Ver *supra* apartado cinco en este capítulo.

¹⁶³ Diversos autores señalan el impacto de lo local en lo global y viceversa. En materia de diseño, como señala Correa (2011), en las últimas décadas en Argentina, sobre todo luego de la década del 90, se produjo un deterioro y merma en la producción interna de bienes de diseño, a razón de las políticas neoliberales favorecedoras de la industria internacional, que propiciaron un escenario naciente para el influjo de bienes extranjeros y la configuración de nuevos consumos.

¹⁶⁴ Sobre las precisiones geográficas del municipio véase el Capítulo I.

Al respecto, Ahmed señala que, en la actualidad, los límites de la promesa de la felicidad se presentan como una forma de “deber” que tiñe las lecturas sobre cómo vivimos, como una suerte de “escudo” (2019, p. 437) frente al reconocimiento de que hay otras formas posibles. El trabajo de campo reveló que la realidad habitada vinculada al acceso a la propiedad, considerando los valores y las prácticas orientadas hacia una narrativa del “esfuerzo” y “ahorro” de las clases medias expuestas en los Capítulos II y III, se pone de manifiesto reticularmente en las experiencias contemporáneas en la esfera doméstica, más aun en generaciones más jóvenes¹⁶⁵.

2. Habitar: espacialidad y objetos

La torre en donde vive Isabella, al igual que muchos emprendimientos inmobiliarios que se ubicaban sobre esta avenida, tenía una terminación con cemento alisado en color gris y manteca y contaba con un total de cinco plantas con dos departamentos por piso (Imagen 25). Solo había dos ascensores en la primera torre y para llegar a la segunda había que cruzar un pasillo al aire libre. Esta construcción, con una antigüedad no mayor a un quinquenio –como explicó Isabella– se caracterizaba por albergar a personas jóvenes y de la tercera edad.

Para Isabella esta fue su primera experiencia viviendo fuera de la casa familiar. Su departamento de dos ambientes, con balcón y un *living*-comedor integrado separado por una barra desayunadora, se convirtió en su morada. Recuerdo la primera vez que fui, apenas subimos las escaleras, observé restos de una placa de yeso; en ese momento, Isabella me señaló algunos detalles del edificio que, en sus términos, hablaban de un edificio “malo” o de “baja calidad”; dijo: “no da que se caiga el techo, acá vive gente grande, como que nada parece real”. Luego indicó cómo se estaba descascarando parte de la pintura del techo del *hall*. Isabella no estaba conforme, pero “qué podía hacer más que avisar a la administración”. Al seguir caminando unos pasos y al final del lado derecho estaba la puerta laminada de color blanco para entrar a su departamento, igual al resto a la que estaban en los departamentos de cada piso.

¹⁶⁵ Cabe señalar que en el Capítulo IV de Gloria está presente este modo complejo de experimentar y actualizar la clase social mediante artefactos, nuevas tecnologías y formas *aggiornadas* del diseño.

En la torre, Isabella únicamente pagaba los gastos de uso –o expensas–, lo que le permitía ahorrar para irse a vivir al lugar que desea u optar por otro proyecto de vida¹⁶⁶. Es importante dar particular atención a este punto, porque como mostré tanto en la experiencia de Gloria y Ariel como de Luisa cuando estaba en matrimonio con Gerardo, tuvieron la experiencia previa de la *casa de pasaje*; la primera en un PH facilitado por su suegro y la segunda en la casa debajo de sus suegros. Esto deja entrever cierta recurrencia en los arreglos patrimoniales que trasvasa la definición de la casa en tanto mercancía, bien tutelado por el Estado o pieza arquitectónica, para enmarcarse en una lógica de circuito, atravesada por el parentesco. Así, las personas circulan y marcan la casa, y la casa se torna un bien circulado¹⁶⁷. Isabella es parte de una movilidad interresidencial al cambiar su domicilio.

¹⁶⁶ Cabe señalar que mientras hacía mi trabajo de campo, algunas de sus amigas como ella refirieron a las líneas de crédito impulsadas por el Estado durante el gobierno de Cristina Fernández de Kirchner en el marco del “PROCREAR SOLUCIÓN CASA PROPIA” ejecutada en el marco del Programa Crédito Argentino del Bicentenario para la Vivienda Única Familiar (Pro.Cre.Ar, creado por Decreto DNU N° 902/2012 del Poder Ejecutivo Nacional en 2012) que implicaba la inscripción y una posterior selección por puntaje para la adjudicación, que tuvo cierta recepción positiva entre jóvenes de clases medias-bajas y media en el conurbano bonaerense. Este programa promovía un crédito con una tasa de interés muy baja y fija (menor al 5% acordada con diversos pagos) y con plazos de pago hasta 30 años. Con el arribo del nuevo gobierno liderado por Mauricio Macri el sistema crediticio fue modificado pasando a un sistema de crédito bancario ajustable UVA con un capital indexado a la inflación, organizado enteramente por el sistema bancario. Ante este cambio muchas personas optaron por salirse de este sistema.

¹⁶⁷ Con relación al acceso a la vivienda para generaciones jóvenes cabe destacar el trabajo de Magdalena Felice (2017), quien estableció una tipología: modo familiar “don” y modo familiar monetizado; modo asociativo para explicar algunas de las acciones para dar respuesta a las complejidades que implica acceder a este bien. En particular me interesa traer a reflexión el modo familiar “don” en la que, recuperando la categoría maussiana, los jóvenes acceden a partir del patrimonio familiar en donde las casas les son transferidas en forma de regalo, préstamos o herencia. Respecto del préstamo precisa “el préstamo consiste en una transferencia sin mediación de instituciones ni contratos, por la cual el propietario –en general, los padres, pero en ocasiones también tíos o abuelos– entrega el usufructo del bien por un tiempo más o menos determinado, sin perder su propiedad. La particularidad de este tipo de intercambio es que hay una temporalidad establecida, ya que el propietario espera –de forma más o menos explícita– su devolución” (Felice, 2017, p. 50).

Imagen 25. Fachada del Edificio de residencia de Isabella.



Nota. Imagen propia.

Previo a que lo habite Isabella, vivió su hermano Martín con su pareja, ahora ambos con su hija se mudaron a Ituzaingó y entonces ella pudo ocuparlo. Este pasaje le permitió el ahorro, aunque no necesariamente deseó hacerlo para una “casa propia”. “Confía en los ladrillos” le dijo su papá, pero como ella me dijo: “no sé si poner la guita ahí es lo mío, también quiero vivir en el ahora”. Esta idea de aprovechar el presente la condujo a apropiarse su lugar de residencia mediante la adquisición de elementos de diseño y decorativos particulares.

Cuando apenas se mudó al departamento en 2016 hablamos bastante sobre qué comprar y dónde hacerlo, porque recientemente yo me había mudado con mi pareja a Ramos Mejía (localidad aledaña a Haedo, pero perteneciente al partido de La Matanza) y me había puesto en la búsqueda de mobiliario y objetos de decoración para el departamento. Dado que nos conocíamos por mi amiga Rosario y éramos cercanas, me consultó por mi mesa (estilo escandinavo en madera paraíso) y mis sillas (símil Bertoia¹⁶⁸) y por algo de la vajilla (con detalles en colores pastel). Nuestras

¹⁶⁸ La silla Bertoia, diseñada en 1951/52, lleva el nombre de su creador Harry Bertoia, un artista, escultor y diseñador de muebles modernos ítalo-americano, quien diseñara un modelo mezclando materiales como

conversaciones eran con objetos que parecían tener nombre y/o apellido (Schiava D’Albano, 2021) de acuerdo con sus diseñadores. Parecía que compartíamos una suerte de lenguaje común que no necesitaba de aclaraciones; esto no era lo que me pasaba en las otras casas y con el resto de mis interlocutoras. Esto se diferenciaba de otras experiencias. Por ejemplo, con Gloria (ver *supra* Capítulo IV) ella refería a marcas de artefactos –no así del mobiliario y la decoración– mientras que Rosa (ver *supra* Capítulo II) destacaba las propiedades de los materiales. Ahora, Isabella refería a materiales y creadores del mobiliario.

Plano 4. Croquis aproximado planta del departamento de Isabella (sin balcón).



Nota. Elaboración propia según observación realizada con el programa *Homebyme*.

Cuando había comenzado el trabajo de campo en la casa de Luisa, Isabella no sabía cuándo se mudaría, aunque provisoriamente hacía compras de electrodomésticos y ropa blanca. Entonces pude registrar cómo sus compras se orientaron a bienes tales como el televisor, el aire acondicionado, el lavarropas, un modular con cajones que tiene en su cuarto y el sillón de su *living*. A mí me sorprendió la anticipación y el modo en que había planificado, siendo que con mi pareja dormimos por al menos unos meses con el colchón en el piso; pero de acuerdo con Isabella, esto era vital para no comprar “cualquier cosa” o solo por “necesidad”, aprovechando, por ese entonces, usar la casa de su mamá como depósito provisorio.

el acero cromado en forma de entramado y un almohadón asegurado con broches a presión metal que será muy popularizado y, en la actualidad, se reconoce este modelo como un “clásico del diseño” (Blog du-home, 30.12.2013).

Con el tiempo, Isabella me dijo que su papá lo había comprado para “la transición” de sus hijos y que, de hecho, su tío también “invirtió en la misma torre”¹⁶⁹. Había una familiaridad entre mi departamento y el de ella que hacía que rápidamente me sintiera cómoda allí, no sé si por el hecho de alquilar uno con una disposición y extensiones similares o porque compartíamos ciertos detalles decorativos. También, algunos materiales y patrones estilísticos utilizados en la unidad residencial eran del mismo tipo, como los pisos de porcelanato en color claro, las paredes blancas y los modulares empotrados con la misma tonalidad, el granito utilizado en la barra desayunadora. Además, de contar con modulares enchapados (con petiribí, paraíso o eucalipto) o, en algunos casos, con madera MDF¹⁷⁰. El diseño se caracterizaba por un estilo de decoración que Isabella me dijo era “escandinava”¹⁷¹.

Con relación a la decoración de su departamento, Isabella encontraba que la elección de tales materiales le permitían hacer de su cotidianidad una experiencia más “alegre”, “menos sobrecargada”. Como me mencionó, “los colores claros abren el espacio... y parece más grande”, cuestión que era fundamental para ella dado el limitado espacio del inmueble. A la decoración se sumaban muebles y detalles en melamina y madera tipo paraíso, una mesa ratona hecha con pallet y vidrio y un sillón amplio de dos cuerpos en color crema. Elementos como mantas y almohadones de distintas texturas (piel, raso, polar) yacían en su sillón del *living*-comedor, integrado junto a un modular en melamina con blanco que termina por componer el espacio abierto de su departamento en donde encontramos el *living*, comedor y cocina. Los bajos costos de los materiales, como la melamina, hacían que su usabilidad sea restringida y se opte por desecharlos con mayor facilidad. A la hora de considerar el tipo de adquisición balanceaba una relación precio/estética que sea favorable, dejando la durabilidad desjerarquizada como variable decisoria.

¹⁶⁹ Esta torre junto a otras sobre la misma avenida, se hicieron hace algunos años. Esa zona reemergió en el último tiempo por la concreción del Parque Lineal César Albistur Villegas que atraviesa la avenida. Aproximadamente, hace diez años comenzaron construcciones de este estilo sobre Haedo Norte, sobre todo en esta Avenida. Llamaron la atención porque no había muchas de este estilo en la zona.

¹⁷⁰ Esta sigla refiere al fibropanel de densidad media (*Medium Density Fiberboard*), es un tipo de madera reconstruida de restos y residuos de otras maderas y resina. Similar a este también existe el MDP (*Medium Density Particleboard*) que es una variable.

¹⁷¹ Esto será desarrollado y explicado a lo largo del capítulo.

En algunas de las extendidas conversaciones que teníamos en su sillón, destacó: “vivo en tránsito pero con mis cosas”. Cuando le pregunté a qué se refería, me dijo “bueno, no soy propietaria” y rápidamente señaló que esto no era un “problema” pero que ahora tomaba una serie de decisiones estrechamente vinculada a eso. Que hablando con su madre y amistades había entendido que “no hace falta tener una casa propia” sino que continuamente volvían sobre la idea de aprovechar lo que tenía y organizarse con base a eso. En esta línea, sus cosas le permitían concretizar su habitar más allá del carácter móvil de su residencia, es decir, yo podía ver que si bien en la relación con su inmueble producía una suerte de experiencia de lo transitorio, la adquisición de muebles le permitía construir modos anclados de apropiar esta espacialidad.

En su cotidianidad aprovechaba tanto su dispositivo móvil como su computadora para diseñar, hablar con proveedores, llevar el fichaje de productos al día en la *web* y armar estrategias de comercialización. A su vez, algunas veces a la semana visitaba una planta productiva que se localizaba en Suipacha. Mientras trabajaba de tarde en poner al día estas cuestiones, ella se solía hacer un café con leche. Algunas veces me comentó querer una cafetera moderna “tipo *Nespresso*”, la cual no solo “parecía práctica” sino que también quedaban bien en un lugar pequeño como su cocina. A menudo trataba de dedicarse al emprendimiento de diseño de zapatos –con su socia– por las tardes. Como señala Patricia Vargas (2014) para los/as diseñadores/se hay una búsqueda de realización personal a partir de hacer aquello que les gusta, independientemente de la rentabilidad que pueda generar. Según esta autora, esto implicaba la objetivación de un *ethos* moderno, con el fin de “expresar su individualidad” (2014, p. 148).

Isabella intentaba balancear su trabajo con su emprendimiento, al mismo tiempo que buscaba finalizar la decoración de su departamento para sentirse “a gusto”. Arizaga (2017)¹⁷² analizó los modos en que el denominado capitalismo tardío irrumpió en la vida cotidiana, produciendo estilos de vida y en ellos una suerte de certeza y bienestar que permitió mitigar la incertidumbre. La autora llamó la atención respecto del “cultivo de la sensibilidad” (Arizaga, 2017, p. 15) en la esfera doméstica y de cómo “la casa articula con ideas alineadas a la revalorización de sensaciones y procesos de

¹⁷² El cual en gran medida se apoya en su trabajo de campo realizado en urbanizaciones cerradas en el período comprendido entre 1998-2003.

autoconocimiento” (p. 54). En términos amplios y generalizando la experiencia de las clases medias, sostuvo que, desde hace algunas décadas, los sectores medios y medios-altos viven una “incertidumbre que abarca la totalidad de las áreas de vida y que se gesta en las entrañas mismas de la usina de valores de cambio y flexibilidad que los alza como parte privilegiada del estilo de vida mundializado que encarnan” (p. 115).

En esta línea, fui viendo cómo se producía un progresivo desplazamiento de una diferenciación anclada en el inmueble propio a una centrada en una apropiación del espacio, más allá de la condición legal frente a este. Esto no se expresaba sin tensiones y sin frustraciones, como destacamos anteriormente y tal como lo han mostrado diversos trabajos recientes, las frustraciones e imposibilidades a razón de constreñimientos estructurales vinculados con el acceso a la vivienda. De todos modos, ella insistía en hacer de su inmueble “de paso” un lugar habitado, hacer de la proyección un hecho cultural presente (Appadurai, 2015). Para Isabella, la flexibilidad no era ponderada en términos positivos, aunque sí de forma “necesaria”. Su experiencia residencial en Haedo Norte, probablemente sintetizadora de otras vivencias posibles más allá de las indicadas por Arizaga, me permitió un acercamiento a otro tipo de apropiación local de propuestas globales¹⁷³.

Por otra parte, Isabella tenía el propósito explícito de “ser feliz” en el presente, un “estar bien consigo misma” ponderando el progreso individual como parte de experiencias de la clase media argentina (Vargas y Viotti, 2013, p. 40). Isabella edificaba su estilo de vida ideal sobre un conjunto de decisiones respecto a “cómo se ha de vivir”, lo que implicaba movilizar deseos y añoranzas que (re)afirmaban pautas identificatorias con las clases medias reivindicando el cultivo de sí (García Martín, 2016, 2018). Su interés por el ascenso individual era palpable en cómo había avanzado sobre el emprendimiento con su amiga (Vargas, 2014), manteniendo su trabajo y solo acudiendo a su madre/padre para hacerles consultas específicas o invitarlos/as a su departamento. Para ella, este es un trabajo “freelo” (con referencia al término *freelance*), que complementaba su empleo de ocho horas diarias en producción y venta de una empresa de venta de zapatos *online* donde, sin embargo, las condiciones de

¹⁷³ Como fue la presencia de Marie Kondo en la casa de Luisa (Capítulo III) o la *Nespresso* en la casa de Gloria y Ariel (Capítulo IV).

trabajo, como me dijo “no eran las mejores”, con referencia al salario y a las posibilidades de crecimiento. Era significativo que su abuelo materno se había dedicado al rubro zapatero décadas atrás y su abuela materna al corte, confección y arreglo de prendas en su casa (ver *supra* Capítulo III), parecía que Isabella daba continuidad a una experiencia familiar en el rubro de la indumentaria.

Solía ir a lo de Isabella por las tardes, cuando regresaba de su trabajo. Normalmente, los viernes era el único día que tenía las mañanas libres, pero a veces viajaba también por su trabajo. Su hermana Rosario la visitaba con frecuencia, también sus sobrinos y sus amigas. Ahora bien, los eventos y festejos se hacían en la casa familiar de Morón Sur. Con el correr del tiempo y los años fue adquiriendo cada vez más cosas: velas, cuadernos, revistas de diseños, adornos, plantas y floreros. Ella no había podido dejar su casa familiar cuando era joven. Ahora con treinta años “sintió” que era el momento, aunque consideraba que era “tarde”: “yo me estoy yendo re tarde de mi casa, pasa que cambié tanto de trabajo y no sé, es difícil irse de casa, pagar un alquiler y demás... zafé con este depto de mi viejo” (Isabella, entrevista no directiva 2016).

Cuando le pregunte a qué se refería con esto de “re tarde”, me dijo: “normalmente, la gente se va a los veintipico y yo ya tengo casi treinta”, señaló. Destacó que esto “no estaba bien visto” entre su grupo social. Isabella marcaba que la autonomía en términos residenciales, sea en una vivienda propia, alquilada o en este caso prestada; marcaba un cambio de estatus y ponía en escena una linealidad esperada que se entendida como normal. Luego prosiguió comentando que el “mudarse” a veces venía de la mano de hacer vida en otro lugar como en CABA. Muchas de sus amigas se habían ido allá. Las expectativas con relación a mudarse a la “capital” en este rango etario se vislumbraba como una mediación necesaria. En efecto, el cambio de estatus se evaluaba como “positivo” o “negativo” de acuerdo con el momento en el ciclo vital en que se llevaba adelante. Esto sin duda, atravesaba la cotidianidad de Isabella.

Previo a su mudanza, mientras realizaba estrictamente el trabajo en casa de Luisa, me comentó lo que su hija Isabella estaba comprando para mudarse y que ya no le quedaba espacio en la casa para que guarde todo; y que, “para colmo, en el medio de

esto, Isabella viajó a Europa con sus amigas”, por lo que el proyecto de mudanza se pospuso. Luisa estaba contenta y confundida con las dediciones de su hija, porque quería que fuera feliz, pero también que sacara las cosas de su casa. Tiempo después, cuando le pregunté sobre su viaje y su decisión, me dijo que ella entendía que ir al departamento de su padre tenía una “fecha de vencimiento” y que dicha caducidad hacía que su habitar se inscriba en decisiones transitorias, específicamente en lo referido al confort y al bienestar, donde estas elecciones perseguían un fin individual más que uno familiar o colectivo. A continuación, presentaré cómo Isabella ocupa su casa con bienes y accesorios, y el modo en que las comunidades digitales se articulan performando sus espacios.

3. Decorar: “vestir la casa”

Isabella, quien transitaba su tercera década de vida, consideraba que para ella como para otros amigos la casa propia no era una opción posible para su edad y para los gastos que tenía que afrontar; en ese sentido, era significativo que su padre le proveyera de una *casa de pasaje*. Dado el ajustado tamaño de su inmueble, solo se realizaban allí celebraciones pequeñas como juntadas con amigas o alguna reunión. Ella prefería o bien salir o hacerlo en casa de otra persona con mayor espacio. En este sentido, su casa solía estar poco abastecida de alimentos y de bebidas, dado que solo estaba por las tardes y las noches, y también porque vivía sola. Hacía compras diarias en el almacén que estaba en la esquina de su cuadra mientras que algunos “gustos” o comida “más gourmet” los compraba en Haedo Chico (ver *supra* Capítulo IV). Como me dijo una tarde de verano de 2019, para ella “vivir así en el conurbano... te permite también poner la plata en otra cosa... sabés el costo del estilo de vida de mi amiga en Caballito y eso que no es Belgrano; además, tengo a mi familia cerca”, así destacaba cómo compraba otros implementos mientras lograba ahorrar un poco.

Los metros cuadrados del inmueble hacían posible que Isabella pudiera dedicarse semanalmente a su cuidado sin tener que contratar personal doméstico. Para aprovisionarse, se abastecía mediante comercios locales, aledaños al edificio, los cuales ya conoce y le permiten resolver fácilmente sus demandas. Como me dijo: “no me hago problema porque estoy yo sola”. Asimismo, dado su interés por el diseño y la

indumentaria, cultivaba cierto “buen vestir” también aplicado a la casa, más centrado en las escalas cromáticas y el balance entre texturas y formas. Puntualizaba que la “armonía” sea para la casa o para vestirse una, era fundamental. En esta línea, ella consideraba un tipo de contigüidad entre su casa y el cuerpo que, a diferencia de lo señalado por Luisa (ver *supra* Capítulo III) que se valía de la propuesta del método KonMari, priorizaba el estilo y el diseño como principios organizadores.

Una de las tardes en su casa, mirando su celular, me dijo: “vestir el cuerpo es como vestir la casa... decorarla, ocuparla... no sé hablar con los detalles” (Entrevista no directiva, 2018). Para ella, la casa habla de las personas, por eso dedicaba esfuerzo a tenerla “adecuada”, lo que para ella se centraba en pautas estéticas. En este escenario, puso en evidencia un tipo de cultivo de una estética corporal y residencial, como me dijo Isabella, “cuidada”. El cuidado emergía en una polisemia de sentidos: vinculado a la casa (Capítulo II), a la seguridad (Capítulo IV), y ahora a la estética (Imagen 26).

Imagen 26. Decoración del *living* de Isabella.



Nota. Isabella en *Instagram* –con filtro–.

Tanto las compras de decoración como su vestimenta o bien las realizaba *online* o se contactaba con locales y marcas para visitar sus tiendas, *linkeadas* a sus preferencias en redes sociales como *Instagram*¹⁷⁴. Así, en numerosas oportunidades llevó adelante la selección de prendas y atuendos, dando particular consideración al corte, la confección y la tela escogida, así como la calidad y las propiedades del material. Asimismo, separa su dinero para comprar elementos propios de un *vestir doméstico*: delantales, “pantalones de estar en casa”, así como remeras holgadas y livianas que hacían de su casa un cómodo lugar.

Durante las tardes y noches advertí cómo Isabella dedicaba tiempo al cuidado y mantenimiento de la casa. Entre sus hábitos de limpieza e higiene del departamento, acciones como acomodar, barrer, trapear y repasar los muebles eran las más frecuentes. La asiduidad de su limpieza era organizada de acuerdo con los materiales de sus modulares y cómodas, algunas superficies de melamina y pino barnizado juntaban polvo y se estropeaban, dejando marcas, lo que atentaba contra la posibilidad de que continúen siendo usadas. Algunas veces la ayudé a mover algunos muebles para hacer la limpieza más rápidamente. Mientras lo hacíamos, recordó a Olga, la señora que trabajó durante años en su casa familiar y cómo ella contribuía con todo en su antigua casa que, además de grandes extensiones, se enfrentaba con el hecho de que su madre y su padre, ambos profesionales, estaban todo el día fuera. Para ella, se trataba de valerse como adulta y mostrar su desarrollo personal y su crecimiento con decisiones orientadas a potenciar y a concretizar sus deseos.

4. Amueblar: “cálida” y globalizada

Desde su mudanza a Haedo Norte, Isabella estaba contenta por los accesos vehiculares –tenía un pequeño auto que adquirió a partir de sus ahorros– a CABA o a su casa en Morón Sur y por tener “su espacio”. Como me repetía a menudo, vivir sola, para ella, tuvo que ver con “reinventarse” y “redefinirse”. Para Isabella, sus amigas y

¹⁷⁴ *Instagram* es una aplicación y una red social mediante la que se comparten imágenes y videos a partir de un perfil personal o comercial. Esta red de alcance global fue creada en el año 2010 por Kevin Systrom y Mike Krieger hasta ser adquirida en 2012 por Mark Zuckerberg. Esta red social cuenta con más de 1.000 millones de usuarios/as.

comunidades de pares, resultaba vital “la independencia”. Estudió varios años de Diseño de Indumentaria en una universidad de gestión privada de la zona y se sentía interpelada por el detalle y por la atención a los elementos, los colores y las formas.

Algunas de las tardes que pasé con Isabella, sobre todo los primeros dos años, siempre mientras hablábamos, chequeaba su *WhatsApp* e *Instagram* a ver quién le escribía y qué cuestiones interesantes encontraba. Sus amigas le enviaban fotografías de muebles y cosas para decorar la casa. Ciertamente es que ella pensaba cuidadosamente cada decisión y cada compra para ornamentar su espacio. Creía que “tenía que verse bien ambientada”, lo que implicaba tener algunas cosas similares a las que veía en los departamentos de sus amigas, pero también a las que encontraba en las revistas de diseño que tenía en su casa, tanto como de las *influencers* que seguía en *Instagram*, donde veía la proliferación del estilo escandinavo –referencia que había escuchado en la universidad–:

Todavía me faltan algunas cosas pero bueno... la verdad estoy muy contenta con el depto... para decorarlo miré muchas cosas en *Pinterest* y en *Instagram*... me gusta mucho la onda escandinava. Mucha luz, todo blanco, la madera. Vi cosas re lindas pero son caras... y bueno mmm... la verdad no pienso esto para toda la vida... [Entrevista no directiva a Isabella, mayo de 2017]

Sus acciones y comentarios llamaron mi atención, la alusión a que no pensaba esto “para toda la vida”. Mientras que su madre, Luisa, solía aprender pautas de comensalía y de etiqueta mediante diversas revistas como las señaladas en el Capítulo III, Isabella incorporaba otras tecnologías para hacerlo¹⁷⁵. Por otro lado, la presencia de las redes sociales como agentes y mediadores significativos para encontrar “inspiración” y “guiarse” era recurrente. Algunos de ellos son decoradores que encontraron en este canal un modelo de negocio de “mayor cercanía” con las personas a la vez que una comunicación diaria, otros son aficionados que las personas comenzaron a legitimar desde los canales *online* y desde quienes “los seguían”, popularizándose cada vez más su contenido y desarrollando redes y alianzas con marcas y empresas.

¹⁷⁵ En este punto también puede señalarse cierta continuidad entre la presencia de revistas en la casa de Luisa y Gloria como mediadoras de normas y pautas de comportamiento en una y de arquitectura y estética en otra. En algún sentido, las redes sociales son a Isabella lo que las revistas a Luisa y Gloria.

Para Isabella la decoración de su vivienda podía definirse como con “onda escandinava”. Como repetía con regularidad, “se basa en lo sencillo, funcional y cómodo”. Apenas me lo dijo, no entendí muy bien; esto fue tomando forma cuando me mostraba imágenes sobre cómo estos principios se articulaban en el espacio doméstico. Ella hablaba cómo muchas de estas cosas las había visto en Europa. También refería a *IKEA* (una empresa sueca de decoración y diseño)¹⁷⁶ y a sus muebles “económicos”, de lo grande y accesibles que eran sus tiendas y que no solo tenía un montón de muebles que en Argentina serían imposibles de comprar, sino que los podía “hacer y ensamblar ella misma”.

Revisando sobre este estilo, hallé que su popularización implica la utilización de colores claros (mayoritariamente blanco, beige o neutros), materiales livianos y naturales, la presencia de madera, terminaciones geométricas y también fluidas que evocan la comodidad, la sencillez, la tranquilidad y la luminosidad. Clive Edwards (2007) destaca que el estilo escandinavo (haciendo alusión a un conjunto de países escandinavos: Dinamarca, Noruega y Suecia) ha formado parte del diseño desde hace décadas –incluso desde comienzos del siglo XX– pero por sobre todo desde la década de 1950¹⁷⁷. La expansión global y a escala masiva, fundamentalmente a partir del ingreso al mercado de Estados Unidos en 1985 (Harapiak, 2013), de este “estilo escandinavo” fue a partir de la comercialización internacional llevada adelante por la empresa *IKEA* (Edwards, 2007).

De manera reciente, Argentina experimentó un *boom* de popularización de este diseño, al menos en la última década, con una profunda internacionalización no solo de esta marca, sino de un tipo de estilo decorativo particular que remite al estilo danés “hygge”. Esta palabra, *hygge*, databa de comienzos del siglo XIX, cuando Dinamarca y Noruega conformaban un único territorio. Aun con estas precisiones que he dado, la bibliografía académica al respecto, aunque escasa, destacaba que la traducción de la

¹⁷⁶ *IKEA* es una empresa creada en 1943 Suecia siendo hoy un consolidado conglomerado trasnacional de venta de muebles para ensamblar (*ready-to-assemble furniture*), aplicaciones y accesorios de decoración del hogar. En la actualidad cuentan con más de 250 locales en más de 36 países.

¹⁷⁷ En Argentina se suele referir al estilo nórdico y escandinavo como si fueran sinónimos, cuando la referencia a países nórdicos incluiría a Finlandia y a Islandia.

palabra es compleja –incluso se vincula al término anglosajón *hug*, abrazo– porque se trata de aquello que se experimenta como acogedor y feliz¹⁷⁸.

Isabella seguía a varios perfiles *online* que, o bien en sus ambientes o prendas de vestir, ponían recurrentemente la palabra *hygge*. Este término sintetizaba un estilo decorativo particular resonante en los últimos tiempos como síntesis de “la comodidad”, de lo “acogedor” (la noción de *coziness*) o como dice una bloguera Anna Lea West en tanto: “la intimidad del alma”. En la actualidad, algunos/as referentes, apuntan a que este último ya denomina un concepto estético que sintetiza una visión romantizada del estilo de vida escandinavo. Al mismo tiempo, dicho término articula la noción de conciencia y compañía (Jensen et al., 2018), entramando así sentimientos (placer, acogedor) con decisiones constructivas (iluminación).

En gran medida, la estrategia de esta expansión a escala mundial, tanto del estilo de diseño como de valores y principios, se ha sostenido sobre la base de la expansión de la marca *IKEA* a nivel global. Esto último, facilitó tal despliegue de estéticas y la concreción de estilos de vida semejantes en el globo y la difusión de principios sobre la decoración lo que, paradójicamente, ha devenido en una progresiva homogenización del habitar en diversos sectores sociales, a nivel local, de las clases medias, en pos de alcanzar esa estética de países desarrollados. Este movimiento fue acompañado por la afirmación de una comunidad internacional del diseño y de consumo a la que, aun sus limitaciones presupuestarias, Isabella también buscaba incorporarse con cada *like*.

Este *boom escandinavo* de principios estéticos y, de alguna manera como nuestro aquí, normativos, lo han sostenido sobre la base que el diseño escandinavo augura un tipo de forma “democrática” del habitar “puertas adentro”, con el supuesto de una fabricación masiva que daría “el acceso a todos”. Sin embargo, en países en vías de desarrollo en los cuales las políticas del mercado interno y externo han sufrido diversos virajes este estilo ha pasado a ser una moda que distingue más de lo que incluye. Así, a partir de las vivencias de Isabella, advertimos la paradójica reproductibilidad y

¹⁷⁸ Hay un conjunto de términos sajones, germanos y escandinavos similares pero que no logran captar el sentido acabado de este término como ser, por ejemplo: *koselig* que significaría algo similar en noruego, *gezellig* en holandés o *Gemütlich* y *Heimlich* en alemán.

estandarización que no necesariamente se orienta a una democratización, más bien, pareciera encuadrarse en una lógica de distinción a través de adquirir estos muebles. El principio de “hágalo usted misma” complementariamente señala la remoción de saberes artesanales vinculados al ensamble y la colocación. Al respecto, Isabella comentaba que no eran “accesibles para todos en Argentina”; de hecho, en Argentina este tipo de muebles y objetos llega vía la empresa *Falabella*¹⁷⁹, que según ella tiene precios “altos”.

La comercialización del ideal escandinavo como “diseño democrático” ha tenido mucho éxito (además, aunque ha sido dirigida de una manera “democrática” hasta cierto punto). Los procesos para lograr estos objetivos son meticulosos. En la etapa de desarrollo del producto, se establece el punto de precio para proporcionar un alto valor a precios asequibles. Para conseguirlo, *IKEA* trabaja con sus proveedores, que suelen ser socios a largo plazo o empresas subsidiarias. La distribución también es un factor clave para el éxito de la organización. Se han establecido centros de distribución para asegurar que la ruta desde el proveedor hasta el cliente sea lo más directa, rentable y respetuosa con el medio ambiente como sea posible. Las tiendas están “fuera de la ciudad” y por lo tanto ofrecen alquileres más baratos, mejor aparcamiento y más fácil accesibilidad (Edwards, 2007, p. 95) (traducción propia)

En consecuencia, para Isabella, el decorar implicaba un modo de apropiación y de “hacer suyo” un espacio; más aún, como dice ella, en un edificio en donde “todas las decisiones ya fueron tomadas”. Sin embargo, estas decoraciones y estéticas implicaban otro conjunto de decisiones “ya tomadas” bajo las cuales se producían, de acuerdo con Isabella, “ambientes cálidos”. Las mediaciones que intervienen en la decoración de un ambiente son de diverso tipo y, como veremos a continuación, parecen incorporar nuevos actores, tanto económicos como estéticos.

5. *Pinnear*: influencias e *influencers* en la casa

La presencia de redes sociales no es algo a desestimar entre los diversos sectores sociales, en particular, con relación a la vivienda para las clases medias. En este caso, para Isabella son significativas con relación a pensar, proyectar y armar listas de deseos conforme a su habitar, en particular *Pinterest* e *Instagram*. Su curaduría tiene estrecha relación con el armado de su departamento para hacer de su carácter de “prestado” algo

¹⁷⁹ Cadena multinacional chilena, fundada por una familia italiana radicada en este país, de tiendas departamentales con una propuesta integral que cubre desde servicios bancarios, seguros, viajes, muebles, objetos, juguetes, indumentaria, perfumería, entre otros rubros.

propio. Entre las estrategias, está una cuidadosa planificación en las decisiones sobre qué, cuándo, cómo y a quiénes comprar (Imagen 27).

Como para muchos/as jóvenes, para Isabella, la acción de decorar involucra redes sociales e *influencers* como legitimantes de las elecciones estéticas mediante el armado de “tableros” (de acuerdo con *Pinterest*), ejerciendo una suerte de curaduría de las elecciones de quienes miran. De esta manera, los deco-*influencers* configuran un novedoso mapa de la estética doméstica. Considerando la movilización de contenidos vía plataformas y la participación de comunidades digitales afines es que, aun las particularidades arquitectónicas del inmueble en que se vive, se homogeniza el habitar con base a un nuevo criterio estilístico-decorativo.

Pinterest es una red social que permite a los usuarios guardar imágenes y categorizarlas en diferentes tableros; también, si tienen gustos o intereses similares, pueden seguir los tableros de otros usuarios, tal como me dijo Isabella: “yo *pinneo* todo lo que me gusta”. “Hacer un *pin*” implica generar un enlace y escribir algo sobre esta imagen. Se comparten decoraciones, objetos y detalles para generar ambientes y propiciar entornos deseables del habitar y de vida. Así, en esta red social:

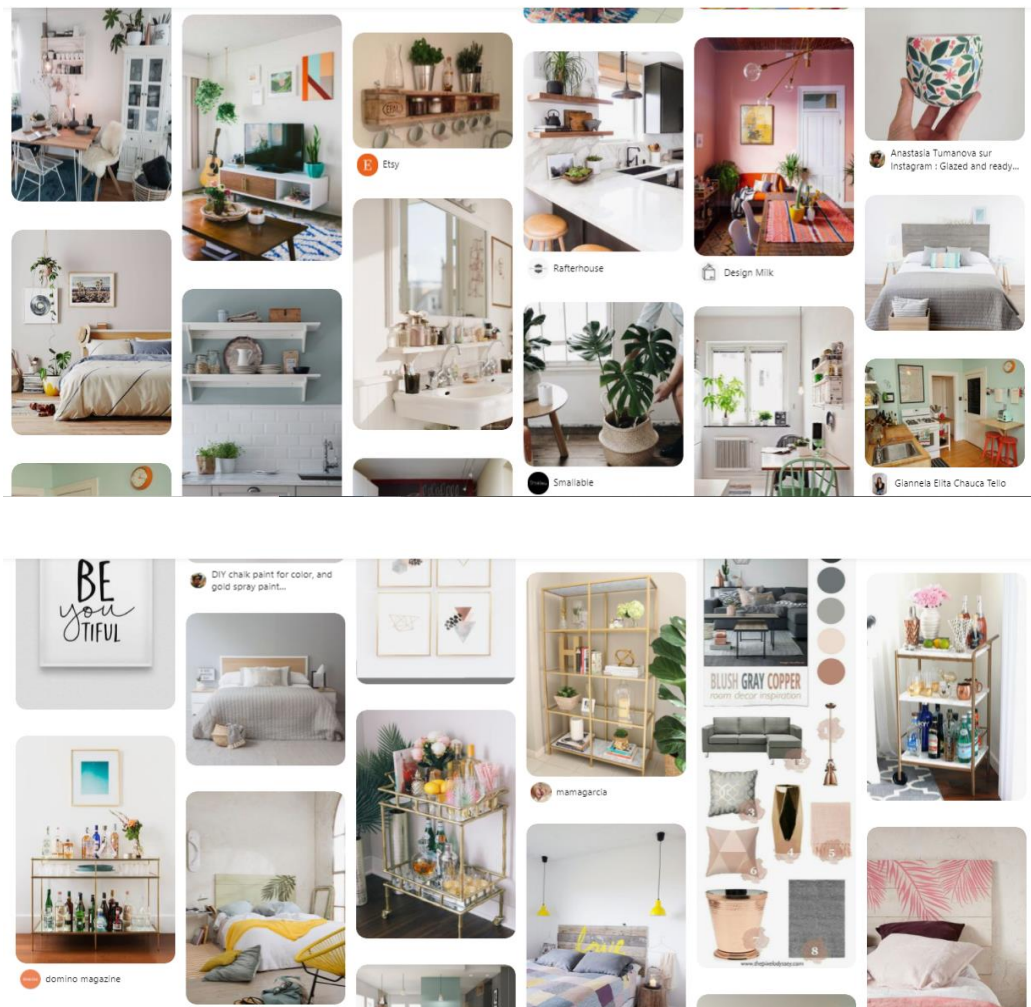
...cada pin consiste en la imagen, una breve descripción generada por el usuario y un enlace a la fuente de la imagen. Una vez que se crea un pin, otros miembros de la comunidad pueden añadir comentarios, como él, o *repinnearlo*. El hecho de que le guste un alfiler añadirá la imagen a la sección “Gustos” del perfil de un usuario, pero no la añadirá a sus tableros; el *repinnear* una imagen permite al usuario copiar y categorizar la imagen en uno de sus propios tableros, manteniendo el enlace de vuelta a la fuente original de la *web*. Los comentarios se muestran debajo de la imagen en un flujo de comentarios, similar al que se ve en otros sitios de medios sociales (Hall & Zarro, 2012, s.n.) (traducción propia).

El desarrollo de *Pinterest* comenzó en diciembre de 2009 y el sitio se lanzó como una prueba cerrada en marzo de 2010. Y, luego, procedió a operar en de manera abierta solo por invitación. Para enero del año 2012, el sitio tenía 11,7 millones de usuarios únicos, convirtiéndolo en el sitio más rápido de la historia en superar la marca de 10 millones de visitantes únicos. El amplio alcance de *Pinterest* le ayudó a alcanzar un promedio de 11 millones de visitas cada semana para diciembre de 2011, con la notable característica de que la mayoría de los usuarios/as eran mujeres, lo que indica

una fuerte feminización del acceso y la utilización de este tipo de acceso a plataformas decorativas.

La curaduría de Isabella implica compartir y “guardar” imágenes sobre estilos y estéticas que le interesan, le gustan o, como me dijo, “me son afín”. Su transitar en las redes sociales tiene esta vinculación con la realidad habitada en su casa. No se trata tanto del sueño de habitar lo propio, sino más bien de la realidad y concretizar el habitar apropiando, incluso lo transitorio. Ciertamente es que también a veces se topa con diversos límites presupuestarios, lo que lleva a cambiar decisiones, reorientar esfuerzos y ver la mejor estrategia de pago para poder acceder a los diversos bienes que quiere poner en su casa. Las imágenes son el resultado de las elecciones de Isabella mediante su cuenta de *Pinterest*. Ella, bajo la categoría “decoración”, agrupa imágenes propias y ajenas (de usuarios/as y empresas) que le gustan.

Imagen 27. Tableros de *Pinterest* de decoración de Isabella.



Nota. Propia con base al sitio *Pinterest*.

Respecto de las imágenes de los tableros, se pueden observar diversas recurrencias: las escalas cromáticas (claras y pasteles), los tipos de estampados (mayormente con plantas, líneas rectas o pinturas que emulan paisajes), los muebles abiertos (muchos realizados con melamina o bambú), los espacios iluminados, las paredes mayoritariamente blancas, las telas “livianas”. Esta estética no solo era compartida y de dominio público, sino que le permitía dialogar e interactuar con una comunidad global que también compartía sus intereses así como productos, proveedores y sitios.

Isabella remarcaba que comparte estas agrupaciones de imágenes y clasificaciones junto a sus amigas, quienes también tienen cuentas en esta aplicación. Con ellas yo también había compartido largas jornadas y diversos eventos en los que había conocido sus propios perfiles y sitios de interés. Cabe destacar que para ella, “entrar a la *app*” significaba estar en contacto con sus amigas y también vincularse con estéticas arquitectónicas diversas.

Un artículo reciente destaca que *Pinterest* (Wang et al., 2016) se ha consolidado en los últimos años como una plataforma “gratificante” en la elección de bienes y en el armado de “listas de deseos” con relación a lo que ven diseños de imágenes, espacios, entre otros. Otra investigación (Hall & Zarro, 2012) refiere a la acción en esta plataforma como una suerte de “curaduría social” (*social curation*) de los ambientes. Aun lo transitorio en su “casa pasaje”, Isabella insiste en producir un espacio cómodo y cálido. Isabella va utilizando las redes sociales y seleccionando tanto lo que puede comprar como lo que desea tener algún día con estéticas limpias y luminosas que priorizan los colores claros, las telas livianas y maderas, adjetivadas por Isabella como “nobles”, en alusión al olmo, el cerezo o el bambú. Las imágenes e ideas que colecciona y comparte Isabella, también se acompañan de comunidades de diseñadores/as mediadas por otros sitios *webs* destinados a la compraventa de objetos para la casa. Es interesante que ella refiere a estos objetos y sus potencialidades, adjetivándolos con base a sus diversas cualidades: “se mantienen bien”, parecen “amables”, se ven “cómodos y acogedores” o “me dan alegría”. Puedo decir que, a su manera y mediante estas tácticas de adquisición, Isabella es curadora de la vivienda que habita.

Otra red social positivamente valorada y utilizada por Isabella es *Instagram*; si bien en un comienzo su uso era para socializar con amigos/as y conocidos/as y compartir la cotidianidad de sus vidas y ellos la propia, luego se volvió un canal de comercialización de su trabajo y para la búsqueda de ideas inspiradoras. Ella “sigue” (aludido como *follows*) diversas marcas de decoración orientadas a sus gustos. Asimismo, como esta red social le permite ver aquellas marcas y sitios de decoración que siguen sus amigas, eso posibilita que “guarde” imágenes de muebles, modulares, mesadas, cortinas, adornos, entre otros bienes que a otras personas amigas o conocidas le gustan o también “guardaron”. De esta manera, se garantiza que alguien de su círculo

ya haya tenido una experiencia con esa marca. Es significativo cómo estas empresas ponderan palabras como *hashtags*¹⁸⁰ para poder atraer la mayor cantidad de gente: #personalizá, #sustentable, #productolocal, #ecofriendly, #handmade, entre otros (Imagen 28).

Imagen 28. *Feed* (muro) de *Instagram* a quienes sigue (*follows*)



Nota. Elaboración propia con base a *Instagram*.

En estas imágenes podemos observar el “muro” de algunas de las páginas de decoración que sigue Isabella; estas influencias adquieren relieve en su departamento, donde ella toma consejos que circulan entre sus contactos para hacer arreglos en el departamento. Respecto de la articulación de redes sociales en el habitar y en la

¹⁸⁰ Los *hashtags* son palabras clave utilizadas en redes sociales para jerarquizar contenido que se comparte por redes sociales, antes del término se antecede el símbolo #.

configuración de lazos sociales, Daniel Miller et al. elabora la noción de “socialidad escalable” (*scalable sociality*) (2016, p. 3) para referir a la articulación de diversos actores y entramajes de relaciones que tienen su apoyo en las redes sociales. De acuerdo con Miller, la socialidad remite a la trama una trama conformada por sujetos mediante la cual pueden negociar y agenciar su vida cotidiana mediante la interacción social y bajo la utilización de distintos soportes digitales, desplegándose de los modos canónicos tanto de socialización como de sociabilidad. “Escalable” refiere a las escalas que, en este caso, van de lo privado a lo público y del grupo más pequeño al grupo más grande. Este concepto tiene como base un trabajo previo en el que Madianou y Miller (2012) desarrollaron el enfoque de “polimedios” (*polymedia*) para llamar la atención sobre la imposibilidad de comprender las plataformas, los soportes y sus usuarios si son analizados de manera aislada. El concepto de “socialidad escalable” pone el foco sobre los sujetos y sus prácticas, a la vez que permite pensar los gradientes de los lazos sociales y la creatividad en la interacción cotidiana. Los autores toman este concepto para pensar los medios digitales como un lugar más en el que viven las personas, tanto como podrían serlo sus casas o su comunidad (Blanco Esmoris, 2017).

Para la experiencia de Isabella, advierto una articulación entre las materialidades morales y las “estéticas globales” que asignan un conjunto de valores y características a su habitar y se consolida en la sinergia e intercambio virtual. Asimismo, entiendo que se presenta una paradoja entre una incorporación a una experiencia global de estéticas y decoraciones, cuando en términos globales el acceso a la vivienda se volvió cada vez más privativo. La noción de *pasaje* permite volver inteligibles algunas dimensiones como las redes intrafamiliares, inversiones subjetivas y horizontes de futuro, que se tornan materialmente posibles dada esta intermediación. Como señalé, Isabella ocupa su casa mediante la decoración y su atención al detalle estilístico –redes sociales mediante–, en esta línea produce y conforma lo que llamo, con base a la propuesta de Miller, una *socialidad estética escalable*: es decir, una trama que posibilita que las personas construyan acervos socioculturales, estéticos y afectivos, sea al elegir un mueble en una plataforma *online* de venta de objetos de diseño, al compartir la misma alfombra con su *deco-influencer* favorita o al ver que las plantas en su casa colaboran a “balancear las energías”. Bajo este imperativo, las personas de clases medias, aun en el

conurbano, actualizan estas experiencias estéticas en comunidades morales virtuales haciendo convivir los patrones escandinavos con una silla Luis XIV o utilizando maderas pesadas y oscuras con mesas geométricas o petiribí. El cambio de actores intervinientes es otra coordenada bajo la cual se cimentan nuevos mediadores del diseño.

Recapitulación

En este capítulo presenté la casa de Isabella. A partir de describir lo que llamé *casa pasaje*, un arreglo patrimonial de inversión intrafamiliar, me adentré en un tipo de habitar contemporáneo que –como proyecto– se plasma en la clasificación de objetos y bienes bajo el deseo de consolidarlo en un estilo de vida, en este caso, más próximo al diseño escandinavo. La posibilidad de vivir en una casa familiar le abre a Isabella un abanico de posibilidades, así como la capacidad económica para invertir su dinero en “ropa de cama”, un vestuario doméstico o viajes.

Cabe señalar que, aunque Isabella vive administrativamente en Haedo Norte, mucho no interactúa con el entorno, excepto para las provisiones diarias. Pues, tanto en términos de posesiones decorativas como en su hacer cotidiano aparecen actores vinculados a las redes sociales en tanto discursos legitimantes y expertos sobre la decoración y la configuración de un estilo de vida “deseable” que tiene lugar en otras latitudes, circulan por redes sociales y se popularizan globalmente. *Instagram* y *Pinterest* se configuran como plataformas posibilitadoras de la elección, clasificación y organización de su habitar en donde comparte con otras personas del globo los *tips* y las resoluciones prácticas. Ella conforma estas comunidades globales que terminan por consolidar modelos de vida, como patrones integrales bajo los cuales comandar el destino. En esta línea y siguiendo a Miller (2016), planteé la noción de *socialidad estética escalable* como una trama compleja de acervos socioestéticos transnacionales, en donde el mercado ejerce un rol preponderante pero también donde las tácticas locales reconfiguran cualquier modelo *a priori* homogéneo y hegemónico.

Para Isabella su vivienda hoy se inscribe en un proyecto familiar, sintetizado en su padre, mientras que su proyecto individual que no tiene necesariamente a la “casa propia” como horizonte organizador y al ahorro como acción económica mediadora. En

este marco, ella decide cómo habitar mediante artefactos, objetos y muebles de corta durabilidad, en donde la melamina emerge como una de las materialidades flexibles y perecederas. Como destaque, las nociones estéticas movilizadas por Isabella prolongan y profundizan ciertas precisiones que he dado en el capítulo anterior a razón de la espacialidad diáfana, la iluminación, la integralidad y los ambientes que permiten una vista panorámica, a lo que se suma un mobiliario que acompaña tal propuesta, mostrando cómo estos estilos se plasman diferencialmente en las casas y en las configuraciones familiares y no-familiares. Como vimos capítulo a capítulo, los modos complejos de habitar pueden ir desde “acumular” o “habitar por partes” hasta clasificar y organizar lo habitado conforme a criterios preestablecidos y compartidos por comunidades mundializadas. Esto último, organizado con base a la reproductibilidad y la estandarización de patrones estilísticos que, amén de las distancias, las personas apropian de acuerdo con sus realidades locales.

CONCLUSIONES

Comencé esta tesis aludiendo a “la casa” como un *locus* privilegiado desde el cual estudiar la producción del habitar de las clases medias urbanas contemporáneas en Argentina. Esta especificidad, sostuve, proviene de una relación particular entre la premisa del *sueño de la casa propia* y la posibilidad de concretarlo para distintas personas de este grupo social. En efecto, analicé los procesos involucrados en hacer del *sueño de la casa propia* una realidad habitada para las clases medias urbanas residentes de la localidad de Haedo y sus inmediaciones (Municipio de Morón, Provincia de Buenos Aires, Argentina). Para comprender los modos en que dicho *sueño* –como una acción vital– se materializó, describí las prácticas y los sentidos que otorgan cuatro familias de este grupo social a sus viviendas. Conté sus historias familiares, registré sus objetos y bienes, y analicé sus quehaceres cotidianos a lo largo de cinco capítulos. El primero englobó consideraciones socioespaciales sobre la geografía en la que se ubican dichas casas. Luego, emulando etapas de un ciclo vital habitacional invertido (“se deja”, “se intercambia”, “se exhibe” y “se decora”) mostré viviendas, dinámicas de hogares familiares y no familiares y de qué manera características generacionales introducen clivajes particulares, como el deseo, la ocupación y la apropiación de espacios; en las formas de materializar dicho *sueño de la casa propia*. Tales modulaciones se enlazan o bien con el contexto sociohistórico vigente, que impide o posibilita que una persona acceda por ejemplo al crédito, o bien con otras experiencias vinculadas al habitar que toman influencias y estilos de otras geografías más distantes.

En la “Introducción”, dejé planteado un interrogante transversal a toda esta investigación vinculado con la concreción del *sueño de la casa propia* dentro de las clases medias urbanas, específicamente en la zona oeste del conurbano bonaerense, y las tácticas que, quienes son propietarios/as, elaboran para habitar sus viviendas en particular. Construí entonces, una pregunta antropológica sobre las prácticas y sentidos que contornean las vidas de las personas y las coordenadas bajo las cuales ellas articulan sus elecciones y pertenencias en el marco de su “casa”. Esta pregunta, organizada a partir de emergentes de mi investigación etnográfica, fue puesta en diálogo con una serie de antecedentes que se han interrogado sobre la vida doméstica, el hogar y

la vivienda, particularmente, con foco sobre los modos de acceso más que sobre su apropiación y ocupación, inquietud mayormente centrada en CABA o las zonas norte y noroeste del AMBA. En efecto, algunas de estas miradas contribuyeron a homogenizar la experiencia del habitar, al pensarse y sedimentarse como representativas y recurrentes para todo el conurbano. Mi interrogante, entonces, se ubica dentro de este campo de interlocución, con foco sobre las personas que son propietarias de sus viviendas o bien que residen en el inmueble de un pariente que es propietario, y que se ubican en Haedo y sus inmediaciones. En el subapartado “Las vigas teóricas de esta tesis”, retomé diversas contribuciones que problematizaron esta noción y precisé *experiencias de las clases medias*, la cual me permitió advertir y captar heurísticamente el carácter procesual, dinámico y disputado de esta clase social en su sentido de afirmación y pertenencia, sea para observar acciones y casas ajenas (como en el Capítulo II) o sea para referir a los modos de vivir “bien” (Capítulo IV). También introduje antecedentes sobre los objetos y bienes, “cosas”, que contribuyen a delinear el habitar de estas personas. En “Los cimientos metodológicos” explicité que la etnografía como enfoque y método vertebraba mi hacer en el terreno. Allí también referí al uso de las historias de vida en la antropología y el modo en que en mi trabajo de campo emergía como significativo lo que llamé *historias de casa*.

En el Capítulo I, “Vivir y desear: Haedo”, detallé precisiones históricas y urbanísticas sobre el conurbano oeste, en particular, la atención que tuvo desde las ciencias sociales y el modo en que ha sido dejado a un lado para analizar sus “capas medias”. De igual manera describí el Municipio de Morón y la localidad de Haedo, espacialidades donde se emplazan las casas propias de mis interlocutoras. En esta clave, analicé las relaciones más amplias que tejen y entretejen las personas en pos de sostener tanto sus vínculos como la misma casa. Fachadas y rasgos arquitectónicos fueron mostrados para dar cuenta de diversas estéticas residenciales que conviven en esta localidad. Asimismo, presenté el modo en que cada familia considera Haedo en sus vidas: mientras algunas toman esta localidad como parte de su modo de enunciación identitaria (*espacio social local de vida*), para otras se torna un lugar de anhelo y deseo (*espacio social local de proyección*). En este marco, acontecimientos como el carnaval, ponen en escena clasificaciones y divisiones no solo con relación a los cuerpos sino

también con modos más o menos apropiados sobre cómo, de qué manera y quiénes pueden ocupar y circular los espacios. En suma, en este capítulo comencé a problematizar y responder la pregunta planteada en la Introducción respecto a los diferentes modos en que viven y significan sus casas personas que se autoadscriben a las clases medias en esta localidad.

En el Capítulo II, “Se deja”, describí la casa de Rosa y Oscar. Mostré sus esfuerzos por mantener una vivienda que, paradójicamente, están dejando por otro proyecto. Para comprender su acceso a la casa propia y su apropiación, me adentré en su itinerario habitacional y en sus biografías, principalmente en la de Rosa. El arribo de sus padres desde Italia con una *Pastalinda* y la elección de mesadas de mármol en el diseño de su casa, marcaron materialmente la infancia de Rosa. Ahora, en su casa familiar con Oscar, hay objetos que colman los muebles y modulares, y espacios que ya no se circulan, donde Haedo entra y sale de escena con relación a la actividad comercial de Rosa y a su deseo por formar parte de la sociabilidad que en esta se genera. Para este matrimonio, la *casa propia* ya no es prioridad para el momento del ciclo vital en el que están. Se están retirando de esta casa para dedicar recursos y energía a su casa de Guernica, a donde llevan mobiliario y sus objetos de decoración desde su casa familiar en El Palomar. A partir de la noción de mutabilidad (Motta, 2014), reflexioné en torno al concepto analítico de *mutabilidad diferencial*, para analizar los bienes y objetos ponderados positivamente por esta familia como marcas materiales en el marco de una pertenencia social que encuentra variadas traducciones y transformaciones, incluso mediante bienes que pueden no advertirse como significativos como ser los artefactos de cocina. Así la diferenciación aparece en las variaciones y elecciones materiales que emprenden.

En el Capítulo III, “Se intercambia”, recuperé la experiencia habitacional de Luisa y la manera en que se vincula con su casa a partir de ir organizando y vaciando los ambientes. Presenté el modo en que Luisa pasó de un proceso de autoconstrucción de la casa de su padre/madre. Luego, cómo pasa de la construcción planificada de la vivienda propia con su exmarido Gerardo a una búsqueda por rehabilitar su casa – separada y con parte de sus hijos arrancando sus propios proyectos– mediante la escucha activa de audiolibros de Marie Kondo. Por último, cómo intercambia de casa

con su hijo mayor Jaime. Asimismo, mostré cómo en Luisa hay una alusión constante a la integralidad de elementos que deben corresponderse para “estar bien” en una casa en donde la continuidad entre el cuerpo y la casa es ponderada como una cualidad positiva a modo de revincularse con la vivienda como regímenes de bienestar cotidiano en los cuales invertir recursos.

En el Capítulo IV, “Se exhibe”, analicé la casa de Gloria y Ariel y sus hijos e hija. Presenté diversas características constructivas y estéticas vinculadas con un tipo de casa de concepto abierto (*open plan concept*) y orientada a la diafanía. En diversos apartados di cuenta de cómo comparten y al mismo tiempo exhiben su casa con otros/as a partir de las celebraciones y los agasajos. En esta casa, artefactos de última tecnología se empotran en una cocina diseñada a medida. La vida cotidiana con hijos/as hace que sus temporalidades se organicen conforme a la crianza y a diversos sentidos que adquiere el cuidado, en tanto puede ser organizado con otras madres, como una suerte de *pool*. Aquí, los pequeños artefactos vinculados al placer y al confort, como la máquina de *Nespresso*, o a la seguridad, como las cámaras y pantallas, bordean un tipo de habitar que parece predicar la apertura y practicar el repliegue. Referí a la noción de *materialidad moral* como un tipo de categoría analítica que me permitió advertir aquellos objetos que son moralmente clasificados de acuerdo se correspondan con el *deber ser* de esa casa.

En el Capítulo V, “Se decora”, estudio la realidad habitada de Isabella –hija de Luisa–. A partir de describir su departamento, identifiqué que amueblar y decorar resultan las primeras acciones vitales puestas en juego al mudarse, como un primer mojón del ciclo. Ella vive en una propiedad de su padre. Allí busca tener “su espacio propio” a partir de ocupar la casa con muebles y decorarla con materiales livianos y que sean fácilmente movibles, a la vez que, procurar ahorrar hasta poder adquirir un lugar asequible. En esa búsqueda sitios de internet, redes sociales (como *Instagram* y *Pinterest*) e *influencers* emergen como actores y mediadores de sus decisiones de estilo dando *tips* o ideas, configurando una comunidad global. Recuperando a Miller (2016) y con base a emergentes etnográficos vinculados a una progresiva estetización de la vida cotidiana en su escala global, aun cuando no se consolide en un estilo de vida, referí a la noción de *socialidad estética escalable*, apelando al carácter reticular y de redes que

sume la comunicación por redes sociales y la transmisión no solo de información y recursos sino también de criterios de apreciación y valoración en lo que concierne a la decoración y al amoblamiento. Aquí el carácter mutable de los bienes adquiere un valor específico como una cualidad presumiblemente importante sobre lo que se adquiere.

A decir, mis interlocutoras/es dieron cuerpo y sentido a las dimensiones complejas que encierra la realidad habitada, en donde las posibilidades de adaptar un espacio, un ambiente o una construcción, como expresión de lo flexible y del continuo cambio, se encuentran “desigualmente distribuidas” (Goddard, 2017, p. 11). En este marco, acciones como cuidar, mantener, cambiar, amueblar, decorar, valorizar o asegurar un espacio que se comparte y se muestra, compusieron un paisaje de obligaciones y compromisos tendientes a asumirse en términos individuales –a lo sumo familiares– y mediante gestiones privadas.

Este recorrido presentado fue respondiendo los interrogantes iniciales con relación al acceso a la casa propia; los sentidos, prácticas y objetos que encierra; los vínculos sociales y familiares que se despliegan y variadas marcas arquitectónicas tanto de construcciones que se realizaron a finales del siglo XX como a comienzos del XXI.

1. Desnaturalizar la *casa propia*

A quienes nos iniciamos en la antropología, uno de los primeros ejercicios que se propone en una materia introductoria es el de desnaturalizar algún aspecto de su vida cotidiana, como una disposición al tipo de construcción de conocimiento que pretende hacer esta ciencia, donde se problematiza lo obvio, los sentidos comunes y el lenguaje usual sobre un tema, una acción o un grupo de personas. En este marco, las preguntas obvias no tienen nada de obvias y los espacios que suponíamos eran compartidos, en verdad, corresponden al registro experiencial de unos/as pocos/as. Puedo decir que *desnaturalizar* la casa y el *sueño* que viene anidado a esta para las clases medias, fue una de las últimas claves que me fueron reveladas haciendo mi etnografía. Tal vez uno de los aprendizajes más necesarios y que mayor tiempo me demandó en mi investigación.

Así, comprendí que había diversas naturalizaciones tanto sobre el *sueño de la casa propia* como sobre la misma *noción de casa*. Sobre esta última, tal naturaleza tenía que ver con una lectura en clave moral sobre las características esperadas del habitar que se instaló como la más representativa en el marco de un repertorio más amplio de acciones y sentidos y que, por momentos, también parecía buscar un eco en la consolidación de un estilo de vida o al menos en las propuestas de diversos actores que pregonaban el estilo de vida (inmobiliarias, revistas especializadas en estilos de vida y arquitectura, entre otras) como un modo de gestionar presentes contingentes. En los distintos capítulos destaqué cómo lejos de esta homogeneidad y naturalización pretendida encontramos otras formas de ser y de estar, por fuera de la lógica de la composición de un estilo de vida como inmutable en donde artefactos variados, espacialidades diversamente divididas y acciones vitales complejas compaginan el paisaje doméstico.

Sobre la desnaturalización del *sueño de la casa propia*, un sueño movilizado y demandado inicialmente por migrantes europeos, actualmente, vemos cómo otros sectores sociales procuran acceder a la vivienda como una vía tanto de acceso como de consolidación de derechos sociales, poniendo de relieve cómo esta búsqueda excede la prerrogativa imputada a las clases medias. Asimismo, este sueño es puesto en jaque en las experiencias generacionales que mostramos (como ser el hijo y la hija de Rosa, Capítulo II) dada las imposibilidades de acceso al crédito, y cómo se pospone este proyecto y se ponderan otros orientados al presente, a la experiencia y a la reconexión sensorial y emotiva con el tiempo/espacio que se habita (Capítulo V).

Muchas de mis interlocutoras, amén que tenían una vivienda propia, también buscaban generar una suerte de desapego con su propiedad –mayormente compartida– y antaño entendida como materialidad fundante y necesaria para consolidar un proyecto familiar. Esta suerte de ruptura tenía diversas traducciones en términos prácticos, podía vincularse con la construcción en sí, con el mobiliario, con los objetos o con las (im)posibilidades que se anquilosaban en tramas vinculares que obstruían la posibilidad de desprenderse de lo que consideraban “propio”. De igual manera, es menester señalar cómo entre algunas familias de las clases medias, luego de una conquista “exitosa” de “la casa propia”, se ponen sobre la mesa *otros sueños* que, en la historia de casa de Rosa

y Oscar, se vincula a la casa de fin de semana¹⁸¹. Esta “otra casa propia” se torna parte del régimen de bienestar de esta familia, constituyéndose en un remanso para el ocio y el descanso. De modo que la ambivalencia sobre la relación con la casa y con *el sueño* habitado es constitutiva de estas experiencias.

El antropólogo Lins Ribeiro marca que, quienes hacemos antropología, somos de alguna manera rompe-rutinas o rompe-cotidianos, que vivimos en una suerte de desfasaje temporal con “la sincronía dominante de la reproducción de la vida” (1989, p. 69). Puedo decir que esta investigación también rompió mis rutinas y mis naturalizaciones sobre lo que creía conocido sobre mi propio itinerario habitacional, mi vínculo con Barrio Peluffo y mi circulación en Haedo en la infancia. Comprendí que a menudo damos por sentado no solo la existencia de una casa –en la que (podemos) vivir–, sino que también homologamos nuestro vínculo con ella al que tienen otras personas, y no nos detenemos a interrogar las experiencias que surgen de esa relación. De esta manera, no es lo mismo una casa en un contexto rural que en uno periurbano, o una vivienda en un espacio urbano residencial que otra en un área comercial como así tampoco lo es una casa con localización en la Ciudad Autónoma de Buenos Aires (CABA) que una ubicada a varios kilómetros de esta. No es lo mismo quién tiene el título de propiedad de una casa y vive en ella, que quien la alquila o quien la recibe prestada o quien la ocupa. Toda casa tiene que ser comprendida en sus propias coordenadas, de quienes las proyectan, las construyen y las habitan.

2. El estilo de vida como proceso

Desnaturalizar la “casa” me alejó de visiones que la miran y analizan en tanto producto o pieza arquitectónica, para indagar su carácter practicado (de Certeau, 1996) y significado. En mi trabajo de campo la casa apareció como deseo, presente, proyecto e intercambio a medida que se ocupa y se apropia. Como mostré, el despliegue de mobiliario y de la decoración se organiza de acuerdo con el momento del ciclo vital que se atraviesa, a la vez que con estéticas vigentes para cada momento histórico. En esta

¹⁸¹ En algunos casos puede ser una casa quinta, una casa en la costa atlántica, una casa en el *country* o una casa en la montaña.

línea, en las casas presentadas, conviven elementos y bienes adquiridos en distintas décadas. En efecto, más que hablar de estilos de vida, entiendo que la construcción de una realidad habitada se lleva adelante mediante procesos y producciones situadas que articulan lo individual y lo colectivo.

El enfoque y método etnográfico articulado con historias de vida –*historias de casa*– me permitió reflexionar sobre las tensiones entre prácticas, discursos y representaciones. En donde matices intergeneracionales dieron cuenta de las orientaciones valorativas respecto de las maneras bajo las cuales concretar el sueño de la casa propia y producir sentido sobre esta. Muchas de las cuales, expresaron la experiencia de una movilidad social ascendente a partir del estilo de vida –lo que se conoce como movilidad por estilo de vida (Benson & O’Keilly, 2009)–.

Entre las características salientes de mis interlocutoras están el “construir por partes”, habitar con lo que se tiene y “resolver”; como un conjunto de decisiones que me habilitan a pensar estas acciones como parte de un hacer. Un sentido práctico que se compone de tensiones y de discusiones que trasvasan el cómo se ha de vivir para vertebrarse sobre el cómo, de qué manera y con quiénes se vive. Esto, a su vez, guardó estrecha lógica con cómo se circula la casa y qué rutinas se configuran dentro y más allá de estas.

Cuadros cuya función es tapar un agujero del aire acondicionado –aunque no vaya con la estética que buscaban “tener” en la casa–, frascos que se amuran a un mueble empotrado para mejorar la capacidad de guardado, pinturas de hijos/as en los pasillos a modo de compartir el carácter vivo de la casa, técnicas para decorar y comprar muebles potencialmente mudables constituyeron decisiones materiales a partir de las cuales estas personas buscaban organizarse a sí y al mismo tiempo sus ambientes, articulando tácticas individuales frente a ciertas reglas sociales vinculadas al plano estético. Donde, la vida cotidiana puso de relieve las contradicciones y, por momentos, desarmó la (re)producción como única lectura posible.

Propongo, así, comprender el modo complejo en que el habitar se construye en y con la casa, atendiendo tanto a una dimensión dinámica asentada en prácticas vinculadas con la materialidad que compone el espacio y su mantención, entre las cuales señalé “acumular”, “atesorar”, “guardar”, “almacenar”, “construir por partes”,

“amueblar”, “decorar” y “exhibir” entre otras; como acciones vitales que hacen posible llevar la vida de las personas y ponerlas en juego de un modo particular. En sus viviendas aparecen artefactos de acero inoxidable –algunos que se usan y otro que simplemente “están”– o bien aparecen audiolibros (en particular del método KonMari) que guían una decoración bajo una lógica de continuidad entre la casa, el cuerpo y la mente. Todas estas prácticas y objetos configuran un habitar heteróclito en *el sueño* de lo propio.

Cada capítulo contribuyó a problematizar la noción de estilo de vida, un concepto que ha tendido a ser la clave analítica por excelencia para pensar la configuración de un orden doméstico y extradoméstico, apoyado y sostenido con base a criterios estéticos, estilísticos y también morales sobre lo que es deseable, “está bien” o es (o no) apropiado para consolidar un tipo de imagen de sí.

Pensar en términos del estilo de vida como proceso, esto es, “en construcción”, posibilita correrse del carácter finalista y, en efecto, totalizante y cerrado que podría llevar a obturar la multiplicidad de experiencias de producción de hábitat como las aquí descritas. En esta línea, el carácter procesual tiene lugar por diversos motivos: por condicionantes económico-estructurales que imposibilitan la capacidad de ahorro, por la falta de acceso a sistemas de crédito –no atados a la inflación–, por los vaivenes en el mercado de trabajo, por los cambios en el horizonte de expectativas de las nuevas generaciones, por las transformaciones de los roles asumidos por las mujeres en la proyección y planificación familiar, entre otros motivos. En efecto, tal procesualidad, no escapa a los contextos de contingencia relativa y a las situaciones biográficas donde tiene sentido.

3. Sobre las experiencias de clases medias

En las últimas décadas, algunos estudios socio-antropológicos e históricos en torno al futuro se han orientado a indagar o bien las aspiraciones y expectativas (Fischer, 2014) o bien los sueños y las esperanzas que se ponen de relieve en la vida cotidiana (Crapanzano, 2003; Miyazaki, 2004, 2006; Bloch, 2007; Kooper, 2016; por señalar algunos). Tales aportes articulan trabajos más conocidos respecto del tiempo, la incertidumbre, el urbanismo y, de igual manera, plantean una mirada novedosa sobre el

asiento material de la incertidumbre en las dinámicas cotidianas. Estos trabajos, plantean la vivienda como un proyecto que anida un horizonte de previsibilidad para quienes lo encaran en contextos considerados como dinámicos, inciertos o críticos.

Aludir entonces a *los sueños*, como mandatos colectivos, y a las “casas” como parte del registro de experiencias temporales, vitales y materiales de algunas familias de clases medias urbanas en Haedo y sus inmediaciones, me permitió comprender un conjunto de imaginarios entre aquello a lo que se accede y cómo se habita pudiendo, en consecuencia, responder a otra de las preguntas iniciales de la tesis con base a las características de la intersección entre este grupo social y el *sueño de la casa propia*. En este marco, la materialización como proyecto excepcional a la vez que cotidiano expresa una modalidad particular de gestionar lo que se tiene.

Como señalé al inicio de esta tesis, entre las clases medias urbanas en Argentina, la metanarrativa de origen (Visacovsky, 2009) durante las primeras décadas del siglo XX, implicó la revitalización del discurso inmigratorio, sintetizado bajo la frase “venimos de los barcos”, que pregonaba una progresiva incorporación a la nación a partir del trabajo, la consolidación familiar esfuerzo, ahorro y sacrificio mediante. Como mostré en los distintos capítulos, esta narrativa también era movilizaba por quienes habían llegado de países limítrofes (ver Capítulo II), como una estrategia programática de ascenso social que, al mismo tiempo, mostraba las tensiones y disputas a su alrededor por el simple hecho de evocarla. Tal narrativa entonces tenía una materialización distintiva condensada en la figura de “la casa propia”, como parte de la concretización de un relato, la cual formó parte de ese *soñar despierto*. Los vaivenes económico-sociales y las complejidades para acceder a la propiedad dibujaron un camino de garantías organizado con base a estrategias familiares y/o arreglos patrimoniales a los que solo unos/as pocos/as parecen, aun en la actualidad, tener acceso.

En los últimos años, la literatura orientada a analizar las clases medias se ha centrado en estudiar sus características novedosas, entre las cuales se destacan: el uso de nuevas tecnologías, la búsqueda por consolidar un presunto estilo de vida, la posibilidad de experimentar el confort mediante el consumo, la movilización de técnicas

psicoterapéuticas en la vida diaria y los modos de llevar la espiritualidad a un régimen cotidiano. En mi tesis, todas esas marcas aparecen de manera diferencial en cada uno de los capítulos, aunque, en muchos casos, lo hacen de manera fragmentaria y movilizando otras narrativas disponibles y prácticas sugerentes: en donde la tecnología vendría a aparecer con el “asegurar”, en donde la espiritualización pareciera afirmarse en lo que se “saca” de la casa y un consumo que muchas veces implica grandes desembolsos de dinero y exigentes prácticas de mantenimiento. En este marco, resulta imposible hacer a un lado el rol que ocupa *la casa propia*, como sintetizadora de la puesta en escena de una pertenencia social para muchas de sus generaciones aunque en términos discursivos se desvanezca, sobre todo, entre las generaciones más jóvenes.

A partir de lo que presenté, “la casa propia” no constituye más el marcador privilegiado –mayoritariamente articulado con narrativas sobre el esfuerzo, ahorro y sacrificio– ni para argumentar la pertenencia a las clases medias ni como “argumento natural” exclusivo de este sector social. En este marco, conviven nuevos modos de habitar que ponderan valores (como la “felicidad”, la “resiliencia”, cultivar cierto bienestar, “dejar” o “soltar”), materialidades que todo lo tornan posible y visible (prerrogativas del concepto abierto y de los muebles que desarmables) y narrativas, paradójicamente individualizantes, sobre un “deber ser” orientado a “ser fiel con uno/as mismo/a” a la vez que contribuir al bienestar familiar y colectivo. En donde la familia se torna un actor que vehiculiza modos de transmisión y aprendizaje de estos valores morales, ahora novedosos y –como vimos– disputados, así como la gestión de futuro¹⁸². En este marco, entre este sector, la posibilidad de, como dijo Rosa, “pasar” –con relación a heredar– objetos como una *Pastalinda* que recibió de su madre, se torna un modo particular de entender el legado y el patrimonio más allá de la casa.

De igual manera, mostré que si bien la casa constituyó lo que denominé un tipo de *materialidad moral* privilegiada entre algunos grupos y sectores mayormente socializados en ese sueño y en esa metanarrativa en la actualidad, no se concibe necesariamente como un punto de partida sino de llegada (por todo lo que implica

¹⁸² Como mencioné anteriormente en diversas partes de la tesis, Isabella es parte de la familia de Luisa aunque configura un hogar no familiar.

alcanzarlo y en qué momento de la vida llega) que no siempre configura el horizonte de expectativas de estas personas, sobre todo de las generaciones más jóvenes. Puede observarse cómo hay *materialidades morales* que no se afincan en bienes inmuebles sino en bienes muebles como objetos/bienes legítimos (como vimos: la *Nespresso*, el *iPhone* o un lavavajillas) en distintos momentos históricos, contribuyendo a consolidar cierta posición social¹⁸³. Tales elecciones no pueden obviar condiciones estructurales que históricamente señalan las complejidades en el acceso a la “casa propia” y las condiciones socioeconómicas que parecieron recrudecerse mientras realicé mi trabajo de campo.

En este marco y con relación a las construcciones modernas (mayormente desplegadas en los Capítulos IV y V y, en el último apartado, del Capítulo II), registré cómo el concepto abierto en estas viviendas atravesaba las elecciones materiales y sociales de mis interlocutoras. Afectando entonces, los modulares que se eligen, la distribución de artefactos, las funcionalidades que se imputan a los objetos, la organización de habitaciones y si se contrata (o puede contratar) o no personal doméstico para sobrellevar el mantenimiento de un tipo de ambiente que, como dice Gloria, “todo se ve”. Tales demandas ejercían una sobrecarga, fundamentalmente, sobre las mujeres quienes pasaban mayormente en su casa. Mujeres a cargo del sostenimiento de espacios también fueron una imagen recurrente entre estas familias de clases medias.

4. Género, transmisión generacional y *curaduría*

Inicié esta tesis con un fragmento del diario de campo de Esther Hermitte, en donde hace alusión a cómo era percibida la casa y el modo en que debe ser curada para que “no muera” en Pinola (Chiapas). En las casas que presenté sus curadoras realizan un esfuerzo activo por “sostenerla” en términos materiales, afectivos y también morales, delimitando lo adecuado y apropiado en los confines de la vivienda (Jelin, 1998; Miguez, 1999; Cosse, 2008). Tal esfuerzo, implica numerosas acciones algunas de las cuales están marcadas por la recurrencia, la contingencia y la intimidad. Así como para

¹⁸³ En esta línea, podríamos pensar con Pérez (2012) que estas materialidades morales eran aquellas vinculadas con el cocinar y la limpieza, como la línea blanca de electrodomésticos.

otros/as la casa debió ser curada de la “envidia”, para mis interlocutoras la casa debió ser curada del ambiente, del tiempo e incluso de relaciones y de extraños al poner en acto un conjunto de acciones como: mantener, arreglar, decorar, cuidar, asegurar. En muchos casos, ese vínculo implicó acciones tales como “dejarla” o “intercambiarla” a modo de poder regenerar un rol con la vivienda.

Curaduría proveniente de la palabra curador del latín *curator* –que tiene cuidado de algo– y del latín *cura* –cuidado, solicitud– es el concepto analítico que recorre toda la tesis asumiendo diversas traducciones empíricas. Como un curador en un museo, las mujeres, en algunos casos despliegan el recorrido sobre el *canvas* que constituye su vivienda. Esto último, fue visible en las experiencias de Gloria (Capítulo IV) y de Isabella (Capítulo V) quienes reparaban en los detalles y decoraciones a ser exhibidas y mostradas. Ahora bien, por otra parte, puede también considerarse la experiencia de Luisa (Capítulo III) quién ejercía una curaduría con relación a compartir la casa con sus familiares y así preservar sus vínculos, aun cuando, por ejemplo, sus hijos ya no residan allí.

Ahora bien, las tensiones entre privilegio, posibilidad y exigencia eran palpables en órdenes profundamente feminizados en donde la *curaduría* podía registrarse de acuerdo con diversos sentidos y prácticas, como ser en la transmisión intergeneracional que procuraban asegurar algunas mujeres. Los roles asumidos y naturalizados formaron parte de esta tesis, sobre todo en lo que al orden doméstico refiere, tanto en el plano material como simbólico. “Sostener” y “limpiar” la casa, lo que implicaba no solo “estar ahí” sino que disponer de tiempo para poder realizarlo. Esta carga de trabajo a menudo se articulaba con otros trabajos que las mujeres llevaban adelante dentro y fuera de la casa. En el caso de Gloria, eso era compartido con su empleada doméstica a quien “trasmitía” sus saberes en una suerte de *pedagogización* de las “maneras de hacer” (Canevaro, 2009). Asimismo, Gloria, por ejemplo, llevaba a su hija a lavar la ropa con ella para comprobar si aprende tales saberes que hacen al dominio de la casa. Por su parte, Luisa, quien durante la crianza de sus hijos/as había tenido una empleada doméstica, Olga, hoy se encontraba sobrepasada con las demandas de la casa y, por tanto, entendía que, si no se podía mantener, en parte, había que irse. Rosa, aprovechaba el estar en su casa para resolver cuestiones vinculadas con su emprendimiento, a modo

de generar su propia autonomía material y así poder destinar dinero propio a la economía hogareña compartida con Oscar o bien a reinvertir su dinero. En esta línea, cabe señalar una masculinización de algunos quehaceres de la casa, aquellos orientados a aspectos de reparación o micro-construcción; en donde tanto Oscar como Ariel, en sus respectivas viviendas, aparecían con roles significativos.

A decir, la *curaduría doméstica*, no implica dejar de lado las tensiones propias de las configuraciones familiares, de sus arreglos patrimoniales y de las posibilidades de gestionar “lo propio” pero si considera cómo entre las mujeres de las clases medias, la actividad de “mostrar”, “enseñar”, “explicar” y “sugerir” son nodales para transmitir un conjunto de valores que consideran necesarios y/o ponen “en relación con” cuando no los perciben en otras personas. Curar en tanto cuidado también emergió en esta tesis como significativo, un cuidado de lo material como de lo familiar, en dónde padres y madres aparecieron aconsejando a sus hijos/as, aunque no siempre con éxito como vimos con Rosa y Oscar (Capítulo II) y facilitando su acceso a la vivienda independiente (Capítulo V). Esto implicaba diversas tensiones en la transmisión generacional de valores y saberes estrechamente orientadas por los contextos locales y estructurales (Goddard, 2014).

Estos resultados presentados no pueden ser generalizados a todas las clases medias ni de Haedo ni del conurbano oeste, sin embargo, dejan enunciadas un conjunto de preocupaciones e interrogantes con relación a este sector social y a sus microcontextos de sentidos. La cual se expresaba en la transmisión de otras enseñanzas como “sentirse seguro”, “no desperdiciar dinero”, ejemplo alquilando” y procurar el bienestar; como un modo de diferenciarse socialmente a la vez que producir huellas en lo que se tiene y decide.

5. “Salir” de las *historias de casa*: reciprocidad y conocimiento antropológico

Con las *historias de casa*, retomé la propuesta heurístico-metodológica de las historias de vida para comprender posiciones, contextos y concatenaciones de lo particular y lo común para mis interlocutoras en la relación que elaboran con su

vivienda. Las *historias* me posibilitaron construir una mirada de largo aliento sobre los modos en que estas personas percibieron y perciben el *sueño de la casa propia* en sus vidas. En efecto, “la historia de vida como metáfora” (Freidenberg, 1998, p. 150) resultó ser una técnica metodológica complementaria a la observación participante y entrevistas etnográficas que volvió legibles prácticas y decisiones múltiples tanto familiares como personales. Proveyéndome de un “ángulo epistemológico” (Freidenberg, 1998, p. 150) significativo.

Sobre la producción de conocimiento antropológico a partir de esta investigación, si hay algo a destacar es menos como “ingresé” al campo y más cómo “salí” de este o bien como “salí” de las *historias de casa*. Durante mi formación en antropología social leí muchos trabajos respecto a cómo prepararse para iniciar la etnografía y, tan solo unos pocos como “salir” lo cual, en gran medida, era sopesado con experiencias en primera persona de docentes y colegas. Comprendí que salir es un verbo que no captura la acción de cierre de la investigación la cual supone dejar la regularidad de los vínculos afectivos que fueron construidos y enlazados durante años.

Puedo decir que cada una de mis salidas fue diversa. De hecho, fue la acción de “salir” o pretender “cerrar” el campo la que me reveló la profundidad y potencia del conocimiento mutuo que sobre el que se apoya la etnografía. Con relación a esto, durante la carrera escuché frases como “el campo te habla” o “vos te das cuenta” como si fuera casi un “acto reflejo” del investigador/a dada su experiencia de “estar ahí”. Sin embargo, puedo decir que más que hablar, mis interlocutoras actuaron. Mi salida relativa del campo, digo relativa a razón que nos seguimos encontrando e intercambiando mensajes en la actualidad no como entre 2015-2019, y se delineó de acuerdo con diversos acontecimientos, la aparición de bienes y sus “esfuerzos” puestos sobre la mesa para conmigo.

Entre algunos acontecimientos significativos puedo señalar que: Gloria se encargó de la celebración de mi cumpleaños; Rosa contribuyó a conseguir un suplemento vitamínico muy costoso para mi abuela paterna y para mi suegro; Luisa comenzó a pintarme un cuadro de fileteado –que todavía no terminó– e Isabella dejó Haedo vendiendo y regalándome algunas de sus pertenencias. Cada una de estas

acciones marcaron mi ritual de pasaje, esa salida relativa del campo, si bien continuamos hablando y encontrándonos, no con la asiduidad e intimidad de esos años.

Otro tópico de interés en la construcción de conocimiento antropológico, particularmente en la etnografía, suele ser con relación a la “devolución” en el trabajo de campo. Si bien la idea de devolución supone una lógica bidireccional de relación, me parece más fértil pensar esto como un circuito o círculo, más bien, enmarcado en modos diversos que puede asumir la reciprocidad. A semejante “dar”, es decir, yo pudiera realizar mi etnografía durante años en cada una de estas moradas le supondría un “devolver” cuya magnitud no podría medir y, a decir, sobre lo que yo recipiqué, en términos estrictos, no lo podría precisar en este momento. Objetivando mi vínculo construido, puedo destacar que mi reciprocidad para con mis interlocutoras, entendida como parte de una temporalidad más amplia (Bourdieu, 1991a) que aquella que recorta esta tesis, se produjo de diversa manera. En parte, creo que con dos de mis cuatro interlocutoras recipiqué mientras hacía trabajo de campo y con dos de ellas aún no lo hice. Con Rosa siempre colaboré con su emprendimiento, tanto en la difusión y promoción de este como en la adquisición de ciertos productos, mi favorito, el aceite de almendras para el cabello. Por otra parte, con Gloria (y Ariel) colaboré hace años haciendo la fila para conseguir una vacante escolar para su hijo menor. Sin embargo, esta reflexión es unidireccional al momento porque aún no pude conversar sobre este tema con ellas. A mi entender, no hay reciprocidad equivalente que pueda argumentar mis condiciones de posibilidad y permanencia al dejarme ser parte del mundo íntimo y complejo de estos hogares.

6. Caminos y sueños futuros

Cuando comencé mi investigación, no advertí la totalidad de temas que me iba a abrir algo tan “común” y, a mis sesgados ojos, tan mundano como la casa. De alguna manera, la casa se manifestó como un ambiente, una atmósfera de lo posible. Aun la búsqueda por analizarlo todo, quedan diversas dimensiones o “puertas” analíticas que, aunque no abro, sí puedo identificarlas de acuerdo con los emergentes.

En la etnografía noté cómo las casas tienen un tipo de *ritmicidad* atada a sus materiales, tareas y tiempos de mantención, acondicionamiento, limpieza y cuidado que despliegan las personas. Entre las líneas de investigación que se desprenden de esta investigación, encuentro aquella que se interroga específicamente por la historia material de los artefactos y la materialidad en un sentido histórico y funcional, orientado a describir ensamblajes entre procesos productivos y usos cotidianos. Por otra parte, aunque de modo residual la noción de “ambiente”, por momentos, operó como una categoría nativa para mis interlocutoras para hablar del estado de algo, de una situación, de una escena, incluso de un sentir. En futuros trabajos indagaré sobre esta “ecología de la casa”, desde perspectivas ecológicas y feministas que interrogan, la modificación del ambiente, la tierra, la huella de carbono, la energía empleada en tal construcción y las relaciones de poder entre quienes construyen, quienes dirigen y quienes habitan una vivienda.

Otro horizonte de interés lo constituye la agenda de las movilidades tanto interconurbano como interresidenciales (con base al acceso a la vivienda organizado vía el parentesco). De igual manera, el tópico de la seguridad con relación a la vivienda amerita un análisis aparte en Argentina, no solo por las propias coordenadas y especificidades que tiene la discusión, sino también por las construcciones morales que se van sedimentando en el lenguaje usual, legitimando modos de discriminación socioespacial a la vez que sugiriendo la adquisición y compra de un conjunto de artefactos y servicios para el control (como lo visto en el Capítulo IV). Con relación a esto, es menester soslayar cómo en las últimas décadas artefactos inteligentes irrumpieron en el espacio doméstico modificándolos, alterando corporalidades y exponiendo diversas dinámicas de control. En diversos soportes, la inteligencia artificial ha entrado en la casa, sobre todo entre las clases medias y clases medias altas, donde progresivamente se observa una tensión entre tecnología-intimidación-control. Anidado a esto último, otro campo que se abre para futuras indagaciones es aquel orientado a estudiar los cuidados y las crianzas en la vivienda, donde artefactos adquieren un carácter paradójico entre el cuidar y el controlar. Asimismo, desde los estudios de género y las perspectivas feministas, queda pendiente problematizar los sentidos comunes sobre estos grupos a la

vez que atender el modo complejo en que viejos discursos sobre lo doméstico y los roles en la casa asumen nuevas formas y se circulan por distintos soportes.

Por último, cabe señalar que dada la amplificación de la temática “sobre la casa” a razón de la pandemia acaecida por el COVID-19 a nivel global y sus efectos sobre la vida en Argentina y, en particular en el conurbano, quedan abiertas inquietudes sobre las condiciones materiales bajo las cuales atravesar situaciones críticas (sanitarias, catastróficas, etc.) y el modo en que el “bienestar” vinculado con la salud termina por marcarse y señalizarse la vivienda. Al respecto, restará indagarse qué *sueños* permanecen y cuáles perecen luego de esta crisis sanitaria, incluso cuáles se tornan visibles en este marco, *sueños* que puede nunca hayan sido idénticos *más allá y más acá* de las clases medias.

REFERENCIAS

- Abadi, E. y Mileo, D. (2002). *Tocar Fondo. La Clase Media Argentina en Crisis*. Editorial Sudamericana.
- Aboy, R. (2007). *Vivir con otros. Una historia de los edificios de departamentos en Buenos Aires, 1920-1960*. [Tesis de Doctorado en Historia Moderna, Universidad de San Andrés].
- _____ (2008). Arquitecturas de la vida doméstica. Familia y vivienda en Buenos Aires, 1914-1960. *Anuario IEHS*, 23, 355–384.
- _____ (2010). Ciudad, vivienda e intimidad doméstica en los años del primer peronismo. Una aproximación a través de las narraciones cinematográficas. En C. Soria, P. Cortés Rocca y E. Dieleke (Eds.), *Políticas del sentimiento. El Peronismo y la construcción de la Argentina moderna*. Prometeo.
- _____ (2012). A cultural urban transformation: apartment building construction and domestic space for the upper classes in 1930s Buenos Aires. *Planning Perspectives. International Journal of History, Planning and the Environment*, 27(1), 25–49. <https://doi.org/10.1080/02665433.2012.629809>
- _____ (2014). Departamentos para las clases medias: organizaciones espaciales y prácticas de domesticidad en Buenos Aires, 1930. *Estudios Interdisciplinarios de América Latina y el Caribe*, 25(2), 31–58. <http://eial.tau.ac.il/index.php/eial/article/view/1138>
- Acevedo, M. (2012 [1982]). *El diez de mayo*. Ule Libros.
- Adamovsky, E. (2014). Clase media: problemas de aplicabilidad historiográfica de una categoría. En E. Adamovsky, S. E. Visacovsky y P. Vargas (Comps.), *Clases medias: nuevos enfoques desde la sociología, la historia y la antropología* (pp. 115–138). Ariel.
- _____ (2015). *Historia de la clase media argentina. Apogeo y decadencia de una ilusión, 1919-2003*. Booket.
- Aguilar, P. (2014). *El hogar como problema y como solución: una mirada genealógica de la domesticidad a través de las políticas sociales. Argentina, 1890-1940*. Ediciones del CCC Floreal Gorini.
- _____ (2013). Domesticidad e intervención: el “hogar” en los debates de la cuestión social (1890-1940). *Debate Público*, 3(6), 43–58.

- Ahmed, S. (2019). *La promesa de la felicidad. Una crítica cultural al imperativo de la alegría*. Caja Negra.
- Altglas, V. (2014). Exotisme religieux et bricolage. *Archives de sciences sociales des religions*, 167(3), 315–332.
- Althabe, G. y Hernández V. A. (2005). Implicación y reflexividad. En V. A. Hernández et al. (Comps.), *Etnografías Globalizadas* (pp. 71–90). Ediciones SAA.
- Anderson, B. (1993). *Comunidades imaginadas. Reflexiones sobre el origen y la difusión del nacionalismo*. Fondo de Cultura Económica.
- Appadurai, A. (1986). *La vida social de las cosas. Perspectiva cultural de las mercancías*. Grijalbo.
- _____ (2015). *El futuro como hecho cultural: ensayos sobre la condición global*. Fondo de Cultura Económica.
- Arizaga, C. (2000). Murallas y barrios cerrados. La morfología espacial del ajuste en Buenos Aires. *Nueva Sociedad*, 166, 22–32.
- _____ (2004). Espacialización, estilos de vida y clases medias: procesos de suburbanización en la RMBA. *Perfiles Latinoamericanos*, 12(25), 43–58.
- _____ (2005). La construcción del gusto legítimo en el mercado de la casa. *Bifurcaciones*, (5), 1–12. <http://www.bifurcaciones.cl/2005/12/la-construccion-del-gusto-legitimo-en-el-mercado-de-la-casa/>
- _____ (2017). *Sociología de la felicidad. Autenticidad, bienestar y management del yo*. Editorial Biblos.
- Attfield, J. (1997). Design as a Practice of Modernity: A Case for the Study of the Coffee Table in the Mid-century Domestic Interior. *Journal of Material Culture*, 2(3), 267–289. <https://doi.org/10.1177/135918359700200301>
- Augé M. y Colleyn, J. P. (2006). *Qué es la antropología*. Paidós.
- Auyero, J. (2001). *La política de los pobres. Las practicas clientelistas del peronismo*. Manantial.
- Balbi, F. A. (2011). *Sobre la orientación moral del comportamiento y los usos prácticos de las orientaciones morales*. [Presentación en Congreso]. X Congreso Argentino de Antropología Social, Facultad de Filosofía y Letras, Universidad de Buenos Aires, Argentina.

- Ballent, A. (1990). La Iglesia y la vivienda popular: La Gran Colecta Nacional de 1919. En D. Armus (Comp.), *Mundo urbano y cultura popular. Estudios de historia social argentina* (pp. 195–217). Editorial Sudamericana.
- _____ (2004). Pintoresca, arquitectura. En J. Liernur y F. Aliata (Eds.), *Diccionario de Arquitectura en la Argentina* (pp. 68–74). Clarín.
- _____ (2014). Entre el mercado y la obra estatal. Itinerarios del chalet californiano; Tres veces Claudia. Modernización de la prensa, la mujer y la casa. En A. Ballent y J. F. Liernur, *La casa y la multitud. Vivienda, política y cultura en la Argentina moderna* (pp. 433–460; 591–626). Fondo de Cultura Económica.
- Ballent, A. y Liernur J. F. (2014). *La casa y la multitud. Vivienda, política y cultura en la Argentina moderna*. Fondo de Cultura Económica.
- Banton, M. (1957). *West African City: A Study of Tribal Life in Freetown*. Oxford University Press for the International African Institute.
- Barada, J. (2018). *Entre casas, departamentos y viviendas: una etnografía de las relaciones entre los pastores y el estado desde la producción de arquitectura doméstica en un pueblo puneño*. Antropofagia.
- Barthes, R. (1980). *La cámara lúcida. Nota sobre la fotografía*. Paidós.
- Baudrillard, J. (1969). *El sistema de los objetos*. Siglo XXI Editores.
- _____ (1998). *The consumer society. Myths and structures*. SAGE.
- Becoña, E. (2006). Resiliencia: definición, características y utilidad del concepto. *Revista de psicopatología y psicología clínica*, 3(11), 125–146. <https://doi.org/10.5944/rppc.vol.11.num.3.2006.4024>
- Benítez, J., Felice, M., y Márquez, A. (2014). “Primera Casa BA”: Un programa en la encrucijada. *Revista Debate Público*, 4(7), 119–130.
- Benson, M. & O’Reilly, K. (2009). *Lifestyle migration: expectations, aspirations and experiences*. Ashgate.
- Bialakowsky, A. (2018). Vida cotidiana y reclasificaciones sociológicas según Giddens, Bourdieu, Habermas y Luhmann. *Convergencia Revista de Ciencias Sociales*, (77), 21–77. <https://doi.org/10.29101/crcs.v25i77.4456>
- Bjerg, M. (2012). Prólogo. En I. Pérez, *El hogar tecnificado. Familias, género y vida cotidiana. 1940-1970* (pp. 15–18). Editorial Biblos.

- Blanco Esmoris, M. F. y Verdenelli, J. (2017). *Mujeres, madres y emprendedoras. Discursos circulantes sobre la maternidad y la profesión entre las mujeres de clase media. Argentina* [Presentación en Congreso]. XII Reunión de Antropología del MERCOSUR. Universidad Nacional de Misiones, Posadas, Argentina.
- Blanco Esmoris, M. F. (2017). Reseña del libro *How the world changed social media*. *Etnografías Contemporáneas*, 3(5), 347–351. <http://revistasacademicas.unsam.edu.ar/index.php/etnocontemp/article/view/454>
- _____ (2020). ¿Estéticas habitacionales de la emergencia?: una reflexión sobre las casas en Argentina en tiempos de COVID-19. *Revista Andaluza de Antropología*, 1(19), 132–142. <https://institucional.us.es/revistas/RAA/19/8.pdf>
- Bloch, E. (2007). *El principio esperanza* (Tomo III). Trotta.
- Blunt, A. y Downing, R. (2006). *Home*. Routledge.
- Blumer, H. (1968). *Symbolic Interactionism. Perspective and Method*. California Press.
- Boggi, S. y Galvan N. (2016). Ciudad media, ciudad intermedia: ¿ni chicha ni limonada?. En A. Gravano, A. Silva y A. Boggi (Eds.), *Ciudades vividas: sistemas e imaginarios de ciudades medias bonaerenses*. Café de las Ciudades.
- Botas, N. C. A. (2011). *Entre o progresso técnico e a ordem política. Arquitetura e urbanismo na ação habitacional do IAPI*. [Tesis de Doctorado, FAUUSP].
- Bourdieu, P. (1991a). *El sentido práctico*. Taurus.
- _____ (1991b). “La casa o el mundo invertido”. En *El sentido práctico* (Anexo). Taurus.
- _____ (2003). *Las estructuras sociales de la Economía*. Anagrama.
- _____ (2012). *La distinción: Criterio y bases sociales del gusto*. Alfaguara, Taurus.
- Buchli, V. (2013). *An Anthropology of Architecture*. Bloomsbury.
- Buechler, H. y Buechler, J. M. (2012). El rol de las historias de vida en antropología. *Áreas. Revista Internacional de Ciencias Sociales*, 19, 245–263. Traducción del inglés por José María Cardcsín (original, 1999).
- Butler, J. (2007). *El género en disputa. El feminismo y la subversión de la identidad*. Paidós.
- Cabrera, P. (2010). Volver a los caminos andados. *Nuevas Tendencias en Antropología*, 1, 54–88.

- Carbajal, R. (2003). Transformaciones socioeconómicas y urbanas en Palermo. *Revista Argentina de Sociología*, 1(1), 94–109.
- Calcavanti, L. (1987). *Casas para o Povo*. Disertación de Maestría, Museo Nacional. Mimeo.
- Carozzi, M. J. (2000). *Nueva Era y terapias alternativas. Construyendo significados en el discurso y la interacción*. Ediciones de la UCA.
- Cavalcanti, M. (2009). Do barraco à casa: tempo, espaço e valor(es) em uma favela consolidada. *Revista Brasileira de Ciências Sociais*, 24(69), 69–80.
- Campbell, C. (1996). The Meaning of Objects and the Meaning of Actions: A Critical Note on the Sociology of Consumption and Theories of Clothing. *Journal of Material Culture*, 1(1), 93–105. <https://doi.org/10.1177/135918359600100105>
- Canevaro, S. (2009). Empleadas Domésticas y Empleadoras en la Configuración del Trabajo Doméstico en la Ciudad de Buenos Aires: entre la administración del tiempo, la organización del espacio y la gestión de las ‘maneras de hacer’. *Campos - Revista de Antropología*, 10(1), 63–86. <http://dx.doi.org/10.5380/cam.v10i1.18579>
- _____ (2014). Afectos, saberes y proximidades en la configuración de la gestión del cuidado de niños en el hogar. Empleadas y empleadoras del servicio doméstico en la Ciudad de Buenos Aires. *Universidad Nacional de Santiago Del Estero; Trabajo y Sociedad*, 22(3), 175–193.
- _____ (2015). Juicios, acusaciones y traiciones. Moralidades en disputa en el servicio doméstico en Buenos Aires. *Revista Século XXI*, 5(1), 26–52.
- _____ (2020). *Como de la familia. Afecto y desigualdad en el trabajo doméstico*. Prometeo.
- Carrier, J., & Heyman, J. McC. (1997). Consumption and Political Economy. *The Journal of the Royal Anthropological Institute*, 3(2), 355–373. <https://doi.org/10.2307/3035024>
- Carsten, J. y Hugh-Jones S. (1995). Introduction. En J. Carsten y S. Hugh-Jones (Eds.), *About the House* (pp. 1–46). Cambridge University Press.
- Carsten, J. (1997). *The heat of the hearth: the process of kinship in a Malay fishing community*. Clarendon Press.

- _____ (2000) (Ed). *Cultures of relatedness. New approaches to the study of kinship*. Cambridge University Press.
- _____ (2004). *After Kinship*. Cambridge University Press.
- Cerrutti, M. (2002). Trabajo, organización familiar y relaciones de género en Buenos Aires. En C. Wainerman (Comp.), *Familia, trabajo y género. Un mundo de nuevas relaciones* (pp. 19–34). Fondo de Cultura Económica-UNICEF.
- Chamayou, G. (2016). *Teoría del dron*. Futuro Anterior.
- Chaney, D. (1996). *Lifestyles*. Routledge.
- Charbonneau, J. & Gauthier, M. (2001). Introduction: Culture and Lifestyle. *Society and Leisure*, 24(2), 353–356.
- Chiarello, A. (2015). El tipo chalet californiano en la arquitectura doméstica del noroeste Argentino. Tucumán y Salta: 1930-1950. *Revista de Historia Americana y Argentina*, 50(2), 185–214.
<https://revistas.uncu.edu.ar/ojs/index.php/revihistoriargenyame/article/view/1273>
- Cieraad, I. (2002). Out of my kitchen! Architecture, gender and domestic efficiency. *The Journal of Architecture*, 7(3), 263–279.
- _____ (Ed.) (2006). *At home: An anthropology of domestic space*. Syracuse University Press.
- Clammer, J. (1984). Approach to ethnographic research. En R. F. Ellen (Comp.), *Ethnographic Research. A Guide of General Conduct*. Academic Press.
- Clarke, J. (2001). The Aesthetics of Social Aspiration. In D. Miller (Ed.), *Home Possessions* (pp. 23–46). Berg.
- Edwards, C. (2007). *The 'Scandinavian Ideal' in Design: Two Distinct Approaches to the Marketing of an Ideal*. CHARM. Loughborough.
- Cohen, A. (1985). *The Symbolic Construction of Community*. Tavistock Publications.
- Correa, M. E. (2011). La producción cultural del diseño. El caso de los diseñadores independientes de la ciudad de Buenos Aires. *Trabajo y Sociedad*, XV(17), 329–342.
- Cosacov, N. (2009). Dinámica del capital y movilización de vecinos. Aproximaciones a un análisis microespacial de un conflicto urbano en un barrio de la ciudad de

- Buenos Aires. *Intersticios. Revista sociológica de pensamiento crítico*. 3(2), 193–204.
- _____ (2012). *Alquileres e Inquilinos en la Ciudad de Buenos Aires. Una radiografía*. Informe de vivienda y hábitat. Laboratorio de políticas públicas. <https://esnuestralaciudad.org/wp-content/uploads/2015/11/COSACOV-Alquileres-e-inquilinos-en-la-CABA.-Una-radiografia.pdf>
- _____ (2016). El papel de la familia en la inscripción territorial. Exploraciones a partir de un estudio de hogares de clase media en el barrio de Caballito, Buenos Aires. *Población y Sociedad*, 24(1). <https://cerac.unlpam.edu.ar/index.php/pys/article/view/2822/2997>
- Cosse, I. (2006). Cultura y sexualidad en la Argentina de los 60': usos y resignificaciones de la experiencia transnacional. *E.I.A.L.*, 15(1), 39–60.
- _____ (2008). El modelo conyugal en la ciudad de Buenos Aires de la segunda posguerra: El compañerismo de complementariedad y el impulso familiarista. *Trabajos y Comunicaciones*, (34), 63–94.
- _____ (2010). *Pareja, sexualidad y familia en los años sesenta*. Siglo XXI Editores.
- _____ (2014). Las clases medias en la historia reciente latinoamericana. *Historia y problemas del siglo XX*, 5(5), 13–20.
- Crapanzano, V. (2003). Reflections on hope as a category of social and psychological analysis. *Cultural Anthropology*, 18(1), 3–32.
- Cravino, A. M. (2020). Historia de la vivienda Social en Buenos Aires: Segunda Parte. *Vivienda y Ciudad*, 7, 250–273.
- Csordas, T. (1990). Embodiment as a Paradigm for Anthropology. *Ethos*, 18(1), 475–515.
- Cutruneo, J. P. (2014). Dossier. Herramientas conceptuales y proyectuales en la construcción de la vivienda mercancía moderna en rosario en el segundo cuarto del siglo XX. *Revista de Historia Americana y Argentina*, 50(2), 65–112.
- Csikszentmihalyi, M. and Rochberg-Halton, E. (1981). *The Meaning of Things: Domestic Symbols and the Self*. Cambridge University Press. <https://doi.org/10.1017/CBO9781139167611>
- DaMatta, R. (1997a). *A casa e a Rua: espaço, cidadania, mulher e a morte no Brasil*. Rocco.

- _____ (1997b). *Carnavales, malandros y héroes. Hacia una sociología del dilema brasileño*. Fondo de Cultura Económica.
- de Certeau, M. (1996). *La Invención de lo Cotidiano. I. Artes de Hacer; II. Habitar y Cocinar*. Universidad Iberoamericana, Instituto Tecnológico y de Estudios Superiores de Occidente, Centro Francés de Estudios Mexicanos y Centroamericanos.
- Di Virgilio, M. M. (2007). *Trayectorias residenciales y estrategias habitacionales de familias de sectores populares y medios en Buenos Aires*. [Tesis de Doctorado en Ciencias Sociales, Universidad de Buenos Aires].
- Di Virgilio, M., Guevara, T. y Arqueros Mejica, S. (2015). La evolución territorial y geográfica del conurbano bonaerense en las últimas décadas. En G. Kessler (Dir.), *Historia de la provincia de Buenos Aires: El Gran Buenos Aires* (pp. 73–102). Edhasa, UNIPE: Editorial Universitaria.
- Días Duarte, L. F. (2004). A Pulsão Romântica e as Ciências Humanas no Ocidente. *Revista Brasileira de Ciências Sociais*, 19(55), 5–18.
- _____ (2013). Antropología y psicoanálisis: Retos de las ciencias románticas en el siglo XXI. *Culturas Psi*, 2, 45–63. <https://ppct.caicyt.gov.ar/index.php/culturaspsi/article/view/3902>
- Días Duarte, L. y Gomes, E. (2008). *Três Famílias. Identidades e Trajetórias Transgeracionais nas Classes Populares*. Editora FGV.
- Douglas, M. (1991). The Idea of a Home: A Kind of Space. *Social Research*, 58(1), 287–307.
- _____ (2007). *Pureza y peligro: un análisis de los conceptos de contaminación y tabú*. Nueva visión.
- _____ (2008). Modelo corpo/casa do mundo: o microcosmos como representação coletiva. *Revista FAMECOS*, 11(25), 138–152. <https://doi.org/10.15448/1980-3729.2004.25.3293>
- Douglas, M. e Isherwood, B. (1990). *El mundo de los bienes. Hacia una antropología del consumo*. Grijalbo Conaculta.
- Downes, J. C. (2015). *¿Por qué el Conurbano?*. Dunken.
- Du Bois, C. (1960 [1944]). *The People of Alar: A Social-Psychological Study of an East Indian Island*. Harper Torchbooks.

- Dumans Guedes, A. (2017). Construindo e estabilizando cidades, casas e pessoas. *Mana*, 23(3), 403–435.
- Dumont, G. y Clua García, R. (2015). Acercamiento socio-antropológico al concepto de estilo de vida. *Aposta, Revista de Ciencias Sociales*, (66), 83–99. <https://www.redalyc.org/pdf/4959/495950262004.pdf>
- Durkheim, E. (2012). *Las formas elementales de la vida religiosa*. Fondo de Cultura Económica.
- Durkheim, É. y M. Mauss (1996). Sobre algunas formas primitivas de clasificación. Contribución al estudio de las representaciones colectivas. En *Clasificaciones primitivas y otros ensayos de antropología positiva* (pp. 107–137). Ariel.
- Elias, N. y J. Scotson. (1994). *The Established and the Outsiders. A Sociological Enquiry into Community Problems*. SAGE.
- Epstein, A. (1958). *Politics in an Urban African Community*. Manchester University Press.
- Featherstone, M. (2000). The Globalization of Mobility: Experience, Sociability and Speed in Technological Cultures. En E. E. Busto Garcia & F. Lobo (Eds.), *Lazer numa sociedade Globalizada/ Leisure in a Globalized Society*. SESC & World Leisure & Recreational Association.
- _____ (2002). Cosmopolis: An Introduction. *Theory, Culture & Society*, 19(1-2), 1–16. <https://doi.org/10.1177/026327640201900112>
- Feijóo, M. del C. y Nari, M. (1996). Women in Argentina during the 1960's. *Latin American Perspectives*, 88(XXIII), 1.
- Felice, M. I. (2017). Experiencias de formación de un hogar propio en jóvenes de estratos medios de la Ciudad de Buenos Aires. *Población y Sociedad*, 25(1). <https://cerac.unlpam.edu.ar/index.php/pys/article/view/2835>
- Felice, M. (2018). La “casa de la amistad”: Modos de construir y significar el hogar propio en jóvenes de la Ciudad de Buenos Aires. *Última Década*, 25(46), 117–146. <https://revistas.uchile.cl/index.php/UD/article/view/48517/51075>
- Fernández Álvarez, M. I. (2016). *Hacer juntos(as). Dinámicas, contornos y relieves de la política colectiva*. Editorial Biblos – Investigaciones y Ensayos.
- Ferraudi Curto, M. C. (2014). Las fronteras cambiantes entre lo político y lo social: Aportes etnográficos al debate en torno de “el 2001” en

http://www.memoria.fahce.unlp.edu.ar/art_revistas/pr.6478/pr.6478.pdf

- Ferrarotti, F. (1989). *La sociologia alla riscoperta della qualità*. Laterza.
- Ferreira, R. Q. (2010). “Mi casa, su casa”. La subjetivación del espacio íntimo como imagen representada. *Revista del Museo de Antropología*, 91–98. <https://doi.org/10.31048/1852.4826.v3.n1.5450>
- Fischer, E. (2014). *The good life: aspiration, dignity, and the anthropology of wellbeing*. Stanford University Press.
- Freidenberg, J. N. (1998). Vidas privadas / políticas públicas. Historias de vida como etnografía aplicada. *Cuadernos del Instituto Nacional de Antropología y Pensamiento Latinoamericano*, 18(0), 147–166.
- Freidenberg, J. N. (2013). *La invención del gaucho judío. Villa Clara y la construcción de la identidad argentina*. Prometeo.
- Frigerio, A. (2013). Lógicas y límites de la apropiación new age: donde se detiene el sincretismo. En *Variaciones y apropiaciones latinoamericanas del new age* (pp. 47–70). Centro de Investigaciones y Estudios Superiores en Antropología Social, El Colegio de Jalisco.
- Fonseca, C. (2018). Mediaciones políticas del parentesco: tiempo, documentos y ADN. *Athenea Digital. Revista de Pensamiento e Investigación Social*, 18(1), 155–179. <https://doi.org/10.5565/rev/athenea.2206>
- Funes, M. E. (2016). La búsqueda de confort en las prácticas religiosas. Reseña de “Um Deus de todos os dias. Uma análise sobre pessoa, aflição e conforto numa trama religiosa de Buenos Aires” del Dr. Nicolás Viotti. *Sociedad y Religión: Sociología, Antropología e Historia de la Religión en el Cono Sur*, XXVI(45), 185–188.
- _____ (2018). *La espiritualización de lo cotidiano. Estilos de vida, experiencias espaciales y sectores medios en la periferia de Buenos Aires*. [Tesis de Doctorado en Ciencias Sociales, Universidad de Buenos Aires-École des Hautes Études en Sciences Sociales].
- Furbank, P. N. (2005). *Un placer inconfesable o la idea de clase social*. Paidós.
- Gabriel, Y. & Lang, T. (1995). *The Unmanageable Consumer. Contemporary Consumption and its Fragmentation*. SAGE Publishing.

- Galar, S. (2017). Problematizar el problema. Apuntes para complejizar el abordaje de la inseguridad en la dimensión pública. *Papeles de Trabajo*, 19(11), 61–76, <https://dialnet.unirioja.es/servlet/articulo?codigo=6109640>
- García Martín, S. (2017). Conexiones entre identificaciones de clase media y condiciones laborales precarias de trabajadores estatales del ámbito cultural. *Question/Cuestión*, 1(55), 443–459. <https://perio.unlp.edu.ar/ojs/index.php/question/article/view/4313>
- _____ (2018, diciembre 5–7). *Clases medias y oficios artísticos: Apuntes etnográficos sobre prácticas de adscripción de clase media de trabajadores de escenografía de un teatro de gestión estatal*. X Jornadas de Sociología de la UNLP [Presentación en Congreso]. Universidad Nacional de La Plata, Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación, Departamento de Sociología, Ensenada, Argentina. http://www.memoria.fahce.unlp.edu.ar/trab_eventos/ev.11525/ev.11525.pdf
- Garguín, E. (2009). “Los argentinos descendemos de los barcos”. Articulación racial de la identidad de clase media en Argentina (1920-1960). En S. Visacovsky y E. Garguín (Eds.), *Moralidades, economías e identidades de clase media: Estudios históricos y etnográficos* (pp. 61–94). Antropofagia.
- Garvey, P. (2005). Domestic Boundaries: Privacy, Visibility and the Norwegian Window. *Journal of Material Culture*, 10(2), 157–176.
- Garfinkel, H. (1967). *Studies in Ethnomethodology*. Polity Press.
- Galvaliz, S. A., Giró, M. G., Rus, M. F y Olmedo, M del R. (2018). *Implicancias del mercado del suelo en la configuración de órdenes de la ciudad. Análisis de casos testigo en Resistencia (Chaco) y Corrientes, Argentina* [Presentación en Congreso]. 3° Congreso Internacional Vivienda y Ciudad: Debate en torno a la Nueva Agenda Urbana, Argentina. <https://rdu.unc.edu.ar/bitstream/handle/11086/11577/2C.4-Galvaliz.pdf?sequence=89&isAllowed=y>
- Gell, A. (1998). *Art and Agency: An Anthropological Theory*. Clarendon Press.
- Giddens, A. (1995). *La constitución de la Sociedad: bases para la teoría de la estructuración*. Amorrortu Editores.

- Gerke, S. (2000). Global Lifestyles Under Local Conditions: The New Indonesian Middle Class. En B. Chua (Ed.), *Consumption in Asia: Lifestyle and Identities* (pp. 135–158). Routledge.
- Gerke, S. & Evers, H. (2006). Globalizing Local Knowledge: Social Science Research on Southeast Asia, 1970-2000. *Sojourn: Journal of Social Issues in Southeast Asia*, 21(1), 1–21. <https://www.jstor.org/stable/41308062?seq=1>
- Germani, G. (1942), La clase media en la ciudad de Buenos Aires: estudio preliminar. *Boletín del Instituto de Sociología*, (1), 105–126.
- Girola, M. F. (2006). Procesos de transformación urbana en la Región Metropolitana de Buenos Aires: una mirada sobre el avance de la ciudad-negocio. *Intersecciones en antropología*, (7), 361–374.
- _____ (2007). El surgimiento de la megaurbanización Nordelta en la Región Metropolitana de Buenos Aires: consideraciones en torno a las nociones de ciudad-fragmento y comunidad purificada. *Estudios Demográficos y Urbanos*, 22(2), 363–397. <http://dx.doi.org/10.24201/edu.v22i2.1283>
- Gluckman, M. (1961). Anthropological Problems Arising from the African Industrial Revolution. En A. Southall (Ed.), *Social Change in Modern Africa* (pp. 67–82). Oxford University Press for the International African Institute.
- Gorbán, D. (2012). *Empleadas y empleadoras, tensiones de una relación atravesada por la ambigüedad*. Centro de Investigaciones Sociológicas.
- Goffman E. (1959). *The Presentation of Self in Everyday Life*. Doubleday Anchor Books.
- _____ (1967). *Interaction Ritual*. Doubleday Anchor Books.
- _____ (1971). *Relations in Public*. Basic Books.
- _____ (1974). *Frame Analysis*. Harper & Row.
- Goddard, V. (1996). *Gender, Family and Work in Naples*. Berg Press.
- _____ (2006). “This Is History”: Nation and Experience in Times of Crisis—Argentina 2001. *History and Anthropology*, 17(3), 267–286. <https://doi.org/10.1080/02757200600900697>
- _____ (Ed.) (2014). *Gender, agency and change. Anthropological perspectives*. Routledge.

- _____ (2017). Work and livelihoods. En S. Narotzky y V. Goddard (Eds.), *Work and livelihoods. History, Ethnography and Models in times of crisis* (pp. 1–27). Routledge.
- Gómez, J. L. (2012). Empresarios de la vivienda. El caso F.I.N.C.A y las compañías de Crédito Recíproco frente a las políticas del Banco Hipotecario Nacional entre 1946 y 1955. *Anuario CEEED*, 4(4). http://bibliotecadigital.econ.uba.ar/econ/collection/aceeed/document/aceeed_v4_n4_04
- Graeber, D. (2011). Consumption. *Current Anthropology*, 52(4), 489–511. <https://www.jstor.org/stable/10.1086/660166?seq=1>
- Graeff, C. (2001). *La Nueva Era en un grupo de clase media de la ciudad de México*. [Tesis Licenciatura, Escuela Nacional de Antropología e Historia].
- _____ (2006). La New Age propuesta de una espiritualidad global. *Quaderns-e de l'Institut Català d'Antropologia*, (7). <https://www.raco.cat/index.php/QuadernseICA/article/view/51395>
- Granero, G., Barreda, P. y Bercovich, F. (2019). La política habitacional en Argentina. Una mirada a través de los institutos provinciales de vivienda. *Documento de Trabajo N° 181*. CIPPEC.
- Gravano, A. (2015). Imaginarios sociales de la ciudad media: emblemas, fragmentaciones y otredades urbanas, estudios de Antropología Urbana. En S. Boggi et al. (Comps.), *FACSO y SCYT de la UNICEN*. UNICEN. Red de Editoriales de Universidades Nacionales, Tandil-Olavarría.
- Grimson, A. (2008). Clasificaciones espaciales urbanas y política en Buenos Aires. *La Biblioteca. Ciudad y cultura*, (7), 254–271.
- Grimson, A., Merenson S. y Noel, G. (Comps.) (2011). *Antropología ahora. Debates sobre la alteridad*. Siglo XXI Editores.
- Gorelik, A. (2015). *Terra incognita*. Para una comprensión del Gran Buenos Aires. En G. Kessler (Dir.), *Historia de la provincia de Buenos Aires: El Gran Buenos Aires* (pp. 21– 69). Edhasa, UNIPE: Editorial Universitaria.
- Guano, E. (2003). A Color for the Modern Nation: The Discourse on Class, Race, and Education in the Porteño Middle Class. *Journal of Latin American Anthropology* 8(1), 148–171.

- Guber, R. (1984). Identidad social villera. *Enía*, (32).
- _____ (2004). *El Salvaje Metropolitano*. Paidós.
- _____ (2013). *La articulación etnográfica: Descubrimiento y trabajo de campo en la investigación de Esther Hermitte*. Editorial Biblos.
- Guerschman, B. y Vargas, P. (2007). *Quilombo y apuesta*. Apuntes etnográficos sobre la crisis argentina de 2001 a través de la mirada del mundo del diseño. *Avá*, (11), 31–62.
- Hall, C. & Zarro, M. (2012). Social curation on the website Pinterest.com. *Proc. Am. Soc. Info. Sci. Tech.*, 49(1), 1–9. <https://doi.org/10.1002/meet.14504901189>
- Hanegraaff, W. (1996). *New Age religion and western culture, esotericism in the mirror of secular thought*. E. J. Brill.
- _____ (1999). New Age spiritualities as secular religion. *Social Compass*, 46(2), 145–160.
- Hermitte, E. (2002). La observación por medio de la participación. En S. Visacovsky y R. Guber (Comps.), *Historia y estilos del trabajo de campo en Argentina* (pp. 263–287). Antropofagia.
- Home ownership. (s.f.). <https://www.ethnicity-facts-figures.service.gov.uk/housing/owning-and-renting/home-ownership/latest>
- Hoskins, J. (2010). *Biographical Objects: how things tell stories of people's lives*. Routledge.
- Howell, S. (Ed.). (2005). *The ethnography of moralities*. Routledge.
- Hubert, H. y Mauss, M. (1968 [1906]). De la naturaleza y de la función del sacrificio. En M. Mauss, *Lo sagrado y lo profano: las funciones sociales de lo sagrado* (pp. 143–249). Barral Editores.
- Hurdley, R. (2006). Dismantling Mantelpieces: Narrating Identities and Materializing Culture in the Home. *Sociology*, 40(4), 717–733. <https://doi.org/10.1177/0038038506065157>
- Ingold, T. (2000). *The Perception of the Environment*. Routledge.
- _____ (2013). *Making: Anthropology, Archaeology, Art and Architecture*. Routledge.
- Iulita, A. C. (2019, octubre 9–11). *Cambios en el régimen de tenencia de la vivienda en el área metropolitana de Buenos Aires: El caso del Partido de Tres de Febrero*

- (1991-2010) [Presentación en Congreso]. XXI Jornadas de Geografía de la Universidad Nacional de La Plata, La Plata, Buenos Aires, Argentina
- Jelin, E. (1998). *Pan y afectos. La transformación de las familias*. Fondo de Cultura Económica.
- _____ (2005). La familia en la Argentina: modernidad, crisis económica y acción política. En X. Valdés y T. Valdés (Eds.), *Familia y vida privada transformaciones sociales y demográficas de las familias* (pp. 41–76). Centro de estudios para el Desarrollo de la Mujer (CEDEM), FLACSO.
- Jensen, S. (2018). Social Media Usage: The Impact on Feelings of Depression or Loneliness. *Sociology Senior Seminar Papers*. 12. https://creativematter.skidmore.edu/socio_stu_stu_schol/12/
- Kamitz, R. (2015). *Condominios Urbanos. Análisis sobre el polo residencial de Ramos Mejía, Haedo y Villa Sarmiento. Alternativa para la revalorización de enclaves urbanos en áreas potenciales para el desarrollo inmobiliario*. [Tesis de Maestría, Universidad de Belgrano]. Repositorio de tesis Universidad de Belgrano.
- Krause, M. (2016). La temporalidad del dinero. Un mecanismo de reproducción sociocultural de las desigualdades sociales. *Civitas*, 16(2), 306–322.
- Kondo, M. (2010). *La Magia del Orden/The Life-Changing Magic of Tidying Up: The Japanese Art of Decluttering and Organizing* (audiolibro en base al libro). Digit.
- Kooper, M. (2016) *Arquitecturas da esperança: uma etnografia da mobilidade econômica no Brasil contemporâneo*. [Tesis Doctoral, Universidade Federal do Rio Grande do Sul].
- Kopytoff, I. (1986). La biografía cultural de las cosas: la mercantilización como proceso. En A. Appadurai (Ed.), *La vida social de las cosas. Perspectiva cultural de las mercancías* (pp. 89–122). Grijalbo, Conaculta.
- Kuechler, S. & Carroll, T. (2020). *A Return to the Object: Alfred Gell, Art, and Social Theory*. Bloomsbury.
- Lacarrière, M. (2005). Nuevas políticas de lugares: recorridos y fronteras entre la utopía y la crisis. En M. Welch Guerra (Ed.), *Buenos Aires a la deriva. Transformaciones urbanas recientes* (pp. 363-395). Editorial Biblos.

- Lamont, M. & Molnar, V. (2002). The Study of Boundaries in the Social Sciences. *Annual Review of Sociology*, 28(1), 167–195.
- Latour, B. (2001) *La esperanza de Pandora. Ensayos sobre la realidad de los estudios de la ciencia*. Editorial Gedisa.
- _____ (2007) *Nunca fuimos modernos. Ensayo de antropología simétrica*. Siglo XXI Editores.
- Lefebvre, H. (1972). *La vida cotidiana en el mundo moderno*. Alianza Editorial.
- Lewis, O. (1965). *La Vida: A Puerto Rican Family in the Culture of Poverty San Juan and New York*. Random House.
- _____ (1961): *The Children of Sánchez*. Random House.
- Liernur, J. F. (1999). Casas y jardines. La construcción del dispositivo doméstico moderno. (1870-1930). En F. Devoto et al. (Dir.), *Historia de la vida privada en la Argentina. La Argentina plural: 1870-1930* (pp. 99–137). Taurus.
- _____ (2008). *Arquitectura en la Argentina del siglo XX. La construcción de la modernidad*. Fondo Nacional de las Artes.
- _____ (2014). Casas y jardines la construcción del habitar moderno. En A. Ballent y J. F. Liernur, *La casa y la multitud. Vivienda, política y cultura en la Argentina moderna* (pp. 543–580). Fondo de Cultura Económica.
- Lindon, A. (Coord.). (2000). *La vida cotidiana y su espacio-temporalidad*. Anthropos-CRIM-El Colegio Mexiquense.
- _____ (2005). El mito de la casa propia y de las formas de habitar. *Scripta Nova. Revista electrónica de Geografía y Ciencias Sociales*, 194(20).
- Little, K. (1965). *West African Urbanization: A Study of Voluntary Associations in Social Change*. Cambridge University Press.
- Lobato, M. (2007). *Historia de las trabajadoras en la Argentina (1869-1960)*. Edhasa.
- Lopes Rochedo, A. (2015). *Do croqui a academia: a biografia cultural de um vestido*. VII Congreso Internacional de Historia [Presentación en Congreso]. Universidade Federal do Rio Grande do Sul, Porto Alegre, Brasil.
- Lvovich, D. (2002). Colgados de la soga. La experiencia del tránsito desde la clase media a la nueva pobreza en la ciudad de Buenos Aires. En M. Svampa (Ed.), *Desde abajo. La transformación de las identidades sociales* (pp. 51–71). Editorial Biblos.

- Lurie, N. (1961). *Mountain Wolf Woman: Sister of Crashing Thunder, The Autobiography of a Winnebago Indian*, Ann Arbor. Ann Arbor Paperbacks, University of Michigan Press.
- Madianou, M. & Miller, D. (2012). *Migration and New Media: Transnational families and Polymedia*. Routledge.
- Malinowski, B. (1986 [1922]). *Los Argonautas del Pacífico occidental*. Planeta-Agostini.
- _____ (1985 [1926]). *Magia, ciencia y religión*. Planeta-Agostini.
- Mallet, S. (2004). Understanding home: a critical review of the literature. *The Sociological Review*, 1–28.
- Mandigan, R. y Munro, M. (1996). ‘House Beautiful’: Style and Consumption in the Home. *Sociology*, 30(1), 41–57.
- Mandoki, K. (1994). *Prosaica: introducción a la estética de lo cotidiano*. Grijalbo.
- Marcoux, J-S. (2001). The Refurbishment of Memory. En D. Miller (Ed.), *Home Possessions* (pp. 69–86). Berg.
- Marcus, G. (2001). Etnografía en/del sistema mundo. El surgimiento de la etnografía multilocal. *Alteridades*, 11(22), 111–127.
- Martínez Casas, R. y Peña, G. (2004). Migrantes y comunidades morales: resignificación, etnicidad y redes sociales en Guadalajara (Méjico). *Revista de Antropología Social*, (13), 217–251.
- Masferrer Kan, E. (Comp.) (1998). *Sectas o iglesias. Viejos o nuevos movimientos religiosos*. Plaza y Valdés Editores.
- McGuckin, E. (1997). Tibetan Carpets: From Folk Art to Global Commodity. *Journal of Material Culture*, 2(3), 291–310.
- Meah, A. & Jackson, P. (2016). Re-imagining the kitchen as a site of memory. *Social & Cultural Geography*, 17(4), 511–532.
<https://doi.org/10.1080/14649365.2015.1089587>
- Merleau-Ponty, M. (1997). *Fenomenología de la percepción*. Ediciones Península.
- Míguez, E. (1999). Familias de clase media: la formación de un modelo. En F. Devoto y M. Madero (Dir.), *Historia de la vida privada en Argentina. La Argentina plural (1870-1930)* (pp. 22–46). Santillana.

- Milanesio, N. (2014). *Cuando los trabajadores salieron de compras*. Siglo XXI Editores.
- Miller, D. (1987). *Material Culture and Mass Consumption*. Blackwell.
- _____ (Ed.). (2001). *Home Possessions. Material Culture behind Closed Doors*. Berg.
- _____ (2005) *Materiality*. Duke University Press.
- _____ (2008). *The Comfort of Things*. Polity Press.
- _____ Miller, D., Sinanan, J., Wang, X., McDonald, T., Haynes, N., Costa, E., Spyer, J., Venkatraman, S. & Nicolescu, R. (2016). *How the world changed social media*. UCL Press.
- Mintz, S. (1960). *Worker in the Cane: A Puerto Rican Life History*. Yale University Press.
- Minujin, A. y Kessler, G. (1995). La nueva pobreza en la Argentina. Editorial Planeta.
- Miodownik, M. (2013). *Stuff Matters, The Strange Stories of the Marvellous Materials That Shape Our Man-Made World*. Penguin.
- Mitchell, J. C. (1966). Theoretical Orientations in African Urban Studies. En M. Banton (Ed.), *The Social Anthropology of Complex Societies* (pp. 37–68). Tavistock (ASA Monographs, 4).
- Miyazaki, H. (2006). Economy of dreams: hope in global capitalism and its critiques. *Cultural Anthropology*, 21(2), 147–172.
- _____ (2004) *The Method of hope: anthropology, philosophy and fijian knowledge*. Stanford University Press.
- Motta, E. (2014). Houses and economy in the favela”. *Vibrant – Virtual Brazilian Anthropology*, 11(1), <http://www.vibrant.org.br/issues/v11n1/eugenia-motta-houses-and-economy-in-the-favela/>
- Nash, J. (1976). *He agotado mi vida en la mina*. Nueva Edición.
- Nari, M. (2004). *Las Políticas de la maternidad y maternalismo político. Buenos Aires (1890-1940)*. Editorial Biblos.
- Noel, G. D. (2011). “Cuestiones disputadas. Repertorios morales y procesos de delimitación de una comunidad imaginada en la costa atlántica bonaerense” en *Publicar en Antropología y Ciencias Sociales*, XI, 99–126.

- _____ (2012). Historias de Pioneros. Configuración y Surgimiento de un Repertorio Histórico-Identitario en la Costa Atlántica Bonaerense. *Atek Na-En la Tierra*, 2, 165–206.
- _____ (2013). De los Códigos a los Repertorios: Algunos Atavismos Persistentes Acerca de la Cultura y una Propuesta de Reformulación. *Revista Latinoamericana de Metodología de las Ciencias Sociales*, 3(2).
- _____ (2021). La clase media como lenguaje y los lenguajes de las clases medias en tres ciudades del interior bonaerense. En S. Visacovsky y E. Garquin (Coords.), *Argentina y sus clases medias. Panoramas de la investigación empírica en ciencias sociales* (pp. 81–98). Editorial Biblos.
- Noel, G. D. y L. De Abrantes (2014). La gran división. Crecimiento y diferenciación social en una ciudad balnearia de la Costa Atlántica Bonaerense. *Argumentos*, 16, 141-166.
<https://publicaciones.sociales.uba.ar/index.php/argumentos/article/viewFile/915/801>
- Oszlak, O. (1991). *Merecer la ciudad. Los pobres y el derecho al espacio urbano*. Estudios Cedes. Editorial Humanitas.
- Pacífico, F. (2019). *Producir la política desde las casas. Etnografía de procesos de organización colectiva de mujeres titulares de programas estatales*. [Tesis de Doctorado. Facultad de Filosofía y Letras, Universidad de Buenos Aires].
- Parker, D. S. (1998). *The Idea of the Middle Class. White-Collar Workers and Peruvian Society, 1900-1950*. Penn State University Press.
- Pastoriza, E. (2018). Memoria obrera y turismo. Las vacaciones populares durante el Primer peronismo. *Pasado Abierto*, 4(8). <https://fh.mdp.edu.ar/revistas/index.php/pasadoabierto/article/view/2958>
- Pérez, I. (2012). *El hogar tecnificado. Familias, género y vida cotidiana. 1940-1970*. Buenos Aires. Editorial Biblos.
- Perrot, M. (Ed.). (1990). *A history of Private Life: from the fires of Revolution to the Great War*. Harvard University. Vol 1–5.
- Peirano, M. (1995). *A favor da etnografía*. Ed. Dumará.
- Petzet, M. & Machat, C. (2010). *Heritage at risk. ICOMOS Word. 2008-2010*. Hendrik Bäbler Verlag.

- Pilcic, T. (2009, mayo 13). *La distribución del bienestar en la Argentina Peronista. La ley de Propiedad Horizontal y su impacto en la ciudad de Mar del Plata*. [Presentación en Jornadas]. Segundas Jornadas Nacionales de Historia Social, La Plata, Buenos Aires, Argentina. http://www.memoria.fahce.unlp.edu.ar/trab_eventos/ev.9748/ev.9748.pdf
- Pite, R. (2012). Raza y Etnicidad en la cocina argentina: Una historia de la cocina criolla y de Doña Petrona. *Apuntes de Investigación del CECYP*, (22), 20–32.
- _____ (2016). *La mesa está servida: Doña Petrona C. de Gandulfo y la domesticidad en la Argentina del siglo XX*. Edhasa.
- Pitt-Rivers, J. (1971 [1954]). *The People of the Sierra*. The University of Chicago Press.
- Owensby, B. P. (1999). *Intimate Ironies: Modernity and the Making of Middle-Class Lives in Brazil*. Stanford University Press.
- Quetglas, J. (2007). *Habitar*. Curso 2006-2007. <https://proyectandoleyendo.files.wordpress.com/2011/01/habitar-josep-quetglas.pdf>
- Quirós, J. (2006). *Cruzando la Sarmiento. Una etnografía sobre piqueteros en la trama social del sur del Gran Buenos Aires*. Antropofagia.
- _____ (2011). *El porqué de los que van. Peronistas y piqueteros en el Gran Buenos Aires (una antropología de la política vivida)*. Antropofagia.
- Radin, P. (1963 [1920]). *The Autobiography of a Winnebago Indian*. Dover Publications.
- Ravettino, A. J. (2008). El estilo de vida light. Hábitos y patrones de consumo. *Revista Científica de UCES*, XII(1).
- Ré, V. (2018). *Procesos de legitimación de valoraciones sociales en el espacio social local de una pequeña ciudad bicentenaria (Curuzú Cuatiá, Corrientes)*. [Tesis de Doctorado en Antropología Social, IDAES-UNSAM].
- Realini, G. G., Barreda, M. P. y Bercovich, F. (2020.). *La política habitacional en Argentina. Una mirada a través de los institutos provinciales de vivienda.*, CIPPEC, Documento de trabajo 181. <https://www.cippec.org/wp-content/uploads/2019/06/181-CDS-DT-La-pol%C3%ADtica-habitacional-en-Argentina-Granero-Bercovich-y-Barreda-junio-2016-2.pdf>

- Recchini de Lattes, Z. (1980). La participación económica femenina en la Argentina desde la segunda posguerra hasta 1970. *CENEP. Cuaderno del CENEP*, 11.
- Reguillo, R. (2012). Intimididades selectivas. Espacio inmunitario en la metrópolis. *TELOS. Cuadernos de Comunicación, Tecnología y Sociedad*, 93, 93–95.
- Redfield, R. (1941). *The Folk Culture of Yucatan*. University of Chicago Press.
- _____ (1955). *The Little Community*. University of Chicago Press.
- Restrepo, E. (2016). *Etnografía: alcances, técnicas y éticas*. PUJ-envión.
- Ribeiro, G. L. (1989). Descotidianizar. Extrañamiento y conciencia práctica. Un ensayo sobre la perspectiva antropológica. *Cuadernos de Antropología Social*, (3). <https://doi.org/10.34096/cas.i3.4852>
- Rockwell, E. (2009). *La experiencia etnográfica: historia y cultura en los procesos educativos*. Paidós.
- Rodríguez, M. C., Rodríguez, M. F., y Zapata, M. C. (2015). La casa propia, un fenómeno en extinción. La “inquilinización” en la ciudad de Buenos Aires. *Cuadernos de Vivienda y Urbanismo*, 8(15), 68–85. <https://doi.org/10.11144/Javeriana.cvu8-15.cufe>
- Saez, G. L. (2010). *Morón, de los orígenes al bicentenario*. Municipalidad de Morón.
- Samanani, F., & Lenhard, J. (2019). House and Home. *Cambridge Encyclopedia of Anthropology*. <https://www.anthroencyclopedia.com/entry/house-and-home>
- Santayana, G. (2006). ¿Qué es la estética?. *Fedro, Revista de estética y teoría de las artes*. 4, mayo.
- Saunders, P. & Williams, P. (1988). The Constitution of the Home: Towards a Research Agenda. *Housing Studies*, 3(2), 81–93.
- Sautu, R. (2016). *Economía, clases sociales y estilos de vida*. Lumiere.
- Schiava D’Albano, L. (2021, septiembre 16–20). *De cómo la ‘negra 30’ fue más que una cartera. Análisis de un hecho etnográfico a partir de la lectura de los textos de Mary Douglas sobre Cultura Material* [Presentación en Jornadas]. IV Jornadas de Jóvenes Investigadores en Ciencias Sociales, Argentina.
- Segalen, M. (2005). *Ritos y rituales contemporáneos*. Alianza Editorial.
- Segura, R. (2010). La trama relacional de la periferia urbana. La figuración "establecidos y outsiders" revisitada. VI Jornadas de Sociología de la UNLP, 9 y

- 10 de diciembre de 2010, La Plata, Argentina. En *Memoria Académica*.
http://www.memoria.fahce.unlp.edu.ar/trab_eventos/ev.5361/ev.5361.pdf
- _____ (2015). *Vivir afuera. Antropología de la experiencia urbana*. UNSAM Edita.
- Semán, P. (2001). Cosmológica, Holista y Relacional: una corriente de la religiosidad popular contemporánea. *Ciencias Sociais e Religiao Ciencias Sociales y Religión*, 3, 45–74.
- Skuse, A. (2005). Enlivened Objects: The Social Life, Death and Rebirth of Radio as Commodity in Afghanistan. *Journal of Material Culture*, 10(2), 123–137. <https://doi.org/10.1177/1359183505053071>
- Shapiro, S. (2009). *Worlds of change: a vision for global aesthetics*. Routledge.
- Smith, M. (1981 [1954]). *Baba of Karo: A Woman of the Muslim Hausa*. Yale University Press.
- Smith, O. (2007). Object Artifact, Image Artifacts and Conceptual Artifacts: Beyond the object into the Event. *Artifact*, 1(1), 4–6.
- Somerville, P. (1989). Home Sweet Home: A critical Comment on Saunders and Williams. *Housing Studies*, 4(2), 113–118.
- Steier, F. (2013). Gregory Bateson gets a mobile phone”, *Mobile Media & Communication*. 1(1), 160–165.
- Svampa, M. (Ed.) (2000). *Desde abajo. La transformación de las identidades sociales*. Editorial Biblos.
- _____ (2001). *Los que ganaron. La vida en los countries y barrios privados*. Editorial Biblos.
- _____ (2002). Las nuevas urbanizaciones privadas. Sociabilidad y socialización: la integración social hacia arriba. En L. Beccaria et al. (Comps.), *Sociedad y Sociabilidad en la Argentina de los 90* (pp. 55–95). Universidad Nacional de General Sarmiento, Editorial Biblos.
- Svampa, M. (2008). *Cambio de época: movimientos sociales y poder político*. Siglo XXI Editores, CLACSO.
- Stern, C. (2021). *Entre el cielo y el suelo. Las identidades elásticas de las clases medias (Santiago de Chile, 1932-1962)*. RIL Editores.

- Stocking, G. W. (1993). *La Magia del Etnógrafo. El Trabajo de Campo en la Antropología Británica desde Tylor a Malinowski, en Lecturas de Antropología para Educadores*. Editorial Trotta.
- Taylor, C. (2006). *Fuentes del yo. La construcción de la identidad moderna*. Paidós.
- Tedlock, B. (2007). The Poetics and Spirituality of Dreaming: A Native American Enactive Theory. *Dreaming*, 14(2-3), 183–189.
- Tevik, J. (2007). *Porteñologics. Sobre gusto y diferenciación social entre los porteños*. Antropofagia.
- Thévenot, L. (2016). *La acción en plural. Una introducción a la sociología pragmática*. Siglo XXI Editores.
- Thompson, E. P. (2012 [1963]). *La formación de la clase obrera en Inglaterra*. Capitán Swing.
- Torrado, S. (1998). *Familia y diferenciación social. Cuestiones de métodos*. EUDEBA.
- Torrado, S. (2003). *Historia de la familia en la Argentina, 1870-2000*. Ediciones de la Flor.
- _____ (Dir.). (2005). *Trayectorias nupciales, familias ocultas*. Miño y Dávila, CIEPP.
- Torre, S. (1994). En busca de una identidad regional: evolución de los estilos misionero y neocolonial hispano en California entre 1880 y 1930. En A. Amaral (Comp.), *Arquitectura Neocolonial*. Fondo de Cultura Económica.
- Trentmann, F. (2004). Beyond Consumerism: New Historical Perspectives on Consumption. *Journal of Contemporary History*, 39(3), 373–401. <https://doi.org/10.1177/0022009404044446>
- Trovar, P. (Ed.). (2003). *Familia, género y antropología. Desafíos y transformaciones*. Instituto Colombiano de Antropología e Historia –ICANH.
- Tucker, A. (1994). In Search of Home. *Journal of Applied Philosophy*, 11(2), 181–187.
- Valk, J. (2020). The smell of Shōwa: Time, materiality and regimes of value in Japan's second-hand kimono industry. *Journal of Material Culture*, 25(2), 240–256.
- Vargas, P. (2014). La hormiguita burguesa. Narrativas de ascenso social y actualización de clase (media) entre los diseñadores porteños. En E. Adamovsky, S. E. Visacovsky, S. y P. Vargas (Comps.), *Clases medias: nuevos enfoques desde la sociología, la historia y la antropología* (pp. 213–240). Ariel.

- Vargas, P. y Viotti, N. (2013). Prosperidad y espiritualismo para todos. Un análisis sobre la noción de emprendedor en eventos masivos de Buenos Aires. *Horizontes antropológicos*, 19(40), 343–364.
- _____ (2014, septiembre 25–26). *La clase media en Argentina: entre el sacrificio y el confort*. IV Seminario-Taller Investigación sobre Clases Medias, IDES, Buenos Aires, Argentina.
- _____ (2021). Entre el esfuerzo y el confort: autonomía y cambio cultural. En S. E. Visacovsky y E. Garguín (Coords.), *Argentina y sus clases medias. Panoramas de la investigación empírica en ciencias sociales* (pp. 207–226). Editorial Biblos.
- Veal, A. (2000). Leisure and Lifestyle. A Review and Annotated Bibliography, *Online Bibliography no. 8, School of Leisure, Sport & Tourism*. University of Technology Sidney.
- Vélez, J. (2019). Ciudades, tecnologías e (in)seguridades: la imbricación de redes sociales y servicios de mensajería en la (auto)gestión securitaria del espacio urbano. *Etnografías Contemporáneas*. 5(9). <http://revistasacademicas.unsam.edu.ar/index.php/etnocontemp/article/view/513>
- Veras, E. (2010). Historia de vida: ¿un método para las ciencias sociales?. *Cinta moebio*, (39), 142–152. <http://dx.doi.org/10.4067/S0717-554X2010000300002>
- Visacovsky, S. (2014). Inmigración, virtudes genealógicas y los relatos de origen de la clase media argentina. En E. Adamovsky, S. Visacovsky y P. Vargas (Comps.), *Clases medias: nuevos enfoques desde la sociología, la historia y la antropología* (pp. 213–240). Ariel.
- Viotti, N. (2010). El lugar de la creencia y la transformación religiosa en las clases medias de Buenos Aires. *Apuntes de investigación del CECYP*, (18), 39–67.
- _____ (2011). Notas sobre socialidad y jerarquización en la nueva religiosidad de los sectores medios urbanos. *Papeles de Trabajo*, 5(8), 135–152.
- Vom Bruck, G. (1997). A house turned inside out. *Journal of Material Culture*, (2), 139–172.
- Wahren, P., Harracá M. y Cappa A. (2018). A tres años de Macri: balances y perspectivas de la economía argentina. *Centro Estratégico Latinoamericano de Geopolítica*. <https://www.celag.org/wp->

- Wainerman, C. y Geldstein, R. (1994). Viviendo en familia: ayer y hoy. En C. H. Wainerman (Comp.), *Vivir en familia* (pp. 183–230). UNICEF-Losada.
- Wainerman, C. (2005). *La vida cotidiana en las nuevas familias: ¿una revolución estancada?*. Lumiere.
- _____ (2000). División del trabajo en familia de dos proveedores. Relato de ambos géneros y dos generaciones. *Estudios Demográficos y Urbanos*, (43), 149–184.
- Wang, Q., Chen, W. & Liang, Y. (2011). The Effects of Social Media on College Students. *MBA Student Scholarship*. 5. https://scholarsarchive.jwu.edu/mba_student/5/
- Warde, A. (2005). Consumption and Theories of Practice. *Journal of Consumer Culture*, 5(2), 131–153. <https://doi.org/10.1177/1469540505053090>
- Weber, M. (1999). *Economía y Sociedad*. Fondo de Cultura Económica.
- Weiner, A. (1976). *Women of Value, Men of Renown: New Perspectives in Trobriand Exchange*. The University of Texas Press.
- Wikan, U. (1990). *Managing Turbulent Hearts: A Balinese Formula for Living*. University of Chicago Press.
- Wirth, L. (1945). The Problem of Minority Groups. En R. Linton (Ed.), *The Science of Man in the World Crisis* (pp. 347–372). Columbia University Press.
- Wortman, A. (2001). *El desafío de las políticas culturales en la Argentina*. En *Estudios Latinoamericanos sobre cultura y transformaciones sociales en tiempos de globalización* (pp. 251–267). CLACSO. <http://biblioteca.clacso.edu.ar/clacso/gt/20100914035902/17wortman.pdf>
- _____ (2002). Globalización cultural en Argentina, entre la exclusión social y el consumo. En M. Lacarrieu y G. Álvarez, *La indigestión cultural*. Ciccus/La Crujía Ediciones.
- _____ (Comp). (2003). *Pensar las clases medias. Consumos culturales y estilos de vida urbanos en la Argentina de los noventa*. La Crujía Ediciones.
- _____ (2010). Las clases medias argentinas, 1960-2008. En M. Hopenhayn, R. Franco y A. de León, *Las clases medias en América Latina*. Siglo XXI Editores, CEPAL Chile.

- Wright, P. (2008). *Ser-en-el-Sueño. Crónicas de historia y vida toba*. Editorial Biblos.
- Zarazaga, R. y Ronconi, L. (2017). *Conurbano infinito. Actores políticos y sociales, entre la presencia estatal y la ilegalidad*. Siglo XXI Editores.
- Zorrila, H. (2015). *El concepto de Arquitectura Vernácula*.
<http://arquitecturadecasas.info/el-concepto-arquitectura-vernacula>

INFORMES DE AGENCIAS GUBERNAMENTALES

- Censo Nacional de Población y Vivienda (CNPV). (2010).
Indicadores de condiciones de vida de los hogares en 31 aglomerados urbanos. Primer semestre 2020. (2020).
- Informe Acumar. (2014). Informe Sociodemográfico y de Salud del Partido de Morón. Observatorio Unidad Sanitaria Ambiental de Morón. Dirección General de Salud Ambiental.
- Informe Distribución Territorial del Precio de Oferta de Terrenos en la Región Metropolitana de Buenos Aires. (2014). De la Secretaría de Planeamiento, Ministerio de Desarrollo urbano de Ciudad de Buenos Aires. Recuperado de:
https://www.buenosaires.gob.ar/sites/gcaba/files/terrenos_rmba_sep14.pdf
- Informe EDSA-Bicentenario/UCA (2016 y 2018).
- Plan de Ordenamiento Urbano del Partido de Morón (POUM) (1987).

LEYES Y DISPOSICIONES

- Ley 9.677
- Ley 11.156
- Ley 11.157
- Decreto de Alquileres de 1943 (Decreto 1580/43)
- Ley de la Propiedad Horizontal de 1948 (Ley 13.512)
- Ley 19.929
- Ley 21.581
- Ley Provincial 13.473
- Pro.Cre.Ar, creado por Decreto DNU N° 902/2012 del Poder Ejecutivo Nacional (2012)

Eliminación de feriados nacionales (Ley 21.329, Ley 23.555, Ley24.445), se reestablecen por decreto en 2010 (Decreto 1584/2010).

DOCUMENTOS Y DIARIOS

Síntesis Histórica del Partido de Morón. (2014).

La Tribuna, especial por Norberto P. Devoto: “Haedo, 1902”, agosto de 1967.

El boom inmobiliario llega al interior. En el sur y oeste del GBA también aumentaron los precios de departamentos. *Clarín*, 26 de julio de 2005.

https://www.clarin.com/ediciones-anteriores/boom-inmobiliario-llega-interior_0_BkTxb4u1RYl.html

Apellido de café (entrevista a Martín Cabrales, tercera generación de la empresa líder del rubro). *Infonegocios*, 03 de junio de 2013. <https://infonegocios.info/in-semanal/apellido-de-cafe>

